VALERIO FLACO

ARGONÁUTICAS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 396

ARGONÁUTICAS

VALERIO FLACO

ARGONÁUTICAS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

ANTONIO RÍO TORRES-MURCIANO



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JOSÉ JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., este volumen ha sido revisado por OLGA ÁLVAREZ HUERTA.

López de Hoyos, 141, 28002-Madrid.
www.editorialgredos.com

Primera edición: octubre de 2011

Depósito legal: M-36.233-2011

REF.: GBCC396

ISBN 978-84-249-2188-0

INTRODUCCIÓN

I. EL POETA

De Gayo Valerio Flaco Setino Balbo sólo sabemos con certeza que escribió las *Argonáuticas*, y que Quintiliano lamentó lacónicamente lo mucho que habían perdido las letras latinas con su reciente fallecimiento: *multum in Valerio Flacco nuper amisimus (Institución oratoria* X, 1, 90). Su nombre completo nos ha llegado a través de las inscripciones de los manuscritos, que difieren entre sí con respecto al orden de los *cognomina*[1]. Aun cuando *Setinus* puede entenderse como «oriundo de Secia», no queda despejada la incertidumbre acerca de la proveniencia de nuestro autor, que podría ser italiana (de la actual Sezze, en el sur del Lacio), pero también hispana, pues hubo una Secia en la Bética y otra Secia o Segia en la Tarraconense (en el emplazamiento de la actual Ejea de los Caballeros)[2]. Debe, por lo demás, descartarse la otrora aceptada identificación del poeta de las *Argonáuticas* con el humilde Flaco paduano mencionado por Marcial (*Epigramas* I 61, 4; 76, 2)[3].

Nuestro Flaco debió de ser, al igual que Silio Itálico y a diferencia de Papinio Estacio, un poeta de elevada posición y aun de rango senatorio, si hemos de leer en la invocación proemial a Apolo (I 5 ss.) una alusión autobiográfica del autor a su pertenencia al prestigioso colegio sacerdotal de los *quindecimviri sacris faciundis*, muchos de cuyos miembros conocidos alcanzaron el consulado[4]. Aunque esta *communis opinio* ha sido cuestionada en los últimos tiempos[5], la presencia en las *Argonáuticas* de ciertos tópicos del discurso aristocrático de época imperial, como son la tiranía, el suicidio y la guerra civil (cf. II.3), podría interpretarse como indicio de la condición del autor[6], a falta de pruebas más concluyentes[7].

La escueta noticia de Quintiliano permite datar la muerte de Valerio Flaco antes de la del emperador Domiciano (18.IX.96), que es a su vez *terminus ante quem* para la publicación de la *Institución oratoria*. A fin de fechar con mayor exactitud la redacción de las *Argonáuticas*, se han espigado en el texto varios *termini post quos* de los que el más relevante es la toma de Jerusalén por las legiones de Tito en el año 70[8], aun cuando la datación del elogio de los Flavios constituye uno de los problemas más discutidos por la crítica valeriana[9]. Nuestro poeta dedica su obra a Tito Flavio Vespasiano, fundador de la dinastía advenediza que, tras las guerras civiles de 69, pretende ocupar el lugar de los Julio-Claudios extinguidos con la caída de Nerón (I 7 ss.); en consecuencia, asocia al

nombre del nuevo príncipe los de sus hijos y futuros sucesores Tito y Domiciano, debelador de la rebelde Judea el primero y cantor de la gesta de su hermano el segundo (12 ss.)[10], y le predice enseguida al padre la apoteosis y las honras divinas que le serán decretadas por uno de los dos: *ille tibi cultusque deum delubraque genti / instituet* (15 s.). En la idea de que tal pronóstico constituye una profecía *ex eventu*, posterior a la muerte de Vespasiano (24. VI.79), se ha querido datar estos versos ya bajo Tito († 13.IX.81), quien mandó construir un templo en honor del *Divus Vespasianus*[11], ya bajo Domiciano, quien dedicó un santuario a la *Gens Flavia*[12]. Si se considera empero que, en el contexto tópico de un panegírico imperial, el *delubra* del v. 15 no tiene por qué referirse a la construcción de un templo determinado, y que la divinización del primero de los Flavios era fácilmente predecible después de las de los Julio-Claudios, puede muy bien aceptarse que el proemio ha sido escrito en vida del emperador destinatario de la dedicatoria, aun cuando el texto no ofrezca dato alguno que permita fecharlo en un momento concreto del reinado de Vespasiano[13].

Esto no quiere decir que Valerio se haya puesto a escribir inmediatamente después del saco de Jerusalén, como no atestigua el obituario quintilianeo que su vida y actividad literaria se hayan prolongado hasta los últimos años de Domiciano[14]. Hay, en todo caso, argumentos de peso con los que sostener una datación temprana de las *Argonáuticas*, empezando por el lugar subalterno que se le asigna en el elogio proemial al último de los Flavios, resueltamente inconveniente si la obra hubiese sido publicada después de que este hubiera heredado de Tito la púrpura. La influencia de las *Argonáuticas* en la *Tebaida* de Estacio y en las *Púnicas* de Silio Itálico (cf. II.5), comenzadas ambas a principios de los 80, prueba que circulaba ya entonces la primera de las tres epopeyas, o por lo menos que partes de esta habían sido dadas a conocer mediante la publicación de libros sueltos o a través de *recitationes*[15]. Además, la ausencia en los versos de Flaco de toda alusión a los juegos seculares del año 88, en cuyas ceremonias tuvo que corresponderles parte no menor a los *quindecimviri*, se ha esgrimido como *argumentum ex silentio* para afirmar que ya por aquella fecha había terminado nuestro autor su trabajo, quizás a la vez que sus días[16]. A una muerte prematura del poeta puede, en efecto, achacarse que el poema nos haya llegado incompleto, a no ser que se prefiera culpar a los avatares de la tradición[17].

II. El poema

1. *Materia*

La celebérrima saga de los argonautas comienza cuando dos jóvenes vástagos de la casa de Éolo, Frixo y su hermana Hele, hijos del rey beocio Atamante y de su primera mujer Néfele, huyen a lomos de un prodigioso carnero de vellón de oro de las asechanzas de su madrastra Ino, quien había convencido a su esposo de que sacrificase a ambos hermanos para poner remedio a una mala cosecha que ella misma había provocado mandando tostar la simiente. Hele cae al mar durante la fuga y Frixo llega solo hasta la Cólquide, donde, sacrificado el carnero, entrega la áurea piel al rey Eetes, hijo del Sol, y recibe a su vez de este la mano de su hija Calcíope. Años después, el tirano Pelias, que reina en la ciudad tesalia de Yolco después de haber destronado, según algunas versiones, a su medio hermano Esón, reconoce en su sobrino Jasón, hijo de este, al hombre del que un oráculo le había aconsejado guardarse, y decide mandarlo en busca del vellocino de oro con la esperanza de que sucumba a los peligros del viaje. Embarca Jasón a los más ilustres héroes griegos a bordo de la Argo, nave portentosa que ha ayudado a construir la diosa Atenea, y, fiado en el favor de esta y en el de Hera, rencorosa enemiga de Pelias, pone rumbo a la Cólquide. Después de una travesía jalonada de aventuras, la Argo consigue atravesar las temidas Simplégades o Rocas Entrechocantes, que impedían el paso hacia el mar Negro, y arriba a su destino. Eetes promete entregarle el vellocino a Jasón si este consigue superar unas pruebas terribles, de las que sale airoso gracias a los hechizos de Medea, la maga hija del rey, que se ha enamorado locamente del forastero. Con ella arrebata el héroe la preciada piel al dragón que la guarda, y con ella huye a bordo de la Argo. Para demorar a los colcos que han salido en su persecución, matan al joven Absirto, hermano de Medea, y prosiguen su ruta hacia Grecia entre lances fabulosos. De regreso a Yolco, la hechicera rejuvenece al anciano Esón descuartizándolo e hirviendo sus pedazos en un caldero, y convence a las hijas de Pelias para que hagan lo mismo con su padre, que muere víctima del malvado ardid. Jasón se ve obligado a escapar con su esposa a Corinto, donde la repudia para casarse con la hija del rey de la ciudad; el mismo día de la boda, Medea se las ingenia para abrasar a la novia y al padre con sus artes mágicas, y, después de asesinar también a los dos hijos que ella misma ha tenido del Esónida, huye a Atenas, donde la acoge el rey Egeo.

He aquí, a grandes rasgos, el mito: un viaje a los nunca franqueados confines del mundo en busca de un precioso talismán; trabajos mortales impuestos por reyes inicuos; un héroe valiente, una princesa enamorada y un dragón. Un cuento de hadas que, nacido probablemente de un antiguo rito, acoge la remembranza de la colonización del mar Negro[18]. Pero, sobre todo, una fábula, una fantástica historia viejísima que antes de Valerio Flaco contaron, alteraron y enriquecieron muchos otros, uno de esos relatos que no por manidos dejan de merecer nuevas lecturas.

La *Ilíada* menciona en tres ocasiones a Euneo, hijo de Jasón y de la reina de

Lemnos Hipsípila (VII 468 s.; XXI 40 s.; XXIII 746 s.), y la *Odisea* conoce las genealogías de Pelias y de Esón (XI 254 ss.), la malignidad de Eetes, hermano de Circe (X 137) y el renombre de la Argo, «cantada por todos» ya en la época de los vagabundeos de Ulises, así como la predilección de Hera por el Esónida (XII 69 ss.); datos suficientes para conjeturar la existencia de unas *Argonáuticas* prehoméricas de origen micénico donde debían de encontrarse ya los elementos esenciales de la saga[19]. De Hesíodo nos han llegado numerosos fragmentos de tema argonáutico[20], además del pasaje de la *Teogonía* (992 ss.) que evoca sumariamente los trabajos impuestos por Pelias a Jasón y el regreso de este a Grecia con la hija de Eetes. Al milagroso rejuvenecimiento de Esón se hacía referencia en los *Nóstoi* cíclicos[21], y la historia de Medea constituía un ingrediente fundamental de las *Corintíacas* de Eumelo y de las *Naupactias* anónimas[22]; mas no se halla mención alguna del vellocino hasta el elegíaco Mimnermo[23]. Del siglo VI a. C. podría datar el más antiguo poema épico dedicado enteramente a la leyenda argonáutica; según Diógenes Laercio (I 111), se tituló *Construcción de la Argo y navegación de Jasón hacia la Cólquide*, constó de seis mil quinientos hexámetros y fue compuesto por Epiménides de Creta[24]. Pero será el lírico Píndaro quien escriba la primera versión literaria del mito que pasará completa a la posteridad[25].

En la IV *Pítica* (462 a. C.), encontramos integrados ya en un relato coherente los momentos principales del mito: el destronamiento de Esón por Pelias; el oráculo que advierte a este contra el misterioso hombre «de una sola sandalia» (que resultará ser Jasón); el encargo de traer de la Cólquide el vellocino (condición para la restitución del Esónida en sus derechos dinásticos); la intervención de Afrodita en el enamoramiento de Medea; la prueba impuesta por Eetes, consistente en uncir dos toros de pezuña de bronce que exhalan llamas; la victoria sobre la serpiente que custodia el tusón; el rapto voluntario de la Eétide, futura «perdición de Pelias»; la escala en Lemnos y los amores de los argonautas con las mujeres que han matado a sus maridos (a la vuelta y no a la ida, como en la versión que popularizará Apolonio de Rodas); el intrincado viaje de retorno por Libia y la triunfal llegada a Grecia junto con la Colca.

De las fechorías de la bruja bárbara en la Hélade tratará la *Medea* de Eurípides (431 a. C.), única de las tragedias áticas de asunto argonaútico que sobrevivió a la incuria del tiempo[26]. Repudiada en Corinto por Jasón, a quien el rey Creonte ha concedido la mano de su hija Creúsa, Medea abrasa a la princesa y al padre mediante presentes emponzoñados que les hace llegar a través de sus propios hijos, a quienes acaba dando muerte con la espada antes de darse a la fuga[27]. La cruenta imagen de la infanticida huyendo en un carro de serpientes aladas después de haber consumado su brutal desquite, que evocará en dos pasajes Valerio Flaco quinientos años después (I 224 ss.; V

453 s.), se repite en la cerámica del siglo IV a. C.[28], y constituye un primer indicio del impacto del que habría de convertirse en uno de los dramas con mayor fortuna de la literatura universal[29].

Entre los siglos V y IV a. C., el mito de los argonautas ocupa buena parte de la *Lyde* de Antímaco de Colofón, escrita en metro elegíaco[30], pero habrá que esperar a la época helenística para que, en la Alejandría el siglo III a. C., por el tiempo en que Teócrito y Calímaco recreaban algunas peripecias del legendario viaje[31], componga Apolonio de Rodas en hexámetros los cuatro libros de sus *Argonáuticas*, que constituirán en adelante una suerte de versión canónica de la saga[32]. Los dos primeros, dedicados al viaje de ida, incluyen ya casi todos los episodios que encontraremos, por el mismo orden, en Valerio Flaco: los amores de Jasón e Hipsípila en Lemnos, la iniciación en los misterios de Samotracia, la desgraciada batalla nocturna contra el hospitalario Cízico, el rapto de Hilas y el subsiguiente abandono de Heracles en Misia, el combate de Polideuces contra Ámico en Bebricia, la liberación de Fineo de las harpías, el paso de las Simplégades, la muerte de Idmón y de Tifis en el país de los mariandinos y el encuentro con los hijos de Frixo en la isla de Ares (que no figura en la versión romana). El libro III narra con gran profundidad psicológica los amorosos tormentos de Medea, provocados por Afrodita a petición de Atenea y de Hera para que la muchacha ayude contra su propio padre a Jasón, quien, además de uncir los monstruosos toros, deberá sembrar los dientes del dragón de Cadmo y enfrentarse a los feroces guerreros que nacen de los surcos[33]. En el libro IV, puesto que Eetes se niega a entregar el vellocino a pesar de que Jasón ha superado las pruebas, Medea adormece con sus encantamientos al dragón[34], y huye después de su país con los argonautas. La fabulosa geografía del itinerario de regreso les permite remontar el Danubio hasta el Adriático, en una de cuyas islas mata Jasón a Absirto por iniciativa de Medea, y cruzar desde este mar al Tirreno a través del Po y del Ródano; hacen escala en la isla de Circe, donde esta purifica a Jasón y a Medea del asesinato de Absirto; atraviesan con éxito las Planctas, escollos móviles semejantes a las Simplégades, y dejan atrás sin mayor menoscabo la costa de las sirenas y el peligroso estrecho de Escila y Caribdis; llegan después a la isla de Drépane, donde la reina de los feacios Arete acelera las bodas de los prófugos para evitar que su esposo Alcínoo entregue a Medea a la escuadra colca que había llegado en su persecución a través del Bósforo; arrastrados desde allí por una tempestad, aparecen en Libia, donde se ven obligados a portar a hombros por el desierto la nave varada en las Sirtes y a llorar, además, las muertes de Canto y de Mopso; parten de nuevo y, al costear Creta, mata la Eétide con sus sortilegios a Talo, fiero gigante de metal; reciben el auxilio de Apolo en la isla de Ánafe, y arriban por fin a Yolco venturosamente.

El éxito de Apolonio no eclipsó por completo las versiones discrepantes, atribuidas muchas de ellas por sus escoliastas a una serie de historiadores, mitógrafos y logógrafos

que entre los siglos v y III a. C., escribieron en prosa acerca de la gesta de Jasón, como Hecateo de Mileto[35], Demárato[36], Ferecides de Atenas[37] y Herodoro de Heraclea[38]. A este último seguirá Valerio al nombrar piloto de la Argo en sustitución del difunto Tifis a Ergino y no a Anceo (V 65; cf. 31 *FGrHist* 55), en un pasaje que se ha aducido junto con otros para sostener la tesis de que el poeta romano conoció los escolios a las *Argonáuticas* del de Rodas[39]. Pero esta cuestión, que lleva aparejada la pregunta acerca de los comentarios a los que Flaco habría tenido concretamente acceso, continúa abierta[40]. Tampoco está claro si el episodio de la liberación de Hesíona, incluido por el épico flavio (II 445 ss.) pero no por su predecesor alejandrino, lo tomó aquel directamente de la versión racionalizada del mito debida a Dionisio Escitobraquión (siglos III-II a. C.)[41], que también pudo haber encontrado en Diodoro Sículo (*Biblioteca Histórica* IV 40-55)[42].

Más o menos fiel a Apolonio debió de ser la traducción latina de las *Argonáuticas* llevada a cabo en época de César por Varrón Atacino[43], cuya influencia en el poema de Valerio parece más bien limitada[44]. Siglo y medio antes había comenzado a cosechar gran fortuna en la escena romana la Medea trágica, personaje oscuramente fascinador que, tras la honda huella de Eurípides, reaparece en Ennio, en Pacuvio, en Accio, en Ovidio y en Séneca[45]. De la *Medea* del Sulmonense han sobrevivido sólo dos fragmentos[46], pero contamos con la poderosa presencia de la Eétide en las *Heroidas* (VI y XII), donde tanto Hipsípila como ella misma le reprochan a Jasón los abandonos que les ha tocado sufrir, y en las *Metamorfosis* (VII 1-424), donde se narran sus aventuras desde que se enamora en la Cólquide hasta que se ve obligada a huir de Atenas por haber intentado envenenar a Teseo, con particular demora en los detalles del mágico rejuvenecimiento de Esón y de la muerte de Pelias; en ambas obras, la venerable leyenda argonáutica ha devenido mero contexto de los amores, conjuros y angustias de Medea, moza enamorada a la vez que hechicera temible, ambigua e inquietante mujer cuyo destino trágico no deja de resultar problemático cuando se escribe en metro heroico[47].

El poeta que, en tiempos de Vespasiano, se proponga componer una epopeya acerca de la gesta de los argonautas hallará ante sí un camino largamente trillado que, en pos de Medea, se ha ido desviando hacia las umbrías de la tragedia. Y la dificultad del empeño resulta acrecida por el hecho de que, en Roma, escribir poesía épica después de Virgilio obliga a sobreponerse a Virgilio, a intentar salir airoso del desigual combate con la imponente tradición que, nacida de Homero, se había alzado con el genio del Mantuano a una cumbre inalcanzable. De hecho, la *Eneida* influirá en todos los aspectos del tratamiento nuevo que dé Valerio Flaco a la vieja materia argonáutica, empezando por la estructura de su poema.

2. *Estructura*

La tradición mítico-literaria acerca de la travesía de la Argo proporcionaba a Valerio Flaco una fábula de marcado carácter episódico. En las *Argonáuticas* del Rodio, la acción principal se veía hasta cierto punto fragmentada en lances sucesivos entre los cuales no se daba conexión estrecha, y el protagonismo de Jasón resultaba difuminado por las aventuras de algunos de sus hombres durante el viaje de ida y por la presencia de Medea después. Mas el poeta romano ha procurado dar orden y coherencia a su narración, y ha recurrido para ello al modelo que le ofrecía Virgilio[48]. Así, encontramos en Valerio (V 217-221) una invocación a la musa que, sin coincidir exactamente con la división en libros, a diferencia de lo que ocurría en Apolonio (III 1-5), preludia la prosecución del relato, a modo de proemio intermedio análogo a aquel que, ya comenzado el libro VII (37-45), dividía la *Eneida* en dos mitades, «odiseica» la primera (I 1-VII 36) e «iliádica» la segunda (VII 37-XII 952). De esta analogía, corroborada por ulteriores correspondencias[49], se infiere la bipartición de las *Argonáuticas* latinas, que cuentan igualmente un fabuloso viaje por mar en su parte «odiseica» (I 1-V 216) y una encarnizada guerra en su parte «iliádica» (V 217-VIII 467)[50]. No conviene, sin embargo, extremar el paralelismo, porque, si bien es cierto que Valerio reordena la narración del Rodio según el esquema del Mantuano, también lo es que, en este como en otros aspectos de su poética, la referencia constante a la *Eneida* no sólo no menoscaba la propia creatividad, sino que ayuda a ponerla de manifiesto.

Mientras que la *Eneida* comienza *in medias res*, el relato de Valerio sigue, como el de Apolonio, un orden lineal desde el encargo de Pelias hasta el inicio del viaje de regreso, y tan sólo introduce narraciones retrospectivas en boca de un personaje (el músico Orfeo) a la hora de relatar prehistorias particulares como la del vellocino de oro (I 277-293) y la del Bósforo (IV 344-421)[51]. Mas tampoco se ciñe nuestro autor al hilo narrativo de las *Argonáuticas* griegas, y esto es particularmente constatable en el libro I. Al proemio apoloniano (I 1-22) seguía inmediatamente el catálogo de los argonautas, pero Valerio ha intercalado entre ambos elementos la confrontación entre el tirano Pelias y el héroe Jasón (I 22-63), las deliberaciones de este y su plegaria a Juno y a Minerva (64-120), la construcción de la nave Argo (121-148), el rapto de Acasto (149-183), el sacrificio propiciatorio y el banquete (184-293), el sueño de Jasón (294-310) y la despedida de sus padres (310-349). Los nombres de los marinos se enumeran, por fin, al tiempo que estos van ocupando los bancos del buque (350-486)[52], y a la partida sigue un concilio divino durante el que Júpiter explica a los dioses el sentido de la aventura que comienza (498-573). Sufren luego los argonautas una tempestad (574-692), con lo que se invierte el orden en que esta y la escena olímpica se presentaban en el I de la *Eneida*, (50 ss.; 223 ss.), y concluye después el libro con la muerte de los padres de Jasón (693-

850), que no se hallaba en Apolonio[53]; ambos episodios dan comienzo a la narración propiamente dicha, después de que la mayor parte del libro I se haya consagrado a la exposición y motivación general de la gesta[54].

La travesía sigue su curso a lo largo de los tres libros siguientes, en los cuales se suceden en el orden prescrito por Apolonio episodios de protagonismo colectivo, como los de Lemnos (II 72-427) y Cízico (II 627-III 458), o individual, como la lucha de Pólux contra Ámico (IV 99-343) y la de los hijos de Bóreas contra las harpías (IV 422-528). El papel de Jasón es, no obstante, central: él se abandona al amor de la reina de Lemnos y él mata al rey Cízico, él pregunta a Fineo, el adivino liberado de las harpías, por los peligros que la navegación les reserva (IV 529-636), él dirige como arrojado capitán el paso de la Argo entre las Simplégades (IV 637-710), y él es el primero en recibir la felicitación del rey Lico por la derrota de Ámico (IV 740-762). En la primera parte de la *Argonáuticas* romanas, el protagonismo del Esónida no resulta, pues, menoscabado por el carácter colectivo de la aventura, pero sí amenazado por la preponderancia de un héroe lo bastante robusto como para desequilibrar cualquier parangón.

La tradición mítica seguida tanto por Valerio (III 509 ss.) como por Apolonio (I 1187 ss.) deja a Hércules a medio camino de la Cólquide haciendo que los argonautas lo abandonen en Misia mientras busca a su favorito Hilas, que ha sido raptado por la ninfa de una fuente; pero el épico romano ha potenciado extraordinariamente la relevancia estructural del gran héroe de Tirinto en la primera parte del poema[55]. Ha suprimido la nota del Rodio (I 1212 ss.) que le imputaba a Hércules la muerte de Tiodamante, padre de Hilas, y también el pasaje relativo a su combate contra los terrígenas de Cízico (I 989 ss.), pero le ha hecho protagonizar dos episodios añadidos a la versión helenística: en las costas de Troya libra a la princesa Hesíona del monstruo marino que estaba a punto de devorarla (II 445-578)[56], y en el Cáucaso mata al buitre que le comía las entrañas a Prometeo (IV 58-81; V 154-176)[57]. El primer lance le ofrece al Tirintio la posibilidad de demostrar su heroísmo individual y sobrehumano después de haberle reprochado duramente a Jasón los amores de Lemnos (II 373-384), y el segundo le devuelve la plena estatura heroica después de la impotencia en que lo ha sumido la pérdida de su amado Hilas (III 565-597); en ambas aventuras, aparece Hércules como martillo de males y liberador de afligidos, según una perspectiva no ajena a cierta exégesis alegorizante de cuño estoico[58]. Así, mientras que en la parte «odiseica» de la *Eneida* no dejaba de centrarse en el personaje de Eneas, la «odisea» de las *Argonáuticas* incluye una especie de «Heracleida» que culmina con la liberación de Prometeo[59], justo antes de que los argonautas arriben a la Cólquide en vísperas de una «ilíada» que tendrá menor alcance del que parecen prometer los paralelismos con el modelo virgiliano[60].

El proemio intermedio de la *Eneida* anunciaba el carácter fundamentalmente marcial

de la sección «iliádica», concebida como «obra mayor» *(maius opus* VII 45) con respecto a la precedente sección «odiseica». Pero Valerio, al informar del tema de su «otro canto» *(cantus alios* V 217), no sólo anticipa las guerras de Jasón que habrá de narrar en el libro VI *(Thessalici bella ducis* 218), sino también el loco enamoramiento que lleva a Medea a pactar con el forastero traicionando a su padre *(furias infandaque natae / foedera* 219-220), objeto del libro VII, y la presencia de la Colca a bordo de la Argo durante el viaje de regreso *(horrenda trepidam sub virgine puppem* 220), que se hará realidad en el libro VIII. En efecto, la guerra en la que los argonautas apoyan a Eetes contra su hermano Perses, que Flaco introduce en su narración desmarcándose de todas las versiones conocidas de la saga[61], no sirve para obtener el vellocino, a pesar de que el tirano lo había prometido como recompensa por la ayuda de los griegos, de modo que el fracaso de la «ilíada» o solución bélica devuelve el desarrollo de la acción al cauce tradicional: será el amor atormentado de Medea, y no el heroísmo guerrero de Jasón, la fuerza que ponga al fin en manos de este la piel del carnero de Frixo. A una primera parte que contrapone el heroísmo de Hércules al de Jasón sigue, pues, una segunda que liga inextricablemente la hazañas del Esónida al destino de Medea.

No parece, sin embargo, que Valerio haya tenido la intención de llevar la historia de la Colca hasta los horrores de Corinto, empeño difícilmente realizable si, como todo parece indicar, su plan de trabajo no comportó más libros que los ocho que conocemos[62]. Las dos tétradas de las *Argonáuticas* doblan los cuatro libros de Apolonio siguiendo el modelo de las dos héxadas de la *Eneida*, de tal modo que a la obra del romano, interrumpida abruptamente en el verso 467 del libro VIII (mientras el Esónida intenta explicarse con la Eétide después de que esta haya presentido su propósito de entregarla a Absirto, que se ha lanzado en persecución de la Argo), le bastarían unos trescientos versos para igualar en extensión a la del Rodio (constan de 5.592 hexámetros la primera y de 5.835 la segunda)[63]. Además, entre el libro I y el VIII se dan correspondencias que, probablemente, estaban llamadas a rematar el relato mediante el recurso a la composición en anillo[64].

Descartada la posibilidad de que el proyecto de Flaco haya comprendido diez o doce libros[65], el contenido de los trescientos o cuatrocientos versos con los que habría quedado completo el libro VIII es y seguirá siendo objeto de conjetura, pero no parece factible que incluyera crímenes aún lejanos de Medea como la muerte de Pelias o el asesinato de sus propios hijos. Nuestro autor podría haber narrado a un ritmo más o menos acelerado el regreso de los argonautas a la Hélade[66], siguiendo en todo o en parte la ruta trazada por Apolonio en su libro IV[67], y acaso la Argo se transformara al final del poema en constelación como había sido anunciado en el proemio (I, 4)[68]. Aunque recientemente se ha aventurado la hipótesis de que las *Argonáuticas* tuviesen más bien

un final abierto al modo de la *Eneida*, con la muerte de Absirto en el lugar de la de Turno[69].

3. *Poética*

En la estimación de los méritos poéticos de Valerio Flaco ha pesado el prejuicio estético contra la latinidad argéntea atizado por la filología decimonónica, así como la lectura historicista que veía en el «neoclasicismo» de la épica flavia un correlato cultural de la restauración política del principado, acometida por un Vespasiano empeñado en reverdecer los laureles de Augusto[70]. Pero nuestro poeta no es el adalid de una contrarreforma del gusto inducida por los Flavios, sino el laborioso epígono que, ascendiendo de la imitación a la emulación, refunde en el crisol de su ingenio una pesada tradición literaria con el propósito de aquilatar una palabra poética propia, tildada por los modernos de «clásica» o «neoclásica», pero también de «romántica», de «barroca», de «manierista» y aun de «parnasiana»[71]. No es, desde luego, Valerio Flaco un Apolonio envuelto en la toga de Virgilio, ni su inevitable dependencia del Mantuano resulta tan «servil» como se le antojó al gran Wilamowitz[72].

La compleja relectura que hace nuestro autor de las fuentes de tema argonáutico a través del prisma «clásico» de Virgilio no es ajena a la lente «barroca» que, en pos de Ovidio, aplicaron con maestría Lucano a la épica y Séneca a la tragedia. Si, hasta cierto punto, Valerio ha aligerado su relato de la erudición geográfica, etnográfica y etiológica incorporada por Apolonio[73], lo ha recargado, en cambio, de alambicadas referencias intertextuales de cuyo desciframiento por parte de un *lector doctus* depende en buena medida el efecto estético pretendido[74]. Las *Argonáuticas* griegas, cuyo conocimiento se requiere incluso para la simple comprensión de algunos pasajes Valerianos[75], procuran el argumento y la trama, pero algunos episodios se funden en los moldes proporcionados por famosas escenas de la épica latina. Las terribles tempestades marinas (I 574 ss.; VIII 318 ss.) son deudoras de la que abre la *Eneida* (I 50 ss.)[76], y la muerte de los padres de Jasón (I 730 ss.) lo es a la vez de la necromancia lucanea (*Farsalia* VI 589 ss.) y de la catábasis virgiliana (*En*. VI 236 ss.), así como del suicido de Dido (*En*. IV 607 ss.)[77]; la liberación de Hesíona por Hércules (II 451 ss.) reescribe el episodio ovidiano de Perseo y Andrómeda (*Metamorfosis* IV 668 ss.)[78], y el pugilato de Pólux contra Ámico (IV 252 ss.) el de los virgilianos Dares y Entelo (*En*. V 368 ss.)[79]. Aun de prosistas como Diodoro[80] y Heródoto[81] se sirve Flaco para alterar el contenido y el enfoque de la narración del Rodio, y hasta en casos en que sigue de cerca la línea trazada por este se permite oblicuas alusiones a las versiones desechadas[82].

El lector familiarizado con las *Argonáuticas* griegas ha de percibir la novedad de las

romanas desde la primera palabra del primer verso: *Prima deum magnis canimus freta pervia natis*. Para Valerio, la Argo no es solamente una nave ilustre, sino la primera que surcó los mares, según una idea poco difundida entre los griegos pero muy cara a los romanos[83]. La aventura de los argonautas se propone de esta manera como conquista del piélago por el hombre, como avance fundamental en el dominio de lo ignoto, como humanización de lo inhumano[84]. Así se la plantea el propio Jasón a su primo Acasto para instigarlo a participar en la travesía (I 168 ss.). Mas no desconoce el héroe la otra cara de la moneda: en su plegaria a los dioses marinos (I 194 ss.), intenta descargarse de la culpa sacrílega que pueda nacer de la profanación de un elemento vedado a los mortales, con un resquemor profundamente senecano que compartirán sus hombres aterrorizados por la tormenta (I 627 s.). A la visión optimista que entiende la navegación como progreso se opone así la visión pesimista, propiamente romana, que la condena como pecado contra el orden natural[85]. Y a la ambivalencia de la acción épica responde la ambigüedad del protagonista.

El Jasón de Apolonio ha sido tachado de antihéroe, de «héroe del amor», de héroe forzado[86]. Flaco, en cambio, dota de estatura heroica a su protagonista desde que opone la reconocida hombría de Jasón a las astucias de un Pelias dibujado con los trazos típicos de los tiranos de las tragedias de Séneca (I 29 s.)[87]. El héroe de Valerio actúa desde los primeros momentos y a lo largo de toda la narración como *ductor*, como caudillo indiscutible de los argonautas, quienes, según el Rodio (I 336 ss.), aceptaban al Esónida como tal sólo después de que Heracles hubiera rechazado este cometido[88]. Mientras que el Jasón griego se plegaba dolientemente a la necesidad (I 298 ss.; II 624 ss.), el romano es sensible al estímulo de la Gloria personificada (I 75 ss.). La motivación pasiva, la obediencia resignada al mandato de Pelias, resulta así desplazada por una motivación psicológica activa que se encontraba ya en Diodoro (IV 40,1 s.)[89]; pero, si la autonomía del protagonista Valeriano tiende a realzar su heroísmo, puede igualmente delatar un reprobable anhelo egoísta de fama. Si este se ve enseguida compensado por el recurso a la religión (I 79 ss.), que acercaría al héroe de las *Argonáuticas* al modelo del *pius Aeneas*[90], es cuestión discutida[91], como lo es el significado que pueda tener para menoscabo o aumento del heroísmo del Esónida la reiterada comparación con Hércules (I 34 ss.; V 486 ss.; VII 622 ss.; VIII 125 s.; 230 s.)[92]. Aunque abriga serias dudas con respecto al éxito de su empresa, Jasón las oculta para embaucar al ingenuo Acasto (I 150 ss.), demostrando una capacidad de simulación que poco tiene que envidiar a la que Pelias ha empleado contra él mismo al proponerle la busca del vellocino (I 38 ss.)[93]. Si de confrontarse con los dioses se trata, tan pronto descarga en el tirano la culpa de su obligada irrupción en el reino de Neptuno (I 198 ss.) como atribuye a la responsabilidad de Júpiter la apertura del tráfico marítimo (I 240 ss.)[94].

El restablecimiento de la causalidad divina suprimida por Lucano constituye un elemento determinante a la hora de postular el «clasicismo» de la poética valeriana. Nuestro autor se ha decantado por la epopeya mitológica y ha introducido en su narración el aparato divino desalojado de la epopeya histórica por el «barroco» autor de la *Farsalia*. Ha enriquecido con una prehistoria basada en la ira de una diosa (respectivamente, Venus, Cibeles y Juno) los episodios de Lemnos (II 82 ss.), de Cízico (III 19 ss.) y de Hilas (III 509 ss.), que carecían de esta motivación en el relato de Apolonio[95]; y, mediante una solemne profecía de Júpiter (I 531 ss.) que evoca la pronunciada por el mismo dios en el I de la *Eneida* (257 ss.), ha encuadrado la travesía de los argonautas en un vasto designio sobrenatural que, con la inauguración de las hostilidades intercontinentales, abandonada la desidia del reino de Saturno, prevé el paso de la hegemonía mundial de Asia a Grecia mediante la guerra de Troya, en la idea de que el rapto de Medea prefigura el de Helena[96]. Mas, a diferencia de Eneas, Jasón no puede saber que su hazaña responde a un plan ineluctable del destino. No le han transmitido ningún mensaje al respecto las sucesivas profecías de Mopso (I 205 ss.), de Idmón (I 227 ss.) y de Fineo (IV 553 ss.), ni tampoco el sueño en que se le ha aparecido la encina de Dodona (I 300 ss.); y las evocaciones que él mismo hace de oráculos desconocidos para el lector resultan desesperadamente elusivas (III 299 ss.; 617 ss.)[97]. Entre el campo divino y el humano no se da, pues, la progresiva comunicación que los acercaba en Virgilio, como si el abismo abierto por Lucano no se hubiera cerrado del todo[98]. Además, pronto amenaza Júpiter con dejar la prosecución de la acción épica en manos de Juno, que ha de llamar en su ayuda a las Furias y a Venus (IV 1 ss.); y, efectivamente, se desentiende de Jasón y de los suyos una vez que estos han arribado a la Cólquide (V 672 ss.)[99]. En adelante, Juno y Venus fraguarán el enamoramiento de Medea y la acosarán implacablemente hasta vencer su resistencia (V 280 ss.; VI 429 ss.; VII 153 ss.; 210 ss.); mas, en ausencia de un Júpiter cuya soberana autoridad pueda ser identificada con el hado, el aparato divino corre el riesgo de verse degradado a reflejo poético de las pasiones humanas[100].

No es todo amor furioso en la segunda parte de las *Argonáuticas*, pero incluso la guerra narrada por Flaco en el libro VI está enderezada a consolidar la atracción que siente Medea por el Esónida, cuyo arrojo en el combate admira desde las murallas (575 ss.)[101]. Los argonautas luchan en calidad de aliados de Eetes contra su hermano Perses, que le disputa el trono, en la vana esperanza de que el pérfido rey les entregue como recompensa el vellocino, de modo que estas lides inútiles se enmarcan en el sombrío cuadro de una guerra civil o, lo que es peor, fratricida, y Valerio se lo hace ver al lector evocando las guerras civiles romanas mediante un símil (VI 401 ss.)[102]. Fratricida ha sido ya, en cierto modo, la sacrílega batalla nocturna entre aliados desatada en Cízico, donde

la confusión estuvo a punto de hacer que se acometieran los gemelos Cástor y Pólux (III 186 ss.). Valerio ha introducido en el relato argonáutico la gran épica marcial que le era ajena, pero las batallas de su héroe resultan más cercanas a los combates impíos de la *Farsalia* y de la *Tebaida* que a las sobrehumanas proezas homéricas o a las providenciales gestas virgilianas[103].

La recurrencia de la guerra civil y la reaparición sucesiva del tipo del tirano en los personajes de Pelias, de Laomedonte y de Eetes[104], así como las reminiscencias políticas del suicidio de Esón, equiparable a los de ilustres víctimas de Nerón como Séneca o Trásea Peto[105], ensombrecen considerablemente las connotaciones romanas del poema Valeriano. El plan universal de Júpiter contempla el «reinado larguísimo» del pueblo llamado a suceder a Grecia en la hegemonía (I 558 ss.), pero no el «imperio sin fin» concedido por el Júpiter de Virgilio (I 279) a una Roma que el de Flaco ni siquiera menciona por su nombre[106]; en consecuencia, la perduración del Imperio, que garantizaba la fortuna de la *Eneida* (IX 446 ss.), se propone como condición no segura de la pervivencia de las *Argonáuticas* (II 245 s.)[107]. La teleología trascendente del modelo virgiliano, que presentaba el mito de Eneas como prehistoria de la grandeza de Roma, se ve así desplazada por una teleología inmanente que, sin traspasar los lindes del mito, apunta al epílogo trágico de la gesta de Jasón.

En efecto, una de las novedades más chocantes que plantea Valerio al lector de Apolonio consiste en la reiterada prefiguración del abandono y la venganza de Medea, que pone en juego tanto los recursos anticipatorios propios de la epopeya como la ironía trágica[108]. No sólo emplea nuestro autor dos vaticinios (I 224 ss.; VIII 248 ss.), un sueño premonitorio (V 338 ss.) y una écfrasis profética (V 442 ss.), además de comentarios omniscientes del narrador (VI 45 ss.) y de los dioses (IV 13 s.; VI 500 ss.), sino que también desliza en los parlamentos de los personajes humanos palabras ambiguas que, a despecho de la ignorancia de quien las pronuncia, suscitan en la memoria del lector el recuerdo de la matanza de Corinto (VII 310 ss.; 505 ss.; VIII 108; 148; 420 ss.)[109]. Y la frecuencia de estas alusiones, creciente en la segunda parte de la obra, va difuminando la cualidad épica de la gesta de los argonautas, abocada desde Eurípides a un final trágico que se presiente cada vez más próximo[110].

No parece, en fin, que Valerio haya querido componer una celebración poética de los Flavios, en el mismo sentido en que el lector de época flavia o neroniana pueden haber entendido la *Eneida* como celebración poética de los Julios[111]. El hiato entre dioses y hombres, la relevancia de la guerra civil y la incertidumbre acerca del destino de Roma demuestran que no estribó el propósito de nuestro autor en restaurar la épica «clásica», virgiliana, después de la subversión «barroca» operada en el género por Lucano. A los autores flavios no les queda más remedio que integrar de algún modo en la poética de

Virgilio la poética del anti-Virgilio[112], y este casamiento desigual subyace en buena medida a la complejidad de una laboriosa reescritura que, consciente de su propio retardo, henchida de tradición libresca, compensa la obligada veneración a los precursores con la docta ironía de los epígonos[113].

4. *Estilo*

La lengua poética de Valerio Flaco es, como la de Silio Itálico y como la de Estacio, virgiliana en lo fundamental; no admite el color arcaizante heredado de Ennio por Lucrecio, ni se abre al experimentalismo y a la hinchazón retórica de Lucano[114]. Desarrolla, sin embargo, considerablemente la creación léxica[115], ya forjando palabras nuevas (sobre todo nombres de agente[116] y adjetivos compuestos[117] y deverbales)[118], ya mediante la atribución de acepciones inusitadas a palabras conocidas[119]. No presenta anomalías insólitas en el tratamiento de los casos[120], salvo por el uso del acusativo como objeto directo de participios pasivos con significado activo[121]. En el plano verbal, incluye un extravagante ejemplo de enálage del infinitivo por el imperativo (*adhibere* III 412).

Lo más reseñable en cuanto a la sintaxis, además de algunas elaboradas «infracciones»[122] de la *consecutio temporum*[123], es la manera en que la parataxis propia del estilo virgiliano se ve complicada por la afición de Valerio a la *variatio*[124], que lo lleva a alterar la concordancia[125] y a hacer depender de un mismo predicado diversos casos[126] y proposiciones subordinadas[127], y es especialmente apreciable en la alternancia de los tiempos y modos verbales propios de la narración[128]; tendencia a la quiebra de la *concinnitas* clásica que, aun cuando encuentre un contrapeso en la simetría proporcionada por el empleo del quiasmo[129], resulta reforzada por la frecuencia con que se altera el orden de palabras normal mediante figuras caras al «manierismo» posclásico[130], como el hipérbaton[131] y la anástrofe[132].

A la rebuscada dificultad del estilo Valeriano contribuye asimismo la *brevitas*[133], la intrincada concentración expresiva lograda a base de zeugmas[134], de elipsis[135] y de braquilogías audaces[136]. Mas no por ello destierra Flaco de su poema las clásicas figuras de efecto redundante[137], como el pleonasmo[138], la hendíadis[139] y la anáfora[140], ni renuncia a ornamentos como el oxímoron[141].

Nuestro poeta permanece fiel a los usos virgilianos en lo relativo a la aliteración[142] y a las metonimias y sinécdoques convencionales (cf. III.2), si bien demuestra singular capacidad para la metáfora[143]. Merece ser destacada su tendencia a la personificación[144] de sustantivos abstractos o concretos inanimados, bien asignándoles la función de

sujeto[145] bien atribuyéndoles adjetivalmente cualidades humanas[146], muchas veces por hipálage[147]. Por lo que atañe a una figura tan genuinamente épica como el símil[148], Valerio se muestra más cercano a la gravedad homérica que a la ligereza alejandrina de Apolonio, aun cuando a menudo introduce comparaciones más para realzar la agitación psicológica de los personajes que para ilustrar situaciones objetivas[149]; en los símiles recabados del mundo natural y del quehacer cotidiano[150], despliega el talento para la hipotiposis[151] exhibido en otros pasajes del poema[152]. La influencia de la retórica en la invención y disposición de los discursos es patente, pero menguada con respecto a Lucano[153], y este comedimiento «clásico» de nuestro autor se percibe también en lo reducido del número de *sententiae*[154].

La métrica de las *Argonáuticas*[155]se caracteriza por el predominio del dáctilo sobre el espondeo, por la evitación del hexámetro espondaico (excepto en I 468), por la restricción de la elisión y por la abundancia de versos trimembres. Los tres primeros rasgos son propios de la regularidad del hexámetro ovidiano, notablemente monótono frente al de Virgilio, mientras que el cuarto entronca con la versificación lucanea. A pesar de la escasez de versos áureos[156], delatan el cuidado puesto por Valerio en la colocación de las palabras otros factores, como la frecuencia con que aparece el polisíndeton *-que* … *-que* en cláusula de hexámetro y la gran cantidad de versos leoninos[157].

5. *Fortuna*

De que la obra de Valerio Flaco fue conocida y estimada por sus contemporáneos, a pesar de que ninguno salvo Quintiliano (X, 1, 90) haya mencionado al autor por su nombre, nos dan sobradas pruebas Silio Itálico[158] y Estacio, quien no sólo evoca esporádicamente pasajes Valerianos[159] sino que también emula en su *Tebaida* (IV 739-V 598) el espantable relato de la matanza de los hombres de Lemnos a manos de sus mujeres (II 82-427)[160]. Por lo que respecta a escritores no épicos, y aun detractores encarnizados de la épica, se han hallado alusiones más o menos veladas a nuestro poeta en Marcial[161] y en Juvenal[162]. Ya en el siglo v, parecen haber conocido las *Argonáuticas* el cartaginés Draconcio, cuyo epilio *Hilas* muestra indicios de imitación[163], y el galo Sidonio Apolinar, quien pudo haberse servido de la erudición geográfica de Flaco para su panegírico de Mayoriano (*Poemas* V)[164]. Menos seguros parecen los ecos que se han querido detectar en otros autores tardoantiguos[165], aun cuando son muy notables los paralelismos que guardan con la epopeya flavia las *Argonáuticas Órficas*[166] y la *De excidio Troiae historia* del apócrifo Dares Frigio[167].

Ni el nombre ni pasaje alguno de Valerio Flaco nos ha sido transmitido por

testimonio de gramáticos o comentaristas; las *Argonáuticas* latinas no llegaron a adquirir reputación de obra clásica ni entraron en el canon escolar, por lo que su difusión durante la Edad Media fue más bien limitada. Entre los siglos XII y XIII circulaban en el norte de Francia algunos versos escogidos a través de florilegios[168], además de unas glosas a las *Metamorfosis* de Ovidio que recogen dos citas valerianas no incluidas en éstos[169]. Los humanistas paduanos Lovato Lovati († 1309) y Albertino Mussato († 1329) tuvieron, quizás, acceso directo a la obra[170], y el poeta inglés Chaucer († 1400) cita en *The Legend of Good Women* (v. 1457) el título *Argonauticon*, que se halla tan sólo en la tradición manuscrita de Valerio[171]; conviene, empero, cierta cautela a la hora de postular que el poema haya sido conocido en Italia antes del siglo XV, o que haya pasado a la abadía alemana de Fulda, donde hacia el siglo IX se copió el códice más antiguo que nos ha llegado (Vaticanus Latinus 3277), tras una fase insular de la transmisión[172].

El redescubrimiento de Valerio Flaco se produjo, ya en pleno Renacimiento italiano, gracias a dos hitos fundamentales. En 1416, el incansable buscador de manuscritos Poggio Bracciolini halló en la abadía suiza de Sankz Galllen un códice que contenía parte de las *Argonáuticas* (I 1- IV 317): el Sangallensis posteriormente perdido, reconstruible a partir de apógrafos entre los que se cuenta la copia hecha por el propio Poggio (Matritensis 8514). En 1429, el humanista florentino Niccolò Niccoli se ocupó de transcribir un antiguo códice que contenía el entero texto conocido del poema (I 1 - VIII 467), y a esta copia suya (Laurentianus plut. 39, 38) se remontan los manuscritos *recentiores* italianos y la edición príncipe, impresa en Bolonia en 1474 por Ugo Rugerius y Doninus Bertochus[173]. Pero habrá que esperar al siglo siguiente para que, merced a la notable proliferación de ediciones impresas de las *Argonáuticas*, comience a percibirse el influjo de Valerio Flaco en la literatura, y aun en las artes figurativas[174]. Además del singular caso que supone el *Supplementum* latino de dos libros añadido por Giovanni Battista Pio a su edición boloñesa de 1519[175], son dignas de nota las imitaciones y alusiones señaladas en *Os Lusíadas* de Camões[176] y en la *Gerusalemme liberata* de Tasso[177], así como en la obra de Rabelais[178] y en los poemas latinos de Milton[179].

La primera edición española se publicó en Alcalá de Henares en 1524 por obra del maestro Lorenzo Balbo de Lillo[180], quien, en sus dos dedicatorias al canciller Pedro de Lerma, proporciona sabrosas noticias acerca del interés despertado por la epopeya de Flaco entre profesores y alumnos de la Universidad Complutense[181]. Sus notas fueron reproducidas íntegramente en la edición de Andrés Escoto (Ginebra, 1617) y en la de Pieter Burman (Leiden, 1724), y parcialmente en la de Gottlieb Cristoph Harles (Altemburgo, 1781)[182]. A la «feliz casualidad» que le puso en las manos un ejemplar de la edición de Burman a Javier de León Bendicho y Qüilty, académico correspondiente de la Real de la Historia, debemos la primera traducción de las *Argonáuticas* al español;

decidido a «trasladar por completo a nuestro hermoso idioma un poema que, traducido en verso a varias lenguas modernas, en España, ni aun en prosa jamás había alcanzado esta fortuna»[183], publicó don Javier en Madrid entre 1868 y 1869 su notabilísima versión polimétrica en dos volúmenes más un tercero con el texto latino basado en la edición de Lemaire (1824-1825), subtitulado *secunda editio Hispana* en homenaje a Balbo. Existe, empero, una edición ursaonense de las *Argonáuticas* dedicada en 1553 a don Juan Téllez-Girón, cuarto conde de Ureña, por el catedrático Alfonso Ayllón[184], quien no duda en proponer la lectura del poema Valeriano para ilustración de don Pedro, primogénito de su mecenas y futuro primer duque de Osuna[185]. A despecho del desdén moralizante de Luis Vives[186], gozó, pues, Valerio Flaco de cierto aprecio entre humanistas y literatos españoles, entre los que parece haberse contado el mismísimo Lope de Vega[187].

Mas, por la época en que Javier de León Bendicho se proponía dar a Flaco en España la difusión de que había gozado antes en el extranjero, los juicios negativos acerca de la supuesta falta de originalidad del épico flavio, considerado servil imitador de Virgilio y de Apolonio de Rodas por la filología y la crítica literaria posrománticas, comenzaban a eclipsar su fortuna literaria. Un año antes que viera la luz la primera traducción española, las *Argonáuticas* dejaban todavía una impronta perfectamente reconocible en *The Life and Death of Jason*, poema inglés de William Morris[188], pero pronto iban a quedar atrás los tiempos en que la lectura de nuestro poeta alentaba en los escritos de un Byron o de un Coleridge[189].

III. EL TEXTO

1. *La tradición*

El texto de las *Argonáuticas* de Valerio Flaco nos ha sido transmitido por los siguientes manuscritos:

V Vaticanus Latinus 3277; Fulda, s. IX; contiene I 1-VIII 467 (salvo los pasajes copiados en cinco folios que faltan).

S Sangallensis; San Galo, s. IX o X; descubierto por Poggio Bracciolini et al. en 1416 y no mucho después perdido; contenía I 1-IV 317 (salvo algunas omisiones); ha sido reconstruido a partir de seis apógrafos del s. XV:

- **X** Matritensis 8514
- **P** Vaticanus Latinus 1613

Π Vaticanus Latinus 1614
O Vaticanus Ottobonianus 1258
Q Oxoniensis Reginensis 314
Mal Malatestianus Caesenas S. XII 3

L Laurentianus plut. 39, 38; copiado en Florencia por Niccoló Niccoli antes de noviembre de 1429; contiene I 1-VIII 467.

De L proceden los demás manuscritos humanísticos italianos y la edición príncipe boloñesa de 1474. Pero fue V, en cuyo texto se basó por primera vez Pio para la edición que publicó en 1519, el testimonio del que se hizo depender durante largo tiempo toda una tradición reducida a *codices descripti*, según sostuvieron tras los pasos de Thilo (1863) los sucesivos editores teubnerianos Baehrens (1875), Kramer (1913) y Courtney (1970). Corresponde a Widu-Wolfgang Ehlers el mérito de haber demostrado la independencia de L, copia renacentista de un manuscrito datable entre los siglos V y VI[190] que podría ser el arquetipo (ω) o, cuando menos, el hiparquetipo (γ) del que proceden las dos ramas principales de la tradición (L y α, antígrafo de V y S)[191]; así, el hasta entonces desatendido L resultaba hijo de un códice perdido del que V podía ser a lo sumo nieto, y desplazaba consecuentemente a este en el *stemma codicum*.

No había cumplido una década la edición teubneriana de Ehlers (1980) cuando la *communis opinio* imperante a lo largo del siglo pasado sufrió un segundo vuelco, esta vez en lo referente a la autoridad del llamado *codex Carrionis* (C). Luis Carrión, nacido en Brujas de padres españoles, publicó en Amberes en 1565 y 1566 dos ediciones sucesivas de las *Argonáuticas*, acompañadas respectivamente de *scholia* y *castigationes* en los que se remitía a un *vetus codex ante sexcentos annos conscriptus* cuyo texto se interrumpía en el v. 105 del libro VIII. Salvo honrosas excepciones[192], desconfiaron de tal testimonio la mayoría de los estudiosos, dudando de la capacidad del jovencísimo editor para datar correctamente el códice (que sería, en realidad, un *recentior* apógrafo de V) y aun de su buena fe, en la idea de que habría pretendido hacer pasar por *lectiones traditae* sus propias conjeturas atribuyéndolas a un manuscrito inexistente. De vindicar la competencia y la integridad profesional de Carrión se encargó P. Ruth Taylor, demostrando además que el perdido C representaba una rama de la tradición independiente de V, S y L y proponiendo su identificación con un Valerio Flaco presente en la biblioteca belga de Lobbes en los siglos XI-XII [193]. Mas la suerte le reservó al hasta entonces escéptico Ehlers el honor de confirmar la existencia del *vetus codex* mediante el sensacional hallazgo del que tuvo que haber sido su último folio, un pergamino del siglo XII reutilizado en el XVI como folio de guarda de un ritual de la abadía de Marchiennes que contiene los vv. 46-105 del libro VIII, conocido como «fragmento de Douai» (Δ) por haber sido encontrado la Biblioteca Municipal de esta ciudad francesa[194]. El códice de

Carrión, testimonio de una tradición independiente conocida también por los nueve *florilegia* procedentes del norte de Francia (**f**)[195], adquiría al fin carta de naturaleza en el *stemma* de la edición de Liberman (1997-2002), la primera cuyo aparato crítico recoge minuciosamente el testimonio del precoz humanista hispanoflamenco.

2. *La traducción*

La presente traducción de las *Argonáuticas* es la tercera en lengua española, tras la de Javier de León Bendicho y Qüilty (1868-1869), que se publicó acompañada del texto latino (cf. II.5), y la de Santiago López Moreda (1996), que no proporciona noticia alguna acerca de la edición o ediciones en que se basa. Hemos seguido el texto de Ehlers (1980), aun cuando la fecunda labor crítica de que ha sido objeto el poema de Valerio Flaco en los últimos tiempos nos ha llevado a disentir del último editor teubneriano en no pocos pasajes, consignados en la Tabla de discrepancias (cf. III.3). A este respecto, nos ha sido de particular utilidad la edición de Liberman (1997-2002); hemos cotejado su traducción francesa con la inglesa de Mozley (1934), con la italiana de Caviglia (1999) y con la alemana, excepcionalmente literal, de Dräger (2003). Las notas y, en ocasiones, el texto son por lo demás deudores de la larga tradición exégetica nacida con las ediciones humanísticas y recientemente vivificada por los numerosos comentarios parciales incluidos en la Bibliografía, sobre los que destacan por su amplitud y permanente utilidad los perpetuos de Langen (1896-1897) y de Spaltenstein (2002-2005). Seguimos concretamente a Kleywegt (2005) al rechazar la transposición de Kennernecht (I 403-410 *post* I 382), aceptada por todos los editores del pasado siglo salvo Kramer (1913)[196].

Hemos intentado ofrecer una traducción fiel al original latino, reflejando en el texto español tanto la común dicción épica heredada de Virgilio por sus epígonos como el estilo personal de nuestro autor. En consecuencia, hemos mantenido sinécdoques y metonimias convencionales («popa», «quilla», «pino», «fresno» por «barco»; «techos» por «casa»; «ejes» por «carro»; «cabeza» por «persona»; «abeto», «encina» por «lanza»; «Baco» por «vino»; «Ceres» por «cereal» o por «pan»; «Marte» por «guerra»; «penates» por «familia» o por «casa»; «Osa» por «Norte»), y hemos transcrito directamente epítetos compuestos como el enniano *Bellipotens*, «poderoso en la guerra» (I 529), el acciano *Armipotens*, «poderoso con las armas» (III 253), el virgiliano *Ignipotens*, «poderoso con el fuego» (II 80; V 452), y los Valerianos *Solígena*, «hijo del Sol» (V 223, 317) y *Arquipotens*, «poderoso con el arco» (V 17). Asimismo, hemos intentado reflejar en la medida de lo posible rasgos del estilo Valeriano como las variaciones sintácticas y las expresiones braquilógicas (cf. II.4).

Allí donde el estado lagunoso del texto lo aconsejaba, hemos adoptado, de acuerdo con las normas de esta colección, algunas conjeturas que se insertan entre paréntesis

angulares, al igual que los pasajes suplidos ya en la edición de Ehlers; mediante asteriscos se señalan, en cambio, las lagunas que no hemos creído necesario rellenar. Entre corchetes figuran los pasajes atetizados, ya traducidos, ya simplemente indicados mediante puntos suspensivos. En contados lugares de particular ambigüedad (I 90, 253, 423; II 369; VII 72), hemos apuntado a pie de página versiones alternativas.

3. *Tabla de discrepancias*

La presente tabla no incluye los cambios en la ortografía y en la puntuación, a no ser que resulten determinantes para la interpretación del texto o que enmienden erratas. La sigla ω designa la lectura del arquetipo por acuerdo entre los testimonios de γ y de C. Las siglas de los *codices recentiores* dependientes de L (no recogidas en III. 1) podrá hallarlas el lector interesado en las ediciones de Ehlers y de Liberman. Las ediciones incunables, incluidas en la Bibliografía, se citan por la inicial del lugar de publicación y la fecha (e. gr. *B-1474* = Bolonia, 1474).

	EHLERS	RÍO
I 19	seu tu ... seu γ	si tu ... sed *Baehrens*
I 76	queat *erratum*	queat?
I 90	cingent? *erratum*	cingent
I 130	*lac. post* sperata γ	insperatos *Gronovius*
I 149	haec γ	nec *Pius*
I 150	at *Heinsius*	et γ
I 199	†tamen† ω	tamen ω
I 214	amplexus γ	amplexu *Heinsius*
I 277	testitudine *erratum*	testudine
I 399	laeva *Delz*	vacua γ
I 403-410	*post* 382 *Kennernecht*	*post* 402, 411-412 *Kleywegt*
I 413ss.	*post* 412 γ	*post* 410 *Kleywegt*

	Ehlers	Río
I 445	pendet *erratum*	pendit
I 515	rerum G *V-1523*	regum γ
I 552	Troiae *Pius*	Troiam γ
I 567	expertus remeavit *erratum*	expertus terras remeavit
I 637	†tota† γ	toti *Köstlin*
I 671	†t opus† γ	stare et opus *Bosscha*
I 748	saevas *erratum*	saevos γ
I 756	circumspicit, Aeson *Delz*	circumspicit Aeson *vulgo*
I 785	terrifici *B-1474*	terrificis γ
	sacri γ	sacris Chis *Burman*
I 830	placet *Ehlers*	iuvet *Sudhaus*
II 61	mens stat *Heinsius*	monstrant γ
II 75	erexit *Bury*	exegit γ
II 103	eadem *Sudhaus*	ea cum γ
II 116	vaga R[1] *Heinsius*	vagam γ
II 283	paribus *Bailey*	patrios γ
	furiis *Courtney*	furtis γ
	accendere γ	accedere *B-1474*
II 328	loco *erratum*	loci
II 387	vix *Thilo*	quique *V-1523*
II 431	transitque *B-1474*	crescitque E
II 450	obtendit *Madvig*	ostendit γ
II 517	nox tum *Thilo*	necdum γ
II 521	arcu *Columbus*	arcum γ
II 529	impulerat *Thilo*	impulerit γ
II 554	miratur *erratum*	mirantur
II 572	duria *Politianus F-1503*	Dorica C
II 582	hic *erratum*	hinc
II 592	Haemoniae *erratum*	Haemoniis
II 593	domus γ	domo *Heinsius*
II 631	sub L	per [S]
II 642	†longaque† γ	regnaque *Thilo*
III 9	†coniux persocia vestes† γ	‹oneratque superbis› *V-1523*
III 76-78	*textus non interruptus*	*lac. Langen et al.*

	Ehlers	Río
III 133	acri *Heinsius*	arcu γ
III 134	pectore γ	†pectore† *Liberman*
III 140	librataque *Bailey*	deductaque *Gronovius*
III 170	fatum *Kramer*	fatis γ
III 219	labentem *erratum*	labentum
III 223	habitus *Heinsius*	ausus *Baehrens*
III 335	pecudumque γ	pecudesque *Hoeufft*
III 336	funereae γ	inferiae *Heinsius*
III 350	rerum γ f	regum *Gronovius*
III 410	tenebrasque *Gronovius*	terrasque γ
III 412	te *Koster*	tu γ
	adhibere γ	adhibe M²
III 440	pectora per medios γ	per medios ‹Mopsus› *Liberman*
III 462	‹summis› L¹	*lac. post* ardua γ
III 506	aetusque ω	astusque *B-1498*
III 513	pulso *Columbus*	puro *Wakefield*
III 519	†movebo† γ	per omnem C
III 638	serens *Ven.1523*	furens C (ferens γ)
	fera [S]	periuria *Köstlin*
	iurgia γ	
III 664	fax γ	pax *Heinsius*
IV 23	munera *erratum*	munere
IV 175	dulce *Håkanson*	dolet γ
IV 196	*lac. post 195 Pomponius Laetus*	taurus aquis qui primus init spernitque tumentem C
IV 251	peto *Burman*	pete γ
IV 252	saeva *Ehlers*	sera γ
IV 565	labant γ	labent *Heinsius*
IV 573	speranda *Sudhaus*	properanda Reg *B-1474*
IV 609	incitet *erratum*	incitat
IV 716	tot *Baehrens*	totidem sunt *Wistrand*
	desint γ	
IV 724	invehit R²	invenit C *Pius*

	Ehlers	Río
V 62	cinerem *erratum*	cineremque
V 106	te *erratum*	teque
V 196	†durae properanti† γ	prora properanti *Baehrens*
V 467	†rogitant†que γ	stipantque *Loehbach*
V 484	illa ω	ille *Gronovius*
	†cremantia† ω	prementia *Baehrens*
VI 5	pubem *V-1523*	puppem γ
VI 42	ipsa *erratum*	ipse
VI 59	vulnere *erratum*	vulnera
VI 123	gelidae *Loehbach*	aliae *Peerlkamp* (-que aliae γ)
VI 128	miri *Damsté*	miseri γ
VI 208	†gleacit† γ	Gelae T[1] R[1]
		iacit C
VI 344	†propius† γ	pugnis *Watt*
VI 385	propulit L	prodidit *Gronovius*
VI 389	acumine *Delz*	ab agmine ω
VI 417	haud usquam γ	†haut usquam† *Liberman*
	†neque in peste revinctos† γ	neque cura cavere C
VI 443	ignis L	illi *Zinzerling*
VI 500	usquam L[1]	usque V
VI 538	nocturni ... simulamina *Heinsius*	nocturnis ... simulacra γ
	Panis γ	rapinis C
VII 41	Minyae *Heinsius*	cerno γ
VII 55	descendet γ	-it *B-1498*
VII 56	repetet ω	rapuit ... ? Bon *B-1498 Voss*
VII 57	ante ... cernam *Ehlers*	haut *Liberman* (aut γ)
		statui ω
VII 201A	†etiam spectare supremos† γ	‹putes miserae quod linquitur unum› *Kramer*
VII 244	†menti† γ	membra Thilo
VII 285	at *Fontius F-1503*	ut γ C[1]
VII 302	infectis γ (*susp. in app.*)	innexis *Bury*
VII 318	denegat ω	dein negat *Orville*

	Ehlers	Río
	†in ira† ω	obire *Madvig*
VII 452	‹in istis› *Thilo*	‹in ipsis› Reg *B-1474*
VII 521	*lac. post* Hecates *Leo*	Hecates nostrique vigoris γ
VII 531	tacet retinens *Delz*	trahit ridens γ
VII 534	[ut] R? *Langen*	ut γ
VII 560	orbibus L	‹axibus urus› *Delz*
	axis† γ	
VII 604	si γ	cum *Balbus*
VII 629	clamorque J C^1	clamore γ
	tubaeque γ	tubaque *Fontius*
VIII 62	contra γ Δ	non iam *Reuss*
	ac C Δ	haud *Baehrens*
VIII 232	adsunt unanimes γ	adnuit unanimis *Meyncke*
VIII 286	*lac. post* remigis *Leo*	‹ipse recentis / transtra ruit panditque novis› *Sudhaus*
VIII 330	abruptus *erratum*	abrupta
VIII 378	Minyas *erratum*	Minyae
VIII 365	alius *erratum*	aliud
VIII 415	vir L^1	quid *Heinsius*
VIII 419	merear *Bailey*	vereor γ
VIII 431	comitemque *erratum*	comitumque
VIII 460	siles?	siles *Liberman*
VIII 463	stet *erratum*	stetit

ABREVIATURAS

ANRW	H. TEMPORINI, W. HAASE, eds., *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, Berlín, De Gruyter, 1972-.
BERNABÉ	A. BERNABÉ PAJARES, ed., *Poetarum epicorum Graecorum testimonia et fragmenta*, Leipzig-Berlín, Teubner-Saur-De Gruyter, 1987-2007.
FGrHist	F. JACOBY, ed., *Die Fragmente der griechischen Historiker*, Berlín, Weidmann, 1923-1958.
KANNICHT	R. KANNICHT, ed., *Tragicorum Graecorum fragmenta*, V, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2004.
MATTHEWS	V. J. MATTHEWS, ed., *Antimachus of Colophon: Text and Commentary*, Leiden, Brill, 1996.
MERKELBACH-WEST	R. MERKELBACH, M. L. WEST, eds., *Fragmenta Hesiodea*, Oxford, Oxford Univ. Press, 1967
PFEIFFER	R. PFEIFFER, ed., *Callimachus*, Oxford, Oxford Univ. Press, 1949-1953.
PMG	D. L. PAGE, ed., *Poetae melici Graeci*, Oxford, Oxford Univ. Press, 1962.
RADT	S. RADT, ed., *Tragicorum Graecorum fragmenta*, III-IV, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1977-1985.
RIBBECK	O. RIBBECK, ed., *Scaenicae Romanorum poesis fragmenta*, Leipzig, Teubner, 1871-1873.
SCHIERL	P. SCHIERL, ed., *Die Tragödien des Pacuvius*, Berlín, De Gruyter, 2006.
SNELL	B. SNELL, ed., *Tragicorum Graecorum fragmenta*, I, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1971.
VAHLEN	I. VAHLEN, ed., *Ennianae poesis reliquiae*, Ámsterdam, Hakkert, 1963.
WEST	M. L. WEST, ed., *Iambi et elegi Graeci ante Alexandrum cantati*, Oxford, Oxford Univ. Press, 1989-1992.

BIBLIOGRAFÍA

I. Ediciones, traducciones y comentarios

1. *Principales ediciones anteriores a 1800*

Bolonia, U. Rugerius y D. Bertochus, 1474 (ed. príncipe).
Florencia, S. J. de Ripoli, 1481.
Bolonia, B. Hectoreus, 1498.
Venecia, C. de Pensis, 1500 y 1501.
París, B. Ascensius, 1500 (ed. G. Aumen)
Florencia, F. di Giunta, 1503 y 1517 (ed. B. Ricardini).
París, B. Ascensius, 1511 y 1512 (ed. G. Aumen).
París, B. Ascensius, 1517 y 1519 (ed. A. Maserius).
Bolonia, H. Platonicus, 1519 (ed. G. B. Pio).
Venecia, Aldo Manucio, 1523.
Alcalá de Henares, M. de Eguía, 1524 (ed. L. Balbo).
Estrasburgo, I. Knoblochus, 1525 (ed. P. Engelbrecht).
París, S. Colinaeus, 1532 (ed. P. Engelbrecht).
Lyon, S. Gryphius, 1545 y 1548.
Osuna, J. de León, 1553 (ed. A. Ayllón)
Amberes, C. Plantinus, 1565 (ed. L. Carrión).
Amberes, C. Plantinus, 1566 (ed. L. Carrión).
Ginebra, Le Preux, 1617 (ed. A. Escoto).
Lyon, Iullieron, 1617 (ed. J. Zinzerling)
Leipzig, H. Grosius, 1630 (ed. L. Alarde)
Ámsterdam, H. Wetstenius,1680 (ed. N. Heinsius).
Utrecht, G. Water, 1702 (eds. N. Heinsius, P. Burman)
Leiden, S. Luchtmans, 1724 (ed. P. Burman).
Altemburgo, Richter, 1781 (ed. G. C. Harles).
Zweibrücken, Societas Bipontina, 1786.

2. *Ediciones, traducciones y comentarios posteriores a 1800*

J. A. WAGNER (1805), *Commentarius perpetuus in C. Valerii Flacci Setini Balbi Argonauticon libros VIII*, Gotinga, Dieterich.

A. DUREAU DE LAMALLE, ed., tr. (1811), *Argonautique de Valérius Flaccus, ou La conquête de la toison d'or*, París, Frères.

N. E. LEMAIRE, ed. (1824-1825), *C. Valerii Flacci Setini Balbi Argonauticon libros octo*, París, Didot.

J. J. A. CAUSSIN DE PERCEVAL, ed., tr. (1828), *L'Argonautique ou Conquête de la toison d'or*, París, Panckoucke.

A. HUGUET, ed. (1837), *C. Valerii Flacci Setini Balbi Argonauticon libri octo*, París, Panckoucke.

C. NISARD, ed., tr. (1843), *Lucrèce, Virgile, Valerius Flaccus. Oeuvres complètes, avec la traduction en français*, París, Dubochet.

G. THILO, ed. (1863), *C. Valerii Flacci Setini Balbi Argonauticon libri octo*, Halle, Orphanotropheum.

J. DE LEÓN BENDICHO Y QÜILTY, tr. (1868-1869), *Los Argonautas, poema latino de C. Valerio Flacco, traducido en versos castellanos e ilustrado con notas*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Aguado e Hijo.

C. SHENKL, ed. (1873), *C. Valerii Flacci Setini Balbi Argonauticon libri octo*, Berlín, Weidmann.

E. BAEHRENS, ed. (1875), *C. Valeri Flacci Setini Balbi Argonauticon libri octo*, Leipzig, Teubner.

P. LANGEN (1896-1897), *C. Valeri Flacci Setini Balbi Argonauticon libri octo*, Berlín, Calvary.

J. B. BURY, ed. (1900), *C. Valeri Flacci Argonauticon Libri VIII*, en J. P. POSTGATE (ed.), *Corpus Poetarum Latinorum*, III, Londres, Bell, 146-195.

C. GIARRATANO, ed. (1904), *C. Valeri Flacci Balbi Setini Argonauticon libri octo*, Milán, Sandron.

O. KRAMER, ed. (1913), *C. Valeri Flacci Setini Balbi Argonauticon libri octo*, Leipzig, Teubner.

J. H. MOZLEY ed., tr. (1936), *Valerius Flaccus: Argonautica*, Cambridge, Harvard Univ. Press.

E. COURTNEY, ed. (1970), *C. Valeri Flacci Argonauticon libri octo*, Leipzig, Teubner.

W.-W. EHLERS, ed. (1980), *Gai Valeri Flacci Setini Balbi Argonauticon libros octo*, Stuttgart, Teubner.

H. RUPPRECHT, ed., tr. (1987) *Caius Valerius Flaccus Setinus Balbus: Argonautica / Die Argonautenfahrt*, Mitterfels, Stolz.

M. KORN, (1989), *Valerius Flaccus, Argonautica 4.1-343. Ein Kommentar*, Hildesheim, Olms.

H. M. Poortvliet (1991a), *Valerius Flaccus, Argonautica, Book II. A Commentary*, Ámsterdam, VU Univ. Press.

A. Taliercio (1992), *C. Valerio Flacco: Argonautica, libro VII*, Roma, GEI.

H. Stadler (1993), *Valerius Flaccus*, Argonautica *VII. Ein Kommentar*, Hildesheim, Olms.

C. Campanini (1996), *Saggio di comento a Valerio Flacco* (Arg. *4. 99-198*), Florencia, La Nuova Italia.

S. López Moreda, tr. (1996), *Valerio Flaco: Las Argonáuticas*, Madrid, Akal.

H. J. W. Wijsman (1996), *Valerius Flaccus*, Argonautica, *Book V. A Commentary*, Leiden, Brill.

M. Fucecchi (1997), *La τειχοσκοπία e l'innamoramento di Medea. Saggio di comento a Valerio Flacco*, Argonautiche 6, *427-760*, Pisa, ETS.

A. Perutelli (1997), *C. Valerii Flacci Argonauticon liber VII. Introduzione, testo, traduzione e comento*, Florencia, Le Monnier.

G. Liberman ed., tr. (1997), *Valérius Flaccus: Argonautiques. Chants I-IV*, París, Les Belles Lettres.

F. Caviglia ed., tr. (1999), *Valerio Flacco: Le Argonautiche*, Milán, BUR.

D. R. Slavitt, tr. (1999), *The Voyage of the Argo. The Argonautica of Gaius Valerius Flaccus*, Baltimore, The John Hopkins Univ. Press.

H. J. W Wijsman (2000), *Valerius Flaccus*, Argonautica, *Book VI. A Commentary*, Leiden, Brill.

T. Baier (2001), *Valerius Flaccus: Argonautica, Buch VI. Einleitung und Kommentar*, Múnich, Beck.

G. Liberman, ed., tr. (2002), *Valérius Flaccus: Argonautiques. Chants V-VIII*, París, Les Belles Lettres.

J. Soubiran, ed., tr. (2002), *Valerius Flaccus: Argonautiques*, Lovaina, Peeters.

F. Spaltenstein (2002), *Commentaire des* Argonautica *de Valérius Flaccus (livres 1 et 2)*, Bruselas, Latomus.

P. Dräger, ed., tr. (2003), *C. Valerius Flaccus: Argonautica / Die Sendung der Argonauten*, Frankfurt, Lang.

F. Spaltenstein (2004a), *Commentaire des* Argonautica *de Valérius Flaccus (livres 3, 4 et 5)*, Bruselas, Latomus.

A. J. Kleywegt (2005), *Valerius Flaccus*, Argonautica, *Book I. A Commentary*, Leiden, Brill.

F. Spaltenstein (2005), *Commentaire des* Argonautica *de Valérius Flaccus (livres 6, 7, et 8)*, Bruselas, Latomus.

M. Fucecchi (2006), *Una guerra in Colchide. Valerio Flacco*, Argonautiche *6, 1-426. Introduzione, traduzione e commento*, Pisa, ETS.

D. GALLI (2007a), *Valerii Flacci* Argonautica *I. Commento*, Berlín, De Gruyter.

A. ZISSOS, (2008), *Valerius Flaccus*' Argonautica, *Book 1. A Commentary*, Oxford, Oxford Univ. Press.

M. BARICH, tr. (2009), *Valerius Flaccus: Argonautica*, Gambier, XOXOX Press.

M. MEIRELLES GOUVÊA JR., tr. (2010), *Gaio Valério Flaco: Cantos Argonáuticos*, Coímbra, Centro de Estudos Clássicos e Humanísticos.

II. REPERTORIOS BIBLIOGRÁFICOS, ENCICLOPEDIAS, ÍNDICES Y CONCORDANCIAS

W.-W. EHLERS (1971-1972), «Valerius Flaccus 1940-1971», *Lustrum* 16, 105-142.

R. HELM (1956), «Valerius Flaccus», *Lustrum* 1, 236-255.

M. KORN, W. A. SLABY (1988), *Concordantia in Valerii Flacci Argonautica*, Hildesheim, Olms.

A. C. KURFESS, (1955), «Valerius Flaccus Setinus Balbus», *Pauly's Real-Enciclopädie der classischen Altertumwissenschaft*, VIII A.1, coll. 9-15, Stuttgart, Druckenmüller.

M. SCAFFAI (1986a), «Rassegna di studi su Valerio Flacco (1938-1982)», *ANRW* II 32.4, 2359-2447.

W. SCHULTE (1935), *Index verborum Valerianus*, Dubuque, Schulte.

H. C. R. VELLA (1987), «Enjambment. A Bibliography and a Discussion of Common Passages in Apollonius of Rhodes and Valerius Flaccus», en A. Bonnano, H. C. R. Vella, eds., *Laurea Corona. Studies in honour of E. Coleiro*, Ámsterdam, Gruner, 151-165.

P. VENINI (1990), «Valerio Flacco», *Enciclopedia Virgiliana*, V, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 423-424.

III. OTROS

AA. VV. (1981), *Atti del Congresso Internazionale di Studi Vespasianei (Rieti, settembre 1979)*, Rieti, Centro di Studi Varroniani.

J. ADAMIETZ (1970), «Jason und Hercules in den Epen des Apollonios Rhodius und Valerius Flaccus», *Antike und Abenland* 16, 29-38.

J. ADAMIETZ (1976), *Zur Komposition der Argonautica des Valerius Flaccus*, Múnich,

Beck.

M. VON ALBRECHT (1977), «Die Erzählung von Io bei Ovid und Valerius Flaccus (*Met*. 1, 583-751; *Argon*. 3, 344-422)», *Würzb. Jahrbüch. Altertumswiss*. 3, 139-148.

M. VON ALBRECHT (1999), «Valerius Flaccus: *Elocutio*. The Myth of Io or the Magic of the Present Participle», en *Roman Epic. An Interpretative Introduction*, Leiden, Brill, 251-274.

L. ALFONSI (1970), «Antico e meno antico in Valerio Flacco», en K. Gaiser, ed., *Das Altertum und jedes neue Gute. Festschrift für Wolfgang Schadewaldt zum 15. März 1970*, Stuttgart, Kohlhammer, 117-132.

Mª C. ÁLVAREZ , R. Mª IGLESIAS (2002), «Cruce de géneros en las *Metamorfosis:* Medea entre la épica y la tragedia», en A. López, A. Pociña (2002), 411-445.

A. ARCELLASCHI (1990), *Médée dans le théâtre latin d'Ennius à Sénèque*. Roma, École Française de Rome.

G. ARICÒ (1991), «La vicenda di Lemno in Stazio e Valerio Flacco», en M. Korn, H. J. Tschiedel (1991), 197-210.

G. ARICÒ (1998), *«...ignotas iubet ire vias*. Die Io-Geschichte bei Valerius Flaccus», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 285-292.

V. AUHAGEN (1998), *«Heu quid agat?* – Erlebte Rede bei Valerius Flaccus und seinen Vorgängern», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 51-65.

V. AUHAGEN (2004), «Medea zwischen Ratio und Ratlosigkeit. Monologe bei Valerius Flaccus und Ovid (*met*. 7.11-71)», en F. Spaltenstein (2004b), 91-103.

W. BAHRENFUSS (1951), *Das Abenteuer der Argonauten auf Lemnos bei Apollonios Rhodios, Valerius Flaccus und Statius*, Kiel.

T. BAIER (1998), «Ursache und Funktion des Krieges gegen Perses in den *Argonautica* des Valerius Flaccus», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 319-334.

T. BAIER (2004), «Ekphraseis und Phantasiai bei Valerius Flaccus. Die Werbung der Argonauten und der Bau der Argo (*Arg*. 1.100-155)», en F. Spaltenstein (2004b), 11-23.

L. BALDINI MOSCADI (1999), *«Conterrita virgo*. Da Lucano a Valerio Flacco: un itinerario della memoria», *Invigilata Lucernis* 21, 43-53.

L. BALDINI MOSCADI (2000), «Les metamorphoses de la magicienne: la Médée de Valérius Flaccus», en *La Magie. Actes du Colloque International de Montpellier, 25-27 mars 1999*, II, Montpellier, Univ. Paul Valéry, 277-288.

A. BARCHIESI (2001): «Genealogie letterarie nell'epica imperiale. Fondamentalismo e ironia», *Entretiens Fondation Hardt* 47, 315-354.

H. BARDON (1962), «Le goût à l'époque des Flaviens», *Latomus* 21, 732-748.

H. BARDON (1981), «Les Flaviens et la littérature. Essai d'autocritique», en AA. VV. (1981), 175-94.

M. J. BARICH (1982), *Aspects of the Poetic Technique of Valerius Flaccus*, New Haven.

W. R. BARNES, (1981), «The Trojan War in Valerius Flaccus' *Argonautica », Hermes* 109, 360-370.

P. E. BARREDA (1999), «Don Javier de León Bendicho Qüilty, traductor de Valerio Flaco», en F. Lafarga, ed., *La traducción en España (1750-1830). Lengua, literatura, cultura*, Lérida, Ed. de la Universidad, 277-284.

F. BESSONE, (1991a), «Valerio Flacco e l'Apollonio commentato: proposte», *Materiali e Discusioni* 26, 31-46.

F. BESSONE (1991b), «Valerius, Apollonios und die Gleichnisse: Umformung der Vorlage und Kompositionstechnik», en M. Korn, H. J. Tschiedel (1991), 73-87.

F. BESSONE (1998), «Valerius Flaccus und die Medeen des Ovid», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 141-171.

A. BETTENWORTH (2003) «Giganten in Bebrykien. Die Rezeption der Amykosgeschichte bei Valerius Flaccus», *Hermes* 131, 312-322.

C. R. BEYE (1969), «Jason as Love Hero in Apollonius' *Argonautica», Gr. Rom. Byz. Stud*. 10, 31-55.

G. BILLANOVICH (1958), *«Veterum vestigia vatum* nei carmi dei primi preumanisti padovani», *Ital. Medioev. e Umanist*. 1, 155-243.

M. BILLERBECK (1986), «Stoizismus in der römischen Epik neronischer und flavischer Zeit», *ANRW* II 32.5, 3116-3151.

G. G. BIONDI (1984), *Il* nefas *argonautico*. Mythos *e* Logos *nella* Medea *di Seneca*, Bolonia, Pàtron.

F. BORMANN (1970), «Su alcuni reminiscenze virgiliane nell'episodio delle donne di Lemno in Valerio Flacco», en AA. VV., *Studia Florentina A. Ronconi sexagenario oblata*, Roma, Ed. dell'Ateneo, 41-50.

P. BOYANCÉ (1935), «Un rite de purification dans les *Argonautiques* de Valérius Flaccus», *Rev. Ét. Lat*. 13, 107-135.

P. BOYANCÉ (1964), «La science d'un quindécemvir au 1er siécle après J. C.», *Rev. Ét. Lat*. 42, 334-346.

B. K. BRASWELL (1988), *A Commentary on the Fourth Pythian Ode of Pindar*, Berlín, De Gruyter.

P. BRAUN (1869), *Observationes criticae et exegeticae in C. Valerii Flacci Argonautica*, Marburgo.

G. BRUGNOLI (1964), «Per la datazione del proemio di Valerio Flacco», *Stud. Salent*. 17, 169-170.

G. BRUGNOLI (1965), «Cultura e propaganda nella restaurazione dell'età flaviana», *Ann. Fac. Lett. Lecce* 1, 5-36.

E. BURCK (1970), «Kampf und Tod des Cyzicus bei Valerius Flaccus», *Rev. Ét. Lat*. 47

bis *(Mélanges Durry)*, 173-198.
E. BURCK (1971), *Vom römischen Manierismus. Von der Dichtung der frühen römischen Kaiserzeit*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
E. BURCK (1975), «Jasons Kämpfe in Kolchis bei Apollonios Rhodios und Valerius Flaccus», *Δώπημα Hans Diller zum 70. Geburtstag. Dauer und Überleben des antiken Geistes*, Atenas, Griechische Humanistische Gesellschaft, 11-43.
E. BURCK (1976), «Die Befreiung der Andromeda bei Ovid un der Hesione bei Valerius Flaccus (*Met*. 4.663-764; *Argon*. 2.451-578) », *Wien. Stud*. 10, 221-238.
E. BURCK (1978), *Unwetterszenen bei den flavischen Epikern*, Wiesbaden, Steiner.
E. BURCK, ed. (1979), *Das römische Epos*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
O. BUSSENIUS (1872), *De Valerii Flacci in adhibendis comparationibus usu*, Jena.
F. CAVIGLIA (2002), «Similitudini in Valerio Flacco: sotto il segno di Medea», *Aevum ant*. 2, 3-34.
G. CAMBIER (1963), «Louis Barré, traducteur de Valérius Flaccus», *Latomus* 22, 91-96.
G. CAMBIER (1964), «L'*editio princeps* des *Argonautiques* de Valérius Flaccus, Bologne, 1414», *Rev. Belge Phil*. 42, 1419-1420.
G. CAMBIER (1968), «Les *cognomina* de Valérius Flaccus», *Rev. Belge Phil*. 46, 584.
G. CAMBIER (1969), «Recherches chronologiques sur l'oeuvre et la vie de Valérius Flaccus», en J. Bibauw, ed., *Hommanges à M. Renard*, Bruselas, Latomus, 191-228.
A. CAMERON (2004), *Greek Mythography in the Roman World*, Nueva York, Oxford Univ. Press.
F. CARDERI (2008), «Le *ekphraseis* di Valerio Flacco tra novità e tradizione », *Hermes* 136, 214-226.
L. CARVALHO (1970), «Camões e Valerio Flaco», *Euphrosyne* 4, 195-202.
S. A. CECCHIN (1980), «Intreccio e tempo narrativo nelle *Argonautiche* di Valerio Flacco», *Civ. Class. Crist*. 1, 349-370.
S. A. CECCHIN (1984), «Giasone alla conquista del vello d'oro. Personaggio e intreccio nelle *Argonautiche* di Valerio Flacco», *Orpheus* 5, 271-318.
R. J. CLARE (2004), «Tradition and Originality: Allusion in Valerius Flaccus' Lemnian Episode», en M. R. Gale, ed., *Latin Epic and Didactic Poetry*, Swansea, Classical Press of Wales, 125-147.
J. J. CLAUSS (1993), *The Best of the Argonauts: The Redefinition of the Epic Hero in Book 1 of Apollonius'* Argonautica, Berkeley, Univ. of California Press.
J. J. CLAUSS, S. I. JOHNSTON, eds. (1997), *Medea: Essays on Medea in Myth, Literature, Philosophy, and Art*, Princeton, Princeton Univ. Press.
K. M. COLEMAN (1986), «The Emperor Domitian and Literature», *ANRW* II 32.4, 3087-3115.

S. CONTINO (1973), *Lingua e stile in Valerio Flacco*, Bolonia, Pàtron.
F. T. COULSON (1986), «New Evidence of the Circulation of the Text of Valerius Flaccus?», *Class. Phil.* 81, 8-60.
C. CRIADO (2000), «Statius. A Reflection upon the Application of Mannerism and Historical Baroque Concepts in Roman Literature», *Germanisch-Romanische Monatsschrift* 50, 299-331.
G. B. D'ALESSIO (2000): «Le *Argonautiche* di Cleone Curiense», en R. Pretagostini, ed., *La letteratura ellenistica. Problemi e prospettive di ricerca*, Roma, Quasar, 91-111.
M. A. DAVIS (1989), *«Ratis audax:* Valerius Flaccus' bold ship», *Ramus* 18, 46-73.
C. DOGNINI (2003), «Riflessi etruschi e anatolici nell'epos argonautico», *Athenaeum* 91, 11-28.
P. DRÄGER (1993), *Argo pasimelousa. Der Argonautenmythos in der griechischen und römischen Literatur. Teil I: Theos aitios*, Stuttgart, Steiner.
P. DRÄGER (1995), «Jasons Mutter – Wandlung von einer griechischen Heroine zu einer römischen Matrone», *Hermes* 123, 470-489.
P. DRÄGER (1998), «Zeus/Juppiter und Apollo(n): die Parallelität in der Handlungstruktur bei Homer, Vergil, Apollonios und Valerius», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 193-211.
P. DRÄGER (1999), «War die Argo das erste Schiff?», *Philologus* 142, 419-422.
P. DRÄGER (2004), «Die 'grossen' Argonauten in Iasons Mannschaft be Valerius Flaccus: ein übergeordnetes Auswahlprinzip», en F. Spaltenstein (2004b), 25-46.
M. J. EDWARDS (1999), «The Role of Hercules in Valerius Flaccus», *Latomus* 58, 150-163.
W.-W. EHLERS (1970), *Unterschungen zur handschriftlichen Überlieferung der Argonautica des C. Valerius Flaccus*, Múnich, Beck.
W.-W. EHLERS (1985), «Valerius-Probleme», *Mus. Helv.* 42, 334-350.
W.-W. EHLERS (1991), «Neuere Arbeiten zur Datierung und Überlieferung der *Argonautica* des Valerius Flaccus», en M. Korn, H. J. Tschiedel (1991), 17-34.
W.-W. EHLERS (1998), «Einhundert Jahre Prinzipat: über den Sinn der *Argonautica* des Valerius Flaccus», en J. Holzhausen, ed., *Ψυχή – anima – Seele. Festschrift für Karin Alt zum 7. Mai 1998*, Stuttgart, Teubner, 145-156.
U. EIGLER (1988), *Monologische Redeformen hei Valerius Flaccus*, Frankfurt, Athenäum.
U. EIGLER (1991), «Medea als Opfer. Die Götterintrige im VII. und VIII. Buch der *Argonautica* (VII 1-VIII 67)», en M. Korn, H. J. Tschiedel (1991), 155-172.
U. EIGLER (1998), «Valerius Flaccus: auf der Suche nach dem verlorenen Stil?», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998) 33-44.
U. EIGLER, E. LEFÈVRE, eds. (1998), *Ratis omnia vincet. Neue Untersuchungen zu den*

Argonautica des Valerius Flaccus, Múnich, Beck.
D. ELM (1998), «Venus und die Tradition der Furiendarstellung», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 249-258.
D. ELM (2004), «Götterdarstellung zwischen Auschaulichkeit und Abstraktion. Überlegungen zur Venusdarstellung und ihrer Interpretation durch Lessing», en F. Spaltenstein (2004b), 179-190.
D. ELM (2007), *Liebe als Wahnsinn. Die Konzeption der Göttin Venus in den Argonautica des Valerius Flaccus*, Stuttgart, Steiner.
H. D. EPHRON (1961), "The Jēson Tablet of Enkomi", *Harvard Stud. Class. Phil.* 65, 39-107.
P. ESPOSITO (2002), «Valerio Flacco: Tra similitudini, battaglie e proemi», *Aevum ant. 2*, 35-43.
D. ESTEFANÍA (1977), *Estructuras de la épica latina*, Madrid, Fundación Juan March.
D. ESTEFANÍA (1997), «La épica de época imperial», en C. Co-doñer, ed., *Historia de la literatura latina*, Madrid, Cátedra, 435-448.
D. C. FEENEY (1991), *The Gods in Epic. Poets and Critics of the Classical Tradition*, Oxford, Oxford Univ. Press.
D. FELETTI (1998), «Valerius Flaccus und die *Argonautae* des Varro Atacinus», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 109-121.
A. FERENCZI (1995), *«Sine honore labores*. Zum Virtusbegriff bei Valerius Flaccus», *Philologus* 139, 147-156.
A. FERENCZI (1996), «Die Götter bei Valerius Flaccus», *Wien. Humanist. Blätt.* 38, 37-48.
A. FERENCZI (1998), «Medea: eine Heldin», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 337-346.
A. FERENCZI (2004), «Narratologische Beobachtungen über die *Argonautica»*, en F. Spaltenstein (2004b), 47-54.
J. G. FITCH (1976), «Aspects of Valerius Flaccus' use of similes», *Transc. Amer. Philol. Assoc.* 106, 113-124.
S. FRANCHET D'ESPÈREY (1977), «Variations épiques sur un thème animalier», *Rev. Ét. Lat. 55*, 157-172.
S. FRANCHET D'ESPÈREY (1986), «Vespasien, Titus et la littérature», *ANRW* II 32.4, 3049-3086.
S. FRANCHET D'ESPÈREY (1988), «Une étrange descente aux enfers: le suicide d'Éson et Alciméde (Val. Fl., *Argon*. 1.730-851)», en D. Porte, J. P. Néradau, eds., *Hommages à H. Le Bonniec. Res Sacrae*, Bruselas, Latomus, 193-197.
S. FRANCHET D'ESPÈREY (1998), «L'univers des *Argonauti-ques* est-il absurde?», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 213-222.
S. FRANCHET D'ESPÉREY (2004), «Quelques réflexions sur la motivation dans les

Argonautiques de Valérius Flaccus», en F. Spaltenstein (2004b), 55-70.
E. FRANK (1967), «Structure of Valerius Flaccus' *Argonautica», Class. Bull*. 43, 38-39.
E. FRANK (1971), «An Ovidian episode in Valerius Flaccus' *Argonautica», Rend. Ist. Lomb*. 15, 320-329.
E. FRANK (1974), «Works of Art in the Epics of Valerius Flaccus and Silius Italicus», *Rend. Ist. Lomb*. 108, 837-844.
I. FRINGS (1998), «Die Rettung des Thoas», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 261-268.
O. FUÀ (1978), «A proposito di Valerio Flacco III 424-429», *Giorn. It. Fil*. 9, 306-309.
O. FUÀ (1986), «Il rifacimento eroico di Esone in Valerio Flacco: L'addio a Giasone (1.320 -347) », *Giorn. It. Fil*. 17, 267-273.
O. FUÀ (1988), «La presenza di Omero in Valerio Flacco», *Atti Acad. Scienze Torino* 122, 23-53.
O. FUÀ (1998-1999), «Ipotesti di una Centauromachia (Val. Fl. 1, 140-148)», *Sandalion* 21-22, 47-55.
O. FUÀ (2002), «Echi lucanei nella profezia di Mopso (Val. Fl. 1.207-226)», *Giorn. It. Fil*. 54, 105-115.
O. FUÀ (2003), «Rilievo di figure sacerdotali nell'opera del quindecemviro Valerio Flacco», *Giorn. It. Fil*. 55, 99-109.
O. FUÀ (2007), «Un inserto patetico in Valerio Flacco: la morte di Mirace (6, 690-724)», *Prometheus* 33, 145-155.
M. FUCECCHI (1996), «Il restauro dei modelli antichi: tradizione epica e tecnica manieristica in Valerio Flacco», *Materiali e Discusioni* 36, 101-165.
M. FUCECCHI (2002), «Giasone e le similitudini: Ambiguità e ossessione dei modelli eroici», *Aevum ant*. 2, 45-61.
M. FUCECCHI (2004), *«Quem circum vellera Martem / aspicio?* (Val. Fl. 1, 223 s.), ovvero: l'ira e i dubbi di una divinita 'disorientata'», en F. Spaltenstein (2004b), 107-129.
M. FUCECCHI (2005), «Uno scontro fra perdenti (Val. Fl. 6, 265-278): la sceneggiatura inconsueta di un antico duello "per amore"», en F. Gasti, G. Mazzoli, eds., *Modelli letterari e ideologia nell'età flavia*, Pavia, 57-76.
T. FUHRER (1998), «Ahnung und Wissen: zur Technik des Erzählens von Bekannten», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 11-26.
D. GAGLIARDI (1990), «Il parnassianesimo di Valerio Flacco: note stilistiche ed esegetiche», *Orpheus* 11, 43-64.
D. GAGLIARDI (1996), «L'epica post-lucanea. Sulla presenza di Virgilio nella poesia del primo Impero», *Orpheus* 17, 289-310.
D. GALLI (2002), «Influssi del Thyestes di Seneca nel libro I degli *Argonautica* di Valerio Flacco», *Aevum ant*. 2, 231-242.

D. GALLI (2005a), «Le fonti di Valerio Flacco nel libro I degli *Argonautica», Giorn. It. Fil.* 57, 131-155.
D. GALLI (2005b), «Per la struttura degli *Argonautica* di Valerio Flacco (I): I 1-573», *Maia* 57, 41-49.
D. GALLI (2005c), «Modelli d'intertestualità. La figura di Pelia in Valerio Flacco (Val. Fl. 1, 22-36)», *Philologus* 149, 366-371.
D. GALLI (2007b), «Per la struttura degli *Argonautica* di Valerio Flacco (II): I 574-850», *Maia* 59, 327-337.
D. GALLI (2007c), «Valerio Flacco (*Argon*. I) e gli scolii ad Apollonio Rodio: proposte», *Hermes* 135, 98-104.
C. GARCÍA GUAL (1971), «El argonauta Jasón y Medea. Análisis de un mito y su tradición literaria», *Habis* 2, 85-77.
R. W. GARSON (1963), «The Hylas episode in Valerius Flaccus' *Argonautica», Class. Quat*. 57, 260-267.
R. W. GARSON (1964), «Some Critical Observations on Valerius Flaccus' *Argonautica», Class. Quart*. 58, 267-279.
R. W. GARSON (1965), «Some Critical Observations on Valerius Flaccus' *Argonautica*, II», *Class. Quat*. 59, 104-120.
R. W. GARSON (1968), «Metrical Statistics of Valerius Flaccus' *Argonautica», Class. Quat*. 62, 376-379.
R. W. GARSON (1969), «Homeric Echoes in Valerius Flaccus' *Argonautica», Class. Quat*. 63, 362-366.
R. W. GARSON (1970), «Valerius Flaccus the Poet», *Class. Quat*. 64, 181-187.
U. GÄRTNER (1994), *Gehalt und Funktion der Gleichnisse bei Valerius Flaccus*, Stuttgart, Steiner.
U. GÄRTNER (1996), «Träume bei Valerius Flaccus», *Philologus* 140, 292-235.
U. GÄRTNER (1998a), *«Quae magis aspera curis nox*. Zur Bedeutung der Tageszeiten bei Valerius Flaccus», *Hermes* 126, 202-220.
U. GÄRTNER (1998b), «Zur Rolle von Personifikation und Allegorie bei Valerius Flaccus», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 67-85.
I. GEBBING (1878), *De C. Valerii Flacci tropis et figuris*, Marburgo.
R. J. GETTY (1936), «The date of composition of the *Argonautica* of Valerius Flaccus», *Class. Phil*. 31, 53-61.
R. J. GETTY (1940), «The Introduction to the *Argonautica* of Valerius Flaccus », *Class. Phil*. 35, 259-273.
B. J. GIBSON (2004), «The Repetitions of Hypsipyle», en M. R. Gale, ed., *Latin Epic and Didactic Poetry*, Swansea, Classical Press of Wales, 149-180.
M. GOETZ (1918), *De scholiastis Graecis poetarum Romano-rum auctoribus*

quaestiones selectae, Jena.

F. GRAF (1997), «Medea, the Enchantress from Afar: Remarks on a Well-Knowm Myth», en J. J. Clauss, S. I. Johnston (1997), 21-43.

J. GREIFF (1869), *De C. Valerii Flacci Argonauticis cum Vergili Maronis Aeneide comparandis*, Trento.

S. GREWE (1998), «Der Einfluss von Senecas *Medea* auf die *Argonautica* des Valerius Flaccus», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 173-190.

A. GROSS (2003), *Prophezeiungen und Prodigien in den Argonautica des Valerius Flaccus*, Múnich, Utz.

A. GRÜNEBERG (1893), *De Valerio Flacco imitatore*, Berlín.

E. M. HAPPLE, (1957), *Die drei ersten Fahrtepisoden in den Argonautika des Apollonios Rhodios und Valerius Flaccus*, Friburgo.

P. HARDIE (1993), *The Epic Successors of Virgil: A Study in the Dynamics of a Tradition*, Cambridge, Cambridge Univ. Press.

R. HARMAND (1898), *De Valerio Flacco Apolonii Rhodii imitatore*, Nancy.

R. HARMAND (1899), «Valérius Flaccus et les barbares», *Rev. Phil.* 23, 37-50.

J. M. HARTMANN (2003), *Flavische Epik im Spannungsfeld von generischer Tradition und zeitgenössischer Gesellschaft*, Frankfurt, Lang.

A. HEEREN (1899), *De chorographia a Valerio Flacco adhibita*, Gotinga.

M. A. J. HEERINK (2007), «Going a Step Further: Valerius Flaccus' Metapoetical Reading of Propertius' Hylas», *Class. Quat.* 57, 606-620.

D. HERSHKOWITZ (1998), *Valerius Flaccus'* Argonautica: *Abbreviated Voyages in Silver Latin Epic*, Oxford, Oxford Univ. Press.

K. W. D. HULL (1979), «The hero-concept in Valerius Flaccus», en C. Deroux, ed., *Studies in Latin Literature and Roman History*, I, Bruselas, Latomus, 379-409.

R. L. HUNTER (1993), *The* Argonautica *of Apollonius. Literary Studies*, Cambridge, Cambridge Univ. Press.

G. L. HUXLEY (1969), *Greek Epic Poetry from Eumelos to Panyassis*, Londres, Faber.

G. JACHMANN, G. (1935), «Eine Elegie des Properz. Ein Überlieferungsschiksal», *Rheinisches Mus.* 84, 193-240.

S. JACKSON (1997), «Argo: The First Ship?», *Rheinisches Mus.* 140, 249-257.

S. I. JOHNSTON (1997), «Corinthian Medea and the Cult of Hera Akraia», en J. J. Clauss, S. I. Johnston (1997), 44-70.

D. KENNERNECHT (1888), *Zur Argonautensage*, Bamberg.

A. J. KLEYWEGT (1986): «Die Dichtersprache des Valerius Flaccus», *ANRW* II, 32.4, 2448-2490.

A. J. KLEYWEGT (1991), «Die 'anderen' Argonauten», en M. Korn, H. J. Tschiedel (1991), 225-237.

A. J. KLEYWEGT (1998), «In eigener Sprache», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 45-49.
B. KOBUSCH, (2004), *Das Argonautica-Supplement des Giovanni Battista Pio*, Tréveris, WVT.
H. KÖSTERS (1893), *Quaestiones metricae et prosodicae ad Valerium Flaccum pertinentes*, Münster.
M. KORN (1991), «Valerius Flaccus und Vergil. Das Verhältnis von Nachamer und Meister in sprachlicher Hinsicht», en M. Korn, H. J. Tschiedel (1991), 45-55.
M. KORN, H. J. TSCHIEDEL, eds. (1991), *Ratis omnia vincet. Untersuchungen zu den Argonautica des Valerius Flaccus*, Hildesheim, Olms.
H. KÖSTERS (1893), *Quaestiones metricae et prosodicae ad Valerium Flaccum pertinentes*, Münster.
H. KÖSTLIN (1880), «Zum Valerius Flaccus», *Philologus* 39, 33-69, 233-257, 419-458.
H. KÖSTLIN (1889), «Zur Erklärung und Kritik des Valerius Flaccus», *Philologus* 48, 647-673.
H. KÖSTLIN (1891), «Zur Erklärung und Kritik des Valerius Flaccus», *Philologus* 50, 320-335.
H. O. KRÖNER (1968-1969), «Zu den künstlerischen Absichten des Valerius Flaccus. Die Darstellung des Faustkampfes zwischen Amycus und Pollux (4.252-314)», *Hermes* 96, 733-754.
A. LA PENNA (1981), «Tipi e modelli femminili nella poesia dell'epoca dei Flavi», en AA. VV. (1981), 223-251.
A. LA PENNA (2000), «Ila senza anfora ovvero Ila secondo Valerio Flacco», en *Eros dai cento volti. Modelli etici ed estetici nell'età dei Flavi*, Venecia, Marsilio, 169-182.
I. LANA (1981), «La politica culturale dei Flavi», en AA. VV. (1981), 85-103.
L. LANDOLFI (2002a), *«Rursus Hylan et rursus Hylan per longa reclamat / avia* (Val. Fl. *Arg*. 3, 596-597): intertestualità e dottrina nell'episodio di Ila (*Arg*. 3, 521-597)», *Pan* 20, 133-154.
L. LANDOLFI (2002b), «Tra *epos* e *pathos:* Orfeo, Io e le risorse dell'intertestualità (Val. Fl. *Arg*. 4, 344-422)», *Pan* 20, 155-174.
G. LAWALL (1966), «Apollonius' *Argonautica:* Jason as Anti-Hero», *Yale Class. Stud*. 19, 119-169.
E. LEFÈVRE (1971), *Das Prooemium der Argonautika des Valerius Flaccus. Ein Beitrag zur typik epischer Prooemien des römischer Kaiserzeit*, Wiesbaden, Steiner.
E. LEFÈVRE (1991), «Die Opfer-Szene im ersten Buch (1, 184-254) und das Iason-Bild in Valerius Flaccus' *Argonautica»*, en M. Korn, H. J. Tschiedel (1991), 173-180.
E. LEFÈVRE (1998), «Der *ordo rerum* in Valerius Flaccus' *Argonautica»*, en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 223-232.
E. LEFÈVRE (2004), «Das Götterbild in Valerius Flaccus' *Argonautica* in Rahmen der

epischen Dichtung der frühen Kaiserzeit», en F. Spaltenstein (2004b), 133-143.
R. LESUEUR (1978), «L'episode de Phinée dans Valérius Flaccus», *Pallas* 25, 41-58.
B. E. LEWIS (1984), «Valerius Flaccus' Portrait of Jason: Evidence from the Similes», *Acta Class*. 27, 91-100.
B. E. LEWIS (1987), «The significance of the location of Valerius Flaccus' second proem», *Mnemosyne* 40, 420-422.
A. LÓPEZ (2002), «Las mujeres de Medea en *Argonautica* de Gayo Valerio Flaco», en A. López, A. Pociña (2002), 671-689.
A. LÓPEZ, A. POCIÑA, eds. (2002), *Medeas. Versiones de un mito desde Grecia hasta hoy*. Granada, Univ. de Granada.
S. LÓPEZ MOREDA (2000), *Valerio Flaco*, Madrid, Ediciones Clásicas.
H. LOVATT (2006), «The female gaze in Flavian epic: looking out from the walls in Valerius Flaccus and Statius», en R. R. Nauta et al., eds., *Flavian Poetry*, Leiden, Brill, 59-78.
E. LÜTHJE (1971), *Gehalt und Aufriss der Argonautica des Valerius Flaccus*, Kiel.
D. T. MACGUIRE (1997), *Acts of Silence: Civil War, Tyranny, and Suicide in the Flavian Epics*, Hildesheim, Olms.
M. A. MALAMUD, D. T. MACGUIRE (1993), «Flavian Variant: Myth. Valerius' *Argonautica*», en A. J. Boyle, ed., *Roman Epic*, Londres, Routledge, 192-217.
A. MANGANO (1988), «Personaggi e fantasmi di un catalogo senza Muse: Valerio Flacco 1, 353-483», *Materiali e Discusioni* 20-21, 147-163.
M. MANITIUS, (1889), «Vorbilder und Nachamer des Valerius Flaccus», *Philologus* 48, 248-254.
G. MANUWALD (1998), «Die Bilder am Tempel in Kolkhis», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 307-318.
G. MANUWALD (1999), *Die Cyzicus-Episode und ihre Funktion in den Argonautica des Valerius Flaccus*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht.
G. MANUWALD (2000), «Der Tod der Eltern Jasons. Zu Valerius Flaccus, *Argonautica* 1.693-850», *Philologus* 144, 325-338.
G. MANUWALD (2002a), «Die Argonauten in Kolchis: der Mythos bei Valerius Flaccus und Corneille. "Argonautica" oder Iason und Medea in Iuppiters Weltenplan», *Antike und Abendland* 48, 43-67.
G. MANUWALD (2002b), «The Narrative Function of Similes in Valerius Flaccus' *Argonautica*. Comment on Franco Caviglia's Article», *Aevum (ant) 2*, 63-72.
G. MANUWALD (2004), «Hesione und der 'Weltenplan' in Valerius Flaccus' *Argonautica»*, en F. Spaltenstein (2004b), 145-162.
G. MANUWALD (2005), «Die Argonauten bei den Mariandyner und die Erzähltechnik in Valerius Flaccus' *Argonautica», Philologus* 149, 297-320.

G. MANUWALD (2008), «Phrixus, a refugee from Greece in Asia. His role in Valerius Flaccus' *Argonautica*», en L. Castagna, C. Riboldi, eds., *Amicitiae templa serena. Studi in onore di Giuseppe Aricò*, II, Milán, Vita e Pensiero, 987-1010.

J. M. K. MARTIN, (1937-1938), «Valerius Flaccus, Poet of Romance», *Greece and Rome* 7, 137-148.

D. J. MASTRONARDE, ed. (2002), *Euripides: Medea*, Cambridge, Cambridge Univ. Press.

V. J. MATTHEWS (1977), «Naupaktia und Argonautika», *Phoenix* 31, 189-207.

F. MEHMEL (1934), *Valerius Flaccus*, Hamburgo.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO (1950-1953), *Bibliografía hispanolatina clásica (Obras completas*, XLIV-LIII), Madrid, CSIC.

M. MENENDEZ Y PELAYO (1952-1953), *Biblioteca de traductores españoles (Obras completas*, LIV-LVII), Madrid, CSIC.

E. MERONE (1957), *Sulla lingua de Valerio Flacco*, Nápoles, Armanni.

K. MEULI (1921), *Odysee und Argonautika. Untersuchungen zur griechischen Sagengeschichte und zum Epos*, Säckingen, Mehr.

M. E. MONAGHAN (2005), «Juno and the Poet in Valerius' *Argonautica*», en M. Paschalis (2005), 9-27.

A. MOREAU (1994), *Le mythe de Jason et Médée. Le va-nu-pied et la sorcière*, París, Les Belles Lettres.

P. MURGATROYD (1992), «Setting in Six Versions of the Hylas Myth», en C. Deroux, ed., *Studies in Latin Literature and Roman History*, VI, Bruselas, Latomus, 84-93.

P. MURGATROYD (2006a), «Valerius Flaccus' Io Narrative», *Mus. Helv*. 63, 29-38.

P. MURGATROYD (2006b), «The Intervention of Typhos at Valerius Flaccus 4, 517 ff.», *Quad. Urb. Cult. Class*. 83, 83-86.

D. P. NELIS (2005), «The Reading of Orpheus: The *Orphic Argonautica* and the Epic Tradition», en M. Paschalis (2005), 169-192.

H.-G. NESSELRATH, (1998), «Jason und Absyrtus: Überlegungen zum Ende von Valerius Flaccus' *Argonautica*», en U. Eigler, E. Lefevre (1998), 347-354.

R. NORDERA (1969), «I virgilianismi in Valerio Flacco. Contributo a uno studio della lingua epica nell'età imperiale», en A. Traina, ed., *Contributi a tre poete latini (Valerio Flacco, Rutilio Namaziano, Pascoli)*, Bolonia, Pàtron.

M. PASCHALIS, ed., (2005), *Roman and Greek Imperial Epic*, Herakleion, Crete Univ. Press

O. PEDERZANI (1987), *«Curiositas* e classicismo nelle *Argonautiche* di Valerio Flacco», *Materiali e Discusioni* 18, 101-129.

O. PEDERZANI (1988), «I margini della civiltà e i confini del genere epico: Giasone e Medea in Valerio Flacco», *Aufidus* 5, 19-45.

T. PELLUCHI (2002), «Ercole e l'alcione: Morfologia e semantica di una similitudine sotto

il segno di Medea», *Aevum ant. 2*, 73-87.

T. PELLUCHI (2004), «Valerio Flacco, *Arg*. 4, 165. Laomedonte istigatore di Otreo», *Aevum* 78, 97-101.

T. PELLUCHI (2008), «Il personaggio di Ergino in Valerio Flacco», en L. Castagna, C. Riboldi, eds., *Amicitiae templa serena. Studi in onore di Giuseppe Aricò*, II, Milán, Vita e Pensiero, 1257-1287.

J. PERKINS (1974), «An Aspect of the Style of Valerius Flaccus' *Argonautica», Phoenix* 28, 290-313.

A. PERUTELLI (1982), «Pluralità di modelli e discontinuità narrativa: l'episodio della morte di Esone in Valerio Flacco (1, 747sgg.)», *Materiali e Discusioni* 7, 123-140.

A. PERUTELLI (1994), «Il sogno di Medea da Apollonio Rodio a Valerio Flacco», *Materiali e Discusioni* 33, 33-50.

A. PERUTELLI (2002), «Lo spazio allargato della similitudine», *Aevum ant. 2*, 89-97.

T. PEKKANEN (1980), «Exegetical Notes on the Latin Sources on Northern Europe», *Arctos* 14, 79-89.

J. PETERS (1890), *De C. Valerii Flacci vita et carmine*, Königsberg.

M. PIOT (1965), «Hercule chez les poètes du 1er siécle aprés Jésus-Christ», *Rev. Ét. Lat*. 43, 342-358.

W. POLLEICHTNER (2005), «Hercules' nutzlose Keule. Valerius Flaccus (1, 634 f.) kommentiert Apollonios von Rhodos (1, 532)», *Rheinisches Mus*. 148, 349-360.

E. POLLINI (1984), «Il motivo della *visendi cupido* nel Giasone di Valerio Flacco», *Maia* 36, 51-61.

E. POLLINI (1986), «Il *locus horridus* in Valerio Flacco», *Orpheus!*, 21-39.

H. M. POORTVLIET (1991b), «Valerius Flacus and the Last File», en M. Korn, H. J. Tschiedel (1991), 35-43.

H. H. POST (1958), *A Little Known Source of the* Lusiads, Groningen, Woltern.

R. PREISWERK (1934), «Zeitgeschichtliches bei Valerius Flaccus», *Philologus* 89, 433-442.

L. RADERMACHER (1938), *Mythos und Sage bei den Griechen*, Baden, Rohrer.

G. RAVENNA (1981), «Giasone e l'*enargheia: ekphrasis* ed economia narrativa (Val. Fl. 2, 629-fine)», *Orpheus* 2, 340-349.

M. L. RICCI (1977), «Di alcune similitudini mitologiche in Valerio Flacco», *Stud. It. Fil. Class*. 49, 145-196.

A. RÍO TORRES-MURCIANO (2005a), «La gigantomaquia en Valerio Flaco», en *Actas del XI Congreso de la Sociedad Española de Estudios Clásicos*, II, Madrid, SEEC, 927-934.

A. RÍO TORRES-MURCIANO (2005b), «El proemio de Valerio Flaco. Una lectura retórica», *Cuad. Fil. Clás. (Est. Lat.) 25*, 79-100.

A. Río Torres-Murciano (2006a), «Farsalia en la Cólquide. Acerca de dos símiles lucaneos en el libro VI de las *Argonauticas* de Valerio Flaco", *Emerita* 74, 201-216.

A. Río Torres-Murciano (2006b), «L'*ekphrasis* della nave Argo (Val. Fl. 1, 121-155): inversione speculare ed *evidentia», Atene e Roma* 51, 145-156.

A. Río Torres-Murciano (2007), *«Meus hic ratibus qui pascitur ignis* (Val F1.,2,658), o Cízico: un Héctor frustrado», *Cuad. Fil. Clás. (Est. Lat.)* 27, pp. 81-92.

F. Ripoll (1998), *La morale héroïque dans les épopées latines d'époque flavienne: tradition et innovation*, Lovaina, Peeters.

F. Ripoll, (1999), «Silius Italicus et Valérius Flaccus», *Rev. Ét. Anc*. 101, 499-521.

F. Ripoll (2002), «Le *Bellum Civile* de Pétrone: une épopée flavienne?», *Rev. Ét. Anc*. 104, 163-184.

F. Ripoll (2003a), «Jason héros épique et tragique au chant VII des *Argonautiques* de Valérius Flaccus», *Vita Latina* 169, 70-82.

F. Ripoll (2003b), «Perfidus tyrannus: le personnage d'Eétès dans les *Argonautiques* de Valérius Flaccus», *L'information littéraire* 55.4, 3-10.

F. Ripoll (2003c), «Vieillesse et héroïsme dans les épopées flaviennes: Silius Italicus et Valerius Flaccus», en B. Bakhouche, ed., *L'ancienneté chez les anciens*, II, Montpellier, Univ. Paul-Valéry, 653-676.

F. Ripoll (2004), «L'inspiration tragique au chant VII des *Argonautiques* de Valérius Flaccus», *Rev. Ét. Lat*. 82, 187-208.

F. Ripoll (2006), «Adaptations latines d'un theme homérique: la Théomachie», *Phoenix* 60, 236-258.

M. Rovira Soler (1978), «Datación de la *Argonáutica* órfica por su relación con la de Valerio Flaco», *Cuad. Fil. Clás*. 14, 171-206.

C. Salemme (1991), *Medea. Un antico mito in Valerio Flacco*, Nápoles, Loffredo.

J. Samuelsson (1899), *Studia in Valerium Flaccum*, Upsala, Almqvist & Wiksell.

M. Scaffai (1986b), «Il tiranno e le sue vittime nel I degli *Argonautica»*, en AA. VV., *Munus amicitiae. Scritti in memoria di Alessandro Ronconi*, I, Florencia, Le Monnier, 233-261.

M. Scaffai (1997), «Valerio Flacco e gli scoli: sondaggi dai libri 3 e 4 degli *Argonautica», Prometheus* 23, 40-58.

M. Scaffai (1998), «Un'eco di Euforione in Valerio Flacco?», *Prometheus* 24, 32-36.

P. Schenk (1986), *Die Zurücklassung des Herakles. Ein beispiel der epischen Kunst des Valerius Flaccus (3.598-725)*, Stuttgart, Steiner.

P. Schenk (1991), «Cyzicus, Perses und das Eingreifen der Götter», en M. Korn, H. J. Tschiedel (1991), 139-153.

P. Schenk (1998), «Pallas: ein Beitrag zum Götterbild des Valerius Flaccus», en U.

Eigler, E. Lefèvre (1998), 233-248.
P. SCHENK (1999), *Studien zur poetischen Kunst des Valerius Flaccus. Beobachtungen zur Ausgestaltung des Kriegsthemas*, Múnich, Beck.
C. SCHENKL, (1871), «Studien zu den *Argonautica* des Valerius Flaccus», *Sitz. Akad. Wiss. Wien* 68, 271-382.
W. SCHETTER (1959), «Die Buchzahl der Argonautica des Valerius Flaccus», *Philologus* 103, 297-308.
S. SCHIATTI (1992), «Le *Argonautiche* di Valerio Flacco tra epica nuova ed antica», en *La storia, la letteratura e l'arte a Roma da Tiberio a Domiziano. Atti del Convengo (Mantova, 4-7 ottobre 1990)*, Mantua, Accad. Naz. Virgiliana, 397-416.
F. SCHIMANN (1997), «Feuer auf Lemnos: Feuer und Furie in den *Argonautica* des Valerius Flaccus», en T. Baier, F. Schimann, eds., *Fabrica: Studien zur antiken Literatur und ihren Rezeption*, Stuttgart, Teubner, 102-128.
F. SCHIMANN (1998), «Valerius Flaccus und Vergil – *interpretatio Vergiliana*», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 123-139.
P. L. SCHMIDT (1976), «Polizian und der italianische Archetyp der Valerius Flaccus-Überlieferung», *Ital. Medioev. e Umanist*. 19, 241-256.
T. SCHMIT-NEUERBURG (2001), «Triumph der Medea? Kritische Bemerkungen zu den *Argonautica* des Valerius Flaccus», *Philologus* 145, 121-136.
U. SCHMITZER (1999), «*Praesaga ars* – zur literarischen Technik des Ekphrasis bei Valerius Flaccus», *Würzb. Jahrbüch. Altertumswiss*. 23, 143-160.
O. SCHÖNBERGER (1965), «Zum Weltbild der drei Epiker nach Lukan», *Helikon* 5, 123-145.
W. SCHUBERT (1984a), *Jupiter in den Epen der Flavierzeit*, Frankfurt, Lang.
W. SCHUBERT (1984b), «Von Bäumen und Menschen (Valerius Flaccus 7, 400-406)», *Arcadia* 19, 225-243.
W. SCHUBERT (1991), «*Socia luno*. Zur Gestalt der Götterkönigin in Valerius Flaccus' *Argonautica*», en M. Korn, H. J. Tschiedel (1991), 121-137.
W. SCHUBERT (1998), «Orpheus in den *Argonautica* des Valerius Flaccus», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 269-284.
E. SCHWARTZ (1880), *De Dionysio Scythobrachione*, Bonn.
K. SCOTT (1933), «The Date of Composition of the *Argonautica* of Valerius Flaccus», *Transc. Amer. Philol. Assoc*. 64, lxvi.
K. SCOTT (1934), «La data di composizione della Argonautica di Valerio Flacco», *Riv. Fil. Istr. Class*. 62, 474-481.
J. E. SHELTON (1971), *A Narrative Commentary on the* Argonautica *of Valerius Flaccus*, Nashville.
J. E. SHELTON (1974), «The Storm Scene in Valerius Flaccus», *Class. Journ*. 72, 14-22.

J. E. SHELTON (1984), «The Argonauts at Bebrycia. Preservation of Identity in the Latin *Argonautica», Class. Journ*. 80, 18-23.

C. SHREEVES (1978), *Landscape, Topography, and Geographical Notation in the* Argonautica *of Valerius Flaccus*, Chapel Hill.

E. M. SMALLWOOD (1962), «Valerius Flaccus' *Argonautica* 1.5-21», *Mnemosyne* 15, 170-172.

J. SOUBIRAN (1997), «Deux notes sur Valerius Flaccus», *Rev. Phil.*, 71, 119-132.

J. SOUBIRAN (2006), «Le ciel des Argonautes: Apollonios de Rhodes et Valerius Flaccus», *Pallas* 72, 123-135.

F. SPALTENSTEIN, ed. (2004b), *Untersuchungen zu den Argonautica des Valerius Flaccus. Ratis omnia vincet III*, Múnich, Beck.

H. STADLER (1991), «Hercules' Kampf mit dem Seeungeheuer (Val. Fl. 2, 497-549)», en M. Korn, H. J. Tschiedel (1991), 181-196.

R. B. STEELE (1930), «Interrelation of the Latin Poets under Domitian», *Class. Phil*. 25, 328-342.

T. STOVER (2003), «Confronting Medea: Genre, Gender, and Allusion in the *Argonautica* of Valerius Flaccus», *Class. Phil*. 98, 123-147.

J. STRAND (1972), *Notes on Valerius Flaccus' Argonautica*, Gotemburgo-Estocolmo, Almqvist & Wiksell.

H. STROH (1905), *Studien zu Valerius Flaccus, besonders über dessen Verhältnis zu Vergil*, Augsburgo.

W. C. SUMMERS, W. C. (1894), *A Study of the Argonautica of Valerius Flaccus*, Cambridge, Bell.

R. SYME (1929), «The *Argonautica* of Valerius Flaccus», *Class. Quat*. 23, 129-137.

A. TALIERCIO (1997), «Figure femminili nel libro VIII delle *Argonautiche* di Valerio Flacco e i modelli virgiliani», *Riv. Cult. Class. Med*. 39, 199-203.

V. TANDOI (1985), «Gli epici di fine I secolo dopo Cristo», *Atene e Rome* 30, 154-169.

P. R. TAYLOR (1989), «The Authority of the *Codex Carrionis* in the MS-Tradition of Valerius Flaccus», *Class. Quat*. 39, 451-471.

P. R. TAYLOR (1994), «Valerius' Flavian *Argonautica», Class. Quat*. 44, 212-235.

W. M. TERWOGT (1898), *Quaestiones Valerianae*, Ámsterdam.

A. TRAGLIA (1983), «Valerio Flacco, Apollonio Rodio, Virgilio. Gli episodi di Hylas e di Giasone e Medea», *Vichiana* 12, 304-325.

H. J. TSCHIEDEL (1991), «Medea-Zauberin und Liebende», en M. Korn, H. J. Tschiedel (1991), 211-223.

H. J. TSCHIEDEL (1998), «Prometheus und die *Argonautica»*, en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 293-305.

H. J. TSCHIEDEL (2002), *«Rebus semper pudor absit in artis* (Val. Flac. V 324)», *Aevum*

ant. 2, 107-117.
H. J. TSCHIEDEL (2003), «Apollonio Rodio e Valerio Flacco: l'umanità nel mito», en L. Belloni et al., eds., *L'officina ellenistica. Poesia dotta e popolare in Grecia e a Roma*, Trento, Univ. degli Studi di Trento, 17-33.
H. J. TSCHIEDEL (2004), «Peleus und Achill. Abschiedszenen bei Valerius Flaccus», en F. Spaltenstein (2004b), 165-176.
B. L. ULLMAN (1931), «Valerius Flaccus in the Mediaeval Florilegia», *Class. Phil.* 26, 21-30.
V. USSANI (1955), *Studio su Valerio Flacco*, Roma, Signorelli.
S. M. VAQUERO (1980), «Tifoeo, el cautivo del Etna (Val. Fl. II 24)», *Helmantica* 95, 245-249.
M. VALVERDE SÁNCHEZ, trad. (1996), *Apolonio de Rodas: Argonáuticas*, Madrid, Gredos.
H. VENZKE (1941), *Die orphischen Argonautika in ihrem Verhältnis zu Apollonios Rhodios*, Berlín.
P. VENINI (1971a), «Valerio Flacco e l'erudizione apolloniana. Note stilistiche», *Rend. Ist. Lomb*. 105, 582-596.
P. VENINI (1971b), «Sulla struttura delle *Argonautiche* de Valerio Flacco», *Rend. Ist. Lomb*. 105, 597-620.
P. VENINI (1972a), «Su alcuni motivi delle *Argonautiche de* Valerio Flacco», *Boll. Stud. Lat*. 2, 10-19.
P. VENINI (1972b), «L'episodio delle Simplegadi nelle *Argonautiche* de Valerio Flacco (4.637-709), en AA. VV., *Studi classici in onore di Q. Cataudella*, III, Catania, Fac. di Lett. et Filos., 363-370.
P. VENINI (1972c), «Note su Valerio Flacco (a proposito di alcuni studi recenti)», *Athenaeum* 50, 176-181.
P. VENINI (1972d), «A proposito di un passo di Valerio Flacco (4, 148 sgg.)», *Athenaeum* 50, 404-406.
P. VENINI (1989), «Sulla imitazione virgiliana in Valerio Flacco», *Athenaeum* 67, 273-275.
D. W. T. VESSEY (1985), «Lemnos Revisited *(Argon*. 2.77-305)», *Class. Journ*. 80, 326-339.
F. VIAN, ed. (1976-1981), *Apollonios de Rhodes: Argonautiques*, París, Les belles Lettres.
M. WACHT (1991a), *Jupiters Weltenplan im Epos des Valerius Flaccus*, Stuttgart, Steiner.
M. WACHT (1991b), «Zur Motivierung der Handlung im Epos des Valerius», en M. Korn, H. J. Tschiedel (1991), 101-120.

F. WAGNER (1939), *Die epische Technik des Caius Valerius Flaccus*, Viena.
C. WALDE (1998), «Traumdarstellung in den Argonautica des Valerius Flaccus», en U. Eigler, E. Lefèvre (1998), 87-106.
H. WALTER (1975), «Zum Tigergleichnis des Valerius Flaccus (1. 489ff.)», *Rheinisches Mus*. 118, 153-165.
J. H. WASZINK (1971), «Valerius Flaccus, *Argon*. 1.13», *Mnemosyne* 24, 297-299.
S. WETZEL (1957), *Die Gestalt der Medea bei Valerius Flaccus*, Kiel.
H. J. WIJSMAN (2000), «Gesander alter Mezentius», *Mnemosyne* 53, 58-70.
U. VON WILAMOWITZ-MOELLENDORF (1924), *Hellenistische Dichtung in der Zeit des Kallimachos*, Berlín, Weidmann.
A. ZISSOS (1997), *Voyage and Progress: Studies in the* Argonautica *of Valerius Flaccus*, Princeton.
A. ZISSOS (1999), «Allusion and Narrative Possibility in the *Argonautica* of Valerius Flaccus», *Class. Phil*. 94, 289-301.
A. ZISSOS (2002), «Reading Models and the Homeric Program in Valerius Flaccus' *Argonautica», Helios* 29, 69-96.
A. ZISSOS (2003), «Spectacle and Elite in the Argonautica of Valerius Flaccus», en A. J. Boyle, W. J. Dominik, eds., *Flavian Rome: Culture, Image, Text*, Leiden, Brill, 659-684.
A. ZISSOS (2004a), «Visual Compulsions: The Tale of Phrixus and Helle», en F. Spaltenstein (2004), 71-87.
A. ZISSOS (2004b), «L'ironia allusiva: Lucan's *Bellum Civile* and the *Argonautica* of Valerius Flaccus», en P. Esposito, E. M. Ariemma, eds., *Lucano e la tradizione dell'epica latina. Atti del Convegno internazionale di studi (Fisciano-Salerno, 19-20 ottobre 2001)*, Nápoles, Guida, 21-38.
A. ZISSOS (2004c), «Terminal Middle: The *Argonautica* of Valerius Flaccus», en S. Kyriakidis, F. de Martino, eds., *Middles in Latin Poetry*, Bari, Levante, 311-344.
A. ZISSOS (2004d), «Navigating Genres: Martial 7.19 and the *Argonautica* of Valerius Flaccus», *Class. Journ*. 99, 405-422.
A. ZISSOS (2005), «Valerius Flaccus», en J. M. Foley, ed., *Blakcwell Companion to Ancient Epic*, Londres, Blackwell, 503-513.
A. ZISSOS (2006a), «Sailing and Sea-Storm in Valerius Flaccus *(Argonautica* 1.574-642): The Rhetoric of Inundation», en R. R. Nauta et al., eds., *Flavian Poetry*, Leiden, Brill, 79-95.
A. ZISSOS (2006b), «Reception of Valerius Flaccus' *Argonautica», Int. Journ. Class. Trad*. 13, 165-185.

[1] En el Laurentianus plut. 39, 38 se halla *Setinus Balbus*, mientras que el Vaticanus Latinus 3277 añade indistintamente *Setinus, Setinus Balbus* o, como el Sangallensis, *Balbus Setinus*. HEINSIUS (1702) apuntó la posibilidad de que *Setinus Balbus* hubiera sido más bien el nombre de un editor o el del dueño de un antiguo ejemplar de las *Argonáuticas*, unido posteriormente al del autor, pero su sugerencia ha sido prácticamente descartada después de la crítica de THILO (1863), iii ss., y con mayor razón desde que CAMBIER (1968) mostró que poco tenía de extraño en el s. I la alteración del orden de los *cognomina* en nombres largos.

[2] Cf. TOLOMEO, *Geografía* II 4, 10; 6, 67. Por el origen provincial se decanta SCHENKL (1871), 272 s.

[3] Cf. THILO (1863), v ss.; LIBERMAN (1997), xv s.

[4] Cf. LIBERMAN (1997), xvi s. En apoyo de esta lectura se ha aducido la pormenorizada descripción del rito purificatorio oficiado por Mopso (III 362 ss.), así como la relevancia dada en el poema a las figuras sacerdotales (I 839; II 437 s.; VI 60 ss., 114 ss., 294 ss., 638 ss.); cf. BOYANCÉ (1935), (1964); CAVIGLIA (1999); 7 s.; FUÀ (2003).

[5] Cf. SPALTENSTEIN (2002), 12, 26 ss.

[6] Cf. ZISSOS (2003), 668 ss.; ZISSOS (2005), 512 s.; ZISSOS (2008), xiv.

[7] Nada permite asegurar que el *C. Valerius Flaccus Iulius Vrsus* que fue cónsul sufecto en 128, conocido por una inscripción, haya sido hijo de nuestro poeta. Cf. LIBERMAN (1997), xvi.

[8] La erupción del Vesubio del 24 de agosto de 79 servirá a lo sumo para fechar el libro IV (507 ss.), puesto que el símil de III 208 s. podría referirse a los seísmos que precedieron a la desgracia. No hay en el resto de la obra referencias inequívocas posteriores a este año, a no ser que se acepte con SYME (1929), 130 ss., que la descripción del armamento de los sármatas en el libro VI (161 s., 231 ss.) es deudora de las campañas danubianas llevadas a cabo por Domiciano en 89 y 92, y que el símil de la guerra civil (VI 402 ss.) se refiere a la revuelta de Antonio Saturnino en la Germania Superior en 89.

[9] Cf. USSANI (1955), 27 ss.; CAMBIER (1969), 205 ss.; SCAFFAI (1986); RÍO (2005b), 86 ss..

[10] A las veleidades literarias de Domiciano, quien, además de un poema épico sobre la guerra de Judea, podría haber compuesto otro acerca del asalto al Capitolio durante las guerras del año 69, aluden repetidamente los escritores de la época (SILIO ITÁLICO, *Púnicas* III 618 ss.; ESTACIO, *Aquileida* I 14 s.; QUINTILIANO X 1,91; MARCIAL, *Epigramas* V 5, 7 s.); no está, con todo, probado que los propósitos del príncipe hayan llegado a realizarse en obras concretas.

[11] TERWOGT (1898), 10, 25 ss., 52 s.; GETTY (1936); USSANI (1955), 35 ss.; SMALLWOOD (1962); BRUGNOLI (1964), EHLERS (1991), 22.

[12] KÖSTLIN (1889), 650 ss.; SYME (1929), 135 ss.; SCOTT (1933); SCOTT (1934); LIBERMAN (1997), xvii ss.

[13] LANGEN (1896-97), 3; CAMBIER (1969), 223; LEFÈVRE (1971), 16 ss.; STRAND (1972), 28ss.; EHLERS (1980), v; EHLERS (1985), 335; TAYLOR (1994), 214 s.; CAVIGLIA (1999), 9 ss.; ZISSOS (2008), xvi.

[14] De hecho, se estima que el libro X de la *Institución oratoria* fue redactado hacia 92 y, en todo caso, no después de 94. Cf. CAMBIER (1969), 223 ss.

[15] Cf. SYME (1929), 136 s., RIPOLL (1999), 518 ss.

[16] Cf. EHLERS (1985), 335 s.

[17] En apoyo de la tesis de que Valerio no llegó a dar a su poema la *ultima lima*, POORTVLIET (1991b) ha repasado varias contradicciones (VI 572 / VI 65 s.; VI 749s / VI 507 ss.), inconsecuencias (II 587 ss.; III 504 ss.) y trazas de doble redacción (I 827 ss.; V 565 s.; VIII 446ss., 464 ss.), mientras que SCHMIT-NEUERBURG (2001) ha creído descubrir en alguno de estos pasajes la mano de un editor póstumo; cf. THILO (1863), xxix ss.; SCHENKL (1871), 279 ss.; PETERS (1890), 31; SUMMERS (1894), 2 ss.; LANGEN (1896-97), 3 s.; COURTNEY (1970), v; KLEYWEGT (2005), xi; ZISSOS (2008), xxvi s. En cambio, HEINSIUS (1680), fol. 5

v., consideró que parte del poema se había perdido durante la transmisión, y siguen su parecer BAEHRENS (1875), iv; GIARRATANO (1904), xlviii ss.; JACHMANN (1935), 239; EHLERS (1980), v; EHLERS (1998) 149; y DRÄGER (2003), 560. LIBERMAN (1997), xxiv ss., pone de manifiesto los problemas que hacen difícil tomar partido por una de las dos posturas, que no tienen por qué excluirse mutuamente.

18 Cf. MEULI (1921), 1-24; RADERMACHER (1938), 139 ss.; GARCÍA GUAL (1971), 87 ss.; ESTEFANÍA (1997), 5 ss.; MOREAU (1994), 257-266; VALVERDE SÁNCHEZ (1996), 20 ss.; GRAF (1997), 33.

19 Cf. DRÄGER (1993), 53 ss., 124 ss.; (2003) 560 ss. EPHRON (1961) ha creído encontrar indicios de un relato argonáutico chipriota-minoico en una tablilla del s. XIII a. C., con respecto a la que se muestran escépticos tanto GARCÍA GUAL (1971), 88, como DRÄGER (1993), 12 n. 1. Acerca de posibles raíces no griegas en el mito, cf. DOGNINI (2003).

20 Frags. 40, 68, 138, 150-151, 155-157, 241, 254-256, 263 MERKELBACHWEST.

21 Frag. 7 BERNABÉ.

22 En las *Corintíacas*, Medea reinaba en Corinto por derecho dinástico, pues Eetes había sido rey en el Istmo antes que en la Cólquide (Eumelo es el primero en situar Ea, el fabuloso reino del Sol, en esta región del mar Negro), y mataba a sus hijos sin querer mientras intentaba volverlos inmortales en el templo de Hera, por lo que Jasón la abandonaba (frags. 3, 5 BERNABÉ). Las *Naupactias* narraban las pruebas impuestas a Jasón por Eetes y la fuga de los amantes apoyada por Afrodita (frags. 5-9 BERNABÉ). Cf. HUXLEY (1969), 60 ss.; VIAN (1976-81), I, xxix ss.; GARCÍA GUAL (1971), 100 s.; MATTHEWS (1977); BRASWELL (1988), 10; GRAF (1997), 30 s.; JOHNSTON (1997), 62; HERSHKOWITZ (1998), 58 s.

23 Frag. 11 WEST.

24 Frags. 57a-59 BERNABÉ. Cf. HUXLEY (1969), 80 ss.; VIAN (1976-81), I, xxxi; BRASWELL (1988), 11 s.

25 Referencias a la saga se encuentran también en otros líricos como Íbico (291-292, 301, 309 *PMG*), Simónides (548 *PMG*) y Estesícoro (178-180 *PMG*), quien escribió acerca de los juegos fúnebres en honor de Pelias.

26 Dejando de lado a los tragediógrafos menores, entre los que gozó de gran predicamento el personaje de Medea, tenemos noticia de casi una veintena de dramas perdidos de tema argonáutico. De Esquilo: *Fineo* (frags. 258-260 RADT), *Argo* (frags. 20-21 RADT), *Cabiros* (frags. 95-97a RADT), *Lemnias* (frags. 123a-b RADT) e *Hipsípila* (frags. 247-248 RADT); de Sófocles: *Lemnias* (frags. 384-389 RADT), *Colcas* (frags. 336-349 RADT), *Escitas* (frags. 546-552 RADT), *Cortadoras de raíces* (frags. 534-536 RADT), *Atamante* I y II, *Frixo, Amico, Fineo* I y II; y de Eurípides: *Pelíades* (frags. 601-616 KANNICHT), *Egeo* (frags. 1-13 KANNICHT), *Frixo* I y II (frags. 819-838 KANNICHT).

27 El discutido problema de la originalidad de Eurípides está inextricablemente ligado al de la fecha de la *Medea* de Neofrón (frags. 1-3 SNELL), que pudo haber sido bien su modelo o bien su imitador. Cf. MASTRONARDE (2002), 44 ss.

28 Cf. MASTRONARDE (2002), 66 ss.

29 De la pervivencia de la Medea trágica en la literatura y en las demás artes dan una idea cabal varios de los trabajos recogidos en los volúmenes de CLAUSS, JOHNSTON (1997) y de LÓPEZ, POCIÑA (2002).

30 Frags. 67-76 MATTHEWS.

31 Los *Idilios* XIII y XXII de Teócrito se ocupan, respectivamente, del rapto de Hilas y del pugilato de Polideuces. Calímaco tocaba en sus *Aetia* el retorno de los argonautas y la escala en Cízico (I frags. 7-21; IV frags. 108-109 PFEIFFER).

32 Poco sabemos de las *Argonáuticas* de Cleón de Curios, mencionadas por tres escolios a las de Apolonio (I 77-78, 587, 623-626) y probablemente anteriores a estas. Cf. D'ALESSIO (2000).

33 Esta segunda parte de la prueba debe de haberse añadido a la versión original, puesto que, aunque se

halla ya en Ferecides (3 *FGrHist* 22, 30, 31), falta en las *Naupactias* (frag. 8 BERNABÉ), en Píndaro (*Pít*. IV 224 ss.) y en Herodoro (31 *FGrHist* 52).

34 No ocurría así en la versión de Píndaro (*Pít*. IV 249), donde Jasón mataba a la bestia, ni en la de Eurípides (*Med*. 480 ss.), donde Medea afirmaba que le había dado muerte ella misma.

35 1 *FGrHist* 17-18.

36 42 *FGrHist* 1-3.

37 3 *FGrHist* 22, 25-32, 98-113.

38 31 *FGrHist* 5-10, 38-55.

39 Cf. SUMMERS (1894), 15 ss.; GOETZ (1918), 37 ss; BESSONE (1991a), SCAFFAI (1997), GALLI (2007c).

40 Los escolios que nos han llegado se remontan en gran medida al comentario de Teón (s. I a. C.), pero no resulta dable afirmar, a la luz de los datos que tenemos, que Valerio lo haya conocido. Recientemente, CAMERON (2004), 63 s., ha aventurado la posibilidad de que el poeta flavio haya utilizado más bien una suerte de «mythological companion», acaso identificable con el *De las historias de Apolonio* atribuido a un discípulo del de Rodas por un escolio (II 1052-1057).

41 32 *FGrHist* 1-6, 14.

42 No hay evidencias que apoyen incontrovertiblemente la opinión de THILO (1863), viii ss., quien pensaba que Valerio había recibido esta versión a través de Diodoro, o bien la opuesta de SCHWARTZ (1880), quien identificó en la obra de Escitobraquión la que habría sido fuente común del Sículo y de Flaco. Cf. GALLI (2005a), 131 s.

43 Frente al poco halagüeño juicio de Quintiliano (X 1, 87), que lo calificó como *interpres operis alieni*, han reivindicado la originalidad del de Átax SUMMERS (1894), 19; GETTY (1940), 262 ss.; ARCELLASCHI (1990), 210 ss.

44 Cf. VENINI (1971a), 588; FELETTI (1998).

45 Escribieron también tragedias que tuvieron a Medea por protagonista Lucano (cf. VACA, *Vida de Lucano*), Curiacio Materno (cf. TÁCITO, *Diálogo de los oradores* 3, 4; 9, 2) y, quizás, cierto Baso mencionado por Marcial (*Epigr*. V 53, 1 s.), pero estas se han perdido por completo. A recorrer la sucesión de *Medeas* latinas, con detallado análisis de los fragmentos conservados, se ha dedicado ARCELLASCHI (1990).

46 Frags. 1-2 RIBBECK.

47 Cf. BESSONE (1998); ÁLVAREZ, IGLESIAS (2003).

48 La otrora exitosa acusación de MEHMEL (1934), 55 ss., que había imputado a Valerio la falta de un plan poético unitario, fue decisivamente refutada por ADAMIETZ (1976), 29 ss.

49 El V de las *Argonáuticas* se abre con las muertes de Idmón y de Tifis como el VII de la *Eneida* con la de la nodriza Cayeta; en ambos libros se describe la arribada de los marineros a su anhelada meta, y a la invocación a la musa se yuxtapone una prehistoria acerca del rey del lugar, sea Eetes, sea Latino

50 SCHETTER (1959), 300 ss. Cf. MEHMEL (1934), 56; VENINI (1971b), 597 s.; ADAMIETZ (1976), 68 ss., 108 s.; LEWIS (1987); LÓPEZ MOREDA (1996), 28 ss.; LIBERMAN (1997), xxxvi ss.; HERSHKOWITZ (1998), 7 s.; ZISSOS (2008), xxx.

51 Cf. FERENCZI (2004) 48.

52 Este dinamismo narrativo, señalado por VENINI (1971b), 600 s., no es la única diferencia que presenta respecto de su modelo apoloniano el catálogo de Flaco; resulta notable en este el predominio de las anticipaciones del futuro de algunos argonautas, mientras que en aquel primaban las retrospecciones llamadas a explicar el pasado y la procedencia de los compañeros de Jasón. Cf. ADAMIETZ (1976), 20 s.; BARNES (1981), 365; MANGANO (1988); 161 ss., HERSHKOWITZ (1998), 41; ZISSOS (2008), 239 ss.

53 El suicidio de Esón y Alcímeda, que deciden hurtarse así a la cólera de Pelias, furioso porque Jasón se

ha llevado consigo en la nave a su joven hijo Acasto, figuraba con distintas versiones en Diodoro (IV 50, 1s.) y en Apolodoro (I 9, 27). Cf. DRÄGER (1995), 471.

54 Cf. LÜTHJE (1971), 56.

55 Existía una versión según la cual Hércules se quedaba en tierra antes de partir porque la Argo no resistía su peso (FERECIDES, 3 FGrHist 111; ANTÍMACO, frag. 69 MATTHEWS), y otra que convertía al Tirintio en comandante de la expedición (DIONISIO ESCITOBRAQUIÓN, 32 *FGrHist* 6); a esta parece referirse Apolonio (I 341 ss.) cuando hace que Heracles rechace su elección como jefe por los argonautas, en un pasaje oblicuamente aludido, a su vez por Valerio (III 699 ss.). También hubo quien lo hizo llegar hasta la Cólquide, bien con los argonautas (DEMÁRATO, 42 *FGrHist* 2) o bien solo y a pie después del rapto de Hilas (TEÓCRITO, *Id.* XIII 75).

56 Después de Dionisio Escitobraquión, recogido por Diodoro (IV 42), sólo el mitógrafo Higino (*Fábulas* 89) incluye en la travesía de los argonautas esta aventura de Hércules, que había proporcionado a Nevio el argumento de una tragedia (cf. VARRÓN *De la lengua latina* VII 107; AULO GELIO, *Noches Áticas* X 25, 3).

57 El Rodio (II 1245-1259) se había limitado a introducir una breve mención de los sufrimientos de Prometeo a propósito del paso de la nave Argo frente al Cáucaso.

58 Cf. PIOT (1965), 353 s.; BILLERBECK (1986), 3130 ss.

59 Cf. ADAMIETZ (1970); ADAMIETZ (1976), 910; SCHIATTI (1992), 402 ss.; HERSHKOWITZ (1998), 146 s.

60 La trabazón de los sucesivos episodios de la primera parte mediante un juego de anticipaciones y reminiscencias ha sido estudiada por VENINI (1971b) 606 ss.

61 A una guerra entre argonautas y colcos se refería sucintamente Píndaro (*Pít.* IV 211-213) y como mera posibilidad se la menciona en Apolonio (III 183). Según HEEREN (1899), 5, Valerio desarrolla la idea de una posible alianza entre griegos y colcos contra los sármatas, sugerida por el Rodio (III 352-353), que podría pertenecer a una tradición desconocida. Un estudio detenido de las posibles fuentes del libro VI se halla en Fucecchi (1996), 106 ss.

62 Esta es la opinión generalmente aceptada desde el fundamental trabajo de SCHETTER (1959).

63 MARTIN (1938), 138 s.

64 BARICH (1982), 104 ss., ha notado que, tanto en el I como en el VIII, Jasón se lleva consigo por mar al hijo de un tirano (sea Acasto, sea Medea), y que en ambos libros se halla una tempestad (I 574 ss.; VIII 318 ss.) y una profecía de Mopso que anticipa el trágico final de la historia (I 211 ss; VIII 247 ss.). FRANK (1967) ha señalado, por su parte, una serie de paralelos entre los libros I y V que sostienen la bipartición de las *Argonáuticas:* en uno y otro se encuentra una descripción de una obra de arte (I 129-148; V 409-454), una escena divina presidida por Júpiter (I 503-567; V 618-695) y un tirano medroso, sea Pelias (I 22 ss.), sea Eetes (V 222 ss.).

65 HEINSIUS (1680), fol. 5 v., propuso en su día que las *Argonáuticas*, mutiladas durante la transmisión, habían constado de doce libros, número de los de la *Eneida* y de los de la *Tebaida* de Estacio, o como mínimo de diez. Posteriormente, la hipótesis de los doce libros ha sido sostenida por THILO (1863), xxxix; SCHENKL (1871), 278ss.; BAEHRENS (1875), iv; KÖSTLIN (1889), 647; SUMMERS (1894), 5 ss.; WAGNER (1939), 45; y WETZEL (1957), 5 n. 1. La hipótesis de los diez libros, aventurada ya en su edición por PIO (1519), ha sido retomada recientemente por SOUBIRAN (1997), 119 ss., que ha querido reforzarla mediante el estudio de los coeficientes porcentuales de ampliación que guarda el texto de Valerio con respecto al de Apolonio.

66 JACHMANN (1935), 239 s. Cf. ADAMIETZ (1976), 110 ss.

67 El hecho de que los argonautas remonten el Danubio por consejo de Ergino (VIII 175 ss.) indica que, al menos por lo que atañe a la primera etapa del viaje de retorno, Valerio había decidido seguir el itinerario del Rodio (IV 257 ss.), aun cuando otros autores hacían que la Argo tornara por el Helesponto (DIODORO IV 49; SÉNECA, *Medea* 454 ss.), por el Océano (PÍNDARO, *Pít.* IV 251 s.; HESÍODO, frag. 241 MERKELBACH-

WEST; HECATEO, 1 *FGRHist* 18) o por el Báltico (TIMEO, según DIOD. IV 56, 3.).

68 SCHETTER (1959), 303.

69 NESSELRATH (1998); HERSHKOWITZ (1998), 9.

70 E. gr. BRUGNOLI (1965). TANDOI (1985), 154 ss. Esta interpretación de la literatura flavia ha sido relativizada por autores como BARDON (1981) y LANA (1981). Acerca del contexto político-cultural en que se vieron obligados a escribir Flaco y sus contemporáneos, cf. COLEMAN (1986); FRANCHET D'ESPÈREY (1986); HARTMANN (2003), 19 ss.

71 E. gr. MARTIN (193-738), 137; BARDON (1962); BURCK (1971); 5 ss. GAGLIARDI (1990), 62 s.; ZISSOS (2008), xxxvii ss.; De analizar la pertinencia de la aplicación de estos marbetes a la literatura antigua se ha ocupado CRIADO (2000).

72 WILAMOWITZ-MOELLENDORFF (1924), II, 165.

73 Cf. VENINI (1971a).

74 Esto no quiere decir que Valerio se haya desentendido de la corografía ni que haya desaprovechado las posibilidades que le proporcionaban la expansión del Imperio y la *curiositas* exploradora propia de la época, aprovechadas en el catálogo de los escitas (VI 33 ss.). Cf. HARMAND (1899); HEEREN (1899); SHREEVES (1978); PEKKANEN (1980); POLLINI (1984), 53 ss.; POLLINI (1986), 28 s.; MANGANO (1988), 155; PEDERZANI (1987); 106 s.; PEDERZANI (1988); WIJSMAN (1996), 66; HERSHKOWITZ (1998), 212 ss.; ZISSOS (2008); xliii.

75 E. gr. I 377 n.; VII 575 n.

76 Cf. SUMMERS (1894), 29, 58; WETZEL (1957), 16; SHELTON (1974); ADAMIETZ (1976), 13; BURCK (1978), 493 ss.; EIGLER (1988), 21 ss.; ZISSOS (1997), 10, 90 s.; GALLI (2007b), 327 ss.

77 Cf. LÜTHJE (1971), 48 ss.; ADAMIETZ (1976), 26 ss.; PERUTELLI (1982); SCAFFAI (1986b); EIGLER (1988), 23 ss.; FRANCHET D'ESPÉREY (1988); HERSHKOWITZ (1998), 126 ss.; RIPOLL (1998), 375 ss.; MANUWALD (2000); GALLI (2007b); 331 ss.; ZISSOS (2008), xxxv s.

78 Cf. FRANK (1971); BURCK (1976).

79 Cf. MEHMEL (1934), 52 ss.; KRÖNER (1969).

80 E. gr. I 824 n.; II 492 n.; V 687 n.

81 E. gr. I 551 n.; V 421 n.; VI 52 n.

82 E. gr. I 46 n., 49 n., 72 n., 219 n.; III 702 n.; VIII 65 n. Cf. ZISSOS (1999).

83 La Argo había sido considerada primera nave por Eratóstenes (*Catasterismos* 35) y antes, quizás, por Eurípides (*Andrómaca* 863 ss.), pero no por Apolonio. Entre los romanos, la prioridad de la travesía de los argonautas se enfatiza ya en la *Medea* de Accio (391-402 Ribbeck), y es probable que esta idea, presente en Catulo (LXIV 11), fuera incorporada por Varrón Atacino a su versión del poema del Rodio (cf. OVIDIO, *Amores* I 15, 21 s.). Valerio afirma tan pronto la primeridad de la Argo (I 1; 607, 625 ss.; V 472) como la existencia de embarcaciones más o menos rudimentarias que la han precedido (II 108 ss.; 285 ss., 658 ss.; VII 259 ss.), pero la singularidad de la nave de Jasón no resulta menoscabada por incoherencias perfectamente tolerables en una obra poética. Cf. GETTY (1940), 261 n. 7; JACKSON (1997); DRÄGER (1999); MANUWALD (1999), 132, 132 n. 5; ZISSOS (2008), xxii.

84 Cf. FRANK (1974), 838 ss.

85 Esta idea, que BIONDI (1984) ha denominado «*nefas* argonáutico», se remonta a la reformulación horaciana (*Odas* I 3, 21 ss.) del tópico que relacionaba el comercio marítimo con el fin de la edad de oro (cf. HESÍODO, *Trabajos y días* 678ss.; ARATO, *Fenómenos* 110 s.; VIRGILIO, *Églogas* IV 38 s.; OVIDIO *Metamorfosis* I 94 ss; 132 ss.), y ha hallado su plasmación más acabada en los coros segundo y tercero de la *Medea* de Séneca (301 ss.; 595 ss.). Acerca del modo en que «deconstruye» Valerio la oposición entre las visiones primitivista y progresista, cf. ZISSOS (2006a).

[86] Cf. LAWALL (1966); BEYE (1969); HUNTER (1993), 15 ss. Contra CLAUSS(1993).

[87] Cf. LÜTHJE (1971), 4 s.; ADAMIETZ (1976), 5 ss.; CECCHIN (1984), 273 s.; EIGLER (1988), 9 s.; HERSHKOWITZ (1998), 105 s.; GALLI (2005a), 134 ss.; GALLI (2005b), 42 s.; GALLI (2005c).

[88] Cf. CECCHIN (1984), 285 ss.; HERSHKOWITZ (1998), 110 ss.

[89] Cf. GOETZ (1918), 64; LÜTHJE (1971), 7; RIPOLL (1998), 207; GALLI (2005a), 139 s.

[90] ADAMIETZ (1976), 6; HULL (1979) 387; CECCHIN (1984), 274s.; POLLINI (1984), 51; FERENCZI (1995), 147 s.; EHLERS (1998), 151 s.; MANUWALD (1999), 247 ss.

[91] WAGNER (1939), 39; WETZEL (1957), 28 n. 3; LÜTHJE (1971), 8; BURCK (1979), 238 s., LEFÉVRE (1991), 178 ss.; WACHT (1991b), 112; GÄRTNER (1994), 76; GÄRTNER (1996), 295; GROSS (2003), 18 s.; LEFÈVRE (2004), 133.

[92] LÜTHJE (1971) establece una antítesis entre el heroísmo benéfico de Hércules, dirigido por Júpiter, y el interesado deseo de gloria de Jasón, patrocinado por Juno, mientras que ADAMIETZ (1970) enfatiza el paralelismo entre uno y otro. En la primera lectura abundan LEWIS (1984), 95 ss., y EDWARDS (1999); la segunda encuentra eco en HULL (1979), 402 s.; TAYLOR (1994), 223 s.; HERSHKOWITZ (1998) 118 s., MANUWALD (1999), 259; GALLI (2005b), 44. Cf. GARSON (1963), 264 s.; FEENEY (1991), 327; GÄRTNER (1994), 65 ss.; RIPOLL (1998), 88 ss.

[93] El «rapto» del hijo de Pelias prefigura, por lo demás, el de Medea y delata la egoísta imprudencia del Esónida, cuyos padres se verán empujados al suicidio para escapar de la venganza del tirano (I 693 ss.). Cf. MEHMEL (1934), 7; WAGNER (1939), 31; GARSON (1964), 276; WETZEL (1957), 5; LÜTHJE (1971), 48; ADAMIETZ (1976), 12, 27; SCHUBERT (1984), 178 s.; SCAFFAI (1986b), 253 s.; EIGLER (1988), 18 s.; DRÄGER (1995), 482; MANUWALD (2000), 331.

[94] Cf. LEFÈVRE (1991), 177 ss.

[95] Cf. MEHMEL (1934), 20 s.

[96] En consecuencia, Flaco ha explotado reiteradamente la cronología mítica que situaba la expedición de los argonautas en la generación anterior a la de la guerra de Troya (cf. I 144 ss., 255 ss., 370 ss., 380 ss., 391 ss.; II 445 s.; 572). Cf. BARNES (1981); FUCECCHI (2004), 110; ZISSOS (2008) xl ss.

[97] Cf. n. ad loc.

[98] Cf. SCHÖNBERGER (1965), 30 s.; LÜTHJE (1971), 38; LEFÈVRE (1991), 180; ZISSOS (1997), 198; MANUWALD (1999), 145 s.

[99] Cf. RÍO (2005a), 930 s.

[100] Cf. LEFÈVRE (2004), 135 ss.

[101] En pos de Ovidio (*Met*. VIII 14 ss.), Valerio subordina el expediente homérico de la *teichoskopía* a la narración del enamoramiento de la heroína. Cf. FUCECCHI (1996); FUCECCHI (1997), 9 ss.; ZISSOS (2003), 668 ss.; LOVATT (2006).

[102] Cf. RÍO (2006a). Acerca del modo en que Valerio se sirve de las alusiones lucaneas para socavar la lógica virgiliana, ZISSOS (2004b).

[103] Cf. BURCK (1971), 31; BURCK (1979), 226 n. 56; MCGUIRE (1994), 59; FUCECCHI (1996), 101 s.; HERSHKOWITZ (1998), 224 ss.

[104] Cf. GARSON (1964), 278; GARSON (1965), 110; FRANK (1967), 38; BURCK (1971), 30 s., 99 s.;, ADAMIETZ (1976), 28, 40, 70-71; BURCK (1979), 219; CECCHIN (1984), 299 s.; MCGUIRE (1997), 157; RIPOLL (1998), 486 ss.; RIPOLL (2003b;) ZISSOS (2003), 273 ss.

[105] Cf. SUMMERS (1894), 55; PREISWERK (1934), 439 s.; HULL (1979), 405; TAYLOR (1994), 233 ss.; MCGUIRE (1997), 147 ss.; SCAFFAI (1986b), 246; DRÄGER (1995), 488 s.; ZISSOS (2003), 672 s.

[106] Cf. ALFONSI (1970), 131; BURCK (1979), 232; BARNES (1981), 362 s.; SCHUBERT (1984), 38 s.;

PEDERZANI (1988), 21 ; HARDIE (1993), 95; MCGUIRE (1997), 66 s.; HERSHKOWITZ (1998), 240; LEFÈVRE (1998), 230; BAIER (2001), 11.

107 Cf. POORTVLIET (1991a), 149; HERSHKOWITZ (1998), 137 n. 124; MANUWALD (1999), 149 n. 35.

108 Las alambicadas alusiones del Rodio a la tragedia de Corinto, mucho más elusivas que las de Valerio, han sido identificadas por HUNTER (1993) 51s.,59 s., 74, 119 s., 133 s.

109 Ha introducido, además, Valerio en los dos últimos libros una serie de símiles mitológicos mediante los cuales Medea es paulatinamente caracterizada como personaje trágico, comparable a Ío (VII 111 ss.), a Orestes (VII 147 ss.), a Penteo (VII 301 ss.) y a Ino (VIII 20 ss.). Cf. RICCI (1977), 158 ss., 177 ss.; GÄRTNER (1994), 175 ss.; CAVIGLIA (2002); RIPOLL (2004), 206 s.

110 Cf. WETZEL (1957), 173; GARSON (1965), 108 s.; LÜTHJE (1971) 18 s.; BURCK (1979), 238; LEFÈVRE (1991), 175; FRANCHET D'ESPÈREY (1998), 219; FUHRER (1998), 24 s.; HERSHKOWITZ (1998), 15, 20; MANUWALD (1998), 318; GROSS (2003), 125; RIPOLL (2004); ZISSOS (2004c) 311 s., 338 ss.

111 Cf. EHLERS (1998); RIPOLL (1998), 504 ss. Contra TAYLOR (1994), 221 ss.; WACHT, (1991), 17 ss.; DRÄGER, (2003), 577 ss. La posible relación de las *Argonáuticas* con las conquistas y la política oriental de los Flavios, apuntada por PREISWERCK, (1934), 433 ss., ha sido sobrevalorada por ARCELLASCHI (1990), 442.

112 Cf. RIPOLL (2004), 175 ss.

113 Cf. HARDIE (1993), 116 ss.; BARCHIESI (2001).

114 Cf. BRAUN (1869), 7s.; GREIFF (1869); SCHENKL (1871), 369 ss.; MANITIUS (1889); PETERS (1890), 41 ss.; GRÜNEBERG (1893), SUMMERS (1894), 27 ss. 24 ss.; STROH (1905); NORDERA (1969); KLEYWEGT (1986), 2482 ss.; KORN (1991); KLEYWEGT (1998); SCHIMANN (1998).

115 Cf. LANGEN (1896-97), 10 ss.; MERONE (1957), 30 s.; CONTINO (1973), 17 ss., 25 ss., 35 ss.; KLEYWEGT (1986), 2450 s., 2463 ss.; ZISSOS (2008), lvi s, lix s.

116 E. gr. *gestatrix* (IV 605), *sociatrix* (V 499), *memoratrix* (VI 142), *mugitor* (III 208).

117 E. gr. *aerisonus* (I 704; III 28), *aegisonus* (III 88), *lustrificus* (III 448), *saxifer* (V 608).

118 Por su significado activo, llaman la atención *exorabilis* (I 782) y *medicabilis* (IV 87) frente a los pasivos *implorabilis* (I 573) e *intemerandus* (V 641).

119 E. gr. *corymbus* por «aplustre, adorno de la popa de una nave» (I 273; IV 691), *condere* por «perder de vista» (II 443; IV 636; V 106), *enare* (excepcionalmente transitivo) por «recorrer una distancia en barco» (V 315).

120 Cf. LANGEN (1896-97), 13 ss.; KLEYWEGT (1986), 2451 ss.; MERONE (1957), 17 ss., 24 ss.

121 E. gr. I 398 s., 402; 491; II 654; VI 53 s.

122 Cf. MERONE (1957), 91 ss.; CONTINO (1973), 45 ss.

123 E. gr. I 474 ss., 759 ss.; IV 438 ss., 667 ss.; V 215 s., 452 s.; VI 42 ss., 178 ss.; VII 78 ss., 141 ss.

124 Cf. MERONE (1957), 33 ss.; CONTINO (1973), 21 ss.; KLEYWEGT (1986), 2459 ss.

125 E. gr. II 554; III 97, 387 ss.; IV 438 s.; V 538 s., 560 s.

126 E. gr. I 96, 391 ss.; II 58, 547; III 316 ss.; VI 670.

127 E. gr. I 51 s.,123 ss., 482 s., 509 ss., 700 ss.; II 509 ss.; III 506 s.; V 616 s.; VII 502 s.

128 E. gr. I 274 s.; II 27 ss.; III 13, 509; IV 354 s.; V 116 s.; VI 519 ss.; VII 463 ss., 568 ss.; VIII 17 ss.

129 CONTINO (1973), 78 ss.

130 Cf. GEBBING (1878), 52 ss.; CONTINO (1973), 40 s., 69 ss.; KLEYWEGT (1986); 2460 ss.;

ZISSOS (2008), 1.

131 E. gr. I 284 s; II 47.

132 E. gr. V 187; VIII 227.

133 Cf. LANGEN (1896-1897), 5 ss.; GARSON (1970), 183-184; CONTINO (1973), 81 ss.; KLEYWEGT (1986), 2473 ss.; ZISSOS (2008), lx s.

134 E. gr. III 262; V 659; VII 29; VIII 254.

135 E. gr. I 137, 394, 489, 767; II 353, 431; IV 217; V 253; VI 184, 320; VII 30, 507; VIII 4.

136 E. gr. I 109 ss., 376 s., 418s.; VII 10, 222.

137 Cf. GEBBING (1878), 73 ss.; CONTINO (1973), 62 ss.; ZISSOS (2008) lxi.

138 E. gr. I 807 s.; II 170; III 120 s.; IV 106 s.; V 40; VI 337; VII 143; VIII 60.

139 E. gr. I 84; II 74; III 168; IV 453; V 236; VI 22; VII 392; VIII 242.

140 E. gr. I 5 ss., 23 ss., 47 ss.; II 124; III 300, 450 ss.; IV 42; V 123; VI 84, 152 ss.; VII 85; VIII 181 ss.

141 E. gr. II 205; VI 233; VII 103, 585 s., 566, 597; VIII 57.

142 Cf. CONTINO (1973), 86 ss.; ZISSOS (2008), xlix.

143 Cf. GARSON (1970), 181 s.; ZISSOS (2008), lii-liii.

144 Cf. GEBBING (1878), 71 ss.; KLEYWEGT (1986), 2477 ss.; ZISSOS (2008), xlix.

145 E. gr. I 433, 274; III 298; IV 292; VII 568.

146 E. gr. I 183; III 357; V 278; VIII 295.

147 E. gr. I 401; II 301; IV 684 s.; V 425; VIII 248.

148 Cf. BUSSENIUS (1872); PERKINS (1974); WALTER (1975); FITCH (1976); RICCI (1977); LEWIS (1984); BESSONE (1991b);GÄRTNER (1994); CAVIGLIA (2002); ESPOSITO (2002); FUCECCHI (2002); MANUWALD (2002b); PELLUCHI (2002); PERUTELLI (2002); ZISSOS (2008), xliii s., xlvi ss.

149 E. gr. I 757 ss.; III 264 ss., 577 ss.

150 E. gr. II 43 ss.; III 358 ss.; VI 256 ss.; VII 375 ss.; VIII 32 ss.

151 Cf. CONTINO (1973), 91 ss.

152 E. gr. II 72 ss.; 447 ss.; III 523 ss.; 551 ss.; IV 90 ss.

153 Cf. BARICH (1982), 28 ss.; ZISSOS (2008), li s.

154 A las diez espigadas por SUMMERS (1894), 62 (I 30, 76 s.; II 263 s.; IV 158, 470, 622, 744; V 536; VII 227, 510) deben añadirse las señaladas por ZISSOS (2008), li n. 231 (I 361; V 264 s., 267), pero no necesariamente los pasajes «sentenciosos» señalados por CONTINO (1973), 83 ss. (III 519 ss., 679 ss.; V 324, 540, 643; VI 200, 733; VII 95, 336 s.).

155 Cf. KÖSTERS (1893); SUMMERS (1894), 49 ss.; GARSON (1968); CONTINO (1973), 96 ss.; ZISSOS (2008), lxi ss.

156 WIJSMAN (1996), 56 s. Cf. ZISSOS (2008), 1.

157 CONTINO (1973), 97 ss.

158 RIPOLL (1999) ha estudiado exhaustivamente los ecos Valerianos en Silio, así como la influencia de nuestro autor en relevantes pasajes de las *Púnicas* como la toma de Sagunto (II 544 ss.), el elogio de los Flavios (III 549 ss.) y la caída de Capua (XIII 256 ss.).

159 Cf. SCHENKL (1871), 303 s.; MANITIUS (1889), 251 ss.; SUMMERS (1894), 4 s., 8 ss.; STEELE (1930); NORDERA (1969), 84 s.; RIPOLL (1999), 500; ZISSOS (2006b), 165 s.

160 Cf. BAHRENFUSS (1951); VESSEY (1985); ARICÓ (1991); CLARE (2004); GIBSON (2004).

[161] ZISSOS (2004d) encuentra un comentario crítico al proyecto épico de Valerio en *Epigramas* VII 19, y piensa además que Marcial (*Libro de los espectáculos*, I 27, 7) puede haber imitado a su vez a nuestro poeta (VIII 342); ecos Valerianos se hallan, además, en *Epigr.* IV 25, 2 (cf. Val. Fl., I 526 s.) y 14, 216 (cf. Val. Fl., VI 262). Cf. ZISSOS (2006b), 167.

[162] Desde THILO (1863), vii, se ha considerado que Juvenal (*Sátiras* I 7 ss.) puede haber criticado la poesía alta aludiendo concretamente a la obra de nuestro autor. Cf. PETERS (1890), 33 s.; GIARRATANO (1904), xiv; ZISSOS (2006b), 167 s.

[163] BAEHRENS (1875), ix, fue el primero en notar la posible filiación valeriana de dos pasos del poema de Draconcio (94 s., 134 ss.; cf. VAL. FL., III 486; IV 29).

[164] HEEREN (1899), 7 s.

[165] Cf. MANITIUS (1889), 253; LIBERMAN (1997), civ; ZISSOS (2006b), 168 n. 12.

[166] Las semejanzas entre ambos poemas, entre las que destaca la presencia de Quirón y de Orfeo en el banquete (Val. Fl., I 252-293; *Arg. Órf*. 404-441), son tan notables que ROVIRA SOLER (1978), 195 ss., ha defendido la dependencia directa, y del mismo parecer era ya SUMMERS (1894), 13. VENZKE (1941), 56, 110 s., prefiere conjeturar la existencia de una fuente común probablemente anterior a Apolonio de Rodas, que, según D'ALESSIO (2000), 103 s., podría hallarse en las *Argonáuticas* de Cleón de Curios. NELIS (2005) se inclina por identificar la fuente común con la *Teogonía* cíclica, que según él habría sido utilizada sucesivamente por Apolonio, por Valerio, por Silio Itálico (XI 432-482) y por el autor apócrifo de las *Argonáuticas Órficas*.

[167] Cf. ZISSOS (2006b), 169.

[168] Cf. ULLMAN (1931); LIBERMAN (1997), cv s.; ZISSOS (2006b), 170.

[169] Cf. COULSON (1986).

[170] Frente a los ecos identificados en las obras de los paduanos por BILLANOVICH (1958), 178s., se muestran escépticos COURTNEY (1970), viii, y LIBERMAN (1997), cvi. Sin embargo, la tesis de que Lovati y Mussato pudieron haber manejado un manuscrito conocido posteriormente por Poliziano ha sido defendida por SCHMIDT (1976), 250 ss., y por TAYLOR (1989), 452, quien aduce, además, la atribución de una obra titulada *Argonauticon* a un tal Gaius Florus por el abogado veronés Guglielmo da Pastrengo († 1363) como ulterior prueba de la circulación del poema Valeriano en el norte de Italia.

[171] Un breve repaso de los posibles ecos de Valerio en la obra de Chaucer, así como en la de Iosephus Iscanus, se halla en ZISSOS (2006b), 171 ss.

[172] Cf. LIBERMAN (1997), cvii.

[173] Cf. CAMBIER (1964); EHLERS (1970), 4 s., 83 ss.

[174] La influencia de Valerio en la pintura mitológica del Quinientos, y más concretamente en los Carracci, ha sido apuntada por Zissos (2006b), 175.

[175] Cf. KOBUSCH (2004).

[176] E. gr. IV 83, 5-8 («fatidica nau» 7; cf. VAL. FL., 12), VI 31, 1-4 (Bóreas; cf. VAL. FL., I 574 ss.). Cf. POST (1958); CARVALHO (1970); ZISSOS (2006b), 176.

[177] En VI 63, Erminia siente en sus propias carnes las armas que amenazan a Tancredi, como le ocurría a Medea al contemplar los combates de Jasón (VAL. FL., VI 683 ss.). Cf. SUMMERS (1894), 48; ZISSOS (2006b), 177.

[178] En *Gargantua et Pantagruel* IV 38, se hace referencia a la ninfa escita Ora, madre de Colaxes (cf. VAL. FL., VI 48 ss.). Cf. SUMMERS (1894), 48, ZISSOS (2006b), pág. 177 s.

[179] Cf. ZISSOS (2006b), 178.

[180] C. *Valerii Flacci Setini Balbi Argonautica, per Laurentium Balbum Liliensem recognita, et accuratissime castigata. Valerii vita ex libris Petri Criniti de Poetis latinis. Laurentii Balbi Liliensis in eumdem poetam Annotationes*, Alcalá de Henares, Miguel de Eguía, 1524.

[181] Cf. MENÉNDEZ Y PELAYO (1950-1953), VIII, 164 ss.

[182] Cf. MENÉNDEZ Y PELAYO (1950-1953), VIII, 176 ss.

[183] LEÓN BENDICHO (1868-1869), I, 13. Acerca de esta traducción, justamente elogiada por MENÉNDEZ Y PELAYO (1952-1953), II, 146, cf. BARREDA (1999).

[184] *Valerii Flaccii (sic) Setini Balbi Argonantica (sic) cum annotationibus Alphonsi Ayllon in Ossunensi academia latini sermonis professoris Rhetoricum artificium explicantibus. Valerii vita ex libris Petri Criniti de poetis latinis*, Osuna, Juan de León, 1553.

[185] Fol. 2 r.: *Talibus nimirum scriptis generosi adolescentis filii tui animum imbuere et conformare debes, ut literas et literatos qua tu benignitate foveat, et suorum maiorum vestigiis insistens, cum lasone, cum Hercule, cumque caetera delecta manu suum nomen aternitati consecret*.

[186] En el capítulo IX de la segunda parte de su tratado *De disciplinis* (Amberes, 1531), el sabio valenciano había formulado el siguiente juicio: *Valerium Flaccum, ut Apollonium Rhodium, non video quid attineat legi, quasi nihil sit in quod tempus consumatur potius; non tam illorum vel carmen vel dictionem improbo, quam argumenti levitatem (Opera omnia distributa et ordinata … a G. Majansio*, VI, Valencia, B. Monfort, 1785, 342-343).

[187] Evocan, desde luego, el comienzo de las *Argonáuticas* (I 33-36) las palabras con las que el Jasón de Lope relata la orden de Pelias en *El vellocino de oro:* «Hércules tiene vencidas / las difíciles empresas / del mundo, en Europa y Asia; / como la sierpe Lernea, / el fiero león de Arcadia, / y la calidonia fiera. / Mató al gigante Aqueloo; / y así, no queda que emprendas / sino el vellocino de oro» (1104-1112).

[188] Cf. ZISSOS (2006b), 179.

[189] Los vv. IV 36 s. (*tu semper amoris / sis memor et cari comitis ne abscedat imago*) fueron antepuestos por Byron como epígrafe a su poema «To the Earl of Clare» (*Hours of Idleness*, 1807), y, en el capítulo décimo de su *Biographia literaria* (1817), Coleridge comenta la muerte del duque de Enghien comparando a Napoleón con Pelias: «I seldom think of the murder of that illustrious Prince without recalling the lines of Valerius Flaccus (Argonautica Lib. I 30ff.)»; cf. Zissos (2006b), 174 s. Recientemente, el renovado interés despertado por las *Argonáuticas* entre los estudiosos ha tenido una curiosa repercusión extra-académica: Valerio Flaco ha sido incorporado como personaje a las novelas policíacas de ambiente romano de la serie Roman Mysteries, creada por la filóloga clásica Caroline Lawrence (www.romanmysteries.com).

[190] Posiblemente, el antiguo códice en cuyos márgenes reconoció la letra de Niccoló Niccoli Angelo Poliziano (*Miscelaneorum Centuria Secunda* 2), que a su vez podría identificarse con un manuscrito mencionado en un catálogo del s. IX procedente del monasterio de Bobbio. Cf. SCHMIDT (1976).

[191] Cf. EHLERS (1970), 41 ss.

[192] Cf. HEINSIUS (1680), fol. 4 v.; BURMANN (1724), fol. 9 v.

[193] Cf. TAYLOR (1989).

[194] Cf. EHLERS (1991), 29 ss.

[195] Cf. ULLMAN (1931).

[196] Cf. KENNERNECHT (1888), 13; KRAMER (1913), xxiv s..

LIBRO I

SINOPSIS

Proemio (1-21). Pelias, tirano de Tesalia, encarga a su sobrino Jasón la busca del vellocino de oro con la esperanza de que sucumba a los peligros del mar, que nunca antes ha sido surcado (22-63). Jasón, después de algunas vacilaciones, se encomienda a las diosas Juno y Minerva (64-99). Anuncio del viaje; llegada de Hércules (100-120). Minerva dirige la construcción de la nave Argo (121-148). Jasón convence a Acasto, hijo de Pelias, para que se enrole en la expedición (149-183). Sacrificio y vaticinios antes de la partida (184-254). Banquete sacrificial; Orfeo canta la historia del vellocino de oro (255-293). La encina de Dodona se aparece en sueños a Jasón (294-310). Los padres de Jasón se despiden de su hijo (310-349). Catálogo de los argonautas (350-486). Partida (487-497). En el Olimpo, todos los dioses se regocijan por la empresa de los argonautas salvo el Sol, que teme por el futuro de su hijo Eetes, y Marte, que ve en peligro el vellocino que le ha sido consagrado; Júpiter responde a sus quejas y expone el plan del destino para la traslación de la hegemonia mundial de Asia a Grecia (498-573). Tormenta (574-692). Enfurecido por la marcha de Acasto, Pelias empuja al suicidio a los padres de Jasón (693-850).

Los mares cantamos que franquearon por vez primera magnos hijos de los dioses, y a la nave fatídica[1] que, después que osó seguir las riberas del escítico Fasis[2] y abrir paso entre los peñascos movedizos[3], halló asiento a la postre en el flamígero Olimpo[4].

Febo, inspírame, si se alza en casta morada el trípode que sabe conmigo de la profetisa de Cumas, si el lauro en digna frente verdea[5]. Y tú[6], a quien cabe mayor fama por la apertura del piélago después que portó tus velas el Océano caledonio, que se había resistido antes a los frigios Julos, líbrame del vulgo y de la tierra cubierta de bruma, padre santo, y otorga tu favor a quien canta las gestas venerables de los varones de antaño. La ruina de Idumea[7] la celebra tu prole, pues que puede, y a su hermano, que, negreante del polvo de Jerusalén, avienta antorchas y se enfurece en toda torre[8]. Él[9] instituirá para ti culto divino y santuarios para tu estirpe, cuando ya tú, su padre, luzcas desde toda región del firmamento; y no será para la quilla de Tiro[10] más fiable Cinosura o habrá de ser Hélice observada por los pilotos griegos si tú indicas el rumbo[11], sino que bajo tu guía fletará sus naves Grecia y también Sidón[12] y el Nilo. Ahora apoya sereno mi empresa, a fin de que llene esta voz las ciudades latinas.

Desde sus años mozos enfrenaba a Hemonia[13] Pelias, ya grave y prolongado miedo para el pueblo. De él eran cuantos ríos corren hacia el mar Jonio, él removía venturoso con el arado el Otris y el Hemo y las estribaciones del Olimpo[14]. Mas no había sosiego alguno para su corazón, temeroso a la vez de la progenie de su hermano y de las amenazas de los dioses; pues que el sobrino[15] habrá de labrar la ruina del rey lo revelan los vates y lo repiten una y otra vez por los altares las advertencias terríficas de las reses, y lo aguijan además la fama ingente del varón y la hombría no fausta para el tirano[16]. Así que maquina adelantarse a sus miedos y acabar con el muchacho de Esón, y medita caminos y tiempos de la muerte. Mas ni guerras ve ni monstruo alguno por las ciudades griegas: ya con las fauces cleoneas ciñó el Alcida[17] sus sienes, hace tiempo fue defendido de la sierpe de Lerna el árcade[18], y ya a los dos novillos les fueron quebrados los cuernos[19]. La ira del mar le place, y los peligros del vasto ponto. Entonces, tranquila la mirada y sin ceño temible, interpela al joven, y presta apariencia y peso a palabras fingidas: «Acéptame esta milicia, más honrosa que las proezas de los mayores, y entrégate a ella con todo tu ánimo. Has oído cómo huyó Frixo, sangre de nuestro Creteo, de los patrios altares[20]. Pues a este el fiero Eetes, que habita la Escitia y el Fasis helado (¡ay, vergüenza del magno Sol!)[21], lo sacrifica entre el vino de

hospitalidad y la pompa de la atónita mesa, olvidado por completo de nosotros y de los dioses[22]. Y no sólo lo anuncia la fama mensajera: al mismísimo joven lo veo yo llorar tan gran sevicia, al mismísimo, cuando un tardío sopor anuda mis miembros cansados[23], pues con queja asidua me despiertan su sombra lacerada y Hele, numen del magno mar[24]. Si yo conservara el vigor de antaño, verías a la Cólquide pagar ya su delito, y aquí depuestas la cabeza y las armas de su rey. Mas hace tiempo que flaquea aquel ardor y mi prole[25] no está madura aún para el mando, ni para los menesteres de la guerra ni para la mar. ¡Tú, en quien tienen ya vigor las inquietudes y los ánimos viriles, parte, prez de los nuestros, y trae de regreso el vellón del carnero de Néfele[26] a una cúpula griega, y dígnate acometer tú tantos peligros!» Con tales palabras exhorta al mozo, y, ya más parecido a quien da una orden, calló, sabiendo de cierto que las Cianeas se abalanzaban la una contra la otra en el ponto escítico; y silencia que el vellocino está en posesión de tan gran dragón, al cual, cuando hacía vibrar sus multífidas lenguas, llamaba afuera del santuario la hija del rey[27] con conjuros y manjares, y le daba miel amoratada por droga extranjera.

Luego descubrió Jasón los callados ardides y que no era objeto de la preocupación de Pelias el vellocino, sino que por odio lo obligaba a afrontar las crueles corrientes. Rebusca el arte con que pueda ir en pos de los colcos como se le ordena: ahora querría las sandalias del aéreo Perseo[28] o el carro y los dragones que, según se cree, enfrenó aquel que roturó con el arado las tierras desconocedoras de Ceres, y arrumbó la encina por la rubia espiga[29]. Ay, ¿qué hacer? ¿Convocará en su defensa al pueblo voluble y hostil al viejo tirano y a los padres[30] que compadecen a Esón desde hace tiempo?[31] ¿O abrigará esperanzas mayores fiado en Juno aliada y en Palas armísona[32], y acometerá las corrientes como se le ha mandado, por si, dominado el ponto, puede surgir fama alguna de tan gran proeza? Tú sola abrasas ánimos y mente, Gloria; a ti te ve verdeante e inmune a la vejez, erguida en la ribera del Fasis y llamando a los jóvenes. Por fin viene a prestar fuerza al ánimo incierto y al pecho confuso la religión, y, tendiendo piadosamente a los astros las palmas, «Reina omnipotente»[33], dice, «a quien yo mismo llevé a tierra y al abrigo a través del Enipeo[34] crecido por las nubes que se venían abajo cuando, túrbido desde el negro cielo, hacía Júpiter caer oscura lluvia, y no pude creer que fueras una diosa hasta que te vi reclamada por el trueno y ademán de tu esposo y con súbito terror arrebatada. ¡Dame la Escitia y el Fasis, y tú, célibe Palas, sálvame! Yo ofrendaré entonces a vuestros templos el vellocino; y el padre de cuernos dorados[35] entregará al fuego su cerviz y níveos rebaños rodearán los altares».

Aceptaron su plegaria las diosas, y, con caída veloz por el aire, emprendieron diversos caminos. La Tritonia[36] se precipita volando a la ciudadela de Tespias[37], al

encuentro de su querido [95] Argo, y le ordena construir la nave y abatir con el hierro los robles y lo acompaña ya a las espesuras del Pelión[38]. Mas, por las ciudades argólicas y por las de los macedonios, rumorea Juno que se dispone el Esónida[39] a tentar los austros[40] no experimentados por los mayores, y que se alza ya la nave y que, soberbia por sus remos, pide hombres a quienes traer de vuelta y exaltar merced a sus hazañas por los siglos.

[100] Arde en deseos toda la muchedumbre de capitanes que se ha hecho ya conocer por sus guerras y por su fama, y también los mozos a quienes, en la flor de la primera juventud, cautivan las pruebas, y aún no se les ha dado ocasión de acumular aventuras. Mas a quienes se ocupan de los campos y del inocente arado los aguijan los faunos y las diosas de los bosques y los ríos de respingones [105] cuernos, que, cumpliendo órdenes, cantan a la nave a plena luz y con loa magnífica por claros y caminos[41].

Al punto vuela por iniciativa propia desde la inaquia Argos[42] el Tirintio[43], cuyas flechas inflamadas con arcadia ponzoña y arco [110] ligero porta sobre hombros gozosos el niño Hilas; querría él ciertamente, mas su diestra no es aún adecuada al peso ni capaz de la maza[44]. A ambos los persigue la Saturnia[45] fuera de sí, y renueva sus acostumbradas quejas: «¡Ojalá que no corriese hacia nuevos destinos la gala toda de la juventud griega, y que fueran ahora estos mandados cosa de nuestro Euristeo! Ya habría movido yo la tormenta [115] y las tinieblas y el cruel tridente, y habría esgrimido el rayo de mi esposo a su pesar[46]. Ni aun ahora querría que fuese aliado y soporte de nuestra quilla, ni nunca me ha de ser lícito confiar en el auxilio de Hércules y contraer tan gran deuda con el arrogante compañero». Dijo, y vuelve los ojos a las olas hemonias.

Observa que bulle todo por la afluencia de hombres, y el [120] bosque abatido por doquier y que por el hacha experta resuena la costa. Ve al Tespíada[47] deshacer los pinos con grácil sierra y los costados ensamblarse y ablandarse a fuego lento las dóciles [125] tablas, y a Palas, preparados los remos, buscar brazos para el velífero mástil. Cuando estuvo lista la popa, mole que no podrá penetrar el largo ponto, y hubo cegado la blanda cera las rendijas recónditas, añade ornamentos variados de pintura[48]. De un [130] lado, Tetis es llevada a lomos de un pez tirreno hacia el <inesperado> tálamo de Peleo. Recorre la planicie del mar el delfín; <ella> permanece sentada con el velo echado sobre los ojos, y suspira porque no ha de nacer Aquiles mayor que Júpiter[49]. La [135] acompañan Pánope y su hermana Doto y, regocijada en el agua, sigue a la par con sus brazos desnudos Galatea[50], encaminándose a la gruta; desde la costa sícula la reclama el cíclope. En frente, fuego y un lecho de verde fronda y manjares y vinos y, con su esposa entre las divinidades del mar, el Eácida[51], y toca [140] la lira después de las copas Quirón[52]. En otra parte aparece el Fóloe[53], y Reco enloquecido por el mucho Yaco[54] y

las súbitas lides por la doncella atracia[55]. Vuelan cráteras y mesas y aras de los dioses y vasos, obra insigne de los antiguos. Aquí se reconoce, el mejor con la lanza, a Peleo, aquí a Esón enfurecido con la espada. El pesado Mónico carga a cuestas contra su voluntad al victorioso Néstor, y Clanis persigue a Áctor con un leño ardiente. Huye Neso a lomos de negro caballo, y, caído sobre los tapetes en medio de la refriega, oculta Hípaso su cabeza en la oquedad de un recipiente de oro.

Y, aunque las pinturas son dignas de la admiración de los varones, no se pasma el hijo de Esón, y dice para sí: «¡Ay, pobres de nuestros hijos y de nuestros padres! ¿A bordo de este esquife se nos envía a nosotros, almas cándidas, contra los nublados? ¿Solamente contra Esón se ensañará ahora el ponto? ¿No me llevaré al joven Acasto a la aventura y a los mismos peligros? Que Pelias se vea obligado a desear corrientes seguras a la quilla que aborrece, y a suplicar a las olas junto con nuestras madres».

Tales planes hace cuando el escudero de Júpiter[56] aparece del lado izquierdo del éter[57], y lleva apresada una cordera entre sus garras poderosas. Desde los establos la siguen de lejos con clamor los pastores alarmados y el ladrido de los canes, pero el veloz raptor gana los aires y huye sobre las profundidades del mar Egeo. Acepta el Esónida el augurio, y se encamina contento al palacio del orgulloso Pelias. Allí el hijo del rey se adelanta a unir en un abrazo los pechos fraternos, y el capitán le habla así: «No vengo, Acasto, como piensas, a proferir quejas indignas de mi linaje; mi propósito es unirte como camarada a nuestra empresa, pues ni Telamón o Canto e Idas ni un hijo de Tindáreo[58] me parecen más dignos que tú del vellón de Hele. ¡Cuánta tierra y cuánto cielo se nos ha permitido conocer, con cuánta utilidad abrimos el piélago! Ahora te parecerá acaso un arduo empeño, pero cuando torne alegre la nave y me devuelva mi querida Yolco[59], ¡cómo te avergonzarás entonces de oír mis hazañas, cómo suspirarás al escucharme hablar de los pueblos que he visto!»

No aguanta más el príncipe, y dice: «Demasiada insistencia es esta tuya frente a quien está dispuesto a todo cuanto propongas. No vayas a creer, querido, que soy indolente, o que confío más en el reino de mi padre que en ti si me das la oportunidad de cosechar bajo tu mando los primeros honores de la hombría, si me permites asociarme a la fama de mi hermano. Antes bien yo, para que la solicitud de mi padre no me retenga con su miedo exagerado, me escabulliré cuando no se dé cuenta y me uniré a los que estén preparados justo cuando el barco deje atrás las arenas de la orilla». Había dicho. Jasón acepta satisfecho su arrojo y su promesa, y vuelve sus pasos ávidos hacia la costa.

Mas, bajo las órdenes del capitán y a una señal suya, los Minias[60] reunidos cargan la nave a hombros y, encorvados, tensos los jarretes, descienden a paso ligero y se adentran en el agua; y no negaron apoyo a su jadear el grito marinero[61] ni Orfeo

blando con la lira[62]. Alzan después alborozados los altares. A ti, gobernador de las aguas[63], te corresponde la más alta honra; para ti y para los céfiros y para Glauco[64] sacrifica Anceo[65] en la orilla un buey con ínfulas azules y para Tetis una becerra, que no hubo otro más diestro que él en quebrar los rollizos cuellos de las víctimas con la mortífera hacha de dos filos. El propio Esónida, derramando por tres veces el cáliz en libación para el padre marino, dice así: «¡Oh tú, que con un gesto golpeas los reinos de la espuma y abrazas las tierras todas con la mar salada, concédeme la venia! Sé que, entre los pueblos todos, soy el único que tienta caminos ilícitos, y que bien merezco un temporal; mas no soy llevado de propio impulso, ni es, con todo, ahora mi intención amontonar los montes[66] o hacer que descienda del sumo Olimpo el rayo[67]. ¡No te dejes arrastrar por los votos de Pelias! Duros mandados y a los colcos ha encontrado él contra mí y para luto de los míos; mas yo a él[68]... Tú al menos acoge con olas no indignadas esta cabeza y el álamo cargado de príncipes»[69]. Después de hablar así, cubre la llama con la pingüe libación.

El fuego se debate entre las mantecosas entrañas hasta que alza su cabellera y se encumbra sobre las vísceras chisporroteantes del toro. He aquí que Mopso, consagrado y poseído por el dios en la costa, enorme a la vista, agita al viento sus ínfulas y su melena erizada y sus laureles. Al fin profirió una voz, voz tremenda de escuchar para los hombres. Entonces se hizo el silencio ante el vate: «Ay, ¿qué veo? Soliviantado por nuestra osadía, convoca Neptuno a los dioses del mar y concurrido capítulo; refunfuñan todos, y lo exhortan a defender la ley de su reino. ¡Detén así el pecho de tu hermano, así con tu abrazo, Juno! ¡Y tú, oh Palas, no abandones la popa a su suerte, aparta ahora las amenazas de tu tío[70]! Han cedido al fin, y han recibido la nave en el mar. ¡Por cuántos peligros atravieso! ¿Por qué se cubre de caña recién nacida las guedejas Hilas el hermoso? ¿De dónde han salido el cántaro al hombro y sobre sus níveos miembros las ropas cerúleas[71]? ¿De dónde te vienen a ti esas heridas, Pólux[72]? ¡Ay, cuánto es el fuego que sale de los ollares hinchados de los toros[73]! Se alzan de todos los surcos los yelmos y las lanzas y ya enseguida los hombros[74]. ¿Qué Marte diviso en torno al vellón[75]? ¿Quién corta con sierpes alígeras las auras, rezumando sangre de la matanza[76]? ¿A quiénes hiere con la espada? ¡Desventurado, salva a los pequeños, Esónida! ¡Veo también arder un tálamo nupcial!»

Desde hace ya un rato aterroriza a los Minias *** con tales enigmas y a su capitán. Pero le hace frente el apolíneo Idmón, quien, pleno de hados y de apacible Febo, no se mostraba en absoluto terrible a los varones ni por su palidez ni por el encrespamiento de su cabellera; a este otorgó su padre[77] la gracia de pronosticar por ciencia divina los agüeros, ya sea que pregunte a las llamas, ya de cerca a las vísceras grasientas, ya al cielo cuajado de alas veraces. Y así les profetiza a Mopso y a sus camaradas:

«Cuanto el augur Apolo y la primera llama enseñan lo veo lleno, ciertamente, de durísimo trabajo, pero la paciente nave todo lo vencerá. Resistid, espíritus magnánimos, y entregaos a los dulces abrazos de vuestros padres!» Y le cayeron las lágrimas al tiempo que vaticinaba, porque encontró ya entonces en el fuego cerradas las puertas de Argos[78].

[240] Apenas había acabado de hablar cuando añadió el capitán esonio lo siguiente: «Ahora que contempláis los designios de los dioses, camaradas, y sabéis a cuán gran empresa conceden la más alta esperanza, allegad también vosotros las fuerzas y los ánimos de vuestros padres. No encuentro ya culpa en la piedad [245] del tirano tesálico[79] ni en los ardides que recelaba: un dios, un dios con diestro presagio esto ordena. El mismísimo Júpiter quiso el tráfago para su mundo, y ligar tan grandes trabajos de los hombres. Marchad, varones, conmigo y, en tan inciertas aventuras, ganad victorias que plazca recordar y que espoleen [250] a nuestros nietos. Mas esta noche que se aproxima, camaradas, pasadla con regocijo en la ribera, entre gratas pláticas y recreo». Acatando su parecer, se recuestan sobre mullida alga los muchachos y, conspicuo por su musculatura[80], el Tirintio. Enseguida repartieron los sirvientes los menudos recién arrebatados a los asadores, y con ellos el don de Ceres[81] en canastos.

Bajando con presteza de la cumbre del monte, se presentaba [255] ya Quirón, y desde lejos mostraba para que lo viera su padre a Aquiles, quien no paraba de llamarlo. En cuanto el niño vio que Peleo, al sonido de la voz conocida, se incorporaba y le tendía los brazos abiertos cuan largos eran, se encaramó de un salto y permaneció agarrado un buen rato al cuello querido. Ni lo atraen [260] las copas donde espuma el potente Baco ni llaman su atención los admirables relieves labrados sobre metal antiguo; se pasma, en cambio, frente a los héroes, y escucha con avidez el grave sonido de sus voces y hasta acerca la cara al león de Hércules. Mas Peleo, feliz, le roba besos a su hijo mientras lo tiene abrazado, y alzando los ojos al firmamento, dice: «Si queréis que [265] desee Peleo una navegación tranquila y vientos favorables, conservadme, dioses, esta cabeza! ¡Y tú Quirón, encárgateme del resto! Que se asombre desde pequeño al oír de tu boca los clarines y las guerras; que, contigo como maestro, lleve a guisa de [270] cazador sus dardos de niño y se apresure hacia mi lanza». A todos los abrasó entonces el deseo de partir, y, con gran coraje, anhelan surcar el mar profundo. Se prometen ya el tusón lejano de Frixo, y que retorna la Argo[82] con los aplustres dorados.

[275] Cae el sol, y, con regocijo de los Minias, se tragaron el día entero las olas. Aparecen esparcidas por la curva ribera luminarias que no tienen aún por menester indicar la tierra a marino alguno[83]. Entonces ameniza la noche el vate tracio[84] con su dulce lira, cantando cómo estuvo Frixo quieto con las ínfulas ceñidas [280] a las sienes y cómo, velado de nubes, huyó de los injustos altares, dejando a Atamante para Learco el de Ino[85]; cómo la áurea cabalgadura hizo entrar al muchacho entre las olas que le tenían lástima, y cómo se montó también Hele aferrándose a los cuernos. Ya la Aurora había

recorrido siete veces su carrera y [285] otras tantas noches la Luna en el firmamento, y Sesto, que de lejos no se ve separada por el mar, había comenzado a alejarse de su gemela Abido[86]. Aquí abandona al Eólida su hermana, llamada a permanecer por toda la eternidad. ¡Ay de la que en vano fue arrebatada a la cruel madrastra[87]! Intenta ella asirse al vellón húmedo y ya distante con sus dedos cansados, pero [290] arrastra la ola las ropas que, empapadas, han ganado peso, y resbalan las manos del oro ligero. ¡Ay qué dolor el tuyo, Frixo, cuando, llevado de la corriente veloz, te volviste para ver gritar la boca de la desventurada niña, y el extremo último de sus manos y las melenas esparcidas por el agua!

Pusieron ya coto al vino y al esparcimiento, y se acostaron [295] calladamente sobre lechos sosegados. Entre los héroes tendidos en orden, el capitán solo se resiste todavía al sueño. El adusto Esón y Alcímeda[88], despiertos ambos, lo contemplan y tienen con ojos llenos, mientras que Jasón les habla plácidamente y serena sus pechos turbados. Después, cuando cayeron sus párpados [300] vencidos de pesado sueño, le pareció al capitán que la guardiana refulgente de la nave ornada de coronas lo instaba con estas palabras: «Estás viendo a la encina de Dodona[89], a la sierva de Júpiter Caonio[90]. Penetro contigo en el mar, y no pudo la Saturnia arrancarme de los fatídicos bosques si no fue con la promesa del cielo[91]. Es tiempo ya, ea, no te rezagues, y, aun [305] cuando un éter incierto pudiera traer nubes, en tanto que recorremos el ancho mar, déjate desde ahora mismo de miedos, confiado en los dioses de lo alto y en mí».

Había dicho. Él, temeroso a pesar del presagio feliz de los dioses, saltó del lecho. En ese momento, le puso delante a los Minias [310] todos la alma Titonia[92], rizando el piélago con nuevo sol. Se afanan ellos en las bancadas: unos afirman la percha en lo alto del mástil, otros prueban los remos en el mármol de la superficie, leva Argo el ancla desde la encumbrada proa. Crecen [315] los lamentos de las madres y languidecen los corazones esforzados de los padres, y llorando se funden en largos abrazos. Mas, por encima de todos los llantos, se alza la voz de Alcímeda; tanto excede ella en su delirio al clamor de las demás mujeres cuanto podría aventajar la trompa marcial a los bojes del [320] Ida[93], y dice así: «Hijo abocado a afrontar penalidades que no te mereces, nos separan, y ni siquiera se me ha dado tiempo de disponer mi ánimo para tal desventura, sino que hasta ahora temía por ti los peligros de la guerra y la tierra firme. Habrá que hacer votos a otros dioses. Si los hados te traen de vuelta a mí, [325] si el mar se deja aplacar por las madres temblorosas, puedo de veras soportar la luz y el prolongado temor. Mas, si la fortuna depara otra cosa, apiádate de los padres, Muerte buena, en tanto que hay miedo y no todavía luto. ¡Ay de mí! ¿Cómo iba a temer yo a los colcos y al vellón del carnero que se llevó a Frixo? ¡Qué días ya en mi mente, qué crueles noches de insomnio y de [330] preocupación veo venir! ¡Cuántas veces desfalleceré frente al batir fragoroso del oleaje contra la costa, temerosa por igual del ponto escítico y del cielo,

sin agradecer a la serenidad de los nuestros la confianza que me den acerca de tu suerte! ¡Abrázame, te lo ruego, y deja palabras que se queden clavadas a mis oídos, y cierra ya ahora estos ojos con tu dulce diestra!»

[335] Con tales quejas se duele Alcímeda, pero Esón, más fuerte, levanta los ánimos con sus palabras: «Ojalá tuviera ahora la misma sangre que cuando me amenazaba Folo con una crátera cubierta de relieves, y lo paró esta mano con otra de oro no menos pesada[94]; sería yo el primero en depositar mis armas [340] a bordo de popas guarnecidas de bronce, y gozaría haciendo avanzar la nave a golpe de remo. Pero bastante fuerza han tenido mis plegarias de padre, y han sido escuchados mis votos por los magnos dioses: veo en nuestro mar tal concurrencia de príncipes, y a ti como capitán. Tales, tales eran los héroes que solía yo comandar y seguir. Ahora queda por llegar aquel día —que Júpiter lo conceda suplico—, aquel en que te reciba yo como al [345] vencedor del rey escítico y de su mar, ardientes tus hombros por el vellocino apresado, y se batan en retirada mis hazañas frente a tu juventud». Así habla. Jasón sostiene con su pecho a la madre desmayada, y recibe al anciano sobre su ancha cerviz.

Y era llegado el momento final. Los abrazos que hacían [350] esperar al Céfiro y a la nave los había disuelto la tercera trompa con triste toque. Los héroes dan cada uno su nombre al remo, dan su nombre a los bancos. El piélago de babor lo tiene Telamón, y ocupa el Alcida, más alto, el mar de estribor; el resto de la muchachada se reparte[95]. Se esfuerza el veloz Asterión[96], a [355] quien lavó al nacer su padre, el piresio Cometes, con agua de dos ríos, allí donde el Enipeo de retardada corriente siente la fuerza del Apídano[97]. Detrás Tálao, y Leódoco apremia con el remo las espaldas de su hermano, a quienes juntos despachó Argos la noble[98]. Detrás también Idmón, llegado por más que [360] lo disuadieran los auspicios; es deshonroso, empero, para un hombre temer el porvenir. E Ífito el Naubólida[99] se alza aquí sobre las olas revueltas, y quiebra la superficie del mar paterno [365] Eufemo el de Neptuno[100], que señorea la undísona Psámate y el Ténaro siempre abierto[101]. Y de la blanda costa de Pela[102] vienen Deucalión, infalible con las jabalinas, y Anfión, eximio a la hora de combatir cuerpo a cuerpo con la espada; a ambos los parió a la vez Hipso, y no pudo o no quiso distinguir sus rostros idénticos. Arrastran detrás de ellos la popa Clímeno, que [370] golpea el potente remo con el pecho, y su hermano Ificlo[103]. Y Nauplio, que después con cruel luminaria desviará a los dánaos, Cafareo, contra tus escollos[104]. Y Oileo, que llorará por un rayo que no lanzó Júpiter mientras chilla su hijo[105] entre las olas de Eubea[106]. Y el que acogió en su morada tegea al Anfitrioníada [375] cuando sudaba bajo el peso del monstruo de Erimanto, Cefeo[107], y Anfidamante (mas su hermano, colmado ya de hazañas, prefirió que le tocara a Anceo el vellón de Frixo)[108]. Y Eurición, conservada en torno al cuello la melena que, a su regreso, cortará su padre ante los altares aonios[109].

También a ti, Néstor, te arrastra a las corrientes la fama de [380] la nave tesálica, a ti que admirarás un día las planicies del mar blanqueantes de velas micénicas y el ajetreo de mil pilotos[110]. Va en el mismo lado Mopso el adivino, prueba no vana de la paternidad de Febo[111]; viste un blanco manto que le roza los [385] pies y rodea los coturnos de púrpura, y un morrión ceñido de ínfulas y el laurel peneo en lo alto de la cimera[112]. También en la fila de Hércules se alzan Tideo[113] y el Nelida Periclímeno[114], a quien la pequeña Metone[115] y la Élide[116] de ligeros caballos y [390] el Aulón[117] frontero a las olas vieron quebrar con los guantes los rostros de sus oponentes.

Tú también te diriges con el remo, hijo de Peante, hacia los colcos de Frixo, tú que has de ver Lemnos por dos veces; insigne te muestras ahora con la pica de tu padre, mas con el tiempo lanzarás las flechas de Hércules[118]. Y enseguida Butes[119], rico habitante de las costas áticas, pues encierra innumerables abejas [395] y, orgulloso, ensombrece el día con amplia nube cuando abre las colmenas repletas de néctar y manda a las reinas al dulce Himeto[120]. Lo sigues tú, Falero[121], portando armas que relatan tu aventura: tres y cuatro veces rodea al pequeño con su [400] lomo rutilante una sierpe caída de un hueco árbol, y, en pie, el padre acongojado tensa de lejos un arco indeciso. Portan detrás [402] armas cinceladas con otros terrores Eribotes[122] y Fliante; no se engañó la fama al hacer del linaje de Lieo a este, que deja pender [412] de su cabeza los cabellos al paterno modo[123].

No faltó tampoco Peleo, confiado en sus suegros y en su [403] divina esposa[124]; desde la encumbrada proa resplandece, Eácida, [405] tu pica, que sobrepasa a las demás lanzas tanto cuanto había aventajado en la cumbre a los fresnos del Pelión. Deja también el Actórida[125] a su hijo en la cueva de Quirón, para que, como camarada de su querido Aquiles, toque a la par las cuerdas de la lira, y agite a la par desde niño las lanzas ligeras [y aprenda a [410] cabalgar a lomos del paciente maestro]. No teme su madre confiar [413] al ponto a Anceo, hijo que tuvo del rey del mar[126], ni menos [415] seguro se dirige a la salobre llanura Ergino, prole también de Neptuno, puesto que conoce las celadas del mar y los astros de la noche serena y qué viento hará salir Éolo de la cárcel de su gruta; no temerá Tifis encomendarle a este el gobierno de la nave, a este el cielo cuando se le haya cansado la vista de mirar [420] continuamente a la Osa[127]. Lleva consigo el veloz Laconio[128] sus guantes de cuero de toro erizados de hiriente plomo, al menos para esparcir los brazos en los vacuos vientos, y para que la nave de Págasas[129] vea al vástago ebalio[130] llenar[131] la costa con [425] juego inofensivo. Su hermano Cástor, más diestro en embridar caballos con tesálico freno[132], permitió que, paciendo la hierba de Amiclas[133], engordase Cílaro mientras buscaba él la cabalgadura de la pávida Hele. Tiembla a la par sobre ambos la púrpura ígnea coloreada con tinte del Ténaro, labor

digna de verse que tejió su madre en telas mellizas: dos veces había tramado el Taigeto[134] y los bosques melenudos, dos veces había hecho correr el Eurotas[135] con blando oro; a cada uno lo porta su caballo de casco sonoro en hilo blanco como la nieve, y vuela desde el pecho de ambos el paterno cisne[136]. Mas a ti te suelta ya el prendedor las abrochadas vestiduras, Meleagro[137], y muestra los hombros fuertes y la anchura del pecho soberbio, pareja a la de los miembros de Hércules. Sigue una falange numerosa, prole del Cilenio[138]: Etálides, quien, con puntería infalible, dispara repentinas flechas al distender la cuerda del arco; y tú, Éurito, ducho en atravesar las filas enemigas con la espada; y Equión, no despreciado por los Minias en el desempeño del oficio de su padre, puesto que es quien anuncia a los pueblos las palabras del capitán[139]. Pero no ha de tornar la Argo a impulso de tus brazos, Ifis, sino que, ay, dejará apesadumbrada tus cenizas en la escítica arena, y guardará luto por el remo que cesa en tu banco[140].

Te envían a ti, Admeto, los campos de Feras[141] agraciados con tan alto pastor, pues pena en tus ejidos el Delio por haber derribado a Estéropes con arco aborrecible[142]. ¡Ay, cuántas veces lloró su hermana[143], saliendo al encuentro del criado en los bosques que a ella le son familiares, allí donde buscaba él el fresco de la encina del Osa[144] y echaba a perder sus pobres melenas en la turbia Bebeide[145]! Se alza en la bancada y revuelve el licor de Nereo con el remo Canto, a quien una bárbara pica volteará en el polvo eeo[146]; mas por ahora yace a su lado el glorioso escudo que portaba su padre Abante: huyendo de las arenas calcídicas, corta el Euripo[147] con su corriente el áureo broquel, y del Geresto[148] rico en ostras surges tú, Neptuno, en el centro, tensando las altas riendas de los lobos marinos. En cuanto a ti, Polifemo, te espera hallar los restos de tu padre ardiendo a las puertas de la ciudad, una vez que hayas tornado a bordo del pino de Palas; mucho habrán retardado los sirvientes las pías honras de rigor, por si regresaras[149]. Bate ya las ondas cerúleas con remo más corto y ocupa lejos su banco, el último, Idas.

Mas a su hermano Linceo, a quien envió Arene[150], lo reservan para menesteres mayores, puesto que podría atravesar la tierra con su mirada y divisar la Estigia silenciosa[151]; desde en medio de las corrientes indicará él las tierras al piloto y las estrellas a la nave, y, cuando Júpiter envuelva el éter en sombra, Linceo será el único que traspase las nubes. Y también quedan dispensados los hijos de la cecropia Oritía, a fin de que cuiden Zetes y su hermano del trémulo cordaje[152]. No se emplea tampoco en las bancadas ni doma el ponto con el remo Orfeo el odrisio[153], sino que, con su cantar, enseña a los remos a marchar acompasados para que no choquen unos con otros a ras de agua. Y ahorra, además, el Esónida el piélago y los trabajos de los jóvenes a Ificlo[154], a quien, rendido por la edad, había enviado Fílace no para que tomase parte en la faena,

sino para que les dé [475] consejos que los aguijen y para que enardezca a los varones con las loas de sus magnos abuelos. Es cometido tuyo, Argo, el cuidado de tu nave, que instruido por gracia de Palas te envían las murallas de Tespias; a ti te toca evitar que la popa absorba calladamente [480] el mar por rincón alguno, y taponar las heridas abiertas por el agua con pez o con blanda cera. En vela incesante, estaba pendiente del astro arcadio[155] el Hagníada Tifis, quien felizmente dio uso a las tardas estrellas y enseñó a hacer rumbo marino bajo la guía del cielo.

[485] He aquí que el capitán, feliz por el triunfo de sus tretas, reconoce a Acasto, quien, erizado de jabalinas y corusco por la lumbre de su broquel, baja rápidamente por las quebradas del monte. Cuando este se hubo introducido en medio del barco, entre escudos y hombres, cortó el Esónida las amarras con el [490] resplandeciente hierro. No de otro modo el raudo cazador cuando huye de las selvas y de las guaridas por él devastadas, y espolea al caballo que teme por su dueño mientras aprieta contra su pecho los pequeños tigres que raptó con medrosa astucia, en tanto que la bravía madre, que había dejado solos a los cachorros, caza en la ladera de enfrente del Amano[156]. Marcha igualmente, [495] propulsada, la nave. En pie sobre la orilla, las madres persiguen con los ojos las claras velas y los escudos golpeados por el sol de los varones, hasta que el ponto fue más alto que el mástil y el aire inmenso arrebató la nave a la vista.

Desde la ciudadela estrellada, se alegra entonces el padre de los dioses al contemplar la nobilísima empresa de los griegos y [500] cómo se alza la mole de tan gran obra, pues no aprueba el ocio del reinado paterno[157]. Con él se regocijan todos los celestes por la era que se avecina para el mundo y también las Parcas, que ven como aumentan sus caminos[158]. Mas el Sol, padre temeroso del peligro que amenaza a su hijo escítico[159], hace salir de su pecho estas voces: «Sumo padre, para quien nuestra luz hace y [505] rehace su camino tantas veces con el volver de los años, ¿es esta tu voluntad, y avanza ahora la nave griega sobre las olas bajo tu guía y con tu consentimiento? ¿O me es lícito prorrumpir en quejas merecidas? Temiendo esto y que hubiese algún pueblo [510] envidioso de mi hijo, elegí para él no la opulencia de la tierra media, no los vastos campos de una región rica (posean los terrenos más feraces el teucro y el libio y la casa de vuestro Pélope)[160]: nos establecimos en hórridos campos que oprimes con hielo cruel y en ríos congelados. Abandonaría incluso estos y se retiraría, sin honor alguno, más allá, pero una zona endurecida [515] por las nubes y desconocedora de reyes está arriba, y repele ya mis ardores. ¿En qué puede molestar aquella región salvaje? ¿En qué estorba el bárbaro Fasis a río ninguno, y a los pueblos alejados mi prole? ¿Qué razón para quejarse han tenido los Minias? ¿Acaso se apropia por la fuerza del vellón griego? [520] Si hasta se negó a unir su ejército al prófugo Frixo y no marchó como vengador contra las aras de Ino, sino que lo retuvo donándole parte de su imperio y a su hija en matrimonio, y ve ahora nietos de griega estirpe y habla de yernos y de tierras unidas a [525] sí por la

sangre[161]. Desvía la nave y su rumbo, padre, y no abras la mar a los hombres con herida mía. ¡Bastante he tenido con el bosque del Po, que sabe de mi antiguo luto, y con las hermanas que lloran a la vista de su padre[162]!»

Masculla al oír esto el Belipotente[163] y agita la cabeza, viendo pretendido el tusón que como ofrenda le está consagrado. [530] Les hacen frente, deplorando las quejas de ambos, Palas y la Saturnia. Interviene entonces el padre: «Todo esto, dispuesto por mí desde antiguo, sigue su curso según un orden, y permanece fijado desde el principio de las cosas. Pues no había nadie [535] de mi sangre en tierra alguna cuando trazaba yo los hados, así que pude obrar con imparcialidad al establecer el sucederse de los reyes a lo largo de los siglos. Y yo repetiré los decretos de mi providencia. Hace ya largo tiempo que la región que se extiende desde los inmensos espacios del Euro[164] hasta las aguas de la doncella Hele y el Tanais[165] abunda en caballos y florece [540] en hombres, y ningún pueblo ha osado levantarse contra ella con parejo arrojo ni conquistar nombradía mediante la guerra. Así favorecían los hados estos lugares, así yo mismo. Mas se aproxima su día último, y abandonamos el Asia en su caída y me reclaman ya los griegos el tiempo que les corresponde. De ahí que mis encinas y los trípodes y las ánimas de los ancestros[166] hayan enviado al piélago esta tropa. A través de las olas [545] y de los temporales se te abre a ti, Belona[167], camino. Y no está predestinado que sea el vellocino la única causa de indignación, ni tampoco el dolor más próximo por la doncella raptada[168], sino que (no hay en mi mente designio más fijo) vendrá después un pastor del frigio Ida[169] que llevará a los griegos pares sollozos [550] e iras, en recíproco intercambio de dones[170]. ¡Qué guerras verás desembarcar después de la flota de los pretendientes[171]! ¡Cuántos inviernos verás llorar a Micenas al pie de Troya[172]! ¡Cuántos héroes e hijos de dioses, cuántos fuertes varones verás [555] caer, y al Asia batirse en retirada ante los magnos hados! Después está decidido el fin de los dánaos[173], y otorgaré luego mi favor a otras gentes. Ábranse los montes y las selvas y los lagos y las barreras todas de la mar, haya esperanza y miedo para todos. Yo mismo haré de árbitro, y, removiendo países e imperios [560] terrenales, comprobaré qué reinado larguísimo quiero sobre los pueblos todos, y dónde he de dejar, cierto, las riendas»[174]. Endereza entonces los ojos hacia el azul del Egeo, y, al ver la robustez de Hércules y el linaje de Leda, habla así: «Tended hacia los astros, varones. Sólo después de la guerra del feroz Jápeto y [565] de los trabajos de Flegra me impuso la soberanía al mundo[175]. Para vosotros he establecido una senda dura y pesada hacia el cielo. He aquí que así, recorrido el orbe, tornó mi Líber[176], y Apolo tras haber experimentado la tierra»[177]. Dijo, y lanzó en derechura a través del vacío un rayo que inflamó las nubes con ingente surco, y, al acercarse a la nave, se bifurcó, dirigiéndose [570] a los gemelos Tindáridas; al punto se fijó, apacible, en el centro de las frentes de ambos, e, inofensivo, derrama la luz

purpúrea que un día implorarán los marinos desgraciados[178].

Entre tanto, divisó el bravío Bóreas[179] desde la atalaya pangea[180] [575] las velas confiadas al mar profundo, y, presuroso, se encaminó sin dilación a Eolia y a las grutas tirrenas[181]. Gime todo bosque bajo las rápidas alas del dios, es abatida Ceres y se ennegrece el ponto bajo su vertiginoso paso. En el mar de la Trinacria[182], del lado del huidizo Peloro[183], se alza una peña que [580] causa horror por sus olas; tanto se hunde bajo las aguas infernales cuan grande es la mole que sale a la luz, y se ve junto a esta otra isla de escollos y cavernas no menores. La primera la habitan Acamante y el desnudo Piracmón[184], y la segunda es morada [585] de los nimbos y de los vientos y de la tempestad que quiebra las naves. Desde aquí salen hacia tierra firme y hacia las profundidades del ancho ponto, desde aquí solían confundir antaño el cielo con el mar funesto (pues no los gobernaba aún Éolo cuando el Océano recién llegado desgajó Calpe[185] de Libia[186], cuando [590] llorando perdió Enotria[187] los confines sículos, y se abrieron paso las olas entre los montes), hasta que tronó desde el éter el Omnipotente[188] contra los vientos amedrentados, y les dio un rey al que está obligada a temer la bravía tropa; a duras penas doman a los euros en el monte el acero y las piedras redobladas [595] de los muros. Cuando ya no puede reprimir las bocas de los rugientes, abre entonces el mismo rey de su grado los calabozos y aplaca, franqueada la puerta, los fieros bramidos. Lo hace descender Bóreas de su alto trono con la nueva que le trae: «¡Qué sacrilegio he visto, Éolo, desde la atalaya pangea! Después de haber erigido con el hierro una mole nunca vista, la [600] juventud griega avanza y, gozosa, doma los mares con vela inmensa. Y no tengo yo libertad para levantar las aguas desde las arenas profundas, como la tenía antes de verme aherrojado en una cárcel. De aquí nacen el coraje de los hombres y su confianza en el barco que han construido, porque ven a Bóreas sometido [605] a un rey. ¡Déjame hundir a los griegos y su loca nave! Nada me importan mis prendas[189]. Preocúpate sólo de frenar las amenazas de los humanos ahora que aún les quedan cerca las riberas tesalias, y no han visto aún las velas otros países».

Había dicho, mas refunfuñaban dentro los vientos todos y reclamaban las planicies del mar. Golpeó entonces el Hipótada[190] [610] la maciza puerta con encrespado torbellino. Se echan fuera de la cárcel, contentos, los caballos tracios[191] y el Céfiro, y, con su prole de nubes, el Noto[192] de alas del color de la noche, y, erizada la melena de borrascas, el Euro, de cabeza rubia por la mucha arena. Llevan allá el temporal, y unánimes, con impulso [615] fragoroso, amontonan olas reviradas contra la costa. Y no agitan sólo el reino del tridente, que a la vez se viene abajo el ígneo éter con inmenso trueno, y la noche lo avasalla todo bajo un cielo como la pez. Se les cayeron los remos de las manos, y viró la nave de proa y recibió de costado los embates estrepitosos, [620] y un súbito torbellino arrambló con las velas que revoloteaban en lo alto del trémulo

mástil. ¡Qué horror entonces, qué temblor el de los Minias cuando refulgieron los cielos del color de la pez, cuando cayeron los rayos coruscos ante el pávido navío, cuando la verga se inclinó hasta levantar con el brazo de babor una ola que se rompía! No consideran que sea un temporal ni que enviados se hayan levantado los vientos, ignorantes, sino que tal es la mar. Sollozan entonces con murmullo doliente: «¡Por esto temieron nuestros padres profanar con las jarcias las olas prohibidas! ¡Apenas hemos roto amarras, y con qué rugido se ha alzado el Egeo! ¿Es este el mar donde entrechocan las rocas Cianeas o nos aguarda aún, pobres de nosotros, uno más infausto? ¡Abandonad, tierras, la esperanza del piélago, y dejad de nuevo aparte las sagradas corrientes!» Tal queja repiten llorando la muerte sin gloria que se les presenta, y contempla el carcaj y el inútil roble[193] el magnánimo Anfitrioníada. Muertos de miedo, intercambian otros palabras de despedida y entrelazan sus manos, y cansan todos sus ojos con la vista lastimera que se les ofrece cuando al punto se resquebraja el álamo y hace agua la popa por una enorme hendidura. Ora la lleva de acá para allá, haciéndola girar con sus embates, el Euro, ora se la arranca a los céfiros el estridente Noto. Borbollan por doquier las aguas cuando de repente Neptuno, blandiendo la lanza de tres puntas[194], abandona las profundidades y asoma su cerúlea cabeza: «Sea que, ablandando mi pecho con su llanto, me hayan arrebatado esta presa Palas y mi hermana[195]; vengan las quillas de Faros[196] y las de Tiro, y crean que se les ha dado venia. ¡Cuántas veces veré en adelante las velas arrancadas por los notos, y las olas henchidas de otros clamores! No es causa de muerte nueva mi Orión[197] ni el Toro embravecido por las Pléyades[198]; a las pobres gentes tú, Argo, deparas mal fin, y con razón no habrá ya madre, Tifis, que desee para ti el plácido Elíseo y los manes de los piadosos»[199]. Así habla el padre marino, y enseguida restituye la paz al ponto y a las riberas turbadas y ahuyenta a los notos; los siguen el azul encrespado y la pesada ola de rezumante seno y, a distancia, la lluvia, y se encaminan todos juntos a las aguas de la puerta eolia. Brilló, reabierto, el día, y el arco desveló el cielo y tornaron las nubes a las cumbres de los montes. Ya sobre plácidas aguas se asienta la nave, que del remolino profundo la han alzado Tetis y Nereo, el suegro[200], con sus poderosos brazos.

Cubre, pues, sus hombros el capitán con sagrado manto y coge la pátera de Esón; era una de oro que, a cambio de la aljaba que tan contento había tomado, le dejó como presente de hospitalidad Salmoneo[201] cuando no había caído aún en el delirio, que después remedaba las saetas del alto Júpiter con leños de cuatro puntas, e, intentando emular al dios cuando fulmina el Atos[202] o el Ródope[203], abrasaba él mismo los encumbrados bosques de la apenada Pisa[204] y los desdichados campos de la Élide. Con ella ofrece el Esónida una libación al piélago, y comienza a orar con estas palabras: «Dioses que tenéis el imperio sobre las olas y sobre la rugiente tempestad y señorío

parejo en todo al del magno cielo, y tú, padre a quien cupieron en suerte el mar y las divinidades biformes[205]: sea que haya sido cosa del azar esta noche; sea que, así como gira el eje de los dioses de lo alto, tenga el ponto el cometido de reposar y embravecerse con alternación; sea que la imagen nueva de la inesperada nave junto con la de las armas y los hombres haya despertado tus crueles iras, ten por suficiente la pena pagada, señor, y haz que tu numen me sea en adelante más propicio. ¡Concede que yo devuelva a tierra estas almas, y que abrace los umbrales de la puerta paterna! Entonces en cualquier lugar cebará tus altares, que lo habrán merecido, muchísimo honor, y, cuan grande te alzas, padre, imponente por las ruedas y por los caballos, y un enorme tritón tiene a cada lado las rezumantes bridas, tal serás levantado en nuestras ciudades». Dicho esto, se alzan el clamor y las diestras de quienes secundan la plegaria de su capitán. Así, cuando se abate sobre mieses y establos Sirio[206], ira formidable de los dioses y saqueador del campo calabrés, concurren angustiados los labriegos al antiguo bosque, y les dicta el sacerdote píos votos a los infelices. Los Minias ven ahora descender los céfiros con blanda caída; vuela a rienda suelta el cóncavo pino, y corta la mar salada y vomita espumas por el broncíneo espolón de tres picos. Tifis la guía, y en silencio están pendientes de las órdenes sus oficiales, de igual modo que, al pie del trono del sumo Júpiter, está al servicio del dios todo cuanto lo rodea, los vientos y las lluvias y las nieves y los rayos y los truenos y los ríos recogidos aún en sus hontanares.

Mas un temor repentino más virulento que toda cuita y la imaginación que presiente la desgracia golpean al capitán; porque, si acometió al hijo del rey y raptó a Acasto mediante ardides, fue cruel al dejar lo demás desarmado frente a la muerte y a su padre en medio de las acusaciones; no cercó al desamparado con defensa alguna mientras que él mismo, ya lejos, se mueve ahora en campo seguro, conque piensa que, sin duda, va a recaer sobre los suyos todo el furor. Y no son vanos sus miedos, y tiembla por lo que ha de cumplirse.

Se ensaña el atroz Pelias, y ve desde la alta cumbre las velas enemigas y no por dónde pueda dar rienda suelta a su fuego. De nada sus ánimos, de nada sus reinos le sirven. Refunfuña la cohorte bloqueada por el ponto, y la mar salada corusca de armas y de antorchas. Cuando Dédalo[207] se echó a volar desde el Ida resonante de bronce[208], y junto a él su compañero con alas más breves, no masculló de otro modo el batallón de Minos ante la nube nueva que abandonaba sus moradas; se cansa de mirar inanemente todo jinete, y torna a Gortina[209] con las aljabas llenas. Pelias va más allá, que, postrado en tierra en el aposento y en el umbral de Acasto, besa las pisadas y las inanes huellas del joven, y, recorriendo sus vestigios, desgreñadas las canas, dice: «Quizás también a ti se te presentan ya la imagen de tu apesadumbrado padre y los suspiros de mi duelo, y percibes ya las añagazas y los mil peligros de muerte cruel que te

rodean. ¿Por dónde podría seguirte, infeliz, por qué costas? No [715] hace camino el fiero Jasón hacia las moradas escíticas ni hacia las puertas del Ponto, sino que a ti, que has sido cautivado por amor de una gloria falaz, te lacera ahora el muy desalmado, niño mío, para tormento de mi vejez. Pues, si pudieran franquear [720] los mares las encumbradas popas, ¿no te habría dado yo por propia iniciativa soldados y escuadra? ¡Ay de mi casa, ay de los penates fiados vanamente en mi prole[210] »Dijo, y al punto, terrible por su furia y por su ira amenazante: «¡Hay aquí también [725] heridas tuyas, ladrón, hay lágrimas y un padre querido!» Va y viene por su elevado alcázar mientras refunfuña, y maquina el más cruel de los desquites. Tal fue aquel Licurgo[211] del que huían su mujer despavorida y sus hijos por los extensos pórticos cuando enderezó Tioneo[212] sus crueles astas contra los bistones[213], que habían merecido su cólera, y con mil furores gemían ya el infeliz Hemo y los altos bosques del Ródope.

[730] Entre tanto Alcímeda, angustiada por tan gran hijo, sacrificaba al Júpiter tartáreo[214] y a los manes estigios, por si las sombras invocadas la enteraban mejor del porvenir. Esón mismo padece iguales cuitas y, aunque esconde en su corazón tales [735] miedos, se deja llevar por su mujer sin resistencia. La fosa se encharca de sangre y de generosa ofrenda al recóndito Flegetonte[215], y, con violenta turbación, llama la anciana tesalia[216] a los ancestros exánimes y al nieto de la magna Pléyone[217]. Al rumor de los conjuros, había mostrado ya su faz desvaída Creteo, y, contemplando la aflicción de su hijo y de su nuera, después [740] de haber bebido la sangre, les hacía las siguientes revelaciones: «Déjate de miedos; vuela Jasón por el mar, y, cuanto más se aproxima, más y más se pasma ya Ea ante los prodigios diversos de los dioses, y golpean los oráculos a los feroces colcos[218]. ¡Ay, hacia qué destinos camina, qué horror para los pueblos se abre paso! Vendrá después gloriándose del botín de Escitia [745] y de las nueras[219] (quisiera yo mismo quebrar entonces la tierra pesada), mas a ti el rey irritado te depara un lamentable y sacrilego crimen y armas fraternas, y concibe crueles fuegos de cólera. ¿Por qué no arrancas de aquí tu alma y huyes, veloz, de los miembros que la sirven? Ven, eres mi hijo; te llama ya a [750] sus bosques la pía turba de los silentes y mi padre Éolo[220], que revuela sobre los secretos campos».

En esto se horrorizó con el clamor último de la servidumbre la afligida casa, y un griterío difunde por la ciudad que el rey convoca un millar de manos, y que da ya órdenes a los emplazados. [755] Tira a todo correr la sacerdotisa el altar ardiente y su vestidura y el ramaje[221], y Esón, atemorizado por lo repentino del caso, medita qué hacer. Así como mucho duda un león cercado de una compacta partida de hombres, y con sus fauces abiertas hace desaparecer los carrillos y los ojos, acometió la preocupación al héroe, indeciso entre echar mano, siendo ya viejo, del [760] hierro enflaquecido y de las armas que portó en su primera juventud o sublevar a los padres y

al vulgo voluble del reino. En cambio su esposa, tendiéndole las manos y aferrándose contra su pecho, le dice: «Me tendrás a mí por compañera de desventura, cualquiera que esta sea, y no retardaré el destino ni veré a nuestro hijo sin ti; bastante he soportado ya la luz del cielo, yo que pude sobrellevar tan gran dolor cuando por primera vez largó velas hacia alta mar». Esto entre lágrimas. Y ya considera Esón con qué fin podrá adelantarse a las amenazas, qué tránsito lo suficientemente digno escogerá; una magna muerte su hijo y su casa y el linaje de Éolo y los combates por él mismo librados reclaman. Tiene también ante los ojos a su otro vástago de tierna edad, el cual querría que aprendiera los ánimos ingentes y las gestas esforzadas, y que se acordase un día de la muerte de su padre.

Recomienza, pues, los ritos. Bajo la noche de un viejo ciprés estaba aún un toro turbio, descolorido por abundante herrumbre, de cuyos cuernos pendían ínfulas oscuras y cuya frente estaba erizada de hojas de tejo; resollaba a duras penas, deseoso de salir de aquel lugar y espantado por la sombra que había visto[222]. Según la costumbre de aquel pueblo nefando[223], había reservado la tesalia particularmente esta bestia para posterior uso de Dite[224], cuando aplacara ella a la señora triforme[225] e implorase el favor de las moradas estigias con el último fuego, recitando ya al revés el encanto que se hace escuchar; pues no se lleva antes de esto el negro portero[226] a las ánimas, y permanecen todas a la entrada del Orco[227]. En cuanto se dio cuenta Esón de que el animal seguía disponible en el momento de la terrífica ceremonia, lo destinó al sacrificio, y pronunció las últimas palabras tocando con su mano los cuernos del toro condenado: «Vosotros que, obedeciendo las órdenes de Júpiter, habéis recorrido bajo la luz un camino no indolente, nombres que yo he conocido en los consejos y en las batallas, consagrados hoy por la fama que os otorga vuestra descendencia, y tú, padre invocado de entre las sombras para que vieras nuestra muerte y padecieras dolores ya olvidados, propios de los hombres de aquí arriba: concédeme el camino de la plácida sede, y que la víctima enviada por delante me concilie vuestras moradas. ¡Tú, virgen delatora de los culpables ante Júpiter[228], que observas la tierra con ojos imparciales, y vosotras, diosas vengadoras[229], y tú, Fas, y tú, Pena, anciana madre de los Furores, penetrad bajo los techos culpables del rey y llevad allí vuestras crueles antorchas! Que un pavor maldito le robe el fiero corazón, y que no piense que se le han de presentar sólo las pesadas armas de mi hijo y la nave; que revuelva en su mente las escuadras y banderas del Ponto y los reyes indignados por la violación de sus costas, y que, llevado del miedo, corra a menudo hacia las olas llamando a las armas; que una muerte tardía le cierre el paso y lo prive de las escapatorias que busque, que no pueda prevenir mis maldiciones, sino que vea ya mismo a los hombres de regreso y su ruta resplandeciente de oro. Me erguiré escarneciéndolo y pondré frente a él mi rostro triunfante y mis manos. Entonces, si os queda algún crimen secreto que nunca se osó

cometer, algún género de muerte aún desconocido, ¡dad a su [810] engañadora vejez un desenlace vergonzoso y un fin infamante! Ruego que no caiga él por Marte ni por las armas, u honrado jamás por la espada de mi hijo. Que la mano en que confía, la amada mano de los suyos, descuartice y lacere al viejo, y que no encierre sus miembros en el sepulcro[230]. ¡Reciban del rey esta expiación nuestra sangre y las gentes todas que, ay, ha [822] mandado a la mar!» Estuvo a su lado la mayor de las Furias, y [815] tocó las copas humeantes de sangre negra con su pesada mano; ellos bebieron ávidamente la sangre recogida en las páteras.

Se arma un tumulto; irrumpen con estrépito, desenvainados los sables por orden del rey, los portadores del cruel mandato. [820] Descubren a los ancianos ya en la agonía, y sus ojos apagados por la muerte y el vómito de sangre que empapa sus ropas; y a ti, niño[231] inmaduro aún en el umbral de la vida, pálido tras haber visto la muerte de tus padres, te desmiembran y te envían [825] con los tuyos. Se horrorizó de lejos Esón, que ya partía, y se llevó a las brumas infernales su sombra memorosa.

Bajo nuestro polo, apartado de las cosas de arriba, reposa el palacio del padre tartáreo[232]; no se vería involucrada esta morada en la ruina del cielo si le pluguiera al Caos revolver la mole [830] rendida del universo con su enorme boca, que podría devorar la materia vencida por su propio peso y el mundo derrumbado[233]. Aquí se hallan por toda la eternidad dos puertas gemelas[234]; la una, siempre franca en virtud de rígida ley, recibe pueblos y reyes, pero es sacrilegio tentar la otra e intentar forzarla. Raramente [835] y por propia iniciativa se abre, si alguna vez se presenta, llevando en su pecho heridas famosas, un caudillo cuya casa exhibe como trofeos yelmos y ruedas, o alguno que, alejado todo temor, desconocido el deseo, se haya dedicado a ahuyentar las congojas mortales y a cultivar la lealtad, o si viene un sacerdote [840] con sus ínfulas y su casta vestidura. A todos los guía con pie ligero la progenie de Atlas[235], agitando su antorcha. Luce ampliamente el camino por el fuego del dios, hasta que llegan a los bosques y amenos parajes de los píos y a los campos donde duran todo el año el sol y el día despejado, y los tíasos[236] y los [845] coros de varones y los cantares, campos cuyos pueblos no abrigan ya apetito ninguno. En estas mansiones y perpetuos muros introduce el padre Creteo a su hijo y a su nuera, y les enseña entonces cuán gran castigo aguarda a Pelias en la puerta izquierda, cuántos monstruos en el umbral[237]. Admiran ellos tan [850] grandes estrépitos y la muchedumbre que se precipita, y los lugares y honores reservados en el infierno a la nutricia virtud.

[1] La nave Argo es fatídica o profética porque lleva incrustada una rama parlante de la encina que revelaba los oráculos de Júpiter en el santuario de Dodona, y que se le aparecerá a Jasón en sueños antes de la partida (cf. I 300 ss.; V 65 s.).

[2] Río de la Cólquide, región ubicada entre la costa este del Ponto Euxino (el mar Negro) y el Cáucaso meridional, en territorio hoy perteneciente a Georgia; desembocaba en el Ponto junto a la ciudad de su mismo nombre, y ha sido identificado con el actual Rioni. Los romanos llamaban «escitas» en sentido lato a los bárbaros que poblaban regiones inhóspitas al noreste del Istro o Danubio; de ahí que Valerio, que identifica repetidamente la Cólquide con la Escitia (e. gr. I 43, 87, 745), aplique este gentilicio al Fasis (cf. II 595), como más adelante al susodicho Istro (VIII 185).

[3] Las temidas rocas llamadas Cianeas («Oscuras») o Simplégades («Entrechocantes»), que, estrellándose la una contra la otra a la entrada del Bósforo, impedían el paso hacia el Ponto.

[4] El nombre de la morada de los dioses (en origen un monte de Tesalia, cf. I 25) pasa a denominar, por metonimia, el cielo estrellado (cf. II 38) La transformación de la Argo en constelación (cf. MANILIO, I 412 ss.), prometida por Juno a la encina de Dodona (cf. I 303 s.), prefigura el remate glorioso de la aventura, y ha sido considerada como uno de los posibles finales del poema de Valerio.

[5] El trípode y el laurel, atributos de Febo Apolo, podrían aludir a la pertenencia del poeta al colegio sacerdotal de los *quindecemviri sacris faciundis*, entre cuyas atribuciones figuraba la custodia de los libros sibilinos que Augusto había depositado en el nuevo templo de este dios, mandado construir por él junto a su casa del Palatino. De ahí la posible «intimidad» de Valerio, poeta y sacerdote del dios de la poesía, con la sibila de Cumas, profetisa apolínea a la que se atribuía la autoría de tales libros (cf. VIRGILIO, *Eneida* VI 71 ss.).

[6] Invocación a Tito Flavio Vespasiano, emperador entre 69 y 79 d. C. y fundador de la dinastía Flavia, sucesora de la Julio-Claudia tras las guerras civiles que siguieron al destronamiento de Nerón. Vespasiano había participado en la campaña británica del año 43 bajo el reinado de Claudio (SUETONIO, *Vesp*. 4, 1); a fin de elogiar a la nueva casa imperial, el poeta exagera los logros de esta expedición (que, desde luego, no había llegado a adueñarse del mar de Caledonia, la actual Escocia), al tiempo que menosprecia las incursiones en la isla llevadas a cabo por Julio César en 55-54 a. C. (CÉSAR, *Guerra de las Galias* IV 20 ss.). Los Julos o Julios son «frigios», i. e. troyanos, porque su linaje se hacía remontar a Julo el hijo de Eneas.

[7] Región situada al sur de Judea, a la que se refiere aquí por metonimia.

[8] Domiciano, hijo menor de Vespasiano, podría haber empezado a componer un poema acerca de la guerra de Judea, sostenida por su padre contra los hebreos rebeldes y coronada en 70 d. C. por Tito, su hermano mayor, con el saco de Jerusalén.

[9] No está claro si Valerio se refiere aquí a Tito o a Domiciano (cf. INTRODUCCIÓN, I).

[10] Próspero puerto comercial de Fenicia, región ubicada donde el actual Líbano.

[11] Hélice y Cinosura fueron dos ninfas que criaron al pequeño Júpiter en Creta, y que este transformó, respectivamente, en Osa Mayor y Osa Menor. Los barcos fenicios se guiaban por la Menor (Cinosura), mientras que los griegos seguían a la Mayor (Hélice); pero la futura estrella de Vespasiano, abocado como la nave Argo al catasterismo, eclipsará a ambas, y se convertirá en único y fiabilísimo astro rector para los navegantes de cualquier procedencia.

[12] Puerto fenicio situado al norte de Tiro.

[13] Hemonia es otro nombre de Tesalia, región del norte de Grecia llamada así por el héroe epónimo Hemón, padre a su vez de Tésalo (cf. escolio a APOL. ROD., III 1090).

[14] El Otris y el Olimpo son montes de Tesalia; el Hemo se halla más al norte, en Tracia (cf. I 727), pero los poetas latinos lo sitúan a menudo en Tesalia (cf. VIRG., *Geórgicas* I 492; LUCANO, X 449).

[15] Jasón, hijo de Esón. Este y Pelias eran hermanos sólo de madre, puesto que Tiro se casó con Creteo, padre de Esón, después de haber tenido de Neptuno a Pelias y a Neleo.

[16] La tradición mítica era más explícita acerca de las amenazas de los dioses, atribuyendo el miedo de

Pelias a un oráculo pronunciado en Delfos que lo exhortaba a guardarse del «hombre con una sola sandalia», reconocido después en Jasón (cf. PÍNDARO, *Píticas* IV 71 ss.; APOL. ROD., I 5 ss.; APOLODORO, I 9, 16). Valerio introduce, en cambio, la vaga referencia a la aruspicina romana y el natural recelo provocado en el tirano por la fama y el valor del héroe.

17 Hércules, llamado con este patronímico por su «abuelo» Alceo, padre de Anfitrión, quien, por su matrimonio con Alcmena, era padre putativo del héroe, hijo de esta última y de Júpiter. Cleonas es una ciudad de Nemea. comarca de la Argólide donde hacía estragos el famoso león hasta que lo mátó Hércules, cumpliendo el primero de los doce trabajos prescritos por su pariente Euristeo; después, el héroe se revistió la piel de la fiera como coraza y la cabeza como casco.

18 La célebre hidra o serpiente de varias cabezas que, antes de perecer a manos de Hércules, habitaba el pantano de Lerna, lugar que Valerio sitúa imprecisamente en Arcadia aunque se hallaba, como Nemea, en la región de Argos (noreste del Peloponeso).

19 Uno de los novillos es el Aqueloo, río que, metamorfoseado en toro, combatió con Hércules por la mano de Deyanira, y a quien el héroe rompió un cuerno (cf. OVIDIO, *Metamorfosis* IX 85 s.). El otro debe de ser el toro furioso de Creta, que Euristeo ordenó al Tirintio traer vivo de la isla; se ha pensado también en el Minotauro y en el toro de Maratón, pero no parece que haga al caso una referencia a las aventuras del héroe ateniense Teseo junto a los trabajos de Hércules.

20 Frixo era hijo de Atamante y, según Valerio, primo de Jasón, puesto que nuestro autor, apartándose de la tradición que tenía a Atamante por hijo de Éolo y hermano de Creteo, lo hace hijo de este último y hermano, por tanto, de Esón (cf. II 611; V 476 s.). Debido a un oráculo délfico falsificado por Ino, su segunda esposa, Atamante se avino a sacrificar a Frixo y a su hermana Hele, habidos de su primer matrimonio con Néfele, para paliar una mala cosecha provocada por la misma Ino, que había convencido a las mujeres del país para que tostaran la semilla antes de la siembra (cf. APOLOD., I 9, 1); pero los muchachos pudieron escapar a lomos de un prodigioso carnero de vellón de oro, como se relata más adelante por boca de Orfeo (I 277 ss.).

21 Eetes, rey de la Cólquide, era hijo del dios Sol y de la oceánide Perse o Perseide, y hermano de Circe, de Pasífae y de Perses.

22 Pelias miente, puesto que, aunque el asesinato de Frixo figura en una versión del mito (cf. HIGINO, *Fábulas* 3), no es esta la seguida por Valerio, según el cual Eetes acoge con benevolencia al prófugo, que recibe la mano de su hija Calcíope y muere de viejo en la Cólquide (cf. I 520 ss.; V 224 s.).

23 Frixo se le aparecía en sueños a Pelias en la versión de Píndaro (*Pít*. IV 159 ss.), pero aquí todo parece más bien producto del fingimiento del tirano.

24 La hermana de Frixo fue transformada en diosa marina tras haber caído del carnero durante la fuga (cf. I 283 ss.; II 585 ss.).

25 Acasto, el joven hijo de Pelias (cf. I 153 ss.)

26 Fue Néfele, madre de Frixo y de Hele, quien proporcionó a sus hijos el carnero, obsequio de Hermes según Apolodoro (I 9, 1; cf. APOL. ROD., II 1144 s.). En la versión recogida por Pausanias (IX 34, 5), es Zeus quien envía el maravilloso animal.

27 Medea.

28 Las sandalias aladas de las que dispuso el héroe argivo Perseo para volar en busca de la Gorgona.

29 El héroe civilizador Triptólemo, a quien encomendó Ceres la institución de la agricultura, recibió de manos de esta diosa un carro tirado por dragones con alas para que pudiera sembrar por doquier el trigo, llamado a desbancar a la bellota como alimento principal de los hombres (cf. OVID., *Met*. I 106).

30 Los optimates o grandes del reino, llamados «padres» según la fórmula empleada en Roma para dirigirse a los senadores (cf. V 269, 464; VIII 281).

31 Nuestro poeta alude aquí a vuela pluma al destronamiento de Esón, a quien Pelias había arrebatado el poder según algunas versiones (cf. PÍND., *Pít*. IV 105 ss.

[32] Minerva, la diosa guerrera y artesana, bienhechora tradicional de Jasón.

[33] La diosa Juno, mencionada como fautora de Jasón ya en la más antigua noticia que tenemos acerca del mito (cf. HOMERO, *Odisea* XII 72).

[34] Río de Tesalia. Según Apolonio (III 66 ss.), Jasón se ganó el perpetuo afecto de Hera, que había adoptado la apariencia de una anciana para probar la justicia de los hombres, cuando la ayudó a cruzar el río Anauro.

[35] El padre del rebaño (i. e. el toro o el carnero). Existe, sin embargo, una interpretación alternativa que identifica a Esón como sujeto de este discutido pasaje; en tal caso, habría que traducir como sigue: «y mi padre entregará al fuego cervices (i. e. reses) con los cuernos dorados».

[36] Minerva, denominada de este modo por haber nacido de la cabeza de Júpiter junto al río Tritón, en Beocia, o bien en los aledaños de la laguna Tritónide, en Libia.

[37] Es Valerio el único que hace a Argo oriundo de esta ciudad de Beocia, patria tradicional del piloto Tifis (cf. II 368).

[38] Monte de Tesalia, cuyos bosques proveyeron la madera para la construcción de la Argo.

[39] Patronímico de Jasón, como hijo de Esón.

[40] El Austro es el viento del sur, aunque aquí el plural designa por sinécdoque a los vientos en sentido lato.

[41] Siguiendo las órdenes de Juno, las divinidades selváticas menores (faunos, ninfas y ríos, estos últimos representados con cuernos) difunden la nueva de la inminente expedición entre los habitantes de la campiña.

[42] La antiquísima ciudad de Argos, situada en el Peloponeso oriental, es llamada «inaquia» por Ínaco, rey legendario de la misma (cf. IV 350 n.).

[43] Hércules, nacido en Tebas de Beocia pero estrechamente ligado al Peloponeso y en especial a Tirinto, plaza del sudoeste de la Argólide vecina a Argos y a Micenas.

[44] El hermoso Hilas es retratado como escudero que porta las armas características de Hércules (el arco y las flechas envenenadas con la sangre de la hidra de Lerna, pero no todavía la maza, demasiado pesada para su tierna edad).

[45] Juno, hija de Saturno al igual que Júpiter, su hermano y esposo. Fruto de una de las mas sonadas infidelidades de este es Hércules, hijo de Alcmena; por ello debe sufrir continuamente la inmisericorde inquina de la diosa, obstinada en el propósito de atormentar a su hijastro a través de las órdenes de Euristeo.

[46] El tridente es el arma propia de Neptuno (cf. I 615, 641), como el rayo es la de Júpiter.

[47] Argo, natural de Tespias (cf. I 93 n).

[48] El texto latino es aquí tan ambiguo que no hay consenso a la hora de señalar al autor de la decoración pictórica del barco. La mayor parte de los intérpretes se decanta bien por Juno o bien por Argo, pero el indudable protagonismo que en la construcción de la nave corresponde a Palas, que es el último personaje nombrado (v. 126), nos mueve a atribuir las pinturas a esta diosa, patrona tradicional de la artesanía y de las labores artísticas.

[49] La diosa Tetis, hija de Nereo, el Viejo del mar, había sido deseada por Júpiter, pero este renunció a su propósito cuando un oráculo lo advirtió de que la nereida concebiría un hijo llamado a ser mayor que su padre (cf. PÍND., *Ístmicas* VIII 30 ss.; ESQUILO, *Prometeo encadenado*, 907 ss.; APOL. ROD., IV 790 ss.); obligada a casarse con un mortal, la diosa dio a luz a Aquiles tras su matrimonio con Peleo, al que, según la versión más común del mito, opuso resistencia (HOM., *Ilíada* XVIII 432 ss.; OVID., *Met.* XI 221 ss.).

[50] Nereidas, hermanas de Tetis; Galatea es célebre por la pasión que despertó en el cíclope Polifemo (cf. TEÓCRITO, *Idilios* XI; OVID, *Met.* XIII 759 ss.).

[51] El padre de Peleo y de Telamón había sido Éaco, hijo de Júpiter y de la ninfa Egina.

[52] El sabio centauro que acogió en su cueva del monte Pelión las bodas de Tetis con Peleo, y que fue maestro famoso de Aquiles y de otros héroes (cf. I 255 ss.).

[53] Monte situado en el confín de la Arcadia con la Élide, tenido por antigua morada de los centauros.

[54] Sobrenombre místico de Baco con el que se designa aquí, por metonimia, el vino (cf. I 260).

[55] Hipodamía, oriunda de la ciudad tesalia de Átrax, o simplemente «tesalia» por sinécdoque. Su boda con Pirítoo, el compañero de andanzas de Teseo, dio lugar a la guerra de los lapitas (pueblo tesalio al que pertenecía el novio) con los centauros que, invitados al banquete, se emborracharon e intentaron violar a la novia. Reco, Mónico. Clanis, Neso e Hípaso son nombres de centauros; del lado de los lapitas, participan en la centauromaquia descrita por Valerio no sólo Esón, el padre del protagonista, sino también los argonautas Peleo y Néstor (cf. OVID., *Met.* XII 449 ss.).

[56] El águila, portadora del rayo.

[57] El éter es la esfera más alta y más pura de las que rodean la tierra, y en sentido lato el cielo (cf. HOM., *Il.* XIV 288).

[58] Nombres de argonautas señeros (cf. I 353, 450 ss., 460 s.). De los dos Dioscuros o «muchachos (hijos) de Zeus», sólo Cástor había sido realmente engendrado por Tindáreo, el marido mortal de Leda, mientras que su gemelo Pólux era hijo de Júpiter: parece, empero, que tenemos aquí una referencia común a ambos hermanos; más adelante, el poeta los llama Tindáridas sin hacer distingos (I 570 ss.; IV 247, 290; VI 207, 212).

[59] Capital del reino de Pelias, identificada con la actual Volos.

[60] Sobrenombre colectivo de los argonautas, documentado desde Píndaro (*Pít.* IV 69); según Apolonio (I 229 ss.), se les había dado porque la mayoría y los mejores de entre ellos se jactaban de descender de las hijas de Minia, héroe tesalio que fundó en Beocia la ciudad de Orcómeno.

[61] Este pasaje ha hecho pensar en una voz o cadencia determinada a la que se acompasaría la labor de los hombres que cargaban la nave, similar a aquella que marcaba el ritmo a los remeros.

[62] En otras versiones, el músico Orfeo no se limita a acompañar el esfuerzo de los Minias, sino que con su canto prodigioso hace que el mar acoja por propia iniciativa a la Argo (cf. SILIO ITÁLICO, *Púnicas* XI 469 ss.; *Argonáuticas Órficas* 245 ss.).

[63] Neptuno, el «padre marino» a quien dirigirá su plegaria Jasón cinco versos más abajo.

[64] El Céfiro es el viento del sudoeste, tenido por favorable (cf. VIRG., *En.* III 120) y oportuno, sin duda, para navegar de Grecia a la Cólquide. Glauco era un pescador que se vio transformado en dios marino por haber comido de unas hierbas que otorgaban la inmortalidad (OVID., *Met.* XIII 99 ss.).

[65] Probablemente, el hijo de Licurgo mencionado en el v. 377 (cf. APOL. ROD., I 425 ss.), y no el Anceo hijo de Neptuno, que aparece por primera vez en el v. 413.

[66] El Esónida reconoce que la incursión del ser humano en el mar puede ofender a los dioses, pero, al mismo tiempo, intenta desmarcarse del notorio ejemplo de impiedad dado por los Alóadas Oto y Efialtes, hermanos gigantes que pusieron el monte Pelión sobre el Osa con el sacrílego propósito de escalar el cielo (cf. VIRG., *Geórg.* I 281; ESTACIO, *Tebaida* VIII 79).

[67] Este verso ha recibido varias interpretaciones. Puede referirse al hipotético castigo de Jasón, que merecería ser fulminado por Júpiter si su empeño fuera en verdad análogo al de los Alóadas, o bien proponer otro ejemplo de impiedad que añadir al primero («no pretendo escalar el cielo ni robar el rayo»).

[68] Reticencia inspirada en Virgilio (*En.* I 135).

[69] Es decir, «mi persona y la nave Argo». Valerio recurre con frecuencia a estas metonimias propias de la dicción poética, que hemos juzgado oportuno conservar en la traducción (cf. I 637, 687; II 48, 300, etc.).

[70] Neptuno es hermano de Juno y tío de Minerva, que es hija de su hermano Júpiter. La súplica de Mopso habrá de cumplirse (cf. I 642 ss.).

[71] Mopso predice sin saberlo la trasformación en divinidad fluvial de Hilas, a quien, según la leyenda recogida por los poetas helenísiticos (APOL. ROD., I 1207 ss.; TEÓCR., *Id.* XIII 36 ss.), raptó enardecida por su hermosura la ninfa (o las ninfas) de la fuente a la que se había acercado para recoger agua. Llegado el

momento, Valerio variará el relato, sustituyendo al Hilas aguador de la tradición mítica por un Hilas cazador que, cansado de perseguir una presa inalcanzable, se llega a la fuente para matar la sed (IV 545 ss.). En esta incoherencia entre la predicción de Mopso y el modo en que efectivamente se produce el rapto de Hilas se ha querido hallar una prueba de que el autor no llegó a dar la «última lima» a su obra, pero también podría tratarse de un juego docto que entremezcla deliberadamente las variantes del mito.

72 El pugilato de Pólux contra Ámico, rey monstruoso de los bébrices, es uno de los episodios más relevantes del viaje de ida a la Cólquide (IV 99 ss.; cf. APOL. ROD., II 1 ss.).

73 Los toros de Eetes, que, cumpliendo la prueba impuesta por el rey colco, deberá uncir al arado el Esónida para sembrar los dientes del dragón de Cadmo (cf. VI 437 n.).

74 Los terrígenas («hijos de la tierra ») o espartos («sembrados»), a quienes deberá hacer frente Jasón tras haberlos visto brotar ya crecidos, y con la armadura completa, de los dientes que él mismo ha lanzado a los surcos trazados por los toros (VII 607ss.; cf. APOL. ROD., III 1320 ss.).

75 Entendiendo que «Marte» se refiere aquí, por metonimia, a la guerra, se ha interpretado el presente pasaje como alusión al futuro combate de los argonautas con los colcos que los persiguen hasta la boca del Danubio (VIII 259 ss.). Podría pensarse también en una lucha contra el dragón custodio del vellocino, que, sin embargo, no llegará a producirse, puesto que Medea adormecerá al monstruo con su magia (VIII 68 ss.). Existe, en fin, la posibilidad de leer «Marte» en sentido literal, como referencia al dios a quien la piel del carnero estaba consagrada (cf. I 528 s.).

76 Medea, quien, tras ser repudiada por Jasón, dispuesto a contraer un matrimonio de conveniencia con la hija del rey de Corinto, matará a sus propios hijos, abrasará a la novia junto con su padre y se dará a la fuga en un carro de serpientes aladas (cf. V 442 ss.).

77 El dios Apolo (cf. APOL. ROD., I 142 ss.).

78 De hecho, el adivino Idmón sabía ya desde antes de unirse a los argonautas que no era su destino salir con vida de aquella aventura (cf. I 360 s.; APOL. ROD., I 140 s.).

79 La piedad familiar de Pelias para con Frixo, esgrimida por el tirano a la hora de encomendarle el rescate del vellocino a Jasón (I 41 ss.).

80 O bien «conspicuo en los lechos».

81 El pan, designado por metonimia con el nombre de la diosa de los cereales.

82 El nombre de la famosa nave se hacía derivar del de Argo, su constructor, o del adjetivo griego *argós*, «rápido» (cf. DIOD., IV 41; HIG., *Astronomía* II 37), y también de Argo el hijo de Frixo (FERECIDES, 3 *FGrHist* 106). A la ciudad de Argos y al gentilicio «argivo» se remontaba una cuarta etimología, cara a los autores romanos (cf. ENNIO, *Medea* 212-213 VAHLEN; CATULO, LXIV 4; MANILIO, I 694).

83 Puesto que la Argo es la primera nave que se hace a la mar, las hogueras ribereñas encendidas por los Minias no funcionan aún como faros.

84 Orfeo, oriundo de Tracia.

85 Después del frustrado sacrificio de Frixo y de Hele, Juno enloqueció a Atamante y a Ino en venganza por haber criado al niño Baco, nacido del adulterio de Júpiter con Sémele. Las víctimas fueron esta vez los hijos del segundo matrimonio de Atamante, que dio muerte a Learco tras haberlo tomado por una pieza de caza (un ciervo o un león, según las versiones; cf. III 67 ss.); fuera de sí, Ino se arrojó al mar con el pequeño Melicertes en brazos, y una y otro se convirtieron en los dioses Leucótea y Palemón (cf. APOLOD., I 9, 2; OVID., *Met*. IV 464 ss.).

86 Las dos ciudades situadas, respectivamente, en las riberas europea y asiática del estrecho de los Dardanelos o Helesponto, llamado con este último nombre («el mar de Hele») en memoria de la caída de la hermana de Frixo, se confunden en una sola para el marino que las divisa de lejos.

87 Ino, que había muñido la muerte de sus hijastros.

88 Esposa de Esón y madre de Jasón.

[89] Parece que se trata del leño parlante de la encina de Dodona que, según Apolonio (I 526 s.; IV 580), había insertado Atenea en la Argo durante su construcción. Aunque la vaguedad del pasaje impide reconocer la forma con que la encina se le presenta en sueños a Jasón, se ha pensado en la talla tutelar de Minerva que coronaba la popa de la nave (VIII 203).

[90] Los caonios son un pueblo del Epiro, región del noroeste de Grecia donde se hallaba el oráculo de Dodona.

[91] Nueva referencia al catasterismo de la nave Argo (cf. I 4).

[92] La Aurora, esposa del príncipe troyano Titono.

[93] Las flautas de boj empleadas en el culto de Cibeles, la Magna Madre que, en el Asia Menor, habita el monte Ida. vecino a Troya.

[94] Referencia a la centauromaquia, en la que Esón tomó parte del lado de los lapitas (cf. I 144).

[95] Da comienzo aquí el catálogo de los argonautas, a quienes Valerio distribuye en dos filas de veintiún remeros cada una. encabezadas respectivamente por Hércules y por Telamón, el hermano de Peleo.

[96] Primero de la fila de Hércules (cf. APOL. ROD, I 35 ss.).

[97] Río de Tesalia, en cuya confluencia con el Enipeo se hallaba la ciudad de Piresias.

[98] Hijos ambos de Biante, a quienes se suma un tercer hermano, Areo, en Apolonio (I 138 ss.).

[99] Hijo de Náubolo, oriundo de la Fócide (cf. APOL. ROD, I 207 ss.).

[100] Hijo de Neptuno a quien se atribuía la capacidad de correr sobre la superficie marina (cf. APOL. ROD. I 180 ss.).

[101] Promontorio del Peloponeso (actual cabo Matapán) que, según se creía, alojaba una de las puertas del infierno. Según Plinio el Viejo (*Historia Natural* IV 17, 25), Psámate era el nombre de sendas fuentes situadas en la Argólide y en Beocia, aunque puede que Valerio se refiera aquí a la ciudad laconia de Psamatunte, mencionada por el mismo autor (IV 16)

[102] Puesto que no parece tratarse aquí de la ciudad macedonia del mismo nombre, suele identificarse esta Pela con la Pelene de Acaya, patria de los hermanos Asterio y Anfión según Apolonio (I 177 ss.).

[103] Este Ificlo, hijo de Testio y tío materno de Meleagro, aparece en Apolonio (I 201 s.), pero de su hermano Clímeno no aporta noticia ninguna otra fuente.

[104] Nauplio el Joven (cf. APOL. ROD., I 134 ss.) fue padre de Palamedes, miembro del ejército griego partido a la guerra de Troya que, acusado falsamente de traición por Ulises, fue lapidado por sus compañeros (cf. OVID., *Met*. XIII 55 ss.). En venganza, Nauplio hizo que la escuadra que regresaba victoriosa a Grecia se estrellara en la costa de Eubea contra los farallones del cabo Cafareo, para lo que se sirvió de hogueras encendidas de noche a modo de faros (cf. SÉNECA. *Agamenón* 557 ss.).

[105] Áyax el de Oileo, llamado también «el Menor» para distinguirlo de su tocayo el hijo de Telamón, que participó igualmente en la expedición contra Troya. Durante el saco de la ciudad, el Oilíada pretendió arrancar por la fuerza a Casandra, la profetisa hija del rey Príamo, de la estatua de Minerva a la que se había abrazado; tal sacrilegio le acarreó la inquina de la diosa, que desencadenó una terrible tempestad sobre la flota que tornaba a Grecia y blandió el rayo de su padre Júpiter para fulminar al transgresor (cf. VIRG., *En*. I 39 ss.).

[106] Isla del Egeo, paralela a la costa de Beocia.

[107] Rey de la ciudad arcadia de Tegea (APOL. ROD., I 161 ss.), conocido porque ayudó a Hércules en su campaña contra Hipocoonte, quien había desposeído a Tindáreo del trono de Esparta. Que el Tirintio fuera recibido en casa de Cefeo cuando, en cumplimiento del tercero de los doce trabajos, le llevaba vivo el jabalí de Erimanto a Euristeo, es un detalle que sólo nuestro autor menciona.

[108] Este pasaje resultaría desesperadamente oscuro si no fuera por Apolonio (I 161 ss.), que explica que Licurgo, hermano mayor de Cefeo y de Anfidamante que se había quedado en Tegea para cuidar a su padre Áleo, envió a su hijo Anceo (que no se debe, pues, confundir, con el hijo de Neptuno del v. 413).

[109] El padre de Eurición es Iro Actórida según Apolonio (I 72 ss.), que nada dice de que el hijo se dejara el pelo largo para ofrendarlo como exvoto a su vuelta. El gentilicio «aonio» se usa en poesía por «beocio»; en cambio, el catálogo del Rodio engloba a Eurición en el grupo procedente de la Lócride, con Menecio, Eribotes y Oileo (I 70 ss.).

[110] Néstor es el anciano consejero homérico (cf. *Il*. I 247ss., etc.), cuya longevidad le permitirá partir con rumbo a Troya en la nutrida escuadra de los pretendientes de Helena después de haber inaugurado la navegación a bordo de la Argo con la generación anterior.

[111] Las dotes adivinatorias de Mopso demuestran que es hijo de Apolo, si bien la tradición más extendida, recogida por Apolonio (I 1083, 1106; II 915, etc.) y por el propio Valerio (III 420, 460; V 366), lo tenía por hijo de Ámpix.

[112] Los ornamentos sacerdotales y el laurel de Apolo recubren la indumentaria guerrera del adivino. El Peneo, río de Tesalia, es el padre de la ninfa Dafne, que se convirtió en laurel escapando de los amores de Febo (OVID., *Met*. I 452 ss.).

[113] Héroe etolio hijo del rey de Calidón Eneo, hermano de padre de Meleagro (cf. I 435) y padre de Diomedes, ilustre héroe homérico.

[114] Hermano de Néstor. El padre de ambos, Neleo, era hijo de Tiro y de Neptuno y hermano de Pelias. Periclímeno, con quien concluye la fila encabezada por Hércules, no fue tan famoso por su excelencia en el pugilato como por el don de la metamorfosis, recibido de su abuelo el dios del mar (cf. APOL.. ROD., I 156 s.).

[115] Plaza de Mesenia, región del sudoeste del Peloponeso donde fundó Neleo la ciudad de Pilos.

[116] Región del noroeste del Peloponeso donde se hallaba Olimpia, cuyos célebres juegos incluían entre las principales pruebas las carreras de carros y caballos.

[117] Ciudad de Mesenia (PLIN., *Hist. Nat*. IV 14), o valle situado entre el norte de esta región y el sur de la Élide (ESTRABÓN, VIII 3, 25).

[118] Filoctetes. protagonista de la tragedia homónima de Sófocles, fue heredero de las mortales flechas de Hércules, que, según la profecía, habían de resultar indispensables para lograr la toma de Troya (cf. II 570). De ahí que los griegos, enterados de tal requisito, acudieran a buscarlo a la isla de Lemnos, donde, por instigación de Ulises (cf. OVID., *Met*. XIII 43 ss.), lo habían abandonado después de que, en el viaje de ida hacia la Tróade, se hiciera una llaga que despedía un hedor inaguantable, o que lo obligaba a proferir gritos terriblemente molestos; esta fue la segunda vez que el infortunado hijo de Peante vio Lemnos, donde antes había hecho escala con los argonautas.

[119] El Rodio (IV 910 ss.) identifica a este argonauta con el Butes siciliano que fue rey del cabo Lilibeo y amado de la diosa Venus, quien concibió de él a Érice.

[120] Monte del Ática, célebre por la calidad de la miel que allí se producía.

[121] Héroe epónimo del puerto ateniense del mismo nombre. Su padre, llamado Alcón (APOL. ROD., I 96), había traspasado con flecha certera a la serpiente que lo atacó cuando era niño (cf. MANIL.. 298 ss.).

[122] Falta la esperable descripción de los relieves pavorosos de las armas de Eribotes, por lo que el texto recibido ha sido sometido a transposiciones y enmiendas.

[123] Fliante era hijo de Baco (cf. APOL. ROD., I 115 s.), el dios melenudo a quien Valerio se refiere aquí mediante un sobrenombre griego que significa «el que desata», o «el Liberador».

[124] En Tetis y en sus padres Nereo y Dóride, los tres dioses del mar.

[125] Menecio, hijo de Áctor y padre de Patroclo, el dilecto compañero de Aquiles.

[126] Este segundo Anceo, distinto del arcadio del v. 377, es hijo de Neptuno y de Astipalea, y procede de la isla de Samos (APOL. ROD., II 865 ss.).

[127] De hecho, Ergino devendrá piloto de la Argo a la muerte de Tifis (V 65), un honor que Apolonio le había reservado a Anceo (II 865).

128 Pólux, uno de los dos Dioscuros (cf. I 167 n.); tanto él como su hermano Cástor eran naturales de Laconia, región del sudeste del Peloponeso donde se hallaba Esparta.

129 Puerto vecino a Yolco de donde ha partido la nave Argo, identificado con la actual Soros.

130 Ébalo era el padre de Tindáreo y, por tanto, abuelo putativo de Pólux. Como gentilicio, «ebalio» equivale a «laconio», «espartano» (cf. IV 228, 272).

131 Entiéndase que el púgil Pólux llena la costa de espectadores, o bien que llena el espacio con sus movimientos.

132 El freno había sido inventado, según se creía, por el pueblo tesalio de los lapitas (cf. VII 606 n.).

133 Ciudad de Laconia, donde el diestro jinete Cástor dejó a su caballo Cílaro.

134 Cordillera al oeste de Esparta.

135 Río de Laconia.

136 El ave cuya apariencia adoptó Júpiter para yacer con Leda, madre de los Dioscuros y esposa del rey laconio Tindáreo.

137 Príncipe etolio que convocó a los mayores héroes de su tiempo para dar caza al jabalí de Calidón. El Rodio precisa que se enroló en la expedición a la Cólquide siendo todavía un muchacho (I 190 ss.).

138 El dios Mercurio, nacido de Júpiter y de Maya en una cueva del monte Cileno, al sur de Arcadia.

139 Apolonio precisa que, mientras que Érito y Equión han nacido de Antianira, la madre de Etálides es Eupolemia, y atribuye a este último el cargo de heraldo que Valerio transfiere aquí a Equión (I 51 ss., 640 ss.).

140 La muerte de Ifis, héroe que no figura en las *Argonáuticas* griegas (cf. escolio a APOL. ROD., IV 223), no se narrará en su momento, pero Valerio introducirá una referencia a posteriori (VII 423).

141 Ciudad del interior de Tesalia donde reinaba Admeto (cf. APOL. ROD., I 49 s.).

142 Apolo, nacido en la isla de Delos, fue condenado a servir al mortal Admeto por haber matado a Estéropes, uno de los cíclopes que fabricaban el rayo para Júpiter; según Eurípides (*Alcestis* 1 ss.), el Delio había respondido con este crimen a la fulminación de su hijo Esculapio, aunque también en la de su otro retoño Faetón se ha hallado un motivo para la cólera paterna (cf. I 526 s.). Según otra versión, es el propio dios, quien, prendado de la belleza de Admeto, se aviene a trabajar para él (cf. TIBULO, II 3, 11 ss.; OVID., *Arte de amar* II 239 s.).

143 Diana, la diosa cazadora que se complace en recorrer las florestas.

144 Monte situado al norte de Tesalia.

145 Laguna localizada en las cercanías de Feras ya por Homero (*Il.* II 711 ss.).

146 De Ea, antiguo nombre del reino de Eetes, que Eumelo de Corinto (frag. 3 BERNABÉ) sitúa por vez primera en la Cólquide; para explicarlo, Valerio inventará más adelante una ninfa epónima (cf. V 424 n.). El Canto de Valerio caerá, efectivamente, en la Cólquide (VI 317 ss.), mientras que Apolonio situaba su muerte en Libia, durante el viaje de regreso (I 77 ss.; IV 1485 ss.).

147 Estrecho que separa la isla de Eubea, cuya capital es Calcis, de las costas de Beocia.

148 Cabo en el extremo sur de Eubea.

149 En la versión de Apolonio, Polifemo es abandonado junto con Heracles durante la escala en Misia (I 1240 ss.), donde fundará Cío (IV 1475 ss.); su padre es Ílato, y su ciudad de origen Larisa (I 41).

150 Ciudad de Mesenia de donde, según Apolonio (I 151), proceden Linceo, el de la vista prodigiosa, y su hermano Idas, hijos ambos de Afareo. La madre se llamaba igualmente Arene según algunas versiones (APOLOD., III 10, 3; HIG., *Fáb.* 14), de modo que se ha mantenido en la traducción la ambigüedad del pasaje Valeriano.

151 Laguna de los infiernos por la que juran los dioses (cf. HESÍODO, *Teogonía* 775 ss.).

152 Zetes y Calais, hijos de Bóreas y de la ateniense Oritía (APOL. ROD., I 211 ss.), llamada aquí

«cecropia» por Cécrope, el primer rey mítico del Ática. Ambos están dotados de alas, y son por tanto los más indicados para ocuparse del cordaje de la Argo.

153 Los odrisios eran uno de los pueblos de Tracia, de donde era natural Orfeo.

154 Este segundo Ificlo, distinto del citado en el v. 370, es tío materno de Jasón (APOL. ROD., I 45 ss.). Su padre, Fílaco, había fundado la ciudad tesalia de Fílace (cf. HOM., *Il*. II 695, 705).

155 La Osa Mayor, identificada por el mito aquí evocado no con Hélice (cf. I 18 n.) sino con Calisto, una ninfa arcadia que, tras haberse quedado inadvertidamente encinta de Júpiter, fue repudiada por la casta Diana y transformada en osa (cf. OVID., *Met*. II 409 ss.; *Fastos* II 153 ss.).

156 Cordillera situada entre Siria y Cilicia.

157 El reinado de Saturno, considerado por su hijo Júpiter no como una edad de oro perdida (cf. TIBULO, I 3, 35-50: OVID., *Met*. I 89 ss.), sino como un período de indolencia felizmente superado por los progresos de la humanidad, entre los que la navegación ocupa un lugar destacado (cf. VIRG., *Geórg*. I 121 ss.).

158 Las Parcas son las tres hilanderas del destino, encargadas de devanar y cortar el hilo de la vida de los hombres; la apertura de los mares multiplica sus caminos en la medida en que da lugar a nuevos modos de muerte.

159 Eetes.

160 Por extensión, los pueblos florecientes de Asia (los troyanos, descendientes de Teucro), África (los libios) y Europa (los griegos, y en especial los Pelópidas). Pélope es el abuelo de los Atridas homéricos Menelao y Agamenón; el posesivo se explica porque su padre Tántalo era tenido por hijo de Júpiter, o bien porque él mismo, tras ser raptado de niño por Neptuno, había habitado durante algún tiempo entre los olímpicos (cf. PÍND., *Olímpicas* I 36 ss.).

161 Los hijos de Frixo y de Calcíope, hija mayor de Eetes, son cuatro: Frontis, Argo, Melas y Citisoro (cf. V 460 ss.).

162 Las hijas del Sol se transformaron en chopos mientras lloraban la muerte de su hermano Faetón, que perdió el control del carro celeste de su padre y fue precipitado por intervención de Júpiter en el río Po para evitar que incendiara el mundo (cf V 429 s.); cuajadas por efecto de la luz solar, las lágrimas resinosas de las Helíades se convierten en ámbar (cf. APOL. ROD., IV 597 ss.; OVID., *Met*. II 340 ss.).

163 Marte, el dios «poderoso en la guerra» en cuyo bosque sagrado depositó Frixo la piel del carnero a su llegada a la Cólquide (cf. V 228 ss.; VII 519; APOL. ROD., I 566).

164 El viento del este.

165 El Helesponto y el actual río Don, frontera occidental de Asia.

166 Las encinas y los trípodes deben de hacer referencia, respectivamente, a los oráculos de Júpiter Dodoneo y de Apolo Délfico que, aunque obviados por nuestro autor en el resto del poema, conocemos por otras fuentes (cf. I 30 n.). Podría pensarse también en la aparición de la encina de Dodona a Jasón (I 300 ss.); en todo caso, no es ésta la única vez que Valerio alude vagamente a oráculos de los que muy poco en concreto nos dice (cf. III 299 ss., 617 ss.; VI 727 ss.). Tampoco para las apariciones de «las ánimas de los ancestros» hallamos un referente claro en la narración valeriana, a menos que aceptemos como tal el sueño de Pelias (I 47 ss.); algunos entienden que Júpiter aduce aquí como causa del viaje la función ejemplar del heroísmo de los antepasados, que incita a sus descendientes a emular sus gestas.

167 Diosa romana de la guerra.

168 El dolor por el rapto de Medea, que huirá de la Cólquide a Grecia en compañía de Jasón, es «más próximo» porque es anterior en el tiempo al de Helena, o quizás porque le toca más de cerca al Sol, puesto que se trata de una nieta suya. El hecho de que Medea huya con los griegos por propia voluntad no excluye que, en la mentalidad de los antiguos, sea «raptada», puesto que es sustraída a su familia sin el consentimiento paterno.

169 Paris, príncipe de Troya y futuro raptor de Helena, fue criado en el vecino monte Ida por unos pastores. Había sido expuesto allí por causa de un sueño ominoso recibido por su madre, según el cual el niño

que iba a nacer provocaría la ruina del reino.

170 La idea de que el rapto de Helena compensa el de Medea se remonta a Heródoto (*Historia* I 1-4), que había planteado la arqueología de las guerras médicas como una sucesión de raptos recíprocos (Ío, Europa, Medea y Helena) mediante los que se consolidaba el antagonismo entre Asia y Europa (cf. ESTACIO, *Aquileida* II 72 ss.).

171 Los héroes que habían sido en su día pretendientes de Helena, congregados para devolvérsela a su legítimo esposo Menelao.

172 Las ciudades de Agamenón y de Príamo, enfrentadas durante los diez años que duró la guerra; se hallaban respectivamente en la Argólide y en la costa de Asia Menor.

173 Los griegos, descendientes en sentido amplísimo de Dánao, antiguo rey de Argos.

174 La hegemonía que ha pasado de Asia a Grecia se transferirá después a Roma, pero Valerio se cuida mucho de asegurarle a este tercer imperio, cuyo nombre calla, la perduración *sine fine* que le había prometido el Júpiter de Virgilio (*En*. I 278 s.).

175 Para consolidar su poder sobre el universo, Júpiter hubo de vencer primero a los Titanes, dioses pertenecientes a la generación anterior entre los que se contaba Jápeto (cf. HES., *Teog*. 617 ss.), y después a los gigantes (cf. APOLOD., I 6, 1). El encuentro decisivo con estos últimos tuvo lugar en Flegra, el promontorio occidental de la península Calcídica, llamado después Palene (cf. II 16 ss.).

176 Baco, identificado con el antiguo dios itálico Líber, había recorrido numerosos países implantando su propio culto y el cultivo de la vid (cf. APOLOD., III 5, 1), antes de ser recibido entre los dioses; Valerio recuerda más adelante su triunfal retorno del Oriente (cf. III 538 ss.).

177 De las varias aventuras de Apolo en la tierra, Valerio evoca en otros pasajes la servidumbre en los predios de Admeto (I 444-ss.) y la construcción de las murallas de Troya (II 491 ss.).

178 Los fuegos de San Telmo, fenómenos de naturaleza eléctrica cuyas luces, visibles en lo alto de los mástiles durante las tempestades, eran identificadas por los antiguos con los Dioscuros, quienes, según se pensaba, acudían a socorrer a los navegantes en aprietos.

179 El viento del norte.

180 La Pangea es una cordillera de Tracia.

181 La cueva de Éolo, señor de los vientos, se localizaba en las islas Lípari.

182 Sicilia, la isla «de los tres promontorios»; el Lilibeo al oeste, el Peloro al nordeste, y el Paquino al sudeste.

183 El cabo Peloro, que de lejos parece unido a la costa de Calabria, «huye» de ésta a medida que el navegante se acerca al estrecho de Mesina.

184 Los cíclopes que trabajaban en la fragua de Vulcano, situada en las grutas de la primera de las dos islas mencionadas (cf. APOL. ROD., IV 760 ss.; VIRG., *En*. VIII 416 ss.).

185 El Peñón de Gibraltar.

186 Por sinécdoque, África.

187 Región de Italia meridional situada entre Pesto y Tarento, y por sinécdoque Italia entera. Acerca de la separación de los continentes, a la que nuestro autor volverá a referirse más adelante (II 616ss.), cf. VIRG., *En*. III 414 ss.; OVID., Met. XV 290 ss.

188 Júpiter.

189 Sus hijos Zetes y Calais, tripulantes de la Argo (cf. I 469).

190 Éolo, hijo de Hípotes.

191 De Bóreas, el viento que habita en Tracia (según una tradición que Valerio combina con la que lo hacía compañero de celda de los demás en la gruta de Éolo).

192 El viento del sur.

193 La maza lígnea de Hércules.

194 El tridente.

195 Minerva y Juno (cf. I 214 s.).

196 Isla del puerto de Alejandría donde Tolomeo II Filadelfo mandó erigir el famoso faro que maravilló a los antiguos.

197 Hijo de Neptuno (cf. II 507 s.; IV 121 ss.), transformado en la constelación del Cazador.

198 En noviembre, el ocaso matutino de las Pléyades, vecinas a la «cola» de la constelación de Tauro, marcaba, junto con el de Orión, el comienzo de la estación de las tempestades (cf. HES., *Trab*. 618 ss.).

199 En la concepción romana, los manes son los espíritus de los muertos, aunque la expresión de Valerio reviste aquí un sentido cuasi topográfico («la suerte que corresponde a los bienaventurados», llamados a habitar para siempre en los Campos Elíseos).

200 La esposa y el suegro de Peleo.

201 Fundador de la ciudad de Salmone en la Élide y padre de Tiro, esposa de Creteo y madre de Esón y de Pelias. Enloquecido por su soberbia, pretendió igualarse a Júpiter lanzando antorchas como si fueran rayos e imitando con su carro el retumbar del trueno, sacrilegio por el que mereció ser fulminado (cf. APOLOD., I 9,7).

202 Monte situado sobre el promontorio oriental de la península Calcídica.

203 Cordillera de Tracia.

204 Pisa es la zona de la Élide vecina a Olimpia; no se sabe a ciencia cierta si existió una ciudad con tal nombre.

205 El mar, poblado de hombres-peces como los tritones, fue la hijuela que le tocó a Neptuno cuando se repartió el mundo con sus hermanos Júpiter, señor del cielo, y Plutón, rey de los infiernos (cf. HOM., *Il*. XV 187 ss.).

206 La estrella más brillante de la constelación del Can Mayor, cuyo orto helíaco señalaba la estación de los calores devastadores o canícula. Cf. V 369.

207 Famoso artista ateniense que construyó el laberinto de Creta. Enemistado después con el rey Minos, inventó unas alas de cera que le permitieron huir de la isla en compañía de su hijo Ícaro, aunque este se precipitó en el mar por haberse acercado demasiado al sol (cf. VIRG., *En*. VI 14 ss.; OVID., *Met*. VIII 183 ss.).

208 Monte de Creta (no se confunda con su homónimo de la Tróade; cf. I 319, 549). Por la época en que el niño Júpiter se hallaba oculto en la isla, los Curetes hacían resonar sus armas de bronce para ahogar los llantos del recién nacido y evitar así que su padre Saturno lo descubriera y lo devorase, como había hecho con los hijos que le habían nacido hasta entonces (cf. CALÍMACO, *Himnos* I 50 ss.; APOLLOD., I 1, 7).

209 Ciudad de la Creta central.

210 Los penates son divinidades romanas de la casa y de la familia, y Pelias da la suya por extinguida con la muerte del hijo; este uso metonímico de la palabra es recurrente (cf. II 152, 475; III 13; V 510, 569; VII 126, 145; VIII 37).

211 Rey de los edones, en Tracia. Le opuso resistencia a Baco cuando este llegó al país e incluso apresó a las bacantes de su cortejo; enloquecido por el dios, mató de un hachazo a su hijo Driante, a quien había confundido con una cepa (APOLOD., III, 5, 1), y también a su mujer según otra versión (HIG., *Fáb*. 132).

212 Baco, hijo de Tione; según Apolodoro (III 5, 3), este segundo nombre le fue otorgado a Sémele por su hijo cuando la rescató de los infiernos para divinizarla. El dios es representado a menudo con cuernos (cf. II 271; V 79; OVID., *Met*. IV 19; ESTAC., *Teb*. VII 150).

213 Pueblo de Tracia, y por sinécdoque «tracios».

214 Plutón, dios de los infiernos (cf. ESQUILO, *Suplicantes* 231). El Tártaro es el estrato más hondo del

inframundo, terrible lugar de punición ya en Homero (*Il*. VIII 13 ss.).

215 Río del infierno que, según Virgilio, rodea el Tártaro con su corriente inflamada (*En*. VI 550 ss.). La hoya y la ofrenda de sangre para que beban los difuntos forman parte del ritual de invocación desde Homero (*Od*. XI, 23 ss.).

216 Esta mujer, al igual que la «sacerdotisa» del v. 755, es probablemente la misma Alcímeda.

217 Mercurio, cuya madre Maya, una de las Pléyades, era hija de Pléyone y de Atlas. El dios es aquí invocado en su advocación de Psicopompo o «guía de las almas» de los muertos (cf. I 840 s.).

218 Cf. V 226 ss., 259 ss.

219 La alusión general a las mujeres cautivas que pueda traer Jasón de la Cólquide vencida entraña una referencia más concreta a Medea, llamada a ser la nuera de Esón.

220 Este Éolo, distinto del homónimo el señor de los vientos, es padre de Creteo y abuelo, por tanto, de Esón, además de héroe epónimo de los eolios (cf. APOLOD., I 7, 3).

221 Las ramas con que se solían adornar los altares (cf. III 427, 456 s.), o quizás una corona de hojas que Alcímeda se habría ceñido para celebrar el ritual.

222 El ánima de Creteo.

223 Los tesalios, y especialmente sus mujeres, eran temibles por su destreza en la brujería y en las artes mágicas (cf. VII 198 s.).

224 Plutón, llamado por los romanos *Dis Pater* («Padre Rico»), con un sobrenombre que, según QUINTILIANO (I 6, 34) o bien alude a las riquezas inagotables de la tierra, bajo la que el dios habita, o, *a contrario*, a la pobreza de quien reina sólo sobre los muertos.

225 La diosa Hécate, patrona de la nigromancia, identificada habitualmente con Diana y con la Luna. Se la representaba con tres cabezas y, a veces, con tres cuerpos, mas los antiguos no dan razón clara al respecto; Servio (a VIRG., *En*. IV 511) aduce su triple identificación con la Luna (sobre la tierra), con Diana (en la tierra) y con Prosérpina (bajo la tierra), o con Lucina (el nacimiento), Diana (la nutrición) y Prosérpina (la muerte), o bien con las tres fases de la Luna. Por otra parte, ya Hesíodo (*Teog*. 409 ss.) le había reconocido a esta diosa una triple jurisdicción en cielo, tierra y mar, y es importante también su presencia en los cruces de caminos (cf. VIRG., *En*. VI 609).

226 Caronte, portero del infierno.

227 El infierno (cf. VIRG., *En*. XI 273). El toro esperaba a ser sacrificado durante la segunda parte del rito, para permitir que las ánimas invocadas por Alcímeda tornasen a sus mansiones del inframundo.

228 La doncella Astrea (cf. II 362 ss.; OVID., *Met*. I 149 s.) recibe en Valerio la función de acusadora de los malvados que le atribuía Hesíodo a la Justicia (*Trab*. 256 ss.); se la identifica con la «virgen» de Virgilio (*Églogas* IV 6) y con la constelación de Virgo (ARATO, *Fenómenos* 96 ss.).

229 Las Furias son las diosas vengadoras por antonomasia, y tienen por menester perseguir sin descanso a los culpables con sus antorchas; más raras son las personificaciones de Fas, la ley divina, y Pena, la retribución inexorable del mal causado. Los Furores, próximos a las Furias por su carácter vengativo (cf. VII 510), personifican la locura, y más precisamente la locura culpable, en sentido amplio.

230 En efecto, Pelias morirá descuartizado y hervido en un caldero por obra de sus propias hijas, a quienes Medea convencerá para que intenten rejuvenecer mediante este rito a su anciano padre (cf. DIOD., IV 51-52; APOLOD., I 9, 27; OVID., *Met*. VII 297 ss.).

231 Prómaco, el hermano pequeño de Jasón mencionado, sin nombre propio, en el v. 771 (cf. DIOD. IV 50, I; APOLOD., I, 9, 27).

232 Cf. I 730 n..

233 El Caos, que es en Hesíodo el espacio primigenio, padre del Érebo y de la Noche (TEOG., 116 ss.), podría desmantelar el cosmos sin que el inframundo, aislado y eterno, se diese por enterado. En otros pasajes, el

Caos es simplemente identificado con el infierno (cf. II 86; IV 123; V 95; VII 402).

234 La descripción se basa en las virgilianas «puertas del Sueño» (*En.* VI 893 ss.), pero, mientras que estas las encontraban Eneas y la Sibila a la salida del infierno, Valerio se refiere aquí a la entrada, y opone el paso transitadísimo destinado a las almas vulgares al reservado a los hombres escogidos.

235 Mercurio (cf. I 737 s.).

236 Los tíasos son, en sentido propio, grupos dedicados al culto de Baco (cf. III 540; V 78), aunque la palabra significa aquí «coros» o «grupos de danzantes» en sentido lato.

237 En la encrucijada del infierno descrita por Virgilio (*En.* VI 540 ss.), el Tártaro se encuentra a la izquierda y el Elíseo a la derecha; a uno y a otro se alude, respectivamente, en los dos últimos versos.

LIBRO II

SINOPSIS

De Págasas a Lemnos (1-71). Escala en Lemnos. Narración retrospectiva de la matanza de los lemnios a manos de sus mujeres; Hipsípila salva ocultamente a su padre y es proclamada reina de la isla (72-310). Demora de los argonautas en brazos de las lemnias; amores de Jasón e Hipsípila; reproches de Hércules (311-427). Escala en Samotracia. Iniciación de los argonautas en los misterios de los Cabiros (428-444). Escala en Troya. Hércules salva a Hesíona, hija del rey Laomedonte, cuando estaba a punto de ser ofrecida a un monstruo marino (445-578). Navegación y paso del Helesponto; aparición de Hele (579-626). Llegada de los argonautas a Cízico, donde son recibidos amistosamente por el rey (627-664).

Entretanto, desconocedor de los crímenes y del luto, corta Jasón la alta mar[1]. Pues no le permite Juno conocer las desventuras paternas, no vaya a ser que, enardecido, vire desde en medio de las olas y temerariamente se lance contra Pelias para matarlo, opuestos aún los hados del rey[2], y abandone una empresa [5] que plugo a los dioses.

Y ya se sumergen el Pelión, igualado a las corrientes con las copas de sus fresnos, y, de lado, el templo de Diana Tisea[3]. Ya Escíatos[4] se hundió bajo las aguas, ya se retiró el largo Sepias[5]. Ofrece a la vista el campo de Magnesia caballos que tascan [10] sus pastizales. Creen haber visto la tumba de Dólope[6], y al Ámiro[7] entrar en los mares que ha buscado a través de sinuosas riberas; recogen las velas que su viento fluvial hace retroceder, se alzan sobre los remos, saludan después a Eurímenas[8]. De [15] nuevo se enseñorea de la vela y de la corriente el Austro retornado, y a la vista de los Minias, que ganan otra vez alta mar, se retira en una nube el Osa[9].

He aquí el miedo de los dioses y Palene[10], condenada a la guerra; ven en torno los monstruos enormes de los gigantes terrígenas[11] que antaño se enfrentaron al cielo, a quienes, compadecida, [20] revistió su madre de rocas, troncos y collados, y mudó en montes vueltos hacia el éter. Cada cual conserva aún en la peña las amenazas y la lucha y el miedo, y el padre[12] agita él mismo tormentas y lanza copiosos rayos desde lo alto; mas falta en aquellos escollos el máximo horror, Tifeo, aplastado por la tierra sícula[13]. Huía vomitando de su pecho sacras llamas[14] [25] cuando, según cuentan, lo hundió el mismo Neptuno en las profundidades cogiéndolo por la cabellera y lo enlazó en las aguas y, como resurgía una y otra vez con su mole sanguinolenta y agitaba las olas con sus serpientes[15], lo arrastró hasta el mar siciliano y le echó sobre el rostro el Etna con sus ciudades[16], [30] Atroz, arroja él los cimientos de la corroída montaña; a la par entonces jadea la Trinacria toda, en tanto que prueba a remover con pecho rendido la mole echada encima y la repone en su sitio con gemido inane.

Y ya el hiperionio carro[17] pisa las metas del mar ibero y se [35] aflojan, tras el ascenso, las riendas en el declive del éter, cuando alzó la longeva Tetis[18] las palmas y el seno y crepitó el sacro Titán al hender la planicie marina[19]. Había acrecentado la hora los miedos, cuando vieron la faz del Olimpo[20] que ya viraba y [40] los montes y lugares arrebatados a la vez a sus ojos, y en derredor pesadas tinieblas. La misma quietud de la natura y el silencio del mundo los aterrorizan, y también los astros y el cielo constelado de estrellas melenudas. Y, como el caminante sorprendido por la noche en una región

cuyas rutas le son desconocidas no da descanso a su oído ni a sus ojos, y a uno y otro lado aumentan los miedos de la noche el campo negro y el árbol que sale al paso con sombras mayores, no de otro modo trepidaron los varones. Pero, confortando sus pechos, dice el Hagníada: «No gobierno sin numen este pino, ni la Tritonia se ha limitado a instruirme en la navegación: varias veces se ha dignado regir la quilla con su propia mano. ¿Acaso no lo advertimos por experiencia, cuando, huida la luz, se erizó de lluvia súbitamente el día? ¡Cuántos austros resistimos, por Júpiter! ¡Cuántas veces, y gracias a cuánta arte de Palas, cayó en vano la elevada hinchazón de la décima ola[21]! Ánimo, sí, camaradas; brilla inmutable el cielo y se ha alzado Cintia pura y sin el cuerno preñado (ningún rubor en su rostro)[22], y el Titán, señal segura, ha caído íntegro a las olas y bajo el solo soplo del Euro[23]. Además, de noche descienden los vientos crecidamente sobre la vela y sobre la mar, y la nave es más veloz en las horas calladas. E incluso me enseñan los astros a no seguir a aquellos que, caídos del cielo, restaura la mar. El enorme Orión cae ya, ya chirría Perseo en aguas airadas[24]: mas mi guía es el Dragón, que, sin ocultarse jamás bajo las olas que le están vedadas, brilla en el eje del cielo y enlaza siete luces»[25]. Así les habla, y muestra cuál sea el semblante de un Olimpo seguro y la situación de Pléyone[26] y de las Híades, en qué estrella titila la Espada[27] y en qué luz el Boyero ático[28]. Cuando esto hubo dicho, reparan con el don de Ceres las fuerzas enflaquecidas y los cuerpos con parco Baco. Después cedieron al sueño; gobiernan sus astros la popa.

Y ya bajo los dubitantes fuegos de la Atlántide auroral[29] clarea el campo, y los fieros osos dejan los rediles turbados para buscar el abrigo y sus guaridas y la costa envía a alta mar escasas aves, cuando el primer Febo supera el Atos con sus caballos resoplantes y esparce el día en medio de las olas[30]. A porfía golpean el mar con los remos y tiemblan las puntas del espolón con la carrera, y surge ya a flor de agua la vulcania Lemnos, llorada en varias penalidades por ti, Ignipotente[31]; ni con las furias y el crimen de sus madres te hace esta tierra huir, ni te pesa el recuerdo del mérito anterior.

En el tiempo en que Júpiter comenzó a sentir que surgían las murmuraciones ocultas de los celestes y que estos se hinchaban por la novedad de su reinado y que no eran firmes los silencios de la paz etérea, suspendió a Juno la primera del aéreo Olimpo, mostrándole el horrendo Caos y las penas del abismo. Después también a Vulcano, que intentaba deshacer los nudos de su pávida madre, lo lanzó desde la cumbre del cielo escarpado. Cayó él por el firmamento noche y día a modo de torbellino, hasta que al fin se estrelló con estruendo en la ribera de Lemnos[32]. Una voz repentina golpeó después la ciudad, y lo encuentran apoyado a un escollo y se apiadan de él y lo ayudan, mientras que, con la rodilla herida, da pasos indecisos. De ahí que, después de que el padre le franqueó al retornado las ciudadelas de arriba, sea Lemnos cara al dios, y no más

conocido por su fama el Etna o la mansión de Lípari[33]. A estos banquetes, a estos templos se dirige jubiloso, acabada la égida y forjadas las alas del horrífico rayo. En cambio, el altar de Venus se alza siempre frío en su emplazamiento, después que la diosa tuvo horror de las merecidas iras de su esposo y apresaron a Marte tácitas cadenas[34]. Por esto idea ella un crimen indecible, y maquina contra Lemnos, que lo merece, un desastre furioso. Pues no sólo es ella alma a la vista, cuando anuda su cabellera con oro fino y brillan como estrellas los pliegues de su ropa; ella misma es fiera y enorme y muestra salpicadas de manchas las mejillas, parecidísima a las vírgenes estigias por la estridente antorcha de pino y por el negro manto[35].

Y ya llegaba el día. El caudillo de Lemnos[36], que había derrotado con las armas a los Tracios después de haber osado trenzar popas con frágil caña y recubrir el armazón con cueros[37], repatría por mar sus gozosas enseñas, y traían la naves repletas de ganado mayor y de mujeres (el bárbaro vestido y el torques son insignia de su país). Resuena en la planicie del mar un clamor: «Oh patria, oh esposa angustiada ahora por varias cuitas, para ti estas esclavas portamos, botín de una larga guerra». Entonces la diosa, túrbida, se precipita por el cielo claro envuelta en un nimbo como la pez y busca en la sombra a la Fama vagabunda, a quien el padre Omnipotente mantiene alejada de las plácidas regiones etéreas porque cuenta igualmente lo digno y lo indigno de fe y esparce miedos. Ella, murmurante, habita bajo las nubes inferiores; no es divinidad del Érebo[38], no lo es del firmamento, y fatiga las tierras que puede. Los primeros desprecian a la atrevida y la ayudan, después arrastra a todos y golpea las ciudades con agitadas lenguas[39]. Tal sirvienta del crimen y del engaño se busca, con afán, la diosa. Aquella la ve primero e, impaciente, vuela ya por iniciativa propia a su encuentro, y ya prepara sus bocas, ya levanta las orejas[40]. La inflama más aún Venus, y la azuza con estas palabras: «Adelante, doncella, ve y desciende sobre la marítima Lemnos y revuélveme todos los hogares, tal como sueles adelantarte a las batallas cuando finges mil trompetas y armados batallones en el campo y el bufar de mil corceles. Di que, cautivos del lujo y del deseo, están a punto de llegar los hombres, y que van a meter en sus lechos a sus queridas tracias. Empieza por esto, y a partir de aquí que el dolor aguijonee por doquier a las rabiosas madres. Luego me presentaré yo misma y capitanearé a las ya dispuestas».

Marcha ella y desciende gozosa en medio de la ciudad, y, en el cercano umbral de Codro, comienza por acometer a Eurínome, quien, consumida por las cuitas, conserva casto su tálamo. Espera ella al marido y fatiga con las costas a sus esclavas[41], que calculan la duración de la lenta guerra ante su lecho y distraen sus insomnios prolongando el hilado del día. A esta la diosa, con las lágrimas y el vestido conocido de Neera, golpeadas las mejillas, le dice: «Ojalá no fuese para ti heraldo yo de esta nueva,

hermana, o que la ola engulla antes nuestros dolores, porque en tal tiempo el esposo del que tanto has merecido, aquel a [145] quien reclamas con votos y llanto, ay, desvaría, y es esclavo del indigno amor de una prisionera. Llegan ya, y a tu tálamo se aproxima una tracia que ni por la hermosura ni por la destreza con la rueca ni por la gloria de su pudor te es comparable. No es prole preclara del magno Doriclo, pero le place una bárbara de [150] manos pintadas y mentón chamuscado[42]. Aun así, te consolarás quizá de esta desventura con otro tálamo y elegirás penates bajo un hado mejor. Me parte el alma tu prole carente de madre y condenada por la concubina; la veo ya mirando torcidamente a los pobrecillos, y veo los manjares letales y las copas envenenadas. [155] Sabes que somos un sexo semejante a las llamas; añade que ensañarse es connatural a los sanguinarios dahas[43]. Vendrá endurecida ya por leche de fieras, ya por el hielo. Pero difunde la fama que también a mí me ha repudiado mi marido, y que poseerá mi lecho una mujer rayada[44] y arrebatada a su carromato»[45]. [160] Después de haber hablado así, corta las querellas, y la abandona en su temor a la angustia y a las lágrimas. Pasa a Ifínoe y llena de las mismas furias la casa de Amitaón y la de Olenio; vocea después por toda la ciudad que planean expulsarlas a todas juntas de Lemnos, gobernar ellos mismos y las tracias la ciudad. [165] Surgen el dolor y la cólera; toda la que la encuentra refiere y oye lo mismo, y ninguna lo pone en duda. Entonces llenan los oídos de los dioses con su grito, entonces con sus lamentos, y ya redoblan los besos a sus camas y los besos a las puertas mismas, [170] y otra vez se toman tiempo para llorar y para contemplarlas. Salen corriendo y no vuelven más la vista a los techos de sus maridos ni a sus tálamos; se aglomeran y, apiñadas bajos los astros desnudos, agudizan sus lloros, y ruegan terribles casorios y teas estigias para las infandas alianzas.

[175] En medio de estas, bajo el semblante de Dríope afligida, llora Venus, y ardiente las incita la diosa con sus crueles llantos y habla la primera: «Ojalá nos hubiera concedido la fortuna residir en las moradas sarmáticas y habitar los tristes hielos, seguir los carromatos, o haber visto ya la ciudadela de la patria consumirse por el fuego y la ruina de nuestros dioses. Pues los demás desastres de la [180] guerra los padecemos. ¿A mí él, a mí me destina, el loco, a una servidumbre inusitada? ¿O dejaré, huyendo, la ciudad y a mis hijos? ¿No armaremos antes nuestras manos con la espada y con fuego arrebatado, y, mientras callan y comparten el sueño con la nueva esposa, inspirará algo grande elamor?» Entonces, revolviendo [185] sus ojos de fuego, arrojó de su seno a sus hijos. Al instante se despabilaron sus mentes, y arrebata los corazones subyugados de las madres el sacro gemido de Venus. Otean todas la planicie del mar, y simulan danzas y cubren los templos con festiva fronda y [190] se presentan alborozadas a los hombres cuando llegan. Se dirigen ya a las casas y a las mesas, se acomodan bajo los altos pórticos; yace junto a cada uno su esposa furente y enemiga, tal como, bajo la noche del abismo infernal, se recuesta Tisífone junto al atónito [195] Flegias y junto a Teseo, y les

sirve crueles manjares y copas a modo de suplicio y los abraza con sus negras hidras[46].

La misma Venus, agitando en círculo una ondeante tea de pino, aglomera tinieblas, y, lista para el combate, se lanza sobre la temblorosa Lemnos. Con nimbos y con luz estrepitosa la secunda el firmamento, y la engrandece el padre con un trueno de honor. Enseguida, furibunda, redobla a través de la pávidas [200] auras un grito insólito, con el que se horrorizó el primero el Atos y el ponto y el ingente pantano tracio y, a la vez, toda madre en su lecho, y se quedaron rígidos los hijos asidos al seno. Se apresuran el Pavor y la loca Discordia procedente de los establos [205] géticos[47], y las negras Iras de pálidos pómulos y el Dolo y la Rabia y la imagen en apariencia mayor de la Muerte, que alarga las crueles manos, después que tronó la primera con su llamada y dio la señal la esposa de Mavorte[48].

Entonces emprende Venus otro crimen, y mucho más tremendo; finge los gemidos y las voces de hombres que caen, irrumpe [210] en las casas y, llevando en la mano una cabeza convulsa, salpicadas de sangre fresca las ropas y los erizados cabellos, dice: «Regreso la primera tras haberme vengado del lecho culpable; ea, que el día apremia». En ese momento, guía hacia los tálamos a las [215] dominadas por su látigo, y entrega espadas a las que dudan.

¿Cómo narraré yo tantas caras del crimen, tantas muertes de los caídos? ¡Ay, en qué monstruosidades ha hecho entrar al vate el curso de su historia! ¡Qué serie se abre! ¡Que alguien me ponga freno mientras canto verdades, y que libre de esta imagen mis noches!

[220] Asaltan las entradas y los antaño queridos cuerpos de los suyos. Unas los atacan como los encuentran, adormecidos por la comida y por el vino; otras, dispuestas a trabar combate y con grandes antorchas, hallan a algunos desvelados que todo lo miran, mas les prohíbe el miedo intentar la fuga y empuñar contra [225] ellas las armas: tan enormes hacía que parecieran la diosa hostil, y sus voces sonaban con mayor fuerza que las de la esposa conocida. Tan sólo cerraron los ojos ***, como si vieran el batallón de las Euménides[49] o hiciera relumbrar Belona sobre sus cabezas el hierro. De esto es capaz la hermana, de esto la esposa [230] y, más cercanas aún, la hija y la madre cruel; y los inmola y arrastra el sexo femenino tras haberlos sorprendido en sus lechos, a aquellos a quienes no pudieron derribar los crueles besos[50] ni las tropas géticas o las iras del mar. Humean la sangre en los tálamos y las heridas palpitantes en el pecho, y se revuelven [235] en los lechos los troncos con mísera lucha. Otras lanzan espantosas teas a los tejados, y añaden a la destrucción las casas. Algunos huyen apresuradamente de las negras llamas, pero les cierra el paso en el umbral una esposa implacable, y tornan al incendio a la vista del hierro. Otras a las tracias, ruina y causa [240] de sus furores, masacran: llenaban el éter los gemidos entremezclados y el bárbaro clamor de sus súplicas y las voces desconocidas.

Mas ¿qué palabras pronunciaré ahora dignas de tu ingente audacia, Hipsípila, prez y

gloria única de tu patria a la [245] hora de su ruina? A ti, cantada en mi poema, no te hará desaparecer edad alguna, con tal de que duren los siglos para los Fastos latinos[51], y los lares de Ilión[52] y los palacios de tan gran reino.

Por igual se habían precipitado, empujadas, hijas y nueras, y, cubierta de monstruosidades, había ardido ya la isla entera. Ella, armadas las pías manos, dice: «Huye al punto de la ciudad y de mí, padre[53]. No se ha enseñoreado de la plaza el enemigo, [250] no los tracios agraviados; nuestro es el crimen. No me preguntes quién está detrás. ¡Huye ya, echa ya mano del don de una mente dubitante y la espada tenla mejor tú, desventurado, te lo ruego!». Enseguida sostiene sus miembros y cubre su cabeza y lo arrastra, callado, al templo de Baco, cómplice de su designio[54]; [255] y, alzando las manos desde el mismo umbral, dice: «Exímenos del crimen, padre, y apiádate otra vez de los píos»[55]. Después lo escondió, temeroso, en un callado lugar, bajo los pies y la diestra del dios. Queda él oculto al abrigo de la sagrada vestidura. Entona el coro su canto y suenan los bronces trienales, [260] y rugen los tigres fijados al umbral[56]. Cuando la reina ve a la Aurora surgir en su rosado carro, y que por fin han callado las casas rendidas por el insomne tumulto, puesto que las hazañas excelentes afirman el ánimo y la audacia es mayor para las empresas [265] pías, reviste a su padre con la guirnalda y la cabellera y los ornamentos del juvenil Lieo y lo coloca en el centro del carro[57], y en derredor los címbalos y los timbales y las cestas llenas de secreto temor[58]. Ella ciñe sus ropas y sus miembros con las hiedras de las siervas del dios[59], y agita con golpes al aire la [270] lanza revestida de pámpanos[60], volviéndose para vigilar que el padre, velado, tenga las verdes riendas, que sobresalgan los cuernos de la blanca mitra y que la copa sagrada represente a Baco[61]. Abrió entonces las pesadas puertas con agudo chirrío, y se lanza por la ciudad entonando tal plegaria en alta voz: [275] «¡Abandona, oh Baco, la morada rezumante de sangre! ¡Deja que, profanado por la matanza, te acoja el ponto, y que purificados devuelva yo al templo tus dragones[62]!» De este modo salió entre los miedos, pues el dios mismo la hace temible y ella, que lo sabe, se hincha con fatigoso aliento.

Y ya había escondido al anciano, alejado de la cruel ciudad, [280] en un bosque silencioso, mas a ella la turban noche y día el pavor consciente de su atrevimiento y la defraudada Erinis[63]. No osa ejecutar danzas semejantes a las anteriores (sólo una vez engañan las orgías), no visitar a ocultas las florestas de su padre; y la huida se le debe buscar al desventurado con otras mañas. Avistó un barco desvencijado por las fatigas de la cruel ola, [285] nave dedicada a Tetis y a Glauco que el largo día abrasaba con sus soles y la luna con sus heladas blancas. Hasta aquí, a través de los opacos silencios de la noche profunda, arrastra precipitadamente a su padre desde el bosque, y, afligida, así habla: [290] «¡Qué patria dejas, padre, qué moradas ayer grandes, despojadas de

muchachos! ¡Ay, espantosa calamidad! ¡Ay, desastre de una noche cruel! ¿A tal popa puedo confiarte, padre querido? ¿Puedo retenerte entre peligros tan tremendos? Pago, ay, a las Furias el crimen demorado. ¡Asiente a mis votos, diosa[64], que haces salir ahora del mar tu soporífero carro! No pueblos, no un suelo rico, no reino alguno pido para mi padre: séale lícito abandonar la patria tierra. ¿Cuándo avanzaré alegre por el medio de la ciudad, habiendo salvado a mi padre? ¿Cuándo veré aquí lágrimas y llanto?» Había dicho. Huye él lejos, ansioso, en el álamo tronchado y arriba a los parajes de los tauros y a los crueles templos de Diana[65]. Aquí, diosa, le encomiendas el lúgubre altar, entregándole la espada; y no has de demorarte mucho en estas tierras sanguinarias: ya el bosque de Egeria, ya te llama desde Alba el alto Júpiter y Aricia, que sólo para su rey no es apacible[66].

La hija se dirige a la ciudadela, donde se había congregado ya la hórrida tropa de las madres. Con rauco murmurar se han sentado en los puestos de sus padres y de sus hijos, y entre los muros de una ciudad vacía dictan leyes nuevas. Le otorgan el trono y el cetro de su padre como a quien los ha merecido, y conceden así su premio a una mente piadosa.

He aquí que, en lontananza, advierten armas que se dirigen a Lemnos con remos potentes; la reina es arrastrada por súbito tumulto, y convoca el consejo. No les faltaba furor malvado para hacerles frente con flechas y con fuego hostil, si Mulcíber[67] no hubiera quebrantado las crueles iras de Venus. Entonces también Polixo, profetisa cara a Febo (ni su patria ni su linaje se conocen, pero sí que los mayores cetáceos y el mudable Proteo[68] enderezaron desde las cuevas del padre de Faros hasta aquí su ruta sobre las planicies del mar, en un tiro de focas; a menudo se hunde en las aguas profundas, y, tras haberse demorado un poco, emerge refiriendo voces como oídas en el fondo), dice: «Démosle puerto; *** esta popa, creedme, viene, y un dios más benigno para Lemnos ha enderezado por mar hacia aquí a los Minias. Venus misma nos concede por su voluntad tiempo para unirnos, en tanto que el vientre tiene fuerzas y nosotras edad para ser madres». Place lo dicho, y lleva hasta la costa la bienvenida a los griegos Ifínoe. Ni la turba culpable ni los vestigios del reciente crimen los azoran, y quita Citerea[69] el temor del lugar. Al punto hace abatir la reina un inmenso toro en nombre de los héroes, y devuelve ya los píos honores al templo que había perdido la costumbre de recibirlos y se caldea el ara de Venus con esta primera novilla.

Habían llegado a un risco cuyas peñas pendientes humean en alturas renegridas, y el aire se cuece por los vapores. Se detuvo el Esónida, y entonces la reina lo exhorta a rogar y, exponiendo las causas, dice: «Estáis viendo las cavernas de Vulcano; he ahí su morada. Presentad vino y súplicas; quizás calle en esta gruta un rayo ya forjado; la noche misma dará fe de lo que digo, cuando admires, forastero, el crepitar de la llama recluida y el retumbo del metal golpeado». Se jacta después de las murallas y del poder del

país y de las antiguas riquezas de sus ancestros. Disponen las esclavas el convite en medio del palacio, refulge el lecho como la lumbre por la púrpura de Tiro. Permanece en pie, llorando a sus tatarabuelos príncipes y a sus príncipes maridos, la caterva tracia, cuantas, a juicio de las lemnias, temieron las teas matrimoniales y no tocaron el santo tálamo de su señora. Ya en el centro se ha acomodado el Esónida, ya la reina; después, los demás héroes. Mientras las sagradas asaduras vencen el hambre primera, circula Baco alrededor en las páteras y guarda silencio todo el salón. Después, comenzado el banquete, engañan el tiempo de la noche y persisten en sus pláticas hasta bien entradas las sombras. E Hipsípila, más admirada que nadie de las aventuras del capitán, pregunta qué hados lo arrastran, qué poder de un rey lo empuja, o de dónde la mole de la nave hemonia. De las palabras de uno solo está pendiente y concibe poco a poco blandas llamas, ya no reacia al lecho ni hostil al retorno Venus, y el dios mismo[70] concede dilaciones y tiempo para el amor.

De acuerdo con la ley del firmamento, había movido las Pléyades con su nubosa constelación Júpiter[71], ejerciendo su eterno menester, y a la vez se precipita todo en lluvias y, bajo un solo golpe del dios, se habían quedado rígidos de miedo la Pangea y el Gárgara[72] y los tristes bosques. En ningún otro tiempo agita a las mortales gentes terror más cruel. Pues entonces apremia Astrea, entonces exige las iras de Júpiter contra los pueblos, y, abandonada la tierra, invoca al astro de Saturno con queja asidua[73]. Viene enseguida el negro Euro y truena sobre el Egeo con sus magnos hermanos y se echa sobre las costas el ponto. Y el Tespíada[74] ve la Luna espesa de aguaceros en su cuarto orto[75], miedo prolongado que los aparta de su empresa y de las corrientes. Junto a los nuevos fuegos de una diosa mejor[76], permanecen contentos los Minias en la ciudad y, desocupados, se abandonan a los tálamos viudos; y pasan la estación lluviosa en el lujo y no quieren ya viajar y hacen como que no oyen los céfiros que los llaman, hasta que no soportó más a los ociosos el héroe Tirintio, ocupado él mismo en vigilar la nave e inmune a la ciudad. Los dioses, cree, han visto con malos ojos a los que han tentado tan gran extensión de mar, y han abandonado ellos sus casas y defraudado con su holganza los votos de sus padres. ¿Por qué ha de quedarse también él mismo con hombres remolones? «¡Desgraciados cuantos nos hemos enrolado en tu aventura! ¡El Fasis y a Eetes y los peligros del mar escítico devuélveme, Esónida!», dice. «El solo amor de las hazañas me arrastró a la mar contigo, en tanto que tenía la esperanza de detener los montes Cianeos y de expoliar a otro dragón vigilante[77]. Si estás decidido a habitar los escollos del profundo Egeo, esto lo llevará a cabo mi Telamón junto conmigo». Cuando esto hubo dicho, se encendió el Esónida con la amarga reprimenda, no diversamente de como un caballo batallador, al que por la larga paz place la tierra fría y que, perezoso, se ve constreñido a los giros hacia la izquierda[78],

querría sin embargo brida y jinete si de nuevo llenaran sus orejas el grito marcial y el [390] fragor del bronce olvidado. Llama entonces a Argo y a Tifis y los urge a que se dispongan para el piélago. Requiere con sonoro grito el piloto las armas y los hombres por igual, y los remos esparcidos en la ribera.

Nace un nuevo dolor en la ciudad, y el llanto y el semblante [395] antiguo por las casas todas. He aquí que les abandonan los muros otra vez, y ¿cuándo será tiempo de hijos que refunden su estirpe, que porten los cetros? Ahora la triste obra de la nefanda noche, ahora los silencios aquellos de la casa viuda les resultan más crueles, porque osaron tornar a los tálamos y a las cadenas [400] quebradas y aceptar otra vez tales cuidados. También la misma Hipsípila, en cuanto vio las súbitas carreras por la costa y que los hombres abandonaban toda Lemnos, gime e interpela a Jasón con tal queja: «¿Ya con el primer sereno te place largar velas, oh vida más preciada para mí que mi padre? Poco hace [405] que se calmaron los crueles mares. Así escaparía de puerto la nave si las hoscas Pléyades te hubieran retenido en la costa de la enfrentada Tracia[79]. ¿Conque hemos debido vuestra demora al cielo y a las olas que impedían la navegación?» Dijo entre lágrimas, y le entrega como regalo que ha de pegarse al querido [410] capitán una clámide de elaborado tejido. Allí ha moldeado con la aguja las ceremonias que fueron cómplices de la salvación de su padre y el pío carro: permanecen en pie los crueles batallones de las atemorizadas y les dan paso[80]; tiembla alrededor un hórrido bosque en verde tela; huye el angustiado padre entre las sombras. Una parte representaba también el rapto del frondoso Ida y la célebre fuga del doncel[81]; después en el éter servía gozoso [415] la mesa, que hasta el mismo escudero de Júpiter recibe ya delicadas copas del lacayo frigio. Entonces, presentándole la espada y la conocida insignia de Toante, le dice: «Toma, para que en las guerras y entre el polvo del combate sea yo tu compañera; [420] son dones flamígeros del dios del Etna que empuñó mi padre, dignos ahora de añadirse a tus armas. Parte, parte conservando el recuerdo de la tierra que os acogió, la primera, con calmo seno y, desde las riberas subyugadas de la Cólquide, trae de regreso tus velas, por este Jasón que dejas en mi vientre»[82]. Así habla cayendo sobre el cuello de su marido hemonio, [425] y no menos triste se cuelga una esposa de la cerviz de Orfeo y de la tuya, Eácida[83], y de Cástor y de su gemelo.

Entre estas lágrimas es arrancada de las arenas el ancla perezosa. Ya los remos han arrebatado la nave, ya los soplos la llevan; la sigue la estela espumosa del timón que huye. Se desdibuja [430] Lemnos y crece la tierra de Electra[84], que guarda el secreto de sus ritos tracios[85]. Aquí reina el inmenso terror del numen, y están decretados castigos para las lenguas incautas. [435] Jamás osa lastimarla con su aguacero un temporal enviado por Júpiter; el dios mismo encrespa por voluntad propia las olas cuando prohíbe tocar sus riberas a los marinos desleales. Mas a los Minias les sale al encuentro y los acoge en el país y en el santuario el sacerdote Tiotes, que revela a sus huéspedes los

misterios. Desvelada hasta aquí por el poeta a los pueblos y a la luz del día, Samotracia, queda, y guardemos reverencia a los ocultos ritos. Ellos con el nuevo sol, gozosos y plenos de dioses, se sientan en las bancadas. Ya el marino perdía de vista las ciudades que antes había divisado y se acercaba Imbros[86] a la proa, y el sol había ascendido a las alturas centrales del éter. Entonces por vez primera arribó una popa tesalia a las arenas dardanias, y por designio de los hados atracó en la costa sigea[87]. Desembarcan; enseguida, unos plantan con las ligeras velas un blanco campamento, otros muelen el grano con una piedra arrastrada, otro muestra a las hojas el fuego obtenido de cantos frotados y lo alimenta con azufre amigo.

Mientras el Alcida y su compañero Telamón recorren la costa quebrada en graciosa bahía, llega a sus oídos una voz que avanza con acento lloroso cuando la ola rota se retira murmurando. Suspensos, apretaron el paso, y siguen el despejado camino de la voz. Ya clara suena, y una doncella abandonada a muerte cruel ¿a quién de los hombres o de los dioses de lo alto no imploraba? Con esto se apresuraron más vivamente los hombres resueltos a prestar socorro, de manera semejante a como, cuando un toro ha llenado con amargo bramido parajes intransitados, pues carga sobre sus altos lomos un león que lo desgarra con su mordedura, se junta una muchedumbre de campesinos salida de las esparcidas chozas, y con ciego clamor los colonos. Se paró el Alcida, y, forzando la vista, divisa en una alta peña los atroces grilletes y el rostro desmayado de la doncella y sus ojos que se alzan hacia las primeras olas, así como llora el marfil, aunque inerte, obligado por la mucha arte, o como la piedra de Paros asume rasgos y nombre o los líquidos colores reproducen maravillas. Dice el caudillo: «¿Cuál es, doncella, tu nombre y tu linaje? ¿Cuál suerte es esta, dime, por qué oprimen las cadenas tus palmas?» Ella, temblando y bajando los ojos con triste pudor, responde: «No soy yo merecedora de estos males. Estás viendo los últimos regalos de mis padres, escollos cubiertos de púrpura y de oro. Fui yo en otro tiempo descendiente feliz de Ilo, hasta que la Fortuna hostil huyó de los penates de Laomedonte[88]. Al principio vino la peste y se retiró la bonanza del cielo sereno, ardieron los campos en una competencia de piras; después un fragor súbito, y olas que sacudían los bosques del Ida junto con sus establos. He aquí que de repente emerge del ponto una bestia, un monstruo enorme. A esta no la mides ni por monte alguno ni por nuestro mar. A su furia se le entrega, entre abrazos y llantos de los padres, un grupo en la flor de la edad. Esto ordena el oráculo, esto el cornudo Amón[89]: condenar una vida virginal y un cuerpo adjudicado al Leteo[90] por la suerte. La cruel urna me destina a mí a los escollos. Mas, ay, si retornan ya los númenes a los frigios y tú te presentas como aquel, prometido por los augurios y el oráculo de los dioses[91], para quien cría ya mi padre blancos corceles en votivo pasto, premio establecido por mi rescate, acepta, te lo ruego, y líbrame de monstruos a mí y a la agotada Pérgamo[92], pues que puedes. Pues no veía yo tan ancho

pecho cuando Neptuno empalmaba la muralla con los astros, ni lucía tales hombros y carcaj Apolo[93]». Había engrandecido estas palabras el lugar y el semblante afligidísimo de la costa cautiva y los túmulos [495] y el cielo que se cierne sobre la ciudad, vista comparable a la que habían ofrecido a su compasión el camino de la abrumada Nemea o el de Erimanto y los hontanares de la emponzoñada Lerna[94].

En esto, da de lejos Neptuno la señal, y al instante muge el [500] golfo monstrífero y la plaga sigea amontona las aguas. Sus ojos estrellados tiemblan en una glauca nube, y golpea un fragor fulmíneo sus curvas fauces con tres filas de dientes; recorrido el piélago, torna la cola atrás, y la erguida cerviz arrastra las espiras desplegadas. Mientras se precipita con sus mil repliegues, la acompaña el ponto saltando a sus flancos, y su propio temporal la empuja mientras cae sobre las riberas estremecidas. No llega [505] con corrientes iguales la ola del nubífero Noto, no triunfa tan grande el Áfrico[95] sobre las profundidades, ni Orión cuando, llenas las manos con las riendas paternas, encrespa la mar con el bufido de corceles de dos cascos[96]. He aquí que se pasma el Eácida de ver al caudillo embravecerse con los furores de la lucha que le place y alzarse con sus músculos y terrible por su [510] armamento, y de cómo golpea sus espaldas el pesado carcaj. Él, encomendado a su padre y a los dioses del piélago y a sus armas, saltó a un escollo y se horrorizó del mar desplazado de su lecho y de los espaciosos repliegues del erguido monstruo, semejante [515] a Bóreas cuando se levanta desde los valles del gélido Hebro[97] y precipita las nubes voladoras por las cumbres rifeas[98], mas no lo ocupa aún todo en un cielo como la pez. Al tiempo que la bestia adelanta su mole horrífica y sus rocosas espaldas y avanza con ingente sombra, tiembla el Ida y se baten la naves [520] y se yerguen las torres que antes se habían inclinado. Echa mano el Alcida de su arco, y la agobia con toda la nube de su aljaba. No se mueve ella de su sitio más de lo que lo haría el gran Érice[99], al que quisieran hacer descender al valle los aguaceros. Ya el espacio que los separa es breve y no adecuado a la flecha [525] voladora; entonces fueron los rezongos y la furia del vano intento y la callada vergüenza, y palideció de nuevo la muchacha. Arroja las armas de su mano, se vuelve hacia los escollos y las peñas vecinas y, cuanto podría haber empujado la antigüedad [530] ayudada de los vientos y el fragor del ponto, otro tanto cortó arrancándolo del fondo del mar. Y ya con toda su fuerza hace frente el monstruo marino, y abre las fauces cercano a su mísera presa. Erguido en medio de las aguas resiste el Alcida, y aguarda su asalto y, adelantándose, aplasta con la roca el cuello que se [535] empinaba. Multiplica después los recios golpes de su maza nudosa. En las corrientes ***[100] se hunde profundas, extendida ya en todo el fondeadero. Y la Madre del Ida y su coro y los ríos ulularon en lo alto de los cerros[101]. Enseguida resurgen de los escollos y del umbrío valle los pastores, y se dirigen con gran griterío a la [540] ciudad. Después Telamón lleva la nueva y llama a sus camaradas, y a

la vez se horrorizan ellos mismos y ven flotar en sangre súbita la nave. Salta el Alcida a los escollos y a la cumbre de la cruda peña, y arrebata de la roca las manos de la doncella a los grilletes [545] que las atenazan y acomoda sus armas sobre sus hombros soberbios. Después, en busca del rey, cruza con paso triunfal la ribera ya segura, como avanza por los pastos un toro victorioso, ora abultando el cuello, ora irguiendo los cuartos, cuando vuelve a ver los altos establos del rebaño que le es familiar, y el bosque de sus padres y los amores que ha vengado en combate.

Le salen al encuentro una muchedumbre de frigios salida de [550] largas tinieblas y Laomedonte, que trae junto con su esposa a su pequeño hijo[102]. Apesadumbrado, lamenta que se le vayan a reclamar ya los corceles, ya el galardón debido. Algunos ciñen las almenas de la muralla que se eleva hacia los aires, y admiran al joven pertrechado de armas ignotas. Mirándolo torvamente, escurridizo [555] en su afilada astucia, se aproxima el rey y le habla malcontento en su amor de padre: «O tú, el más grande de los griegos, a quien trajo a este país la Fortuna misma sin que te dirigieses a la costa sigea ni te compadecieras del luto de nuestra Troya, si verdadera fama dice que es tu padre Júpiter y tu [560] linaje el del Tonante, eres de los nuestros y estás entre parientes[103]. Uno es nuestro ancestro e idéntico el honor de nuestra estirpe, aunque nos separan alejadas riberas. ¡Después de cuántas lágrimas, después de cuántos sacrificios de los padres me llegas con retraso! ¡Cuán pequeña es ya la gloria de tu hazaña! Pero, [565] ea, haz entrar ahora a tus camaradas entre las murallas de tus hermanos, a fin de que la luz de mañana te enseñe, abiertos los establos, los atalajes de dos caballos que he establecido como recompensa por la salvación de mi hija». Esto había dicho, y maquina silencioso ardides y un horrible crimen nefando en su corazón: inmolarlo encerrado en su estancia y bajo el peso del sueño, y evitar el oráculo robándole el carcaj. Pues había oído [570] que por dos veces se debería Pérgamo a las saetas de Hércules[104]. Mas ¿quién podría ya mudar los hados a los reinos de Príamo[105]? Está fijada en lustros inmotos la noche dórica[106], y el linaje de los Enéadas y los honores de una Troya mejor[107]. «A [575] nosotros», dice el Tirintio, «nos arrastra nuestra ruta hacia las puertas del ponto escítico. Después regresaremos aquí a vuestras costas y me llevaré los regalos prometidos». Entonces el otro, invocados los dioses, promete aún más. Lloraban ya los frigios las promesas desleales del tirano y los peligros de la mísera Troya.

Después, se despliega en la noche la vela en todas las alas[108], [580] y se rebasa la costa y el antiguo túmulo de Ilo y al padre dardanio[109]; al mismo tiempo, ven todo en fiesta con jolgorio insomne. De un lado destellan las olas, de otro el Ida por los sacros fuegos[110], y responde el Gárgara al horrísono boj[111]. Más tarde, cuando ya han ganado los silencios de en medio del ponto y los [585] ayudan las brisas silbantes, entraban en los mares de Frixo y en el estrecho paso antaño sin nombre[112]. He aquí que, con las

primeras luces, atemorizaron a la nave voladora las aguas que se hendían, y, ceñidas las ínfulas, apareció Hele, hermana ya de Pánope y de Tetis[113], sosteniendo ya un áureo cetro en la mano [590] izquierda, mientras allana las aguas y mira a los héroes y al capitán e interpela a Jasón con plácidas palabras: «A ti también te llevan desde las tierras hemonias por mares desconocidos un reino hostil a su casa y hados muy semejantes a nuestros hados. Otra vez dispersa la Fortuna a los descendientes de Éolo, y vosotros, linaje infeliz, buscáis el río escítico. Os quedan gran extensión [595] de tierra, un ancho mar (¡no cejes en tu empeño!) y, lejos, el propio Fasis, pero os abrirá sus puertas. Allí hay un bosque recóndito, y dos altares gemelos se alzan sobre verdes túmulos; allí celebrad primero los honras de Frixo con piadosa [600] mano, y hacedles llegar a sus cenizas, os lo ruego, mis palabras: “No vago yo como piensas, hermano, por los silencios de la ribera estigia. En vano escrutas, querido, los caminos del vacuo Averno[114], ni, llevada entre escollos y corrientes, me despedaza el temporal. Inmediatamente me sostuvieron en mi caída Cimótoe[115] [605] y Glauco con mano veloz. El mismo padre de la mar profunda me concedió con benévolo numen estas sedes, estos reinos, y no envidia mi bahía las olas de Ino[116]”». Había dicho, y con un gemido sumergió bajo la tranquila planicie del mar su apenado semblante, en cuanto la asaltaron los dolores paternos. [610] Entonces, derramando vino en el piélago, comienza con tales palabras el capitán: «Prez de las aguas y de nuestro linaje, doncella de la sangre de Creteo[117], franquéanos el camino y guía a los tuyos, diosa, con rumbo favorable».

Y empuja la nave y vuela entre las ciudades de uno y otro lado por donde la corriente se enfurece con aguas más estrechas [615] y Europa, más terrible por sus riberas escarpadas, huye de Asia que la atosiga. También a estas tierras y campos habitados de pueblos vecinos los separaron antaño bajo el empuje del piélago, creo, la pica de Neptuno y la larga labor del tiempo hostil, como a las costas sícula y líbica cuando se pasmaron del fragor [620] Jano y Atlas, que reina en los montes de poniente[118]. Ya rebasan los riscos de Percote y Pario la de mala fama[119] y Pitia la de bajíos fragorosos, y pasa de largo la popa por Lámpsaco[120], a la que ni los ritos trienales del ogigio Baco[121] ni el furor frigio llevan a las secretas cavernas, sino que la arrastra hacia Venus [625] su propio dios[122]. Divisan los altares de este sobre la ciudad, y las colgaduras del encumbrado templo.

Después se ve menos tierra y, de nuevo, el cielo ingente por doquier, y se abre el horizonte de otro mundo. Entre el Ponto y Hele, yace en el medio del golfo una tierra como surgida del [630] fondo del mar, pues hunde en los ocultos bajíos sus inmensos campos y despliega su costa por la superficie con largo dorso; una parte linda con las riberas de la vieja Frigia, la otra con las cumbres cubiertas de pinares de un monte escindido[123]. Y no lejos, junto a los confines del ponto poco profundo, surge una [635]

ciudad que desciende sobre las plácidas lomas. El rey de esta próspera campiña es Cízico. En cuanto ve las enseñas inusitadas de la quilla hemonia, corre él mismo espontáneamente hacia las olas de la orilla, y admira a los hombres y, estrechando las diestras sin soltarlas, comienza: «Oh tropa de Ematia[124], conocida [640] ahora por vez primera en nuestro país, imagen mayor para mí que vuestra fama, no es, a pesar de todo, esta tierra tan remota y ardua ni son ya inaccesibles a las gentes los reinos de levante, puesto que veo que han entrado tales caudillos, tantos varones poderosos. Pues, aunque por aquí críe una tierra hórrida [645] pueblos salvajes y fluya en torno a mí la rumorosa Propóntide con boca agrandada, la lealtad y los ritos son parejos a los vuestros, y tengo corazones ablandados por la civilización incluso en estos parajes. Lejos de nosotros la fiera hombría del bébrice[125], lejos la inclemencia del culto escítico[126]». Así habla, [650] y se los lleva contentos; ordena, a la vez, que se abran las mansiones hospitalarias, y ofrece con largueza a los templos sacros honores. Están dispuestos los lechos de oro y de gemas y las mesas con regio boato, y cien lacayos parejos en lozanía; unos llevan en sus manos los manjares, otros copas de oro labradas [655] con las aventuras de las guerras recientes. Y, alargándole en primer lugar la copa al capitán griego, dice Cízico: «Aquí el enemigo aterroriza mi puerto, este ataque lo relanza por la noche, estas son las espaldas vueltas de los pelasgos[127], mío es este [660] fuego que se ceba en las naves». Añade el Esónida: «Ojalá que traiga ahora su furia a los pelasgos y los induzca a atacar, como suelen, por sorpresa, y que toda su tropa se eche fuera de las naves. Verás las armas de tus huéspedes, y ya no habrá para ti más combates tras esta noche[128]». Así habla, y entre estos coloquios se les escapa la mayor parte de la noche con variados discursos, y de manera semejante la luz del día siguiente.

[1] Más precisamente, la Argo cruza ahora el golfo de Págasas, cerrado al este por la península de Magnesia.

[2] El destino de Pelias es morir más adelante a manos de sus hijas (cf. I 814 n.).

[3] El Tiseo, de cuyo templo no da noticias ningún otro autor antiguo, es el cabo sudoccidental de la península de Magnesia. Doblándolo, los Minias salen del golfo de Págasas para poner rumbo nordeste hacia la Cólquide (cf. APOL. ROD., I 568). Las tierras que divisan van desapareciendo bajo el nivel de las aguas a medida que la nave se aleja.

[4] Isla situada en frente del cabo Sepias (cf. I 582 s.).

[5] Promontorio sudoriental de la península de Magnesia, cuya costa este comienza a bordear ahora la Argo.

[6] Personaje prácticamente desconocido salvo por un escolio a Apolonio (I 587) que lo identifica con un hijo de Hermes muerto en Magnesia.

[7] Río que, en realidad, desembocaba en la laguna Bebeide (cf. I 449); el error debe de haber sido provocado, o al menos favorecido, por la ambigüedad del pasaje de las *Argonáuticas* griegas en que se menciona el Ámiro (cf. escolio a APOL. ROD., I 595-597c).

[8] Localidad cuyo emplazamiento exacto se desconoce (cf. APOL. ROD., 1596).

[9] Monte de Magnesia. Los argonautas han podido contemplarlo hasta ahora (cf. APOL. ROD., I 596), pero lo pierden de vista al alejarse de la costa tesalia.

[10] Promontorio de la Calcídica llamado con anterioridad Flegra (cf. HERÓDOTO, VII 123), donde tuvo lugar el combate de los dioses con los gigantes (cf. I 564).

[11] Los gigantes eran hijos de la Tierra, al igual que los espartos (cf. VII 505, 629; VIII 107).

[12] El padre Júpiter, que fulminó en su día a los gigantes, sigue haciendo caer rayos sobre sus vestigios rocosos.

[13] Este Tifeo, o Tifón, fue otro monstruo hijo de la Tierra que, como los titanes y los gigantes, desafió el poder de los Olímpicos y fue vencido por Júpiter (cf. HESÍODO, *Teogonía* 820 ss.).

[14] El fuego del rayo lanzado contra él por Júpiter (cf. HES., *Teog*. 859).

[15] Hesíodo (*Teog*. (824-826) dice que a Tifeo le salían de los hombros «cien cabezas de culebra», mientras que Apolodoro (I 6, 3) combina esta descripción con la que le atribuía pies serpentinos.

[16] La tradición seguida por Virgilio (*En*. III 578; IX 713) atribuye, en cambio, al gigante Encélado la actividad volcánica del Etna, mientras que sitúa la prisión de Tifeo en Inárime (cf. III 208).

[17] El carro en el que el Sol recorre el cielo. Hiperión («el que va por encima») es un titán que, unido a su hermana Tía, engendró al Sol, a la Luna y a la Aurora (cf. HES., *Teog*. 371 ss.). En Homero, que conoce esta genealogía (*Od*. XII 76), «Hiperión» es epíteto del propio Sol (*Il*. VIII 480; XIX 398; *Od*. I 8; I 24).

[18] Recibe al Sol en su caída vespertina al mar de Iberia la titánide esposa de Océano (lat. *Tethys*): no debe confundirse con la nereida esposa de Peleo y madre de Aquiles (lat. *Thetis*).

[19] Era creencia de los antiguos que el Sol, llamado Titán por ser hijo del titán Hiperión (sin perjuicio de la identificación tradicional del dios Sol con Apolo, hijo de Júpiter), crepitaba al hundirse en los mares occidentales como un hierro al rojo vivo en contacto con el agua (cf. JUVENAL, *Sátiras*, XIV 280). Lo mismo se dice de la constelación de Perseo algunos versos más abajo (II 63).

[20] El cielo (cf. I 4).

[21] La décima ola era, según opinión de los antiguos, la más alta y peligrosa (cf. OVID., *Met*. XI 530).

[22] La diosa Diana, llamada Cintia por haber nacido junto con su gemelo Apolo en el Cinto, monte de la isla de Delos, era identificada con la Luna. Se creía que el cuerno de esta, cuando se mostraba oscurecido, amenazaba lluvia, y que las manchas o el «rubor» en su disco eran indicio de viento (cf. VIRG., *Geórgicas* I 427 ss.).

[23] El Sol se ha puesto en un cielo despejado y no agitado por vientos contrarios, que podrían amenazar

temporal (cf. LUC, V 540 ss.).

24 No resulta fácil saber por qué dice Valerio que el mar acoge con enfado esta constelación. Quizás porque Perseo había librado a Andrómeda de un monstruo marino (cf. OVID., *Met*. IV 663 ss.), o porque, por el solo hecho de ser hijo adulterino de Júpiter con Dánae, despierta la antipatía de Tetis la esposa de Océano, muy cercana a la tantas veces traicionada Juno (cf. HOM., *Il*. XIV 201 ss.). No parece que el pasaje se refiera simplemente a la enemistad natural entre el agua y el fuego.

25 El navegante debe guiarse por las constelaciones que no se ponen nunca en el hemisferio boreal. La del Dragón «repta» entre las Osas Mayor y Menor, que agrupan siete estrellas cada una.

26 Madre de las Pléyades, cuya constelación es vecina a la de las Híades.

27 La Espada de Orión, formada por un grupo de tres estrellas próximas al Cazador.

28 Icario, a quien mataron unos pastores bajo acusación de envenenamiento porque, por indicación de Baco, había difundido en el Ática el vino. (cf. HIG., *Fáb*. 130). Más adelante (V 370) se identifica la constelación del Boyero, llamada también *Arctophylax* (el «guardián de la Osa»), con Árcade el hijo de Calisto, la ninfa metamorfoseada en Osa Mayor (cf. I 48 I n.).

29 Nueva referencia a las Pléyades, hijas de Atlas cuya luz palidece ante la cercanía del alba (cf. VIRG, *Geórg*. I 221)

30 El Sol, identificado con Febo Apolo.

31 El dios del fuego Vulcano, cuyo patronazgo sobre la isla egea de Lemnos se explica enseguida.

32 La revuelta de los Olímpicos contra la autoridad de Júpiter, el castigo de Juno y la caída de Vulcano en Lemnos, causa de la cojera del dios, están tomados de diversos pasajes de la *Ilíada* (I 396 ss.; XV 18 ss.; I 590 ss.).

33 La fragua de Vulcano, donde los cíclopes forjaban para Júpiter la égida y el rayo, se situaba bien en el Etna (EURÍPIDES, *Cíclope* 20, 295, 594), bien en una de las islas Lípari (TEÓCRITO, II 133 s.). Virgilio, a quien ha seguido nuestro autor en otro lugar (I 583), combina las dos versiones (cf. *En*. VIII 416 ss., 440). En general, cualquier región volcánica podía ser asociada al dios del fuego (cf. II 335 ss.).

34 La historia del adulterio de Venus, legítima esposa de Vulcano, con Marte era conocidísima desde Homero, que narra cómo el herrero divino, avisado por el Sol, apresó a los amantes bajo una poderosa red invisible, exponiéndolos a la burla de los demás dioses (*Od*. VIII 266 ss.; cf. OVID., *Met*. IV 170 ss.). Por su fiel devoción al marido traicionado, los lemnios han descuidado el culto de la adúltera, que les hará pagar muy caro su menosprecio.

35 Para llevar a cabo su venganza, la diosa del amor abandona su apariencia benévola y adopta la de las Furias.

36 No se puede averiguar con certeza la identidad de este «caudillo». Puesto que no puede tratarse del rey Toante, presentado poco más abajo como un anciano desvalido (cf. II 249 ss.), se ha apuntado al Codro mencionado en el v. 136, pero el poeta no dice nada al respecto.

37 La insistencia en el carácter rudimentario de estas embarcaciones anteriores a la Argo, pensadas sólo para cruzar de Lemnos a Tracia, preserva la singularidad de la primera nave digna de tal nombre.

38 Hijo del Caos y hermano de la Noche que, en la *Teogonía* hesiódica (123), personifica las tinieblas del inframundo; aquí designa el reino infernal, en un sentido lato corriente desde Homero (cf. *Il*. XVI 327).

39 Las osadas hablillas de la Fama crecen al ser difundidas incluso por quienes, de buenas a primeras, no les dan crédito.

40 La Fama es, según la descripción de Virgilio (*En*. IV 181 ss.), una especie de pájaro monstruoso que posee tantos ojos, lenguas, bocas y orejas como plumas.

41 Entiéndase que las obliga a vigilar la costa constantemente.

42 Entre los tracios era costumbre tatuarse (cf. HERÓD., V 6).

[43] Los dahas pertenecían a una tribu escita que habitaba en las riberas del mar Caspio y no en Tracia (cf. PLIN., *Hist. Nat*. VI 50), pero los pueblos situados al noreste del mundo romano eran a menudo asociados y confundidos por los poetas.

[44] Nueva referencia a los tatuajes, o bien a las franjas de la ropa.

[45] Los dahas, como los escitas en general, eran nómadas (cf. LUC, VII 429).

[46] Flegias, padre de Ixión, intentó incendiar el templo de Apolo en Delfos, mientras que Teseo bajó al inframundo con la pretensión de raptar a Prosérpina, la esposa de Plutón. Tisífone, una de las tres Furias, los hace sufrir en los infiernos el castigo merecido por sus impiedades (cf. VERG., *En*. VI 617 ss.; ESTAC, *Teb*. I 712 ss.).

[47] De los getas, una tribu de Tracia. La asociación de esta tierra feroz al guerrero Marte es usual desde Homero (cf. *Il*. XIII 301; *Od*. VIII 361).

[48] Venus, aunque legítima esposa de Vulcano, actúa ahora como digna compañera del dios guerrero Marte o Mavorte; recuérdese que en el adulterio de Venus con este se halla el origen de la desgracia de los lemnios (cf. II 99 s.).

[49] Nuevamente (cf. II 194), las lemnias son comparadas con las infernales Furias o Erinias, llamadas Euménides («Benignas») con un eufemismo griego de origen apotropaico.

[50] Pueblo de Tracia, como los getas.

[51] Los romanos llamaban «Fastos» al calendario anual que recogía sus festividades y al elenco de los nombres de los magistrados anotados año tras año.

[52] Los lares eran divinidades romanas de la casa (*lares familiares*) y de los cruces de caminos, y recibían también culto público en un templo situado en la Vía Sacra; Virgilio se refiere en dos ocasiones (*En*. V 744; VII 259) al Lar troyano, llevado por Eneas al Lacio junto con el sagrado fuego de Vesta. La memoria de Hipsípila perdurará, pues, con tal de que permanezca el Imperio Romano.

[53] La princesa Hipsípila se dirige a su padre Toante, a quien pretende salvar de la matanza.

[54] No es de extrañar que Hipsípila encuentre un «cómplice» en el templo de Baco, puesto que Toante era hijo de este dios y de Ariadna (cf. APOL. ROD., IV 424 ss.).

[55] Hipsípila ruega a Baco que retome su habitual benevolencia hacia los suyos, interrumpida durante la masacre, o alude quizás a un favor pasado concreto como fue el rescate de Ariadna, abandonada por Teseo en la isla de Naxos (cf. CATULO, LXIV 251 ss.).

[56] La reacción sobrenatural de los objetos inanimados presentes en el santuario confirma que el dios invocado ha atendido la súplica (cf. OVID., *Met*. IX 782 ss.). Los «bronces trienales» son los címbalos de este metal utilizados en las fiestas trienales de Baco (cf. II 623), y el coro debe de ser el tíaso o cortejo que acompaña al dios. Los tigres son animales ligados a Baco, que los subyuga con su poder (cf. VIRG., *Églogas* V 29 ss.); en este caso, se trata de estatuas que rugen milagrosamente, lo que ha hecho pensar que el coro se halla también compuesto por efigies de ménades y de sátiros que echan a cantar en la soledad del templo.

[57] El carro en que solía sacarse en procesión la imagen de Baco, sustituida aquí por Toante.

[58] Los instrumentos y las cestas sagradas (cf. CATULO, LXIV 259) empleados en el culto orgiástico.

[59] Las ménades o bacantes.

[60] El tirso, vara rematada en una piña de abeto y revestida de hiedra o de hojas de parra que blandían el propio Baco y sus adoradores.

[61] La mitra es un tocado de procedencia oriental frecuentemente asociado a Baco y a los suyos (cf. EURÍPIDES, *Bacantes* 833; ESTAC, *Teb*., IX 795); los cuernos que sobresalen de ella forman parte, como la copa de vino, de la iconografía del dios (cf. I 726).

[62] Probablemente se trata de serpientes consagradas a Baco, ocultas en las misteriosas cestas rituales mencionadas en el v. 267 (cf. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protréptico* II 22, 4).

[63] La Furia (las tres en conjunto, o bien una de ellas), no del todo saciada con la masacre, se ensaña con Hipsípila porque esta les ha escamoteado una víctima, y la princesa demostrará ser consciente de ello más adelante (II 294).

[64] La Luna, identificada con Diana.

[65] El Toante lemnio es identificado con el homónimo rey de los tauros (cf. EURÍPIDES, *Ifigenia en Táuride*, 31 ss.), pueblo de la actual península de Crimea que sacrificaba a los extranjeros en honor de Diana (cf. HIG., *Fáb*. 15, 120).

[66] El llamado «rey del bosque», sacerdote de Diana en Aricia (la actual Nemi, en el Lacio), obtenía su puesto tras haber dado muerte a su antecesor. Se creía que este singular culto era originario de Táuride, de donde, según Servio (a VIRG., *En*. II 116), habría traído Orestes la imagen robada de la diosa. El bosque consagrado a Diana, donde la ninfa Egeria habitaba una fuente (cf. VIRG., *En*. VII 772 ss.), se hallaba en las cercanías de la ciudad de Alba Longa y del monte Albano, emplazamiento del santuario de Júpiter Laciar.

[67] Epíteto de Vulcano que parece significar «el que ablanda (el hierro con el fuego)», empleado aquí con cierta pertinencia puesto que se trata de «ablandar» a Venus.

[68] Divinidad marina que habitaba en la isla de Faros, y poseía la facultad de transformar su apariencia (cf. HOM., *Od*. IV 477 ss.).

[69] Recién nacida de la espuma del mar, Venus fue llevada a la isla de Citera, situada al sur del Peloponeso, de la que toma este sobrenombre (cf. HES., *Teog*. 191 ss.).

[70] Júpiter, mencionado tres versos más abajo.

[71] Cf. I 647.

[72] Respectivamente, sierras de Tracia y de la Tróade; el Gárgara forma parte del sistema montañoso del Ida.

[73] Acerca de Astrea, cf. I 795 n.. La idea de que el mal tiempo lo envía Júpiter como castigo por las injusticias de los mortales se remonta a Homero (cf. *Il*. XVI 384 ss.). El planeta Saturno es, según nota de Servio (a VIRG., *Geórgicas* I 336), un temible portador de lluvias.

[74] Tifis, natural de la ciudad beocia de Tespias (cf. APOL. ROD., I 105 s.).

[75] La apariencia del astro la cuarta noche después de la luna nueva se consideraba decisiva para efectuar el pronóstico del tiempo (cf. VIRG., *Geórg*. I 432 ss.).

[76] Los fuegos del amor suscitados por Venus, ahora propicia, para unir a las lemnias con los argonautas. Hay, sin embargo, intérpretes que identifican la «diosa» del v. 369 con la Luna mencionada en el 367; según su lectura, los Minias se quedarían en Lemnos «a la espera de que la diosa, más indulgente, muestre luces nuevas».

[77] Hércules pretende arrebatar el vellocino de oro al dragón que lo custodia, como antes robó las manzanas de las Hespérides matando al dragón que las guardaba. En Apolonio (IV 1396 ss.), el Tirintio lleva a cabo este último trabajo después de haberse separado de los Minias.

[78] Durante las carreras o las maniobras de entrenamiento.

[79] La costa de Tracia se encuentra en el continente frente a la isla de Lemnos (cf. APOL. ROD., I 799); puede que el verso se refiera también, con un doble sentido, al enfrentamiento hostil entre los dos países.

[80] Las mujeres de Lemnos, amedrentadas por la temible apariencia que, a fin de lograr la fuga de Toante, había prestado Baco a Hipsípila (cf. II 277 s.).

[81] El joven príncipe troyano Ganimedes. Prendado de su belleza, hizo Júpiter que el águila (su «escudero») lo raptara en el monte Ida, y en adelante sirvió a los dioses en el Olimpo como copero (cf. V 694).

[82] El embarazo, que para la Hipsípila de Apolonio (I 897 s.) no pasaba de consoladora esperanza, es para la de Valerio, en cambio, una certeza. Según la tradición más extendida, la reina de Lemnos tuvo de Jasón no uno sino dos hijos, llamados el uno Euneo (HOM., *Il*. VII 468) y el otro Toante (ESTAC., *Teb*. VI 342), Deípilo (HIG., *Fáb*. 15) o Nebrófono (APOLOD., I 9, 17).

[83] Peleo o Telamón, puesto que ambos son hijos de Éaco. Parece más probable que se trate del primero, puesto que el segundo, compañero inseparable de Hércules, podría haber permanecido con este a bordo de la Argo.

[84] La isla de Samotracia, donde la Pléyade Electra tuvo de Júpiter a Dárdano, que fue fundador de la casa real troyana (cf. II 561 n.).

[85] Los misterios de los Cabiros, divinidades protectoras de los marineros, en los que serán iniciados los Minias (cf. APOL. ROD., I 915 ss.; DIOD., IV 43, 1 s.; *Argon. Órf*. 466 ss.).

[86] Isla situada frente a Tracia (cf. APOL. ROD., I 924).

[87] El Sigeo es un promontorio de la Tróade, región que, tras este primer contacto con la Hélade, verá arribar las numerosísimas naves de los griegos dispuestos a saquear Troya, y entre estas un nutrido contingente tesalio (cf. HOM., *Il*. II 756 ss.). El gentilicio «dardanio», que Valerio aplica a las arenas de la ribera, procede de Dárdano, padre de la estirpe troyana (cf. II 431 n.).

[88] Hesíona, que así se llama la doncella, es hija del rey de Troya Laomedonte y nieta de Ilo, padre del primero y fundador de la ciudad (que tomó de él su otro nombre: Ilión).

[89] El dios egipcio Amón, identificado con Júpiter, poseía en el desierto de Libia un célebre oráculo que, según Ovidio (*Met*. IV 670 s.), había prescrito el sacrificio de la princesa etíope Andrómeda a un monstruo marino para castigar la lengua insolente de su madre. Valerio evoca aquí el relato ovidiano que le ha servido de modelo para narrar la liberación de Hesíona, toda vez que, en las otras versiones de la historia de esta princesa, el oráculo se debe a Apolo (DIOD., IV 42, 3; HIG., *Fáb*. 89, 2) o carece de autor especificado (OVID., *Met*. XI 211 s.).

[90] Río o fuente del infierno de donde beben los muertos para olvidar la vida terrena.

[91] Nada se sabe de este oráculo acerca del futuro salvador, aparte de la vaga referencia de Valerio.

[92] Nombre de la ciudadela de Troya (lat. *Pergama*), y, por extensión, de la ciudad entera (cf. VIRG., *En*. II 292; III 86 s.). No debe confundirse con Pérgamo (lat. *Pergamus* o *Pergamum)*, ciudad fundada en Asia Menor después de la guerra de Troya por el héroe homónimo, nieto de Aquiles.

[93] Neptuno y Apolo habían construido las murallas de Troya para Laomedonte. La *Ilíada* conoce esta historia (VII 452 s.; XXI 4441 ss.), así como la lucha de Hércules contra el monstruo marino (XX 144 ss.). La relación causal entre un hecho y otro, a la que Valerio alude aquí vagamente, la explicitan otros autores (cf. DIOD., IV 42; HIG., *Fáb*. 89; OVID., *Met*. XI 194 ss.;): Laomedonte, fiel a la proverbial tacañería que mostrará más adelante para con Hércules (cf. II 552 s.), se había negado a pagar a Apolo y a Neptuno el salario convenido por su trabajo, y el monstruo fue el instrumento de la venganza divina.

[94] Cf. I 34 ss., 374 s.

[95] Viento del sudoeste.

[96] Los llamados hipocampos, mitad caballos, mitad peces. Puesto que la constelación de Orión suele indicar mal tiempo (cf. I 647 n.), Valerio se lo figura aquí provocando una violenta tempestad marina mientras guía el carro de su padre Neptuno.

[97] Río de Tracia identificado con el actual Maritza, que nace en Bulgaria y desemboca en el Egeo.

[98] El pueblo rifeo y los montes del mismo nombre se localizaban en algún lugar indeterminado del lejano Norte.

[99] El cabo Lilibeo, en Sicilia, tomó el nombre de Érice, hijo de Venus y Butes (cf. I 394 n.).

[100] En el texto transmitido hay aquí una laguna, pero el sentido es claro: por fin, cubren la superficie del mar las espiras desenroscadas de la bestia abatida, que acaba hundiéndose.

[101] La diosa Cibeles (cf. I 319 n.), su cortejo y los dioses fluviales de la región celebran la victoria de Hércules.

[102] Laomedonte tuvo, según Homero (*Il*. XX 237 ss.), cinco hijos, pero Valerio se refiere probablemente a

Príamo (cf. II 571).

103 Laomedonte es hijo de Ilo (cf. II 473), y este de Tros y este de Erictonio y este de Dárdano, hijo de la Pléyade Electra y de Júpiter (cf. APOLLOD., III 12, 1).

104 El primer saco de Troya lo habrá de llevar a cabo el propio Hércules, en castigo por la negativa de Laomedonte a entregarle el premio por el rescate de Hesíona (cf. HOM., *Il*. 638 ss.; DIOD., IV 32, 1 ss.; OVID., *Met*. XI 213 ss.). El segundo y definitivo se deberá a las huestes reunidas por Agamenón para vengar el rapto de Helena; después de diez años de guerra, los griegos tendrán que pedirle a Filoctetes las prodigiosas flechas que ha heredado de Hércules (cf. I 393 n.). No se tiene, empero, noticia de que ningún oráculo hubiera advertido a Laomedonte de lo funestas que serían las saetas del Tirintio para su reino, como parece sugerir aquí nuestro poeta.

105 Hijo de Laomedonte y último rey de Troya, a quien dio muerte Neoptólemo, el hijo de Aquiles, durante la toma de la ciudad (cf. VIRG., *En*. II 533ss.).

106 El gentilicio de los dorios, una de las tres grandes ramas de la estirpe helena, se aplica frecuentemente a los griegos en general. La «noche griega» no es, pues, otra que aquella en la que, saliendo del caballo de madera, los hombres de Agamenón se apoderarán de Troya (cf. HOM., *Od*. VIII 492 ss.; VIRG., *En*. II 1 ss.). La «lustros» podrían referirse, en sentido literal, a los diez años que duró el asedio de Troya, aunque probablemente el poeta designa así el indeterminado intervalo de tiempo que separa la escala de los Minias en la Tróade de la ruina de la ciudad.

107 Roma y el pueblo romano serán fundados por los descendientes de los troyanos que, bajo el mando de Eneas, escaparán de Ilión la misma noche del saqueo (cf. VIRG., *En*. II 289 ss.).

108 El verso ha suscitado diversas interpretaciones, pero estas «alas» deben de ser una parte de la vela que no podemos identificar con exactitud (cf. VIRG., *En*. III 520).

109 El túmulo de Ilo es mencionado por Homero (*Il*. XI 166, 371 s.), y el de Dárdano por Licofrón (*Alejandra*, 72).

110 Los fuegos de los sacrificios realizados para celebrar la muerte del monstruo marino.

111 Cf. I 319 n.

112 El Helesponto (cf. I 285 n.).

113 Puesto que ha sido transformada en diosa marina, Hele es ya como una hermana para las nereidas (cf. I 31, 134).

114 El infierno, llamado así por el homónimo lago de Campania donde, según creencia de los antiguos, se abría una de las entradas al inframundo (cf. VIRG., *En*. VI 126).

115 Otra nereida. Acerca de Glauco, cf. I 190 n.

116 La cruel madrastra de Frixo y de Hele había sido transformada en diosa marina, después de haberse arrojado al golfo Sarónico desde los acantilados del istmo de Corinto. Cf. I 280 n.

117 Hele es nieta de Creteo, hijo de Éolo y padre de Atamante y de Esón (cf. I 42 n.).

118 La costa de Sicilia se separó de Italia y la de Libia de Gibraltar (cf. I 587 ss.). El dios Jano está aquí por Italia, donde reinaba en aquella época remota (cf. VIRG., *En*. VII 180; OVID., *Fastos* I 247), mientras que el gigante Atlas, hijo del Titán Jápeto, está en lugar del África septentrional, donde ha dado su nombre a la cordillera homónima (cf. HERÓD., IV 184).

119 Bien por los peligrosos bajíos de pitia, bien por los obscenos cultos rendidos a Príapo en Lámpsaco (cf. II 625 n.).

120 Lugares todos de la costa asiática del Helesponto (cf. APOL. ROD., I 93 I ss.).

121 Baco es «ogigio», o tebano, por haber nacido en la ciudad beocia de Tebas, hijo de la princesa Sémele, hija de Cadmo, y de Júpiter.

122 El dios fálico Príapo, patrón de la ciudad de Lámpsaco, cuyos cultos orgiásticos diferencia Valerio de

los de Baco y de los de la diosa frigia Cibeles.

123 La península de Cízico. Se halla unida mediante un istmo a las tierras de Frigia, en la costa asiática de la Propóntide (mar de Mármara), y en su extremo se alza el monte Díndimo, escindido en dos cumbres (cf. escolio a APOL. ROD., I 985). Valerio no aplica directamente al país el nombre del rey Cízico, pero sí lo hace el Rodio (I 1076).

124 Región de Macedonia y, por metonimia, Tesalia (cf. LUC, I 1).

125 Pueblo salvaje del rey Ámico, que luchaba cuerpo a cuerpo con los extranjeros que llegaban allá hasta matarlos (cf. IV 99 ss.).

126 Referencia al sacrificio de los forasteros a Diana en Táuride (cf. II 301 ss.).

127 Enemigos habituales de Cízico, llamados «macrieos» por Apolonio (I 1023 s.).

128 Palabras preñadas de ironía trágica, puesto que Cízico verá, en efecto, las armas de los Minias cuando les haga frente confundiéndolos con los pelasgos, y morirá al final de esa terrible noche (cf. III 14 ss.).

LIBRO III

SINOPSIS

Despedida de Cízico (1-13). Invocación a la musa; narración retrospectiva del sacrilegio de Cízico contra Cibeles (14-31). La Argo torna inadvertidamente a las costas de Cízico; los argonautas son confundidos con los enemigos pelasgos y estalla una lid nocturna causada por Cibeles (32-94). Guerra entre argonautas y cizicenos (95-211). Invocación a la musa; muerte de Cízico a manos de Jasón (212-242). Júpiter pone fin a la batalla; se descubre el fatal error (243-272). Plantos y funerales (274-361). Mopso purifica a los argonautas (362-458). Partida; competición de remo (459-480). Escala en Misia. Juno halla la ocasión de perjudicar a su odiado Hércules (481-508). Rapto de Hilas (509-564). Dolorosa demora de Hércules (565-597). Los argonautas abandonan a Hércules en Misia tras agria disputa (598-740).

La tercera Titonia[1] había disipado ya las gélidas sombras, y había desembozado el firmamento. Llama a Tifis la mar calma. La tripulación de la Argo deja las casas, al tiempo que, esparcidos por la ciudad, se pegan los enidas[2] a los aliados queridos que parten. Les dan merced de Ceres y ganado escogido [5] y Baco no sembrado en viñedo bitino o frigio, sino de aquel que de colina famosa manda su Lesbos[3] a través de las corrientes de la angosta Hele. El mismo Cízico lleva junto a [9] Jasón sus pasos a la playa derramando lágrimas por la partida, <y lo colma de soberbios>[4] regalos: en primer lugar, los ropajes [25] [10] que entregaba la esposa percosia[5] y había bordado Clite con recamo de oro; después añadió el yelmo y la lanza invencible que había blandido la mano de su padre. Recibe él del capitán páteras y bridas tesalias, y, dadas las manos, unieron sus penates.

[15] ¡Revélame ahora tú, Clío[6], las causas y los nefandos combates de los varones! A ti te ha sido dada, doncella, la facultad divina de conocer los ánimos y los caminos de las cosas. ¿Por qué sufrió Júpiter tales armas, cómo permitió que se enfrentasen diestras unidas por el vínculo de hospitalidad? ¿De dónde fue que las movieron las trompetas y la nocturna Erinis?

[20] Mientras el bravo Cízico golpea con volador caballo el Díndimo[7], celebrado en bacanales por los miembros sangrantes de los fámulos, y fatiga las selvas, embaucado por el enorme deseo de la presa, traspasó con su jabalina a un león que, acostumbrado a transportar a su señora por las ciudades frigias, [26] tornaba para someterse al freno. Y colgó después en su puerta [24] la melena y las fauces cautivas, trofeo infausto y oprobioso para la diosa. Esta, después que, no olvidada de tan gran ira, ve desde la montaña resonante de bronce la nave hemonia y los escudos de los príncipes fijados a la amura, maquina contra el [30] varón inauditas monstruosidades, inauditas muertes: trabar de noche manos aliadas y guerras impías, y envolver en crueles yerros la ciudad.

Era de noche, y blanqueaba la superficie del mar con blando surco y ya los astros inclinados esparcían dulces sueños. La brisa lleva la nave; atan los remos y rebasan a vela Proconeso[8] [35] y a ti, Ríndaco[9], que amarilleas ya en medio del ponto, y el Escilaceo[10] espumoso por el romper de las olas. Tifis examina él mismo a lo lejos el día y la puesta de sol, él mismo gobierna la nave con el viento y con las estrellas. Mas el sopor, con lucha nunca antes tan tenaz, lo doma por imperio de los dioses. Cae [40] inconsciente la diestra del timón y cierra él los ojos, y la popa abandonada invierte el rumbo por mor de un torbellino y es devuelta al puerto amigo.

En cuanto hubo arribado al fondeadero conocido, dan largamente a través del éter la señal las trompetas, y una voz salió de en medio de las tinieblas: «¡El enemigo ocupa el puerto, han [45] retornado como de costumbre los pelasgos!» Se rompió el reposo; un dios había enloquecido la ciudad perpleja: Pan[11], que ejecutaba las órdenes crudelísimas de la Madre migdonia[12], Pan poderoso en los bosques y en la guerra, a quien guarecen de las horas de luz las grutas; se ve a medianoche por lugares intransitados su flanco hirsuto y la cabellera silbante de su torva [50] frente. Su sola voz supera todas las trompetas, con ella caen las cimeras y las espadas, con ella cae el auriga de las ruedas trepidantes y las barreras nocturnas de las murallas. Tales miedos no el morrión de Marte y las greñas de las Euménides, no la funesta [55] Gorgona desde el éter podría esparcirlos, ni arrebatar un ejército con tantas sombras. Tal es la diversión del dios cuando hace salir de los pesebres al temeroso ganado y los terneros pisotean al escapar los matorrales.

Al instante corre hasta el rey el clamor. Salta de su alto lecho [60] Cízico, dejando sueños terribles y pálidas visiones. He aquí que, además, abiertas las puertas, se le presentó Belona con el flanco desnudo, agitando sus oricalcos con paso sonoro; y, tocando el techo con triple crestón, lo hizo salir de allí. Sigue él, fuera de sí, a la diosa por las murallas, y se dirige por voluntad [65] de los hados a su último combate, como se lanza Reco[13], que ve el Fóloe doblado y los astros más grandes de lo que son por mor de la nube de inmoderado vino, contra el Alcida y contra Teseo, o como torna después de la caza cantando a las florestas y a Trivia[14] y lleva al hombro a Learco su padre, mas aparta los [70] ojos la mísera Tebas[15]. Y ya en este punto no retienen al caudillo ni la puerta ni detrás los centinelas que se han sorteado las guardias, y que vuelan los primeros a adherirse al furioso. Después se unen otros, a medida que se estremecen todas las casas próximas y acogen alborotos infundados.

[75] Mas a los Minias los paralizó un pavor vacilante. Los corazones de los hombres titubean inquietos, y no disciernen qué [76] región o peligros, por qué brillan yelmos y escudos, si, en vela [78] y armado *** hasta que, volando con enorme torbellino, resonó [80] una lanza en las bancadas, e incitó a la nave a empuñar las armas que encontraba a su disposición con ciega mano. Se ajustó el yelmo el primero Jasón, vociferando: «Recibe, padre, esta primera batalla de tu hijo, y vosotros, varones, creed que se van a presentar aquí vuestros anhelados colcos». Así como el carro de Marte se precipita desde los astros en medio de los bistones, cuando los valerosos espíritus y el clamor y las trompetas ensangrentadas [85] han agradado al dios[16], con no mayor tardanza ocupa él, furioso, el campo; lo sigue la fuerza toda de los aqueos. Agrupan sus flancos, y, erizada de tupidas corazas, se alza una tropa que no podrían dispersar ni la fiera doncella[17] con su pecho retumbante por la égida ni la diestra de Júpiter ni Terror y Pavor, los caballos de Marte. Así cierran escudo con escudo, [90] como cuando Júpiter alinea las nubes en

cerúleo batallón: luchan los céfiros y en vano golpea por uno y otro lado el Noto la masa rígida; penden los corazones mortales de largo miedo, preguntándose sobre qué mares, sobre qué campos se precipitará.

De la otra parte lanza la infortunada tropa[18] con magno clamor [95] pedruscos y negras teas y pesos de las hondas volteadas. Soporta el retumbo, inmota, la falange y reprimen sus iras, esperando a que pase la primera carga. Advierte Mopso la rutilante armadura de Córito, y Éurito su sombra enorme. Detuvo él[19] [100] el paso y suspendió su precipitado avance frente al resplandor del hierro como un pastor ante un río que, espumante de improviso por las lluvias, arrastra los arbustos con su corriente. Mas dice Tideo: «He aquí uno a quien esperar con mis fuerzas dispuestas y con quien trabar combate. ¡Morirás en el puesto en que te encuentres!» Se clava en sus ijares la pica del Olenio[20]; dio el otro[21] un alarido y, mordiendo el campo sobre el que cae, expele con espasmos la lanza purpúrea. Y, como se esconde en medio del ponto una hórrida peña sobre la que los pilotos desavisados [110] no encaminaron nunca impunemente las naves veloces, así en formación ciega se abalanza la tropa[22] contra las espadas desenvainadas. Caen Irón y Cotis y Bienor, mejor que su padre Pirno.

Mas entre tanto aumenta la agitación de la ciudad por el confuso alboroto. A Géniso le había apartado las armas su mujer, [115] pero súbitamente lució de nuevo con viva brasa su hogar por acción del viento: te alegras, desgraciado, de haber encontrado los venablos. Deja también de noche las abundantes mesas y los ritos incompletos Medón; le envuelve la mano con frágil púrpura la clámide enrollada, y alumbra el camino con la [120] espada desenvainada. Así corre a las armas; ni los vinos ni las viandas fueron retirados, y se alza en su lugar el lecho y los lacayos aguardaron como presagio[23]. Después, cada uno por su lado, trabaron combate en modos y circunstancias diversas, y yacieron muertos lejos el uno del otro.

[125] He aquí que, agitando una antorcha de pesados nudos y espeso betún, baja corriendo Flegias de la ciudad aturdida. Pensando que, como de costumbre, habían vuelto de noche las tropas ligeras y el batallón de los pelasgos, y buscando a Támiro, a quien había rechazado a menudo, lo llamaba con grito vano [130] él, alto y resplandeciente de lejos por la nube de humo. Parecía tan grande como Tifón[24], cuando, enrojecido a la vez por el fuego y por los vientos, miró a lo lejos desde el inmenso éter, y desde lo alto lo tiene Júpiter asido por la pelambre; tiemblan bajo la terrible luz las popas. Se lanza entonces el Tirintio y corre todo él con el arco [con el pecho], orientando saetas infalibles por la llama que tiene enfrente. Incendiada al atravesar [135] los vapores de pez, huye la flecha lanzada por medio del pecho; cae él con su melenudo rostro sobre la tea, y pareció más grande el fuego.

Mata a Ambrosio Peleo, Anceo al enorme Equeclo, y deja [140] que se acerque a su diestra elevada Telecoonte y, abatiendo su hacha, le desgaja la cabeza a la altura de la

cerviz. A la vez le arrebata, victorioso, el rugoso cinturón brillante en la sombra apenas esclarecida. «¡Dejad, os lo ruego, estos despojos y ricos cadáveres!», dice Néstor. «¡Más bien con el hierro me complete [145] el trabajo la diestra, sí, con el hierro!». Y decapita a Amastro, a quien ha agarrado con la mano, y a la vez exhorta a sus camaradas a asaltar las tropas dispersas. Rota la tortuga[25], avanzan desperdigados por donde los llevan las tinieblas y los campos. Encuentra a Oco el pesado Fliante y Pólux se abalanza sobre el tembloroso Hebro. El propio capitán, señor del campo y de [150] Marte, corre sobre los rostros y las espaldas que nadan en sangre como ciego temporal en la mar profunda; deja medio muertos a Zelis y a Brontes y a Ábaris. A Glauco sigue y a Glauco que cae alcanza, y le infiere una herida abriéndole el pescuezo. [155] El otro retiene con su mano el proyectil revolviendo en balde sus últimas palabras, y ve como decrece la lanza que tiene clavada. Por aquí a Halis, por aquí, corriendo, siega con rígida espada a Protis y a Dorceo insigne por su cítara y fluido canto, que osó amenizar festivas mesas con su dulce plectro tras el [160] magno vástago de Bistonia[26]. Y no emplea más el carcaj ni el cruel arco el Tirintio, sino que destroza batallones con su maza compañera. Y, como cuando bajo la gran segur de los muchachos se tambalea una espesa selva y, aplicadas las cuñas, [165] gime la pesada encina y se desploman ya los abetos y los pinos, así bajo el duro golpe suenan los huesos de los hombres y sus mandíbulas, y salpicado de cerebro blanquea el campo. El ligero [Hidmón][27] se había agachado ante sus pies. Agarra el rostro y la barba del hombre y blande sobre él la maza como si fuera un [170] trueno y dice: «Morirás ahora bajo las armas de Hércules, don inmenso y admirable por siempre para tus manes». Se estremeció el otro al caer y reconoció, el primero, un nombre amigo, y llevó la nueva del terrible crimen a las sombras ignorantes. Tampoco te valió de nada a ti, Órnito, haber favorecido con hospitalidad a los héroes tesálicos y con benigna mente su demora, [175] y haber consagrado aquel día a los manjares. De lejos llega Idmón y te hiere cuando le sales al encuentro, llevando (¡ay, tus presentes!) el yelmo y los rojizos penachos. ¡Cómo y en qué estado te verá atónito, Creneo, tu padre! Un frío sueño [180] cubre ya los ojos radiantes, ya el candor y los años se desvanecen y, desanudada la vida, huye toda belleza. ¡Abandona ahora, duro, el bosque y los amores de las ninfas! Mas a Sages, que sembraba la agitación por otro lado, osó sorprenderlo con el nervio por vez primera Hilas (máxima esperanza para la guerra [185] el bello Hilas, si lo permiten los hados, si es próspera Juno)[28], y derribó al hombre con veloz saeta a través del pecho.

Guiados por falaces tinieblas, marcharon (¡horror!) los Tindáridas el uno contra al otro. Cástor se lanzaba a golpear primero sin saber lo que hacía, mas los separó la nueva luz y el súbito fulgor de la frente[29]. Entonces Cástor atraviesa a Itis por donde lo ciñe el cerúleo tahalí y unen sus fauces dos dragones gemelos; [190] su hermano a Hages y a Tapso y a Nealces el portador del machete, y a Cidro que perdía el color por herida de

Canto. Había lanzado él[30] con todas sus fuerzas su jabalina contra el cazador Érimo, mas a esta, que le portaba la muerte, la traicionó [195] con breve aparición la Luna, y, apiadada de su compañero, refulgió en un firmamento como la pez[31]. Recula el penacho y el golpe es arrebatado en el aire, y resonó la punta de la pica contra el morrión sacudido. Telamón hiere a Niseo y a Ofeltes, que fanfarroneaba en vano, a través de la trama del escudo, que cede, y de la triple coraza, por donde los entresijos del estómago, [200] y dice contento: «Os ruego, dioses, que la suerte me haya asignado en este a un rey o a alguno de igualmente encumbrada alcurnia, y que su caída haya sido para su ciudad grande y lamentable». Añade a Ares y a su hermano Melanto y a Foceo el Olénida, quien, expulsado de las riberas de los léleges, obtuvo [205] la amistad del rey y los honores del más próximo servidor (¿qué arte no hizo falta a su paciencia[32]?). La noche profunda redobla los tremendos sonidos de los que caen y aumenta los desastres. Como más Inárime[33], como más resuella el mugidor Vesubio, cuando fiero despierta a las ciudades atónitas[34], así se endurece [210] el combate; y no dejan los ígneos astros su puesto, se retarda la noche cómplice con lento carro.

Ea, musa, continúa narrando conmigo todos los eventos de la tartárea noche. Faetón[35] alentó desde lo alto sobre la trépida [215] Tisífone[36], y ya, cercana la luz, oprime una sombra más pesada los parajes. No ven las enseñas de los hombres, no las muertes, y los rostros se calientan más con la rabia. Revelad vosotras, diosas, los batallones de las Euménides y de la noche, y que se manifieste al vate el fragor de las armas y los campos templados por los estertores de los caídos y los manes que los Minias despidieron a lo largo de la costa[37].

[220] Cízico llena entonces de vanas carreras el campo de batalla, retardando su destino. Triunfante, cree que ya rechazados se han retirado ante él los batallones de los pelasgos, que ya por doquier se han dispersado a lo largo de la campiña desierta. Tal audacia, ese regocijo finge la ira de los dioses. Como cuando [225] Ceo[38], arrastrando en lo más profundo los grilletes de Júpiter y las cadenas de quebrado acero, llama a Saturno y a Ticio y concibe, loco, esperanzas de alcanzar el éter, mas, cuando ha atravesado de nuevo los ríos[39] y la noche, lo rechazan el perro de las Euménides[40] y la cresta de la desplegada hidra[41]. Se ensaña [230] refunfuñando amargamente e increpa al ejército tardo en salir de las murallas: «¿Nunca el dolor o la hombría entrarán en las tropas que nada han osado sin su rey? Mas, si os llamaran el bárbaro boj[42] y el Díndimo ululante cuando se celebran los ritos, entonces os placerían la espada y el furor, con tal que el sacerdote os alargase las armas, y a sus órdenes manaría la sangre de vuestro codo[43]».

Mientras con tales palabras los insulta, decae ya enseguida [235] por obra del numen de la diosa[44]; languidecen quebradas por el frío sus carreras, su corazón teme, oye el rugido y las iras de los leones y los cuernos[45], y ve que se mueven entre nubes las

torres[46]. Entonces, pesada y marchando hacia él con silbido certero a través de la sombra, llega la lanza del capitán esonio, y abre [240] ancho camino bajo la hondura de su pecho. ¡Cómo querría ahora que le fueran desconocidas las florestas, y no haber dedicado sus años a la caza! Tales disparos lanzan con diversas trayectorias los magnánimos varones, y exploran el sonido de los pies y [245] todo lo sospechoso por su movimiento; paran a sus camaradas y les piden la contraseña. Si tan gran matanza hubiera durado hasta el tardo amanecer, el día habría visto extinguido el pueblo y a las madres solas por las murallas, y la nación abatida en la costa.

Entonces el padre Omnipotente, pensando que, muerto el rey, era ya tiempo de torcer los hados e interrumpir los lastimosos [250] combates, aceleró el socorro último y tronó con gesto sereno, que aterroriza a las hijas de la Noche[47] y al túrbido Armipotente[48]. Entonces se cierra la puerta infernal de la cruel [255] guerra[49]. Al punto dan la espalda por miedo los vencidos y huyen desordenadamente por la campiña, que es su única salvación. Y no pensaron los Minias en perseguir las espaldas vueltas de los que corrían, permaneció inmóvil su hombría angustiada. He aquí que el día naciente esparce ligera luz sobre el comienzo del puerto y (¡horror!) blanquean las torres conocidas. [260] «¡Dioses del mar!», clama Tifis desde el atónito batallón, «¡cómo habéis condenado mi pecho a sueño fatal! ¡Ay, de cuántas monstruosidades han llenado mis camaradas la costa!». Ellos, en cambio, no elevan aún ni los gemidos ni los rostros conscientes de lo hecho. Hórrida rigidez tiene sus miembros exangües, como teme ante los cabellos y la triste cabeza de Penteo [265] la tíade[50], cuando ya el dios se ha retirado de la tropa de la madre poseída, y se desvanecen los cuernos del toro desmembrado[51]. Y no menos el grupo de ancianos llegados a la costa, en cuanto vieron las tropas aliadas, dieron la espalda por miedo. [270] Tendiéndoles la diestra, clama Jasón: «¿De quiénes huís? Preferiría de veras que hubiéramos caído yo y los míos en esta [272] masacre. Ha sido un dios, un dios cruel quien nos ha enredado a unos y a otros. ¡Eh, somos los Minias, somos la tropa de vuestros huéspedes!».

[274] Entonces se precipitan con llanto sobre las pilas exangües [275] de cadáveres amontonados; reconoce en la elevada carnicería sus tejidos la madre, sus regalos la esposa. Va un gemido al cielo entero por la sinuosa mar. Unos oprimen el débil resuello y las heridas aún palpitantes; otros les cierran los ojos con tardía diestra. Mas, cuando fue encontrado el rey exangüe en medio [280] de los montones, como si callara lo demás absteniéndose del fúnebre duelo, así el dolor de los siervos y de las madres, así la multitud toda se volvió hacia uno solo. Alrededor, con lágrimas y dolidos en sus corazones, permanecen en pie los Minias, y lloran el crimen nefando y el golpe de la pica esonia, y consuelan [285] la acerba suerte de su capitán. Él, cuando hubo reconocido los cabellos apelmazados por la sangre coagulada y las mejillas descoloridas y el arma quebrada en el pecho querido, y no el semblante que mostraba su huésped el día anterior,

solloza, y abrazando los miembros amigos dice: «A ti, desgraciado, te [290] posee la noche, mas sin embargo ignoras tan gran furor y no apelas a nuestra alianza con queja alguna; para mí, en cambio, llega luctuoso el lucero[52]. ¡Ay a qué conversación asisto, a qué hospedaje me ha reportado la fortuna! ¿Poder matarte con mi mano (esto sólo faltaba a mis hados) esperé, y con tal ánimo [295] dejé yo, amigo, estas moradas? Si nos estaba reservada una guerra y plugo esto a los dioses de lo alto, ¿no serían estos con mayor justicia mis funerales, y no valdría más que me llorase ahora a mí tu yerro, y que no acusara yo ahora a los antros del dios de Claros y a las encinas del Tonante[53]? ¿Tales batallas, tales triunfos [300] me daban en suerte? ¿Tan gran crimen calló la mente enterada de los vates, mientras que revelaba el cruel final de la vejez de mi padre y tantas amarguras[54]? ¡Ay, reinos que he visto bajo [305] dioses siniestros! ¡Qué retorno! ¿Qué tierra hospitalaria me acogerá, qué tierra no me vetará las arenas de su playa? No quisieron los dioses que, tras haber saqueado los campos del remoto Fasis y las riquezas escíticas, arribase yo de nuevo a estas costas, ni que marchara entonces como vengador contra tus enemigos. Permite, con todo, la ley divina que acerque [310] nuestras mejillas, permite que junte mi pecho al tuyo y que me [273] funda en un abrazo con tus miembros exangües. ¿Por qué retardamos, [311] además, las llamas y los míseros honores? Ea, haced rodar sobre la costa las fúnebres selvas y rodead ritualmente las piras aliadas; dad a los muertos las honras debidas, las que habría rendido Cízico a nuestro fuego».

[315] De la otra parte Clite, sueltas las lastimadas melenas sobre el rostro de su marido, llama al duelo a los míseros grupos de las madres, y dice así: «Esposo a mí arrebatado en los primeros años, todo te lo llevas contigo. Y no tengo aún de ti un hijo ni gozo alguno, gracias a los que, afligida, podría soportar ahora, querido, tu desventura, engañando el luto con débil consuelo. [320] Las armas de Migdón[55] me arrebataron hace tiempo a mi padre y los funestos combates mi morada natal, y falleció mi madre tras recibir una arcana saeta de la poderosa Trivia[56]: tú, que eras para mí a la vez esposo y hermano y padre, y esperanza [325] única desde mi primera juventud, me abandonas, ay, y al mismo tiempo ha golpeado un dios a la ciudad entera. Mas yo ni tan siquiera te vi, Cízico, tenderme las manos en la agonía, o recogí algún consejo tuyo; antes bien, tras haber lamentado hace poco en el tálamo tu tardanza, ay, en tal estado y a salvo de miedo tan grande te he recibido». A duras penas la alza, condolido, [330] Pólux con su gemelo Cástor, mientras se pega ella a su marido y arrastra el cuello que tiene abrazado.

Entre tanto, desnudados los montes, apresuran a porfía piras innumerables y las adornan y, afligidos, colocan los cuerpos en lo alto. Marcha el caballo de casco resonante con la cerviz abatida, y no se retrasan la partida cazadora de los perros ni las reses; [335] las ofrendas funerales dependieron de la servidumbre de cada cual, del cuidado de los suyos, de su fortuna. El rey sobresale de lejos en el túmulo central; el Esónida, golpeado

su semblante por los continuos sollozos, lo alza y lo coloca sobre la alta púrpura. Le dona las ropas bordadas en oro y ardientes de [340] grana que arrebató a todo correr a su telar Hipsípila cuando los llamaban los austros. Le pone al rey el yelmo y el cinturón que amaba. Él, vuelto el rostro hacia su ciudad, tiene en la mano el cetro que llevaron sus mayores; pues, como no hay descendencia [345] ni queda otro de su sangre, él mismo devuelve a su padre la honra e insignia del reino. Después, retemblaron tres veces las piras, sacudidas por los Minias que, armados, trazaban círculos en derredor; tres veces trepidó el éter con el luctuoso clangor de la trompeta. Lanzaron entonces con el último clamor las teas, la [350] labor de los príncipes se esfuma entera en el aire y relucen las llanuras del mar con las altas llamas. En verdad, este destino les estaba reservado al joven y a su pueblo en el mismo momento en que cayó en los montes del Pelión el árbol[57]: esto habían anunciado las amenazas de las aves y los rayos agoreros caídos [355] en el ancho mar. Mas ¿quién no recusaría los primeros portentos de los dioses y no auguraría para sí largos años? Y ya se han tributado las honras a las cenizas, ya con pasos dolientes se han dispersado las mujeres con su prole, y al fin descansa el [360] mar que resonaba con incesante llanto, como, tornadas ya a la patria Osa las aves a mitad de la primavera, guardan silencio Menfis[58] y la mansión anual del soleado Nilo.

Mas después ni el día ni la noche, que es más amarga para las penas, libran a los Minias de la imagen de tantos muertos. [365] Ya por segunda vez llaman los céfiros a las velas. No hay confianza ninguna para los apesadumbrados varones; es devorada sin cesar su mente por pesarosa fiebre, y creen que no han ofrecido aún a los muertos todas las lágrimas y todos los honores debidos. Han perdido de vista su patria y el punzante amor de las proezas, y les place enfriarse en ocioso luto. También el [370] mismo Esónida, aunque un capitán debe reprimir la más profunda de las tristezas y disimularla con semblante sereno, se abandona a las dulces lágrimas y manifiesta su dolor. Entonces, llevándose al apolíneo Mopso[59] a una ribera apartada, le dice: «¿Qué mal es este, o qué decisión de los dioses? ¿Decretado por [375] el hado viene el pavor o se inventan nuestros corazones los aplazamientos? ¿Por qué nos angustiamos olvidados de la fama y de nuestros lares, o qué fin parirá esta dejadez?».

«Te responderé», dice Mopso, «y expondré hasta el fondo las causas y el mal». Y, mirando a los astros: «Si sufrimos mortales miembros y una suerte efímera y el intervalo de un hado [380] breve, tras haber sido antes fuego ligado al alto Olimpo, no por ello permite la ley divina multiplicar los asesinatos ni sacar de este mundo con el hierro las almas que aquí demoran y las semillas que han de retornar al cielo[60]. Ciertamente, no nos disolvemos ni en los vientos ni en los últimos huesos; la ira permanece y dura el dolor. Después, cuando han llegado al trono del [385] Júpiter tremendo[61] y con queja le han contado su nefando asesinato, se abre para ellos la puerta de la muerte, y les es lícito retornar de nuevo. Se les da por compañera una de las Hermanas[62], y a la par tierra y

mar recorren. Cada cual a sus culpables y a los pechos enemigos con penas enlaza, y golpean con varios [390] terrores a quien lo merece. Mas a quienes se les mancharon las manos con sangre involuntaria, si ha arrastrado a los pobres un azar cruel, pero próximo a la culpa, a estos los agita su propia mente de varios modos, y devoran sus hechos a los hombres; indolentes y sin osar ya nada, se consumen en lágrimas y bajos [395] miedos y doliente dejadez: aquí los estás viendo. Pero nuestro cuidado buscará el camino. Conocida ya hace tiempo por el vate memoroso, lejos, inclinada hacia los silencios de la noche estigia, se halla la morada de los cimerios[63] y la tierra desconocida para los dioses de lo alto, tenebrosa en su sombrío emplazamiento, [400] adonde no manda nunca el Sol su flámeo atalaje ni Júpiter las astrales estaciones. Se alza tácito el ramaje, y una inmota selva averna se eriza sobre frondoso altozano. Debajo, una caverna y el camino de las sombras, y el fragor precipitado [405] del Océano y los vastos campos donde reina negro miedo y, tras largos silencios, súbitas voces. Aquí, armado de espada y sentado con negro ropaje, Celeneo[64] purifica a los inocentes de su error, y, remitiendo la culpa, recita un encanto que aplaca a los [410] manes turbados. «Él me reveló qué lustraciones se deben ofrecer a los muertos, él de buen grado me descubrió el Érebo y las tierras. Así que, cuando el sol naciente haya encendido las purpúreas olas, trae tú a nuestros camaradas a los ritos y dos reses para los grandes dioses; a mí no me permite la ley divina unirme [415] ya a vuestro grupo, en tanto que paso la noche haciendo votos expiatorios. Mira que mueve la Latonia[65] su gélido carro: invierte tus pasos, y, ea, que calle la costa para el propósito convenido».

Y ya el sopor pesaba sobre la tierra a media noche y revoloteaban en derredor los sueños por un mundo callado, cuando el Ampícida en vela, tras haber observado el tiempo oportuno para [420] el arcano rito, gana las ondas del Esepo[66] en las selvas que tiene enfrente, y desciende a la par hasta las olas marinas. Aquí con salada agua purpúrea y con viva linfa renueva sus miembros hasta hacerlos brillar[67], y se prepara para las horríficas ceremonias. [425] Ciñe entonces, purificado, sus sienes con las ínfulas y la suplicante oliva[68], y marca la ribera con el hierro desenvainado; en derredor dispone aras bajas y nombres desconocidos de dioses[69], y los ensombrece encima con opaca selva[70]. Y, cuando hubo añadido al lugar miedo y numen y sagrada quietud, llama al nítido lucero para que salga del ardiente mar[71].

Y la tripulación de la Argo, vistosa en sus armas variopintas, [430] marchaba llevando ovejas escogidas con la testuz dorada. El delio[72] sacerdote, con blanca vestidura que reluce de lejos, les sale entonces al encuentro, y los llama con un ramo y ya está él mismo en pie sobre el túmulo recién alzado, y hace pasar las filas ante el laurel pacificador. Los lleva al río y les indica en [435] primer lugar que se suelten las ataduras de los pies, y les ordena que ciñan sus cabellos con verdeante fronda; después, que alcen

las manos hacia el orbe de Febo naciente y que se prosternen a la vez sobre toda la extensión del campo. Entonces son sacrificadas las ovejas negras como la pez, y porta entre los Minias [440] parte de las tajadas <Mopso>, parte, frente a ellos, Idmón. Por tres veces dieron tácitos pasos, por tres veces toca Mopso las tristes armas y a la vez las ropas de los hombres, y tira al mar, a sus espaldas, las ofrendas lustrales; el resto lo devoran las rápidas llamas. Además, coloca ritualmente troncos de encina limpios [445] de follaje, efigies de los héroes, y los reviste de armas simuladas. Aquí ruega que pasen las amenazas estigias y la ira de la severa sangre, que sobre estos caigan las cuitas que no dejan dormir, e invoca así con canto lustral: «Marchaos, muertos, y abolid la memoria en vuestros ánimos. Haya descanso para vosotros, [450] haya amor ya de la estigia sede; permaneced lejos de nuestra tropa y del mar y ausentaos de todas nuestras batallas. No quiero yo que os acerquéis jamás a las ciudades griegas ni que ululéis en los cruces y se abata por ello sobre el ganado y los sembrados ninguna pestilencia ni estación luctuosa, ni que [455] nuestros pueblos o descendientes expíen estos hechos». Había dicho, y puso sobre las aras frondosas y ofreció los últimos manjares, que al punto mansas serpientes, sirvientas de las sombras, atraparon con sus lenguas rutilantes.

[460] Enseguida ordena el Ampícida que se dirijan a la popa y que tomen asiento en las bancadas, y que no vuelvan la vista hacia tierra: que cayese en el olvido cuanto habían obrado con su mano, cuanto debían a los hados. Alegres, colocan unos las armas, otros cubren los altos *** tablados con cojines, y se alza el sonido de los remos temblorosos y la harmonía de las alborozadas [465] voces. Como, cuando golpeó Júpiter una nube que se cernía sobre los montes Ceraunios[73] y la apartó de las cumbres, refulgieron de repente los bosques y las peñas y tornó la nitidez al éter, así regresaron los ánimos a los hombres, y ya el mismo [470] piloto se balancea en el puente e intenta resistir a los remos. Comienzan una competición Éurito, liberado de su manto, e Idas, no amedrentado por las palabras de Tálao; enseguida alborotan los demás y levantan las planicies marinas con su pecho. Igual es su afán en el jadeo y en el empuje, y rítmicamente cae sobre la popa el mar revuelto por el remo. Alborozado también el mismo Alcida, «¿quién osa competir con estos cachones?», [475] dice, y, alzándose bien alto para remover las olas, se golpeó el pecho sorprendido con el remo súbitamente roto, y, cayendo de espaldas, se llevó por delante a Tálao y al fuerte Eribotes y a Anfión, que, alejado, se creía al seguro de tanta mole, y acabó posando la cabeza, Ífito, en tu banco. [480]

Ya había ganado Febo, más brillante, las alturas de la ciudadela del cielo, y, a mitad de camino, había reducido las largas sombras. Retardado por la pausa de Hércules, arriba Tifis a las costas próximas y a los montes de espeso arbolado que ofrecía Misia[74]. Se encamina el Tirintio hacia los altos fresnos; pegado [485] a su flanco, demora Hilas sus pasos desiguales.

Cuando ve Juno desde la más alta cumbre del firmamento que él ha dejado la popa, pensando que ha llegado el momento de hacerle daño, se ocupa en primer lugar la diosa de engañar a Palas, que comparte sus cuidados y rige la ruta, a fin de que no [490] sea un obstáculo para su plan, y de apartarla con ardides de su querido hermano; entonces le habla así: «Desterrado por la inicua violencia de los nobles y por la tropa de su hermano (recuerdas bajo qué acusación), movió ya Perses[75] las fuerzas bárbaras y las enseñas hircanas[76]. Eetes, por su parte, se concilia a [495] los reyes escíticos pactando el tálamo de su hija, y Estiro[77], el yerno, conduce el primero por la Puerta Albana[78] los batallones reclutados, guerra inmensa, y el mismo Gradivo[79] da rienda [500] suelta a sus caballos. ¿No ves qué gran nube se alza desde la caballeriza de la Osa, y cómo se cierne sobre el llano ensombrecido? Recorre tú, la primera, el camino. Cuando Perses haya atravesado el linde del Fasis profundo y aproximado el ejército a la ciudad, comunícale nuestros planes y, por un poco, entreteje retrasos y alianzas con tu juicio y destreza. Prométele que [505] llegarán príncipes hijos de los dioses a los que unirá de buena gana sus armas, a los que unirá sus batallones». La doncella, aunque percibe las insidias y astucias de la madrastra, y que intenta fingir un blando semblante, obedece, y se dirige velozmente a las riberas que le ha indicado.

[510] Sollozó Juno, y al fin rompe el silencio: «¡He aquí mi fatiga, he aquí la cabeza que mi odio es incapaz de abatir! Cansada de tanta amenaza, ¿qué Nemea o qué combate de Lerna probaré[80]? Hasta lo he visto correr espontáneamente al encuentro del monstruo frigio, y liberar Pérgamo limpiando el mar[81]. Aquí [515] estoy yo ahora, hermana de reyes, mas ¿recibo algo del honor debido a mi estirpe? Ya entonces fueron oprobiosas las primicias de las penalidades que le impuse y las sierpes al punto superadas por el tierno niño[82]. Habría debido no buscar ya desventura alguna para el muchacho, vencida, y no descender, [520] quizás, a tales contiendas. Pero insiste en tus ánimos y sigue adelante en todo acto, honra mía; luego moveré también a las Furias y a Dite». Esto dice, y a la vez vuelve la mirada hacia las cumbres cubiertas de pinos del monte situado a su izquierda y hacia las ninfas que cazan en bella partida, gala de las aguas y de los bosques. Todas llevan un arco ligero y verdes brazaletes y una jabalina de mirto con la correa tensada, el vestido por [525] encima de las rodillas; la melena suelta fluye en delicada onda y cae hasta la faja que cubre sus pechos. La tierra misma, golpeada por el pie de las apresuradas hermanas, resuena, y hace crecer la hierba bajo sus tiernas plantas. De entre ellas Dríope, asustada por el estrépito hercúleo, cuando ya las fieras huían de [530] los dardos del héroe, se había adelantado para reconocer el bosque consternado, y tornaba a su fuente y traía atónito el semblante por haber visto a Hércules. Bajada del firmamento y apoyada en un umbroso pino, la llama Juno, y cogiéndole la mano, cariñosa, le habla así: «El niño que te he destinado en matrimonio, [535] a ti que has rechazado tantos pretendientes, ninfa, acaba de llegar a bordo del

álamo hemonio, el ilustre Hilas, y vagabundea por tus florestas y fuentes. Viste a Baco cuando por estos parajes conducía con róseas riendas los batallones vencidos y los despojos del reino de Oriente, y moviendo de nuevo los [540] tíasos y los ritos[83]. A este cree que se te entrega, o a Febo que, dejado el plectro, va de caza. ¡Qué esperanza se les hurta a las ninfas aqueas, con cuánto llanto oirá la prole de la Bebeide[84] que se lo han arrebatado, cuán triste la hija del rubio Licormas[85]!» Así dice, y levanta por las frondosas soledades un veloz [545] ciervo, y, señero por su cornamenta, lo ofrece al muchacho. El animal, tardo en la huida y parándose largo rato, provoca el ánimo del joven, y lo incita a competir con par carrera. Se confía Hilas, y, bravo por el ardor que le provoca la presa cercana, [550] lo persigue; al mismo tiempo, lo espolea con palabras de ánimo el Alcida, que lo observa de lejos. Y ya se hurtan a sus ojos uno y otro, cuando el cuadrúpedo se lleva lejos al niño, que lo acosa y amenaza con flechas de su mano rendida, hasta los manantiales de una clara fuente, y huye él, ligero, por encima [555] sin rozar las ondas. De este modo fue burlada la esperanza del niño, y no insiste en seguir adelante. Y, como el sudor había disuelto sus miembros y su pecho sofocado, se inclinó, ávido, hacia las gratas corrientes. Así refulgen con errática luz los estanques cuando los contempla Cintia desde el cielo, o cuando [560] pasa la rueda brillante de Febo a mitad de camino[86]: tal claridad esparció sobre las aguas. Nada lo turbaron la sombra ni la cabellera ni el rumor de la ninfa que se alzaba en busca de besos. Ella le echa las manos ávidas y lo arrastra mientras, ay, pide él socorro demasiado tarde y repite el nombre de su magno amigo, pues fueron ayudadas por el peso inclinado las fuerzas.

[565] Ya el padre Tirintio había echado abajo en las umbrías alturas un fresno y, tras haberlo desarraigado con gran estruendo del monte, se lo había echado sobre la piel hirsuta del rubio león, encaminándose hacia la curvada costa; pues cree que Hilas ha regresado por otra senda, y que ha aumentado el rancho [570] con la bestia capturada. Pero, preocupado, ni junto a los camaradas y las mesas levantadas en la costa ve a su unánime Hilas, ni aguzando más a lo lejos la mirada. Enseguida el amor, asaltado por la sombra de la desdicha, suscita inquietudes varias. [575] ¿En qué ribera se habrá quedado? ¿Qué azar o qué ocupación habrán provocado impunemente tal demora? Desciende entre tanto la espesa noche ya con mayor miedo; entonces fueron la palidez y, con un sudor como la pez, el loco escalofrío. Como el semblante de Júpiter invernal[87] congela los pechos a los marineros o a los campesinos, cuando se condensa una sombra amenazante, así afecta al Alcida la pérdida de su compañero, y [580] hace que se acuerde de su cruel madrastra. Al punto, como un toro aguijoneado en el pecho por el tábano volador salta fuera de los establos calabreses por parajes intrincados, y se lleva por delante cuanto a su paso encuentra, con tal rapidez se abalanza, abrasado, hacia los cerros escabrosos. Teme en toda su amplitud la selva cómplice[88], temen los montes: ¿Qué armará el Alcida [585] enardecido por acerbo luto? ¿Qué preparará con tanta ira?

Él, como un león al que ha herido la ímproba lanza del moro fugitivo, marcha ensangrentado con rugido formidable, y machaca al enemigo ausente bajo sus dientes vacíos, así marcha el [590] Tirintio llevando el semblante encendido por la furia, y desciende corriendo de las montañas con el arco tensado. ¡Ay, pobres de las fieras, pobres de los hombres sin culpa con los que él en alguna parte por los bosques se encontró! Vuela sin orden alguno en todas las direcciones; corre ora a las riberas y a los [595] ríos despeñados entre rocas, ora a las sombras ya conocidas de los bosques. Otra vez a Hilas y otra vez a Hilas llama por las amplias soledades; responden las selvas, y le hace la competencia un vago eco.

Mas la lealtad de los camaradas permanece inmota y, a pesar de los austros favorables, segura; y no los retarda el pequeño Hilas, por más que a todos por igual sea grata su bisoñez: están [600] pendientes del nombre de Hércules. A él lo reclaman todos con lágrimas y afligidos votos, y, perplejos por el miedo, ora esparcen por la costa voces que suenan a lo lejos, ora alumbran las noches hasta tarde con hogueras. El propio capitán, cuando contempla ya los espesos silencios del alto monte, ya los mares [605] allanados por los vientos que se les ofrecen, permanece quieto, llorando, y aguarda por el gran amor que le tiene al héroe. Impotente, busca sus pasos y el hábil carcaj a su espalda, lo busca a él entre los príncipes y los silencios de la afligida mesa, a él [610] que antes arrastraba las copas de vino aferrándolas con enorme mano, y les contaba los monstruos de la dura madrastra.

Y no menos levanta, entre tanto, la cruel Juno asiduamente al Yápige[89], y se lo ofrece con los primeros soles. Y ya, sin sufrir más la demora, los increpa Tifis por aplazar la empresa, y los incita a romper el ocio ahora que se les presenta una navegación [615] favorable. Entonces, mudado su parecer, cede Jasón a la insistencia del piloto, y habla así ante todos sus camaradas: «Ojalá que, cuando tramaba la ruina de las tierras escíticas, la voz del Parnaso[90] me hubiera revelado un oráculo mendaz: que [620] aquel de mis camaradas que, entre tan gran batallón, fuese el mejor en las armas, sería retenido por imperio de Júpiter y por el hado antes de llegar al mar proceloso de los escollos errantes. Ni hemos oído aún nada del héroe ni ha llegado un testimonio más cierto. Pero, ea, consultad lo que revuelven vuestros pechos con dubitante preocupación, y, si al soplo del [625] viento os azuza la ruta, adelante, retomad conmigo los trabajos comenzados; si vale más soportar la demora y buscar de nuevo en los montes cercanos, no habremos perdido el tiempo a la ligera».

Había dicho. Mas la muchachada, confiada ya hace tiempo en su entusiasmo, pide ponerse en camino: uno solo faltará entre [630] tanta tropa, dicen, y no son ellos inferiores por su linaje y por la fuerza de sus diestras. Con tal orgullo alza la mayor parte el corazón, y se hinchan sus entrañas con lengua vana: como a los claros del bosque conduce gozosa la cierva su camada, se regocija el jabalí y responde de cerca el rugido

de la osa a los [635] soberbios lobos, cuando el marcial tigre se ha retirado o el león se ha escondido, silencioso, en su cóncava guarida.

Mas el pío Telamón fluctúa ya por la enorme ira y refunfuña, y, furioso, afea su deslealtad con crueles palabras e invoca a los númenes con gran lamento. Él, rogando, abraza a los hombres, [640] y permanece firme cual suplicante, ante la mirada baja del capitán. Nada dice él en favor de Hércules, gime, sino en favor de cualquiera de sus camaradas; aunque, según la fama, los aguardan regiones salvajes y fieros pueblos a lo largo de la costa bárbara, no se les dará contra ellos otro Alcida, no un pecho [645] tan poderoso. En contra, estimula y conduce a quienes le son favorables el magnánimo hijo de Calidón[91], que aboga por la causa peor contra la mejor y, obstinado siempre en sostener la injusticia, no se deja ganar jamás por equidad alguna o se acuerda de lo recto. «No la dignidad del desaparecido Hércules», dice, «sino la tuya ha prolongado este silencio nuestro y retardado [650] las lamentaciones, hasta que nos dieras el derecho y el tiempo de hablar. Este es el séptimo austro que desciende de los encumbrados montes, y quizás ya habría situado la nave en las riberas escíticas. Nosotros, olvidados de la patria, como si no nos aguardase regocijo alguno al regreso, sino Micenas cruel [655] bajo un rey duro[92], nos paramos a medio camino. Si en algún confín pudiera tolerar esta demora y el tiempo inane, tendría hoy mis reinos y bajo mi cetro la dulce Calidón, contento con mis riquezas y mi paz, y permanecería seguro en las mismas [660] regiones que mi padre y mi madre[93]. ¿Por qué estamos clavados a esta tierra desidiosa? ¿Por qué cansa la llanura del mar nuestros ojos ociosos? ¿Crees tú que en adelante vas a tener al Alcida por camarada hacia los campos del Fasis, que su aljaba será todavía tu compañera? No hay paz tal para sus odios ni, con [665] numen cansado, se ha olvidado Juno de sí misma. Tal vez lo apremian monstruos nuevos de tartáreo linaje, y otra vez el mensaje procedente de la inaquia Argos[94]. No se te concede este hijo del magno Júpiter, mas te quedan de par estirpe Pólux y Cástor, mas te quedan los demás descendientes de dioses, y [670] tengo no poca confianza en mi alcurnia. Aquí estoy yo, te seguiré adonde mandes, segaré incontables batallones con el hierro; a ti están consagradas mis manos, a ti cuanto en mi misma sangre haya, y ya desde ahora reclamo el mayor de los trabajos. Seguramente, estuvo nuestra salvación en las solas armas de [675] Hércules, el desertor. Sin duda, tienen aquí todos por igual rostros mortales, marchaban sin duda con igual ritmo los remos[95]. Él, o agitado ya por insano furor o engreído por la gloria adquirida, desprecia compartir nuestra fama, y rechaza ser tenido por compañero de nuestras gestas. Vosotros, cuya hombría y esperanza [680] están en el primer umbral, seguid adelante, en tanto que vuestro ardor tolera los trabajos y la fuerza de vuestros miembros está intacta; y no sea bastante llevar la ruina a los colcos o haber recorrido el piélago con toda vuestra juventud. Mi esperanza [685] ha sido la más larga que en tal caso pudo darse; me empujó el amor a buscar al héroe en cualesquiera selvas, no ha dejado de oír

mis voces ningún paraje. Incluso ahora, mientras vacila mi parecer entre impulsos diversos, deseo verlo regresar de los montes inclinados. Bastante se ha concedido a las lágrimas y al amigo; imagina que te lo han arrebatado los azares de la edad o el sangriento fragor del combate».

Con tales palabras lo apremia el Enida[96], y al mismo tiempo [690] es azuzada por estas la tropa de los héroes. Antes que ninguno, mandaba romper las amarras de la Argo Calais[97]. Se pasma el Eácida del entusiasmo furioso y un gran dolor oprime el corazón del héroe, que duda si negarse a participar en tan tristes hechos y dirigirse con su pena a las cumbres del alto monte. No [695] cesa, con todo, de dar rienda suelta a sus gemidos y a sus iras inanes. «¡Qué día este, por Júpiter, para las tierras aqueas!», dice, «¡qué alegría para los salvajes colcos! No había entonces este orgullo, no esta soberbia en vuestras palabras cuando en la [700] costa patria, en el momento en que pedían los austros la vela, todo vuestro favor se volvió al Alcida: que él ayudase, que él se hiciera cargo de los cuidados de capitán y de los honores merecidos[98]. ¿Ya le sois pares por los ánimos, ya por la alcurnia? ¿Igualmente ínclita es la diestra de la tropa? ¿Ninguna lealtad hacia él, ningunos lloros por Hércules? ¿Ahora el Portaónida[99], [705] ahora va a ser mi capitán la prole tracia[100]? ¿Ahora se lanza la ruda oveja contra los leones pávidos? A esta lanza, expolio del magnánimo Didimaón[101], que no dará ya verde follaje ni sombra, [710] que, una vez arrancada a las montañas y muerta su madre, se ocupa de un fiel servicio y, hórrida, de las duras batallas, a ésta pongo yo por testigo, y esto te juro, capitán, por todo numen: muchas veces en el miedo, muchas veces ante un peligro crucial invocarás ya tarde el socorro de Hércules y las armas del héroe despreciado, y no nos ayudarán entonces estas palabras hinchadas».

[715] Amenazando con tales terrores a sus camaradas, lagrimea el Eácida, y afea sus cabellos con mucha arena. Los hados los arrastran, y, arrebatado por la contienda de sus hombres, iba el capitán, enjugándose los ojos con su manto. Mas entonces tornó [720] a sus pechos una gran pena, cuando se hubieron sentado los camaradas en sus puestos y faltan los despojos del león, y está vacío el gran banco que conserva su huella. Llora el pío Eácida, está afligido el corazón del hijo de Peante[102], y gime el hermano Pólux con su dulce Cástor. Cada cual llama aún al Alcida cuando [725] la nave huye, cada cual a Hilas; perecen ya los nombres en medio del ponto.

Da entre tanto de lejos en toda la planicie marina la señal el padre Forcis[103] y con retorcido caracol congrega a las inmensas focas, encaminándose a sus grutas. Al mismo tiempo torna del campo el pastor masilo[104], y a la vez el lictio[105] y el calabrés. Al [730] punto, en la costa del último sol, ocultó la profunda noche las moradas iberas, y sostuvo las estrellas el eje del cielo. Los ríos callaron, yace con los vientos la mar. El Anfitrioníada no ve qué florestas nuevas buscar ni adónde encaminarse, ni qué destinos

referir a la madre[106] de su compañero o con qué intención [735] reencontrar a sus camaradas. Lo abrasa el amor, y se niega a abandonar las selvas solitarias. No de otro modo dio la espalda una leona gimiendo por la prole arrebatada: permanece después en los caminos y velan las aldeas encerradas con prolongado miedo; frunce entre tanto el dolor sus ojos, y la melena deslucida [740] mana con lastimoso luto.

[1] La aurora del tercer día. Cf. I 311 n.

[2] Los súbditos de Cízico, llamados así por Eneo, padre del rey (cf. APOL. ROD., I 948). A diferencia del Rodio, Valerio no los llama nunca doliones, aunque emplea en una ocasión este gentilicio tradicional de los habitantes de la península para referirse a su soberano (V 7).

[3] Parece que la isla de Lesbos se considera aquí consagrada a Baco por la producción de su famoso vino. Este, importado a través del Helesponto, era más preciado para los habitantes de Cízico que los caldos de Bitinia y de Frigia, regiones del noroeste de Asia Menor vecinas a su península, y como tal se lo ofrecen a los argonautas.

[4] Conjetura de la edición aldina (cf. Tabla de discrepancias).

[5] Clite, natural de la ciudad de Percote (cf. II 621; APOL. ROD., I 975).

[6] Musa de la historia, invocada por el poeta que se dispone a narrar hazañas de los hombres de antaño (cf. ESTAC., *Teb.* X 630).

[7] El monte de Cízico (cf. II 633) estaba consagrado a Cibeles, la Magna Madre (cf. APOL. ROD., I 1092 ss.); allí había matado el rey para su desgracia a uno de los dos leones que tiran del carro de la diosa. Los cruentos rituales orgiásticos en honor de Cibeles incluían la castración de sus sacerdotes y otras mutilaciones (cf. III 231 ss.), así como el tañido de los címbalos de bronce evocado en el v. 27.

[8] Isla de la Propóntide.

[9] Río de Asia Menor (el actual Mualitsch); trazaba la frontera entre Misia y Bitinta antes de desembocar en la Propóntide (cf. APOL. ROD., I 1164 s.).

[10] Plinio (*Hist. Nat.* V, 142) menciona una ciudad de nombre Escílace localizada en esta ribera, pero quizás Valerio se haya inspirado en un pasaje de Virgilio (*En.* III 553) para ubicar aquí un promontorio.

[11] Dios de los bosques de aspecto entre humano y caprino que, con sus apariciones y con su voz, provocaba el terror «pánico».

[12] La diosa frigia Cibeles, adorada en Roma como «Magna Madre»; Migdonia era la región de Frigia habitada por los migdones.

[13] Cf. I 141 n.

[14] Diana, diosa de los cruces.

[15] Cf. I 280 n.

[16] Cf. II 205 n.

[17] Minerva, diosa guerrera.

[18] Los cizicenos.

[19] El ciziceno Córito.

[20] Tideo procede de Etolia, región del noroeste de Grecia, una de cuyas ciudades principales es Óleno (cf. ESTAC., *Teb.* I 402).

[21] Córito.

[22] La de los cizicenos contra los Minias, que, unidos como escollo inamovible, los rechazan.

[23] El texto latino es en este punto de difícil interpretación y ha dado lugar a varias enmiendas, pero quizás podría entenderse, como hace F. Spaltenstein, que la espera de los lacayos junto al lecho prefigura el retorno de su señor como cadáver.

[24] Cf. II 24 n.

[25] Formación de ataque en la que los soldados avanzaban compactamente cubiertos con sus escudos.

[26] El tracio Orfeo.

[27] Este nombre, dado su parecido con el del adivino mencionado un poco más abajo, en el v. 175, se debe probablemente a una falta del copista.

[28] Por odio a Hércules, Juno quebrará bien pronto la carrera heroica de Hilas (cf. III 487 ss.).

[29] Cf. I 568 ss.

[30] Probablemente Canto, y no Pólux ni Cidro.

[31] La Luna, o Diana, protege a Érimo en calidad de patrona de los cazadores.

[32] La idea de que el arte del cortesano estriba en la paciencia ante el poderoso puede entrañar una vaga referencia política a la Roma imperial.

[33] Isla del golfo de Nápoles, identificada con la actual Isquia (cf. II 30 n.).

[34] Referencia a la erupción del Vesubio en 79 d. C. (cf. IV 507 ss.), o quizás a los movimientos sísmicos que la precedieron.

[35] El Sol y no el hijo que este tuvo con la oceánide Clímene, llamado igualmente Faetón, «el Brillante» (cf. I 527 n.).

[36] Una de las Furias, que toma parte en el combate pero «tiembla» ante la proximidad de la luz, reñida con las potencias infernales.

[37] Los espíritus de los cizicenos muertos a manos de los argonautas.

[38] Uno de los Titanes encadenados por Júpiter en el Tártaro (cf. I 564 n.), que, intentando escapar, reclama la ayuda de su hermano Saturno y de Ticio, quien pena en los infiernos por haber querido violar a Latona, la madre de Apolo y de Diana (cf. HOM., *Od.* XI 576 ss.; VIRG., *En.* VI 595 ss.; APOLOD., I 4, 1).

[39] Los ríos del infierno (el Leteo, la Estigia, el Cocito y el Flegetonte).

[40] Cerbero, el portero del infierno.

[41] Monstruo de naturaleza serpentina que Virgilio (*En.* VI 576) sitúa a la entrada del Tártaro.

[42] Cf. I 319 n.

[43] Cf. III 19 n.

[44] Cibeles.

[45] Los cuernos añadidos a las flautas frigias empleadas en el culto de Cibeles para reforzar su sonido, y, por metonimia, las propias flautas.

[46] Las torres de la corona mural con la que se suele representar a Cibeles.

[47] Las Furias.

[48] Marte.

[49] En pos de Virgilio (*En.* I 294; VII 607), Valerio parece aludir aquí a las puertas del templo de Jano, que los romanos cerraban sólo en tiempos de paz.

[50] Bacante, mujer que participa en los ritos orgiásticos.

[51] Penteo, rey de Tebas, se había opuesto a la introducción del culto orgiástico de Baco en su ciudad, por lo que recibió un terrible castigo: enloquecidas por el dios, las bacantes capitaneadas por su madre Ágave lo descuartizaron confundiéndolo con un toro. Su desventura constituye el argumento de las *Bacantes* de Eurípides.

[52] El planeta Venus, lucero del alba.

[53] Respectivamente, el oráculo de Apolo en Claros, ciudad de Jonia, y el de Júpiter en Dodona. La referencia a estas profecías que Jasón habría recibido antes de hacerse a la mar es, en todo caso, muy inconcreta (cf. I 544 n.; III 617 ss.).

[54] El vaticinio de la muerte de Esón no se encuentra en ninguna fuente conocida, y ni siquiera el propio Esónida parece tenerlo en cuenta en otros dos pasajes (cf. II 2; VII 494).

[55] Probablemente, el homónimo rey frigio mencionado por Homero (*Il.* III 184). El padre de Clite era Mérope de Percote (cf. APOL. ROD., I 976).

[56] La muerte repentina solía achacarse a las flechas de Diana (cf. HOM., *Il.* XVI 425).

[57] El árbol maderero que, con su caída, dio comienzo a la construcción de la nave Argo. Valerio alude aquí al prólogo famoso de la *Medea* de Eurípides (1 ss.), reescrito a su vez por Ennio en su *Medea exiliada* (246-254 Vahlen), en el que la nodriza de la princesa se remontaba hasta el árbol abatido en el Pelión para lamentar la causa primera de las desventuras de su señora.

[58] Antigua capital del Bajo Egipto, en cuyas tierras pasan la temporada invernal las aves migratorias.

[59] Cf. I 383 n.

[60] El poeta refleja aquí la doctrina estoica del origen divino del alma humana (cf. SÉNECA, *Epístolas* LXVI 12). Sin embargo, no se debe buscar aquí la adhesión del poeta a un sistema filosófico coherente, sino más bien la reescritura de una libre plasmación literaria, y especialmente del pasaje de la *Eneida* (VI 724 ss.) en que el difunto Anquises instruye a Eneas acerca de la transmigración de las almas. En la formulación del Mopso Valeriano, la naturaleza divina del alma inmortal se aduce como razón de peso para evitar el crimen, aun cuando las almas habiten cuerpos mortales.

[61] Plutón (cf.I 730).

[62] Las tres Furias, encargadas de vengar los crímenes acosando a los culpables.

[63] Existía un pueblo con este nombre en las riberas del mar de Azov (cf. VI 61), pero aquí debe tratarse más bien de los cimerios míticos mencionados por Homero (*Od.* XI 11 ss.), que habitaban hacia poniente, en las proximidades del Océano, una región desconocida por la luz solar donde, por indicación de Circe, invoca Ulises a los difuntos.

[64] Personaje sacerdotal seguramente inventado por Valerio, aunque otras fuentes aplican este nombre (relacionado con el adjetivo griego *kelainos*, «sombrío», asociado a menudo al mundo infernal) a un hermano de Alcmena (APOLOD., II 4, 5) y a un hijo de Pan (NONO, *Dionisíacas* XIV 74).

[65] La Luna, identificada con Diana, hija de Júpiter y de Latona.

[66] Río que hace frontera entre Misia y la Tróade (cf. APOL. ROD., I 1115).

[67] Mopso se lava con agua del mar, llamado «purpúreo» por Homero (*Il.* XVI 391), y con la linfa del Esepo.

[68] La rama de olivo era la enseña de los suplicantes.

[69] Literalmente, se diría que Mopso dispone en círculo nombres esotéricos de dioses. Aunque, si en el pasaje hay una hendíadis, podría pensarse que el sacerdote instala en derredor «aras bajas» (las fosas propias de los cultos ctónicos) consagradas a los llamados «dioses desconocidos», que tenían un culto propio.

[70] Cf. I 755 n.

[71] Podría entenderse que Mopso no se limita a «llamar» al lucero del alba, sino que pronuncia un conjuro para obligarlo a salir antes de tiempo (si bien estas habilidades son más propias de las brujas que de un sacerdote de Apolo).

[72] I. e. apolíneo (Delos es la isla central de las Cícladas, consagrada a Apolo desde que Latona dio allí a luz al dios y a su hermana Diana).

[73] Los «Montes del Rayo» en la costa del Epiro, donde la navegación era peligrosa por las tormentas.

[74] Región del noroeste de Asia Menor contigua a la península de Cízico.

[75] Hermano de Eetes, los orígenes de cuya sublevación se relatan con detalle más adelante (V 259ss.). La intervención de Minerva, muñida aquí por Juno para apartarla de Hércules, no vuelve a ser mencionada; llegados a la Cólquide, los argonautas no sólo no se aliarán con Perses, sino que ayudarán al rey contra el hermano rebelde (V 531 ss.).

[76] De Hircania, región situada al sur del mar Caspio.

[77] Príncipe de la Albania caucásica (emplazada aproximadamente donde el actual Azerbaiyán) a quien había sido prometida Medea (cf. V 257 s.).

[78] Puerto del Cáucaso mencionado por Tolomeo (*Geografía* V 9, 15), y habitualmente identificado con las «Puertas Caspias» a las que hace referencia Valerio más adelante (cf. V 124 n.).

[79] Epíteto de Marte de significado discutido. Según una de las explicaciones propuestas con los antiguos (cf. SERVIO a VIRG., *En.* III 35), procedería de *gradus* («paso»), y significaría algo así como «el que marcha (al combate)».

[80] Cf. I 34 n., 35 n.

[81] Cf. II 451 ss.

[82] Al poco de nacer, Hércules había estrangulado las dos serpientes enviadas contra él por Juno (cf. TEÓCR., XXIV 11 ss.; HIG., *Fáb.* 30; APOLOD., II 4, 8).

[83] Cf. I 567 n.

[84] Las ninfas de la laguna Bebeide (cf. I 449 n.).

[85] Río de Etolia.

[86] El rostro de Hilas reflejado en las aguas es comparable a la Luna (cf. II 56 n.) o al Sol.

[87] En cuanto dios del cielo, Júpiter encarna a menudo los fenómenos meteorológicos (cf. I 82; II 357 s.).

[88] Del rapto de Hilas, que ha tenido lugar en sus espesuras.

[89] Viento del noroeste, propicio para navegar hacia levante.

[90] Monte de Delfos. Por tercera vez, Valerio alude vagamente a oráculos anteriores a la partida de los Minias (cf. I 544 n.; III 299).

[91] Meleagro, natural de la ciudad etolia de Calidón (cf. I 434 n.).

[92] Euristeo, que impone a Hércules un trabajo en cuanto acaba otro (cf. I 34 n.).

[93] Deseo no exento de ironía, puesto que Meleagro hallará la muerte en su casa y por industria de su propia madre (cf. IV 34 n.).

[94] Cf. I 107 n.

[95] Maliciosa alusión, quizás, al chusco episodio de la rotura del remo por la fuerza sobrehumana de Hércules (III 474 ss.).

[96] Meleagro, hijo de Eneo el etolio (no de Eneo el padre de Cízico, cf. III 4 n.).

[97] La impaciencia de Calais podría deberse al temor a las represalias de Hércules, si es que Valerio ha introducido aquí una velada referencia a la versión del mito de Hilas según la cual los hijos de Bóreas intentan violar durante la escala en Misia al muchacho, que, huyendo de ellos, llega a la fuente donde es raptado por las ninfas (cf. PROPERCIO, I 20, 55 ss.).

[98] Evoca Telamón un episodio no narrado por Valerio, pero sí por Apolonio (I 331 ss.), en cuyo poema los Minias eligen a Heracles como comandante a propuesta de Jasón, que sólo toma el mando tras la inmediata renuncia del Tirintio.

[99] Meleagro, cuyo abuelo paterno fue Portaón.

[100] Calais, oriundo de la Tracia habitada por su padre Bóreas.

[101] Personaje desconocido, para el que Valerio parece haber tomado el nombre de un artífice mencionado por Virgilio (*En.* V 359). El juramento por la lanza es deudor de famosos pasajes épicos en que un personaje jura por su cetro (cf. HOM., *Il.* I 234 ss.; VIRG., *En.* XII 206).

[102] Filoctetes, futuro heredero de las flechas de Hércules (cf. I 391 ss.).

[103] Dios marino hijo de la Tierra y del Ponto y hermano, entre otros, de Nereo (cf. HES., *Teog.* 233 ss.); nuestro poeta lo presenta aquí como un pastor de focas que recoge su rebaño al caer la noche. En este punto, Apolonio (I 1310 ss.) hacía que otra divinidad marina. Glauco (cf. I 190 n.), incitara a los argonautas a seguir su rumbo después de haber dejado inadvertidamente a Heracles en las costas de Misia.

[104] Los masilos son un pueblo de la Numidia oriental, en el norte de África.

[105] De la ciudad cretense de Licto.

[106] El texto latino puede referirse indistintamente a la madre o al padre de Hilas, pero sabemos por el Rodio (I 1212 ss.) que este, llamado Tiodamante, había perecido a manos del propio Hércules.

LIBRO IV

SINOPSIS

Reproches de Júpiter a Juno y aparición de Hilas a Hércules; se le ordena a este liberar a Prometeo (1-81). Navegación; tristeza de los argonautas y canto consolador de Orfeo (82-98). Escala en Bebricia. Descripción del salvaje rey Ámico; lamento de su padre Neptuno ante el final que se le avecina (99-132). Encuentro de los argonautas con Dimas (133-198). Pugilato entre Pólux y Ámico; muerte de este (199-314). Huida de los bébrices y triunfo de Pólux (315-343). Paso del Bósforo; Orfeo canta la historia de Ío (344-421). Escala en Tinia. Los hijos de Bóreas libran a Fineo del acoso de las harpías (422-528). Fineo profetiza a los argonautas algunos particulares de la travesía que les queda por hacer (529-636). Paso de las Simplégades (637-710). Apertura del Ponto Euxino y llegada al país de los mariandinos, donde los argonautas son afablemente recibidos por el rey Lico (711-762).

Y no soportó más aquello el padre de los dioses con ojos imparciales, y, compadecido de los píos amores de su hijo[1], increpa severo a la trépida Juno con ardiente ira: «¡Cómo se alzan ahora nuevos gozos en callado pecho! Permanece sin recursos el Tirintio y delira en riberas solitarias, mas, abandonado el compañero, ganan los Minias desmemoriados y sin pena el alta mar. Así Juno, angustiada por los cuidados, favorece al capitán esonio, así armas al varón y camaradas suministra. ¡En qué guerras te veré pronto insegura y temerosa de las fuerzas del pueblo escítico, con cuánto miedo te veré temblar! Entonces con ruegos, entonces con lágrimas y suplicante diestra te prohíbo tentarme; firme es mi potestad sobre las cosas. Ve, a las Furias y a Venus mueve; tendrá su castigo la doncella impía[2], y no sufriremos que los lamentos de Eetes queden inultos». Dijo, e hizo caer un rocío perfumado de néctar arcano que porta el reposo profundo y la potencia del líquido sueño, y lo derramó en las sienes de su hijo vagabundo. Él, con los ojos pesados y el nombre de Hilas siempre en la boca, como no hay fuerza alguna que pueda vencer al dios[3], cae. Al fin tornó la paz a las selvas rendidas, y se oyeron en los montes vacíos los ríos y las auras.

He aquí que le pareció que se alzaba el niño desde la superficie del agua con frondas azafranadas y dones de la inicua ninfa[4], y, en pie sobre su querida cabeza, pronunciaba tales voces: «¿Por qué, padre, pierdes el tiempo en vanas quejas? Este bosque, sí, este es por disposición de los hados ya mi casa, donde la ímproba ninfa por consejo de la cruel Juno me arrastra, en el manantial. Ahora me abre las antesalas de Júpiter y los umbrales del cielo, y comparte conmigo su lecho y los honores de su fuente. ¡Ay, dolor! ¡Ay, dulce carcaj que antes porté! Ya los camaradas han roto amarras con vientos propicios, después que con furor y voz nefanda los empujó el Enida. Pero con su familia y su casa pagará esto, y asistirán tus númenes a la cruel madre[5], Levántate, vamos, y no desfallezcas jamás en los aprietos; en el cielo estarás pronto, y los astros te sostendrán[6]. Tú acuérdate siempre de nuestro amor, y que no te abandone la imagen de tu querido compañero». Mientras le ruega con tales palabras y goza de su vista, intenta él espontáneamente tocarlo y persiste en los abrazos vacíos, y mueve en balde los esfuerzos de su lánguida diestra: el cuerpo está enflaquecido por el sueño, y lo elude la sombra huidiza. Entonces con lágrimas, entonces con voces lo sigue, entonces rompe a llorar, cuando el sopor y la esperanza afligida se desvanecen con el vano intento. Como, cuando acaso el oleaje arrebata al saledizo de una undísona peña la cría y el hogar del desventurado alción, va por encima la madre doliente y se queja a las olas hinchadas,

dispuesta a seguirlas adondequiera que la lleven, y osa y teme hasta que, golpeada por las aguas, se deshace su casa y es engullida por la corriente; ella, dolorida, da un grito y se remonta con sus alas. No de otro modo fue la afligida penalidad del sueño. Salta fuera de sí y riega de lágrimas derramadas sus mejillas. «¿Marcharé», dice, «solo, y habitarás estos montes y sotos desiertos, caro niño, y no admirarás nunca más mis hazañas?». Dicho esto, vuelve sobre sus pasos y sale de los valles sin saber qué maquina Juno, qué iras apareja. Y avista en lontananza a sus camaradas, que el mar lleva velozmente, y se avergüenza en silencio de que lo hayan podido abandonar.

Y ya había dado la vuelta hacia los teucros y las murallas hospitalarias de Troya con la intención de reclamar lo prometido por el tirano de Ilión cuando se presentaron a la vez con afligido semblante ante Júpiter Latona y Diana, y así habla, suplicante, Apolo: «¿Para qué otro Alcida, para qué otro tiempo reservas, rey magno, al anciano caucáseo[7]? ¿No pondrás fin a sus males y a su pena? Te lo ruega todo el linaje humano y ya los mismos montes, padre óptimo, y las cumbres cansadas con las selvas te lo imploran. Bastante has castigado el hurto del fuego y defendido los silencios de la etérea mesa»[8]. Cuando esto hubo dicho, fatiga desde los roquedales, durante la comida del terrible buitre, también el propio Prometeo a Júpiter con gemido y afligida voz, alzando los ojos quemados por crueles hielos; redoblan su fragor los ríos y las peñas caucásicas, se pasma ante los clamores hasta el pájaro del dios. Entonces también fue oído desde el Aqueronte[9] en la ciudadela celeste Jápeto, mas retiene lejos al suplicante la severa Erinis por respeto a la ley del alto Júpiter[10]. Él, conmovido por los lloros de las diosas y por el magno honor de Febo, envía abajo a la veloz Iris desde las rosadas nubes[11]. «Ve», dice, «deje el Alcida para más tarde a los frigios y las armas troyanas. Ahora, que le arrebate el Titán[12] a la terrible ave». Vuela la diosa y lleva al héroe los perentorios imperios de su padre, y lo llena de ánimo con sus alborozadas exhortaciones.

Ya los Minias, a través de las estrellas de una clara noche, habían llevado mar adentro las combadas velas con plácida navegación, y cavilan mucho, memorosos, acerca del abandonado Hércules. Mas el sacerdote tracio[13], consolando desde lo alto de la popa a sus camaradas de los hados de los dioses y de las penalidades de la mísera vida, entona un cantar que con su ritmo serena y cura. En cuanto lo tocó la lira, de la que había echado mano, huyen del pecho el duelo y las irritaciones y el trabajo y los dulces hijos.

Entre tanto, mientras las astros se hunden ya en la cabeza engendradora del Océano[14], resuenan con las bridas los antros titanios; el Sol, urgido por las Horas de cabellos de oro, se viste su diadema de múltiples rayos y su loriga labrada con las doce constelaciones[15]; la ciñe el tahalí que, opuesto a las nubes, hace variar para los

mortales el arco ondeante[16]. Después se elevó sobre la tierra y sobre las cimas de los montes orientales y trajo el día desde las olas relucientes, y abandonaron los vientos a los Minias a la vista de Febo.

Se descubren cercanas las costas del reino bebricio, suelo fértil y región no enemiga de los rudos toros[17]. Su rey es Ámico. Confiados en los hados y el numen del rey, no han rodeado sus casas de murallas, no observan fuero alguno ni leyes o derecho que mantenga apaciguadas las mentes. Como en los antros del Etna los rabiosos cíclopes bajo la noche invernal vigilan los mares, por si acaso se avecina una nave empujada por los crueles notos, pasto terrible para ti, Polifemo, y lastimosos manjares[18], así por doquier acechan y recorren todos los caminos, a fin de llevarle al rey prisioneros. Él mismo, cruel, los arroja como ofrenda a su padre Neptuno desde el borde de un rocoso cantil sacrificial sobre el mar abierto. Mas, si se presenta alguno que supera por su complexión a los demás hombres, entonces le ordena coger las armas y luchar contra él calzados los guantes: esta es la clase más benigna de mísera muerte. Cuando Neptuno ve desde el mar que la nave ha llegado allí, y contempla por última vez las riberas del hijo y los campos ayer alegres por los combates de su señor, solloza y hace salir de su pecho estas quejas: «¡Infeliz Melie[19], arrastrada un día por mí bajo las aguas profundas, y no unida entonces mejor al magno Tonante! ¿Siempre aguardan tristes hados a mi prole, cualquiera que sea su origen? Así te sentí maquinar hace tiempo, Júpiter, cuando cayó mi desdichado Orión bajo las armas de la injusta doncella, y ahora llena el Caos[20]. No te dé ahora ánimos tu hombría o tu fe en mí, hijo, ni confíes ya más en el poder paterno. Vencen ya mismo otras fuerzas y los hados, mayores que nuestra sangre, de Júpiter, para quien es preferente el cuidado de los suyos. Por eso no he intentado yo alejar esta nave con vientos hinchados ni la he detenido, y no habrá ya en adelante retardo alguno para tu muerte. ¡Pisa, cruel, a los reyes segundones!»[21]. Apartó de allí los ojos y, abandonando a su hijo y los tristes combates, bañó el padre la tierra con una oleada sanguinosa.

En primer lugar, ordena el capitán explorar los ríos y la gente y las costas, y Equión, al poco de haberse alejado, encuentra a un joven que arrastra ocultamente sus gemidos en un oscuro valle y llora el nombre de un amigo asesinado. Cuando vio él al hombre que venía a su encuentro, y las sienes sombreadas por el galero a la manera del padre parrasio y en la mano la insignia vana del pacífico bastón[22], le dice: «¡Ay, huye con paso decidido mientras estás a tiempo, perdido, quienquiera que seas!» Se pasmó ante tal visión el hijo de Nonacris[23], intrigado por lo que el otro decía. Después que lo ve recomendarle dar media vuelta a toda prisa y persistir en las mismas palabras, lo coge y lo obliga a revelarles a sus camaradas qué es todo aquello. Él, tendiendo la mano, dice: «No os es esta tierra hospitalaria, varones, no hay aquí pechos que reverencien rito

alguno: la muerte en esta costa habita, y los crueles combates. Luego vendrá Ámico, que os mandará calzar los terribles guantes y que pulsará las nubes con su enorme cabeza. Tal prole, según se cree, de Neptuno se [150] enfurece continuamente con los que llegan, y a los que carecen de una hombría igualable a la suya los coloca como tardos toros en inicuos altares de los dioses de lo alto, para bañar al fin sus armas con el cerebro de los desdichados. Pensadlo bien, y no [155] despreciéis el tiempo que os queda para huir. Pues ¿quién osaría competir en vano con este monstruo, y qué placer habría en presenciar tal criatura?» A esto el capitán: «Vienes como bébrice que tiene un corazón distinto al de su rey (pues mejor es con frecuencia la voluntad del vulgo) o como enemigo traído de riberas [160] extrañas por el hado? Y ¿por qué aún no te ha destrozado Ámico el rostro con el guante?». «He seguido», responde, «el nombre para mi dulcísimo y [el nombre] de mi unánime Otreo. Él, prez y gloria feliz de los suyos, hombre a quien no despreciaríais como compañero de vuestras gestas, cuando se encaminaba [165] hacia Hesíona y hacia los gozos de una esposa frigia, hizo aquí frente a Ámico forzado por este, y yo le enguanté las manos. Mas apenas había comenzado a alzar de lejos el rostro cuando con un derechazo fulmíneo le echó por tierra el otro la frente y los ojos arrancados. A mí nunca se dignó destinarme a la muerte y a las armas, sino que me consumo más bien en lágrimas [170] y duelo inerte. Hay, con todo, esperanza, si con el rumor ha salido de estas riberas la noticia y entrado en las patrias ciudades de los mariandinos, de donde son el linaje y el hermano de Otreo. Mas ruego que Lico se quede quieto, y que no aumente el estrago con armas inútiles»[24].

[175] Cuando los muchachos oyen esto sin ser turbados por temor alguno (y se duele él de que persistan con obstinada mente), les manda que lo sigan y que unan los pasos veloces al suyo. En el extremo de la costera apareció una gruta ingente que, cubierta en lo alto por árboles y por una cresta amenazante, no recibe el don de los dioses, no la lumbre del éter[25], morada siniestra y [180] tremebunda por el fragor del mar profundo. Mas ante el peñasco se hallan horrores diversos: brazos truncos arrancados a los hombres lanzados desde allí y brazos muertos con el guante calzado y huesos renegridos por la podre, y una lugubérrima ringlera de cabezas por los pinos que no tienen ya rostro alguno [185] ni nombre bajo los golpes del adversario; en medio las armas de Ámico consagradas por el miedo, y depositadas sobre los altares de su magno padre. Aquí por vez primera les tornaron a la memoria los avisos del extranjero Dimas, y los sobrecogieron el pavor y la imagen del monstruo ausente y todos fijaron los ojos unos en otros, callados, hasta que, impertérrito, dijo Pólux [190] con sidérea boca: «¡Haré que tú, quienquiera que seas, aunque rodeado de este terror, cuelgues pronto de tu bosque, con tal que seas de carne y hueso!». A todos le entró el mismo ánimo de medirse en esforzado combate, y reclaman al hombre y piden enfrentarse a él. De tal manera el toro que entra el primero [195] en un torrente que espuma desde el fondo con aguas

inexploradas y desprecia su crecida abre camino; después sigue detrás de él, vencido el miedo, todo el rebaño, e incluso se le adelanta una vez mediadas las ondas.

Pero a distancia se dirigía de entre las selvas y los rebaños a [200] la gruta el cruel gigante, y ni su turba al verlo pasa libre de tácito temor. Por ningún lado subsisten en él rasgos mortales; es del tamaño de una peña que en las cumbres de los montes se alza la más alta, sola y bien alejada de toda cima. Vuela desde allí furioso, y no se para a preguntarles adónde va su camino ni por qué han partido ni su linaje, sino que truena con tal cólera: «¡Comenzad, muchachos! Pues la confianza, creo, os ha traído hasta aquí, y por propia iniciativa holláis riberas de las que habéis [208] oído hablar. Si habéis errado el camino y no conoce aún [213] vuestra mente el país, es esta la morada de Neptuno, y yo mismo [209] soy de Neptuno prole. Aquí es mi ley alzar a la contra guantes [210] y brazos enfrentados; así la ingente región del Asia y el ponto que se extiende a diestra y siniestra hacia la Osa conocen [212] mi hospitalidad, sólo al precio de este combate retornan los [214] príncipes todos. Ya hace tiempo que los guantes están ociosos [215] y la fría tierra árida por la escasez de dientes. ¿Quién firmará conmigo una alianza? ¿A quién doy de mi mano los primeros dones[26]? Luego alcanzará a todos el mismo honor. No hay fuga bajo tierra, no hay fuga alguna por el aire. Ni las lágrimas (no presentéis súplicas) ni los dioses de lo alto invocados conmueven [220] mi pecho: en otras riberas es Júpiter rey. Haré que no pueda atravesar el mar bebricio popa alguna, y que se estrellen las Simplégades en un ponto desierto».

Tales palabras decía, cuando al punto se alzan el bravo Jasón y a la vez los Eácidas[27] y a la vez el vástago de Calidón[28] y [225] el Nelida[29] y antes Idas, los máximos nombres, mas ya con el pecho desnudo se había plantado Pólux. Entonces el pavor le heló la sangre a Cástor, pues no ve un combate ante la faz del padre Eleo ni resuenan el aplauso ebalio de la gradería o las cumbres conocidas del Taigeto, donde el vencedor se lava en [230] los patrios ríos, ni es galardón de la sacra arena un corcel de casco resonante o un toro, sino premios los manes y la puerta abierta de la muerte[30]. Examinándolo con rostro sonriente, avanza Ámico hacia Pólux, que no era fiero por su semblante ni temible por su mole, y sobre quien se esparcían apenas las señales de la primera juventud, y rezonga por su audacia y voltea [235] sus ojos inyectados en sangre con ardiente furia. No de otro modo Tifeo, cuando se jactaba ya del reino del firmamento y de los astros aprisionados, se dolió de que se le opusieran al frente Baco y Palas, la primera entre los dioses, y las sierpes de la doncella[31]. Así lo acosa y con rabioso gruñido lo aterroriza: [240] «Quienquiera que seas, para tu mal te apresuras, niño; no conservarás ya la gala de tu bella frente ni le presentarás a tu madre la faz conocida. ¿Tú has sido elegido por tus inicuos camaradas? ¿Tú morirás por mano de Ámico?» Y, sin esperar más, mostró sus ingentes hombros y los espaciosos huesos de su pecho y los miembros horrendos con sus músculos deformes. [245] Desfallecen con tal

visión los Minias, y se pasma el mismo Tindárida. Torna ya con retraso la añoranza del Alcida, y examinaron los afligidos montes con ojo vacío. Mas dice tales palabras el hijo del rey marino: «Mira estos correajes endurecidos de [250] cuero de toro y no pidas la ayuda del sorteo: cálzate los guantes que puedas».

Dijo, y, sin saber que aquel iba a ser su fin tras la tardía punición del hado urgente, tiende las palmas a sus siervos para que se las enguanten; las tiende enseguida también el Laconio. Crueles odios surgen entre quienes antes se desconocían, y con [255] mente inflamada salen al centro la sangre de Júpiter y la prole de Neptuno. De uno y otro lado silencio atento con dubitantes votos; y el padre Tártaro, a petición de las sombras de las víctimas[32], las deja al fin salir en hueca nube a contemplar el espectáculo [260] de la lucha merecida. Se ennegrecen las cumbres del alto monte.

Enseguida el Bébrice, como un turbión rapaz desde la altura fragosa de Malea[33], sin dejar que su adversario alce apenas el rostro, apenas los brazos, lo acosa echándosele encima por todas partes con una lluvia de golpes, envolviéndolo con sus [265] quiebros, y lo persigue, espantoso, por toda la arena. El otro, en guardia y con cautela, salta ora a un lado ora al otro con el pecho y los brazos, siempre echando hacia atrás el cuello, siempre en las puntas de los pies y tocando apenas el polvo del campo, y, abalanzándose, vuelve. Como, sorprendida por las Pléyades[34] [270] en un mar espumante, una nave que guía el solo cuidado de un trépido piloto corta incólume la corriente impetuosa en medio de la lucha de los vientos, así Pólux ve venir los golpes y hurta la cabeza insegura con ebalia arte. Después, cuando hubo hecho que se disiparan en el aire las urgentes iras y el ardor del varón, [275] se alza poco a poco, fresco, contra el fatigado, y [...] abate sus guantes. Aquel día fue el primero que vio sufrientes de sudor los miembros de Ámico, y a él parado con la boca muy abierta y seca; ni el país ni los batallones reconocen, derrengado, a su [280] rey. Toman aliento ambos y relajan un poco los brazos, como cuando en el campo mismo de batalla reanima Gradivo a los lapitas y a los peones[35], y guarda silencio con la lanza hincada en tierra.

Apenas se habían parado y he aquí que ya se lanzan, y los cueros golpeados resuenan a lo lejos. Surge otra vez nueva fuerza, surgen nuevos cuerpos. Al uno lo estimula la vergüenza, [285] al otro la esperanza, ya más audaz ahora que le es conocido el adversario. Humean los pechos por el menudear de los golpes; responden con gemido las cumbres intransitadas; como, cuando el Etna siempre en vela delata la mano de sus obreros y forja el cíclope los rayos, retiemblan las ciudades con el batir de los yunques[36]. Se alza entonces el Tindárida y prepara la diestra y [290] con la diestra amenaza; hacia aquel lado vuelve el Bébrice su vista y su peso pensando que de allí vendrá el golpe, pero el otro en cambio le parte rápidamente la cara con la izquierda. Gritan sus camaradas, y el gozo da súbitas voces. Frente al contrincante aturdido por la inesperada treta y furioso, retrocede el Ebálida hasta que amaine la primera cólera, atemorizado también él mismo y

consciente de su enorme osadía. Se ensaña, sin [295] recursos, Ámico, lanzándose sin reflexión alguna y ganoso del adversario (ve, por cierto, de lejos a los Minias triunfantes); entonces, alzados uno y otro guante, se abalanza sobre él. Entre éstos pasa agachándose Pólux y vuela además a la cara del feroz [300] enemigo; y no se cumplió su esperanza, sino que ambas manos cayeron en el pecho. He aquí que, más embravecido por esto, agita el otro en el aire vacío brazos atolondrados. Cuando Pólux se da cuenta de que ha perdido la razón, le da el flanco con las rodillas juntas y, siguiéndolo en su embestida, no le [305] permite volver sobre sus pasos, y lo ataca y lo hostiga mientras titubea y, desde arriba, acumula con libertad golpes redoblados sobre el contrincante vuelto de espaldas. Resuena su cabeza inclinada con cada puñetazo, y sucumbe bajo las contusiones. Ya manan las sienes y se ocultan las orejas bajo la sangre, hasta que un pesado derechazo le deshace las ligaduras vitales por [310] donde la cerviz se une a la primera vértebra. Lo empujó el héroe cuando se tambaleaba y, subiéndosele encima, dice: «Pólux yo soy, venido de Amiclas e hijo de Júpiter: este nombre referirás a las sombras admiradas. Así también serás conocido en sepulcro memoroso».

[315] Al instante dispersa la huida a los bébrices. No guardan amor alguno por el rey arrebatado: ganan veloces el monte y la selva. Esta fue la suerte, esta la mano que impidió las osadías de Ámico, quien custodiaba las comarcas salvajes del Ponto y esperaba que fuese eterna la fuerza de la juventud y que podría igualar en [320] edad a su magno padre. Yace aquel enorme pavor de los hombres y ocupa extensamente los labradíos, como si un día cayera una parte del añoso Érice o todo el Atos. De esta mole del caído no puede el propio vencedor saciarse, y fascinado mantiene fija [325] la mirada, de cerca, en larga contemplación. Mas la tropa toda de los héroes lo apremia a porfía con apiñados abrazos, y les place tenerle las armas[37] y alzarle las palmas cansadas. «Salve, verdadera prole de Júpiter, sí, de Júpiter», repiten por doquier. «¡Memorable el Taigeto por sus magnánimas palestras, y feliz el [330] trabajo de tu primer maestro!» Y, mientras dicen tales palabras, ven que, con todo, brotan hilos sanguinolentos de la sidérea frente, y Pólux, no amedrentado por la sangre, secaba sus heridas con el reverso del guante. Entrelaza de ramas Cástor su encumbrada [335] cabeza y sus armas y ciñe sus sienes con verde lauro, y, volviendo la vista hacia la nave, dice: «Lleva de vuelta, divina[38], te lo ruego, a las patrias riberas estas frondas, y recorre alegre los mares con esta corona». Había dicho. Después matan ganado con poderosa hacha de doble filo y, bañados en la corriente sagrada del mar aplacado[39], se tienden en la herbosa tierra; entonces acumulan sobre el follaje bebidas y viandas; reservan para [340] el Laconio lomos de reses no sorteados. Luego, durante todo el tiempo del banquete, triunfa alegre ora con la alabanza de los varones, ora con el honroso cantar del vate, y más de una vez vuelca la copa en honor de su padre el Vencedor[40].

Y ya el día y las brisas los llaman y de nuevo se hacen a la [345] mar por donde

vomita el Bósforo corrientes glaciales[41]. No siendo aún, Nilo, una diosa para tus gentes, había cruzado Ío aquellas aguas, de donde este nombre le fue dado al ponto[42]. Entonces el pío vate de la ilustre sangre de Eagro refiere bajo la inspiración de su madre[43] las aventuras de aquellos parajes y los [350] caminos de la Ináquide[44], y canta para su público expectante el piélago y los exilios atravesados por la novilla.

«Vieron nuestros mayores con frecuencia a Júpiter descender a la tierra y al reino argivo de los pelasgos[45], en pos de los blandos fuegos de la doncella Jasia. Se percata Juno del engaño [355] e, inflamada por el celo conyugal, saltó del éter abajo (le temblaron a su señora la tierra lircea[46] y las grutas cómplices de la culpa descubierta), cuando la trépida rival tomó rostro de novilla inaquia[47] por voluntad del dios; con palmadas le hace la fiesta Juno y le acaricia el pecho, oprimiendo sus suspiros bajo un [360] semblante sonriente. Luego se dirige así a Júpiter: “Dame la vaca indómita que hace poco nutre el campo en la rica Argos, la que remeda los cuernos de Febe[48] en el primer cuarto, da tal regalo a tu cara esposa. Yo misma escogeré para la querida res dignos pastizales y hontanares excelentes”. ¿Con qué artimaña [365] podría negarse, o qué ardides podría encontrar y sostener Júpiter? Se hace ella con el regalo, y al punto le pone a Argos como guardián. Como guardián Argos le place, que tiene ojos desconocedores del sueño en toda la cabeza, como si una nuera lidia [370] hubiese sembrado una tela de manchas de púrpura[49]. Argos le ordena recorrer caminos ignotos por roquedales y bosques horrendos de monstruos, a ella que, ay, muchas veces remoloneaba e intentaba proferir súplicas y palabras encerradas en el pecho. Dio entonces, al partir, los últimos besos a la patria ribera[50]; [375] lloró Amimone[51], lloraron las ondas de la Meseide, lloró también Hiperia[52] llamándola con brazos tendidos. Ella, cuando o temblaban sus miembros cansados por las peregrinaciones o caía de lo alto del éter el frígido véspero, ¡ay, cuántas veces reclinó su costado en una peña! O, cuando se dolía por la larga sed, ¡qué lagos gustó con su boca, qué pastos! ¡Cuántas veces [380] se horrorizó de sus miembros encendidos por la fusta! Y no es todo, que, cuando pensaba saltar desde una alta cumbre y se atrevía a morir, Argos la condujo rápidamente a lo hondo de los valles y la salvó, cruel, para capricho de su dueña. Cuando de súbito sonó una hueca caña al modo arcadio, y, apresurando el [385] cumplimiento de los imperios de su padre, llega el Cilenio[52] alado y modula un cantar con su ligero caramillo y dice: “¿Adónde te vas desviado de aquí? ¡Vamos, atiende a mis cantos!” Siguiendo a Argos no de lejos, nota que languidecen todos sus ojos <con el canto> y que se dejan llevar por los dulces sueños, y en medio de los cantos saca una falce veloz. Y ya, restituida [390] poco a poco por Júpiter su antigua imagen, marchaba Ío vencedora de Juno por los agros, y he aquí que con teas y espiras de serpientes y tartáreo ululato ve a Tisífone: nada más verla, detuvo sus pasos, y tornó al semblante de infortunada vaca. [395] Y sin reconocer en

qué valle o en qué cumbre se para es llevada por su vagabundeo también a las ondas inaquias. ¡En qué condiciones, y cuán diversa de la primera novilla! Ni el padre o las trépidas ninfas intentan acercársele. Se encamina, pues, de nuevo [400] a las selvas, de nuevo a parajes intransitables, escapando como de la Estigia de la querida cabeza[54]. Después vaga arrebatada por las ciudades griegas y ríos de altas orillas, hasta que, tras haber dudado un poco, se tira al mar que se le ofrece. Se [405] apartan las aguas y las profundidades medrosas, conocedoras del futuro, le abren camino; de lejos refulge ella misma con sus altos cuernos, y mantiene el papo a flor de agua. Mas la doncella del Érebo vuela por el éter para ganar antes la opulenta Menfis y expulsarla de la tierra de Faros a su llegada. Le hace frente [410] el Nilo, y torrencial con toda su corriente arrastra a Tisífone y la envuelve en sus profundas arenas mientras invoca ella el poder de Dite y a los númenes del cruel reino. Aparecen teas esparcidas y lejos flagelos rotos e hidras arrancadas a sus melenas desgarradas. Y no está ociosa entre tanto la mano de Júpiter: [415] truena alzándose el padre en lo alto del cielo y reconoce su cuidado, y la misma Juno teme su imperio. Esto observaba de lejos Ío desde la torre de Faros, agregada ya al número de los dioses y ceñida con el áspid en torno a sus cabellos y estrepitosa con el [420] sistro triunfal[55]. Por esto divulgaron los antiguos el nombre de Bósforo, llamado así por la diosa errante. Ayude ahora ella misma nuestros trabajos, y haga pasar la nave a través de sus corrientes con los euros que nos envíe».

Había dicho, e hinchaban las velas plácidos vientos. La Aurora siguiente les descubrió a los Minias el camino de una noche [425] no perdida: nuevo lo ven todo, y cerca las costas de Tinia[56] horrendas por las penas del fatídico Fineo, a quien terrible violencia de los dioses abrumaba en su edad postrera. De hecho, no está sólo desterrado y privado de la vista; aún encima las harpías Tifónides[57], ira del Tonante, lo asaltan y pillan los manjares de su misma boca. Tales prodigios y tales penas sufre por su [430] crimen[58]. Una sola esperanza queda al viejo: los hados habían concedido que un día echaran fuera la cruel plaga los nacidos del Aquilón[59]. Así pues, cuando se percata de que ya los Minias y el auxilio cierto están llegando, desciende con su báculo hasta las primeras olas y busca la nave y alza sus ojos vacíos. Entonces, [435] espirando tenue aliento, dice: «Os saludo, oh tropa largamente esperada por mí y reconocida por mis votos. Sé de qué dioses sois hijos y qué camino os lleva bajo órdenes, y calculaba las etapas de vuestra travesía recorriéndolas a medida que se [440] aproximaban: cuánto os detuvo la vulcania Lemnos, qué armas movió el infortunado Cízico. Sentí el último combate en la costa bebricia ya más cerca, y sosegando ya mi alma con este consuelo. No querría recordaros yo ahora que Fineo es hijo del magno Agenor[60], o que el vate Apolo ha hallado asiento en mi [445] pecho: apiadaos más bien de mi destino presente. No tengo tiempo de llorar mis peregrinaciones por el mundo con sus desventuras diversas o la pérdida de mi casa o de los dulces ojos; tarde es para lamentar por orden destinos a

los que me he acostumbrado. Las harpías vigilan siempre mi yantar, y no tengo, pobre de mí, manera alguna de esquivarlas: de repente descienden todas como un negro nimbo en revuelto huracán, y ya en lontananza me es conocida por sus alas y su sonido Celeno[61]. Arrebatan y barren mi comida y vuelcan los vasos emporcados, se expande un olor feroz y surge una lamentabilísima batalla, y el hambre es la misma para mí y para los monstruos. Lo que despreciaron todas y emponzoñaron con su mano y lo que cayó de sus negras garras alarga mi demora bajo la luz. Y no me es lícito quebrar el destino con la muerte: se prolonga con tal alimento mi cruel miseria. Pero vosotros salvadme, os lo ruego; si las predicciones de los dioses no me han sido falsas, poned vosotros fin a mis penas. Están de cierto aquí quienes pondrán en fuga a los monstruos, la prole del Aquilón, que no me es extraña; pues fui yo rey del opulento Hebro, y vuestra Cleopatra compartió hace tiempo mi tálamo[62]».

Al nombre de su hermana ática[63] saltan Calais y Zetes, y dice Zetes el primero: «¿A quién estamos viendo? ¿Eres tú aquel Fineo, ínclito rey de la ribera odrisia? ¿Tú el compañero de Febo y el amado de nuestro padre? ¿Dónde está ahora, ay, la gloria de tu reino, y dónde la de tu linaje? ¡Cómo te han consumido el sufrimiento y la vejez, apresurada para los desventurados! Pero, ea, déjate, de súplicas; pues es tuya nuestra voluntad, con tal que no te abrume la ira de los dioses o sea al menos aplacable».

Alzó entonces Fineo a las estrellas ambas palmas y dice: «A ti, ira del Tonante hostil que ahora me oprimes, antes te ruego: apiádate ya al fin de mi vejez, haya un límite. Y creo de cierto que lo habrá, pues ¿qué es vuestra voluntad, muchachos, sin la venia de los dioses? Y no creáis que expío yo ahora culpa cruel o delitos criminales: lenguaraz, por compasión del género humano, había revelado los hados y la mente de Júpiter y los ocultos designios que él a solas preparaba para que llegasen de súbito a la tierra[64]. De ahí me vino tan gran peste y las tinieblas que me cayeron encima durante mis pronósticos. Ya al fin han amainado las iras, y no ha sido el azar sino el mismo dios quien, por voluntad propia, os ha hecho llegar desde alta mar a estas riberas».

Así habla, y, pues que ceden ya los hados, los impresionó a todos y los conmovió con la imagen de su dura pena. Dispusieron lechos, y en medio de los tapetes hacen sentar a Fineo y se tienden alrededor; a la vez vigilan el mar, los astros a la vez, y le mandan que coma y que se deje de preocupaciones, cuando sobrecogió al desventurado un súbito temblor y de los pálidos labios del anciano huyeron sus manos. Y no se descubrió la peste con antelación, sino que vieron las aves en medio de las viandas. Se difunde un acerbo olor y sopla el hálito del patrio Averno[65]; a uno solo atacaron todas con sus aleteos, a uno solo infestó la bandada. Abre la boca la nube del Cocito[66], desenfrenada y fastidiosa con su sola vista. Entonces riegan con su estiércol el suelo y los tapices emporcados, echando a perder las mesas; baten las alas y, aferrado el botín, se ensaña de una y otra parte el hambre. Y no sólo rechaza la horrenda Celeno a Fineo,

sino también a sus pobres hermanas. Se alza entonces de súbito la prole del Aquilón y con algazara remonta el vuelo, al tiempo que su padre impulsa sus alas. Con el enemigo nuevo se desconcertó la plaga y les cayeron las rapiñas de las manos, y revolotean primero, asustadas, en torno a los techos de Fineo; luego se dirigen a alta mar. Permanecen firmes en la costa los hemónidas[67], y siguen con los ojos a los monstruos dispersos. Como, cuando tronó la cumbre mortal para Hesperia[68] del Vesubio en erupción, apenas había envuelto el monte un temporal de fuego y cubría ya la ceniza las urbes orientales[69], así con rápido torbellino dejan atrás pueblos y mares a gran distancia y no se les concede establecerse en ninguna tierra. Y ya se dirigen al linde del Jonio y a sus más remotos farallones; Estrófades[70] los llama ahora el habitante del magno ponto. Aquí, mientras, rendidas y sofocadas por el miedo de una muerte más próxima, tiemblan y, pesadas, con vuelo temeroso y a ras de tierra, imploran con nefando clamor a su padre Tifón, trajo la noche, alzándose, su padre, y mezcló las profundidades con las alturas y se oyó una voz en medio de las tinieblas: «Bastante es ya haber empujado a las diosas hasta aquí. ¿Por qué continuáis ensañándoos con las siervas de Júpiter, a quienes él, aunque enarbola los rayos y la égida, elige como ejecutoras de sus magnas iras? Ahora también él les ordena abandonar los techos del hijo de Agenor: reconocen sus mandatos y, obedeciendo su disposición, se retiran. Luego os tocará a vosotros, sin embargo, una fuga similar, cuando os persiga el arco mortífero[71]. Las harpías no buscarán nunca nuevos pastos, mientras se abatan sobre los mortales merecidas iras de los dioses». Se quedaron parados uno y otro en el cielo y languidecieron con alas dubitantes; luego marcharon y se dirigieron, victoriosos, a las filas de la popa compañera.

Entre tanto los Minias, ahuyentada la plaga, renuevan primero el sacrificio al Tonante[72], reponen después el vino y los manjares en los lechos. Entre ellos Fineo, como en la imagen de un dulce sueño, suspira regocijado ante las olvidadas delicias de Ceres; reconoce los licores de Baco, reconoce también el agua y admira los gozos nuevos de una mesa no medrosa. Cuando lo ve reclinado sobre los tapices y disfrutando de la paz y entregándose al olvido de la larga pena, lo interpela Jasón con tales palabras, y, suplicante, le habla así: «Tus votos, anciano, han sido colmados. Ahora líbrame a mí también de las preocupaciones y vuelve tu atención a nuestros trabajos. Ciertamente, hasta aquí hemos tenido siempre una suerte feliz y no bajo un numen vano, si hemos de creer en el cuidado de los dioses de lo alto, hemos acometido tan gran planicie de mar y hacemos rumbo. La mismísima hija óptima de Júpiter me construyó la popa, y me dio la Saturnia como camaradas a estos príncipes. Mas no puede mi mente confiar, y, cuanto más se avecinan el Fasis y aquel trabajo supremo entre nuestras fatigas, tanto más me angustia lo próximo, y no me bastan ya como vates Mopso e Idmón».

El otro, sin permitir que el capitán rogase ni dijera más, coge en ese mismo momento las ínfulas y el laurel invocando a los [550] númenes conocidos. Se pasma la ínclita prole de Esón ante Fineo como si nunca hubiera sido este oprimido por penas ni peste de Júpiter alguna: tan grande era su dignidad, tan admirable la majestad infundida a su vejez; un vigor nuevo había reforzado sus miembros. Entonces profetiza: «Oh tú que por la fama recorrerás toda la tierra, a quien con la alianza y guía de los dioses y [555] el arte benigna de Palas el mismo Pelias eleva por propia iniciativa a los astros, loco, en tanto que no espera el vellón del prófugo Frixo, los hados y las regiones (gracias que puedo dar) te manifestaré, y te enseñaré los caminos y el fin de tu gesta. Incluso [560] el mismo Júpiter, que me prohíbe revelar a la tierra sus siglos, autoriza por consideración a ti mi palabra. Desde aquí se dirige la ruta hacia la embocadura del Ponto y hacia las Cianeas que vagan por la mar. Su furor consiste en entrechocar en medio del ponto, y no han visto aún nave alguna: en su impulso, estrellan [565] sus rocas y peñascos. Como si vacilasen los cimientos del mundo, he aquí que ves temblar el suelo, temblar de repente los techos mismos: ellas vuelven, ellas luchan en el mar. Los dioses, cuando te hayas acercado más, los dioses mismos te darán quizás auxilio y consejo. Mas ¿con qué advertencias podría yo ayudar [570] tu osado empeño? Lo cierto es que os dirigís por alta mar a una zona de la que se alejan los vientos, de la que se alejan las aves, y el padre mismo del mar desvía de allí sus riendas atemorizadas. Si hicieran los escollos una breve pausa; si, después de haber comenzado, tuvieran descanso alguno, entonces habréis de acelerar la huida en medio de su reflujo: apenas ganan de [575] nuevo, veloces, los confines de la tierra primera y ya con otro fragor se abalanzan, y todo el ponto es ocupado y fluctúa incierto junto con los montes enemigos. Mas vuelve a mi memoria aquel oráculo de los dioses que he conocido (os lo revelaré, pues, y no os consolaré en vuestras dudas con esperanza infundada); cuando con cruel clangor arrojó sobre mí las aves tartáreas [580] la ira de Júpiter, salió al mismo tiempo esta voz de los aires: "¡No gastes vanos ruegos ni supliques el fin de tus males, Agenórida! Cuando haya penetrado en el Ponto una nave y se hayan quedado fijos en el mar los montes rabiosos, entonces te será lícito esperar la conclusión de tu castigo y la venia". Así el dios. [585] Conque, o las feroces rocas os franquean a vosotros el paso, o regresan ya a mis viandas las crueles Diras[73]. Mas, si se os concede pasar entre los peñascos (sois de cierto una tropa digna de tal proeza) y salís al mar abierto, cerca se halla el reino de Lico[74], que retorna vencedor de las riberas bebricias. Ninguno en [590] toda la costa del Ponto es más afable. Si aquí golpease una peste vecina a alguno de la escogida fuerza de tus compañeros no desfallezcas, acordándote de que te ha sido predicha tal desventura, y prepara los ánimos para lo venidero. Allí bajo cumbres horadadas revuelve un segundo Aqueronte[75] sus aguas pestíferas [595] y se desborda humeante en una gran abertura y persigue los campos con niebla cruel. Deja el río de pesadumbre y sus destinos a los infortunados

colonos: aun así no se te concederá pasar de largo con un solo luto[76]. ¿Para qué recordar el Carambis[77] que [600] surge con nubífera peña, para qué las aguas que revuelve el Iris[78] o el Ancón[79]? Después surca ya los labradíos cercanos el Termodonte[80]; allí habita —acuérdate— el ínclito pueblo de las Amazonas, nacido del magno Gradivo: no creas tú entonces que se trata de catervas de mujeres, sino que son tales y tan enormes [605] como Enío[81] cuando pisotea a los varones, y como la diosa célibe que embraza la Gorgona monstruosa[82]. Que un viento rapaz no lleve tu popa a la horrenda costa cuando el batallón, volando en ejercicio soberbio, galopa sobre caballos cubiertos de polvo y tiembla la tierra estremecida por sus alaridos y las incita su [610] padre al combate agitando la lanza. No habrás de temer tanto, por muy salvaje que sea, al pueblo de los cálibes, que cultiva pacientemente labradíos duros y cuyas casas abrasadas truenan siempre por el metal batido[83]. A partir de allí, a lo largo de toda la costera, habitan reyes sin número cuya hospitalidad no es de [615] fiar, mas pase de largo la popa en derechura y la vela con regular brisa: así llegarás al fin al curso del rápido Fasis. Allí se alzan ya los campamentos de Escitia y una fraterna Erinis[84]. Tú mismo ayudarás allá a los salvajes colcos y a tu enemigo con refuerzos. [620] Y no veo ya, por cierto, más peligros. Quizás se te concederá también obtener la piel deseada. Mas no te conviene fiar en tus ánimos y solas fuerzas: a menudo la prudencia es más poderosa que una diestra combativa. Los recursos que un dios ponga a tu alcance, aférralos[85]. Y ya crimen mío sería revelar los últimos hados; antes enmudezco». Y, tras haber finalizado así, devolvió [625] sus revelaciones a las tinieblas del silencio.

Entonces espabila Jasón a sus camaradas detenidos por súbito miedo, y rompe las dilaciones y el tiempo de temer. El propio Fineo sigue a pie a los hombres hasta las aguas de la orilla. «¿Qué premios», dice, «qué gracias podría daros, honra de Bóreas? Me [630] parece que me hallo de nuevo sobre las cumbres pangeas y en mi paterna Tiro, y que de nuevo se alzan para mí dulces soles. ¿Es cierto? ¿Expulsadas se han marchado las aves y no habré de temer, y estará seguro mi yantar? Dejad que toque vuestros rostros, [635] permitid que os abrace y acercaos más a mi diestra». Había dicho. Se alejan de la tierra firme y pierden de vista la costa.

Enseguida se les representan a todos bajo cruel imagen las rocas Cianeas y el trabajo ya más próximo. ¿Cuándo deben pensar que llegarán, y de qué lado? Permanecen con miedo los semblantes y no dejan los ojos cansados de vigilar en derredor [640] olas diversas, cuando de lejos se oyeron los fragores y los locos peñascos, y ni peñascos les parecieron a los hombres, sino una parte del sidéreo firmamento precipitada a las profundidades. Y, mientras con mayor presteza se afanan, ven que huyen los mares ante la nave, que los mares mismos de repente desaparecen [645] y que se alejan los montes enfrentados, y a todos les arrebató los remos un gélido temor. El propio Jasón, volando

entre las armas y los más altos bancos de la quilla, los anima y les tiende, suplicante, las manos abordando a cada cual por su nombre: «¿Dónde están ahora las promesas soberbias y las ingentes [650] amenazas con las que os enrolasteis conmigo en esta expedición? El mismo miedo había golpeado a todos la vista en el antro de Ámico; nos mantuvimos, con todo, firmes, y un dios socorrió nuestro atrevimiento. De cierto otra vez nos socorrerá, creo, el mismo dios». Cuando esto hubo dicho, coge el remo [655] y el puesto de Falero, apartándolo, y arrastra la nave; lo sigue, inflamada por la honra, la muchachada. La ola que se precipita los hace virar a pesar de sus esfuerzos, y el mar se abalanza contra ellos. Se mezclan las rocas y ya las Cianeas, lanzadas sobre la entera planicie marina, recogen los farallones que acaban de entrechocar. Por dos veces procuró el fragor rocas enemigas [660] y peñascos a peñascos enfrentados, por dos veces refulgieron las chispas en la lluvia que se levantaba. Así como escapa de las nubes rotas horror de muchas puntas y reluce entre tinieblas y nimbos el fuego, y se abaten terroríficos truenos y disuelve la noche la luz surgida (el pavor ocupa los semblantes [665] de los hombres, el pavor sus oídos), no diversamente se llenó el ponto del fragor; cae una lluvia espumosa, y desde lejos viste la popa de abundante mar.

Repararon en ello los dioses y se fijaron los númenes en el ponto, preguntándose qué haría la nave aprisionada por los escollos, qué la dura juventud. Está pendiente de ellos el favor [670] engendrado por su magna y audaz empresa. Dio la primera una señal con la égida coruscante la virgen[86], lanzando una centella fulmínea. Apenas se habían retirado las arduas rocas, huye esta volando con tenue luz entre los peñascos movedizos. Tornaron a los hombres los ánimos y las manos en cuanto vieron el camino. [675] «Te sigo, quienquiera que seas de los dioses», dice el Esónida, «aunque me engañes», y corre lanzado entre los fragores y desaparece en el oscuro vapor. Había comenzado después la corriente en reflujo, alejados los montes, a llevar la nave, y el día a reaparecer sobre el piélago abierto. Mas ni puede ya el piloto desplegar las velas a rienda suelta ni apoyarse en la fuerza [680] de los remos, cuando tienen encima a las Cianeas. Aplasta la sombra a la nave y los escollos se acercan. Aquí <Juno> y Palas saltan precipitadamente del éter a la par sobre los escollos: uno lo retiene la hija de Júpiter, el otro la esposa, como quien con robusta pujanza unce los toros empujando el cuerno rebelde [685] contra sus costados. Después, como si un vulcanio ardor revolviera las aguas entremezcladas de arenas, así braman los fondos, y, amontonadas las olas, el mar cerrado se ve constreñido y salta sobre los escollos. Por su parte, siguen todos camino por aquel estrecho paso con remos pujantes y hacen pasar la nave [690] entre los choques. Mas golpearon, sin embargo, los peñascos los aplustres de popa, y una parte (¡horror!) la arrancaron los farallones, pues el resto se le debe al cielo[87]. Claman los Minias, convencidos de que ambos flancos han reventado. Escapa el último a los golpes el propio Tifis y sigue las corrientes arrebatadas [695] saliendo de entre los escombros, y no se volvió a mirar la

planicie marina asediada por los escollos, ni intentaron sus camaradas descansar hasta que hubieron dejado atrás la Ribera Negra[88] y, bien alejados, las corrientes del Rebas[89]. Entonces dieron reposo a sus manos rendidas, entonces, sofocados, a sus [700] pechos resecos, tal como, disipado el miedo del Averno, el Alcida y su compañero Teseo se dan, abrazados, pálidos besos, apenas llegados a las orillas de la luz[90].

Mas no se deshace el capitán del miedo y las preocupaciones, sino que, contemplando el mar, dice: «¡Ay, qué trabajo nos [705] ha asignado la suerte de los dioses! Aun cuando lleguemos un lejano día al Fasis y, afables, nos den el vellocino los colcos, ¿cómo huiremos de nuevo a través de estos montes?» Tales palabras derrama, sin saber que por imperio de Júpiter han quedado fijados y eternamente retenidos. Pues esto estaba establecido [710] por ley cierta del hado, si a través de ellos hubiera pasado alguna vez una nave, abiertas las olas.

Entonces los mares que habían sido infranqueables durante largos siglos se pasmaron ante la repentina nave, y se descubren todo el extenso suelo del Ponto y sus reyes y pueblos apartados. [715] En ninguna otra parte han reculado más lejos las costas ante el empuje de las olas; no, por mucha agua que revuelvan el Tirreno y el Egeo, son tantas las olas de las Sirtes gemelas[91]. Pues, además, la tierra amontona aquí también vastos ríos; no querría recordar los caudales que aporta el delta del Istro[92] de siete desembocaduras, los que aportan el Tanais[93] y el flavo Tiras[94] y el [720] Hípanis[95] y el Novas[96], y cuántas bahías desbordan las aguas de la Meótide[97]. Así con fluvial batallón ha quebrado la fuerza de la amarga sal el Ponto, por lo que cede ante los glaciales soplos de Bóreas y fácilmente se cuaja al comenzar el invierno[98]. Y, según encuentra el helor de la Osa ríos calmos o mares revueltos [725] desde el fondo, así el agua yace durante todo el invierno en el campo o se hiela encrespada con hinchada ola; y por un lado atosiga el Ponto a Europa con sinuosos golfos, por el otro a Asia, curvado a modo de arco escítico. Allí se ciernen siempre sobre la llanura del mar umbrosas nubes y un día no seguro, y [730] ni con el primer sol se deshielan las aguas profundas o cuando ha igualado la luz a las tinieblas primaverales[99], sino que tornan al fin a sus costas al ponerse el Toro[100].

Ya arriba la popa a las arenas mariandinas[101] e indaga, veloz, Equión, sobre el país y sobre su rey, portando el mensaje [735] de que han desembarcado varones escogidos de Hemonia (si es que ha llegado alguna vez la fama de tal nombre): que dé puerto a los marinos cansados. Corre a su encuentro Lico, encantado de oír hablar de los aqueos, y arrastra al Esónida y con él a toda la tropa a los regios techos, adornados hace poco con los trofeos bebricios, y afable habla así en medio de los griegos: «No es [740] por azar; por hado de los dioses creo que habéis sido traídos a mis costas vosotros, que abrigasteis el mismo odio y cólera contra la furiosa Bebricia y obtuvisteis sobre ese pueblo salvaje parejos triunfos: segura es la lealtad entre ánimos que asalta un [745] enemigo común.

Nosotros también, nosotros, alejados por tan gran extensión de mundo, hemos sufrido a Ámico, y mi hermano fue derribado sobre las crueles arenas[102]. Como vengador, completamente armado y encendido, me había presentado allí también yo, cuando a vosotros las velas tendidas os llevaban a través del mar. A él lo vimos bañado en podredumbre y sangre reciente, semejante a un monstruo marino sobre la costa. Y no me quejo de que se me haya arrebatado el destino supremo del tirano, o me alegraría de que hubiera sucumbido bajo la guerra y mis armas más de lo que me alegro porque ha caído castigado él mismo por su propia ley, y porque rezuman los guantes su sangre culpable». Toma la palabra el Esónida: «¿Tuyo era entonces aquel fuego en las montañas? ¿Vi tus ejércitos desde el mar?» Así habla, y mostrándole la prole de Júpiter, dice: «Aquí tienes a Pólux, a quien se las pagó con el detestado pecho». Él revuelve en torno al héroe sus ojos admirados. Después, celebran un banquete festivo en medio del palacio e invocan a los dioses comunes, con cuya anuencia fue devastada Bebricia, y disfrutan a la par de los votos cumplidos y del botín.

[1] Los amores de Hércules son «píos» porque permanecen obstinadamente fieles al recuerdo de Hilas a pesar de que este haya desaparecido, y no porque sean castos. Con todo, Valerio no ha querido incidir demasiado en la naturaleza erótica de la relación, disimulada también por Apolonio (I 1153 ss.) y manifiesta, en cambio, en Teócrito (*Id.* XIII), así como en Propercio (I 20) y en Marcial (*Epigramas* Xl 43, 5).

[2] Medea, «impía» porque traicionará a su padre Eetes para ayudar a Jasón.

[3] El dios Sueño o. quizás mejor, el mismo Júpiter.

[4] Revestido de cañas (cf. I 218) y otros atributos de las divinidades fluviales.

[5] La vida de Meleagro estaba ligada a la conservación de un tizón que las Parcas habían confiado a su madre Altea. Durante una encendida disputa por el reparto de los despojos del jabalí de Calidón. el Enida matará a sus tíos maternos, y entonces Altea, anteponiendo su despiadada cólera de hermana a su amor de madre, arrojará al fuego el fatal tizón para vengarlos (cf. OVID., *Met.* VIII 445 ss.).

[6] Predicción de la apoteosis de Hércules (cf. VIII 230 s.).

[7] Prometeo, condenado por Júpiter a sufrir encadenado a las peñas del Cáucaso el suplicio al que se hace referencia en los vv. 68 ss.: un gigantesco buitre (según otras versiones, un águila) le devora día tras día el hígado, que se regenera de noche para ofrecer nuevo pasto al monstruo a la mañana siguiente (cf. HES., *Teog.* 521 ss.). Mientras que Apolonio se había limitado a mencionar la tortura del Titán al paso de los Minias frente a las cumbres del Cáucaso (II 1247 ss.), Valerio narra en dos tiempos el episodio de la liberación (cf. 154 ss.), que había proporcionado el argumento al perdido *Prometeo liberado* atribuido a Esquilo.

[8] Prometeo es castigado por haber devuelto a los mortales el fuego que Júpiter les había arrebatado en pago por su injusticia (HES., *Teog.* 562 ss.). En cuanto a los «silencios» de la mesa divina, podría entenderse que el Titán sufre por haber revelado un secreto oído en el banquete de los dioses, como le ocurrió a Tántalo, pero no hay fuente que atestigüe tal cosa, como no sea un misterioso pasaje de Esquilo (*Prometeo encadenado* 231 ss.) en que el Titán afirma haber evitado (¿con una indiscreción?) la ruina de los mortales planeada por Júpiter (probable referencia al diluvio, mencionado por Valerio en VII 390 ss.).

[9] Río del infierno.

[10] El titán padre de Prometeo intenta salir de su cárcel infernal para hacerse oír por los Olímpicos (cf. I 564 n.), pero una de las Furias lo retiene.

[11] Iris, hija de Taumante y de la Oceánide Electra, es la mensajera de los dioses, identificada con el arco multicolor que une cielo y tierra.

[12] Prometeo es llamado así por ser hijo del titán Jápeto, del mismo modo que el Sol es llamado Titán por haber sido engendrado por el titán Hiperión.

[13] Orfeo.

[14] La fuente o cabecera del Océano, considerado por los antiguos como «génesis» de todos los dioses (HOM., *Il.* XIV 246) y como «padre de las cosas» (VERG., *Geórg.* IV 382).

[15] Las doce casas del Zodíaco.

[16] El arco iris, cuyos variados colores se consideraban nacidos de la oposición del Sol a las nubes.

[17] El Rodio mencionaba los establos de bueyes del rey de Bebricia, región situada en la ribera asiática de la Propóntide, justo al comienzo de su propia versión de este episodio (II 1), del que se ocupó también Teócrito (*Id.* XXII 27-134).

[18] Polifemo es presentado en este símil no como el bucólico cíclope enamorado del XI *Idilio* teocriteo (cf. I 136) sino como el brutal antropófago de la *Odisea* (IX 187 ss.; cf. VERG., *En.* III 628 ss.).

[19] Ninfa de Bitinia raptada por Neptuno, de quien tuvo a Ámico (cf. APOL. ROD. II 3 s.).

[20] Orión intentó atentar contra la castidad de Diana o contra Opis, una de las doncellas de su séquito, y por ello murió bajo las flechas de la diosa (cf. APOLLOD., I 4, 3) o bien por la picadura de un escorpión gigante que esta envió contra él, de ahí que la constelación de Orión o del Cazador (cf. I 647; II 507 s.) huya siempre de su

enemiga la del Escorpión (cf. Arato, *Fenómenos* 634 ss.). Con todo, la mención del Caos (cuya posible identificación con el firmamento sería muy inusual) podría aludir a la versión homérica, según la cual Orión estaba en los infiernos (*Od.* XI 572 ss.).

21 Neptuno reprocha a Júpiter que se valga de la superioridad que le da sobre él, su hermano, la primogenitura (cf. I 669 n.).

22 Equión porta el gorro y el caduceo propios de su padre Mercurio, el dios arcadio (Parrasia es la región sudoccidental de la Arcadia); pero estas insignias, que garantizaban la inmunidad a los heraldos, resultan inservibles en una región donde no se respetan los usos civilizados.

23 Localidad arcadia de ubicación incierta; Apolonio hace a Equión oriundo de Álope, otra ciudad de la región (I 51).

24 En efecto, Lico, que reina sobre los mariandinos en la costa meridional del mar Negro, acudirá con sus huestes a vengar a su hermano (cf. IV 745 ss.).

25 Por su emplazamiento sombrío, la negra gruta de Ámico se ve privada de la luz celeste, que es «don de los dioses».

26 El impío Ámico se mofa perversamente del intercambio de regalos, norma de hospitalidad religiosamente respetada por los griegos.

27 Peleo y Telamón.

28 Meleagro, oriundo de la ciudad etolia de Calidón.

29 Periclímeno, hábil boxeador (cf. I 388 ss.).

30 Pólux no va a tomar parte en un combate olímpico en honor de su padre Zeus, «Eleo» en calidad de patrón de los juegos panhelénicos celebrados en la Élide, ni tampoco va a luchar festivamente por un premio ante sus compatriotas espartanos, llamados «ebalios» por Ébalo, el padre de Tindáreo (cf. I 422 n.).

31 La cabellera serpentina de la gorgona Medusa, cuya cabeza cortada por Perseo había sido incorporada a la égida, que llevaba Minerva sobre el pecho. Valerio pinta aquí a Tifeo, el terrible enemigo de los dioses (cf. II 24 ss.), irritado, como Ámico frente a Pólux, por la aparente inferioridad de sus oponentes: un efebo afeminado como Baco y una muchacha como Palas.

32 Los caídos bajo los golpes de Ámico.

33 Promontorio del sudeste del Peloponeso.

34 Cf. I 647 n.

35 Belicoso pueblo de Macedonia, aliado de los troyanos en Homero (*Il.* II 848). Acerca de los lapitas, cf. I 141 n.

36 Cf. II 96 n.

37 Los guantes, que el púgil lleva todavía puestos cuando sus compañeros le sostienen en alto los brazos en señal de triunfo.

38 Invoca Cástor a la propia nave Argo, «fatídica» y obra del arte divina de Minerva, o bien a la encina de Dodona «guardiana» de la embarcación (cf. I 300 ss.).

39 Parece que el ritual del baño (y, quizás, el sacrificio) tiene como objetivo aplacar al dios marino Neptuno, padre de Ámico.

40 Bajo esta advocación era venerado Júpiter en sendos templos levantados sobre el Palatino y sobre el Quirinal.

41 Las aguas frías del mar Negro, de donde viene la corriente del Bósforo (cf. APOL. ROD., II 168 ss.).

42 La desventurada Ío, cuya historia se dispone a cantar Orfeo, cruzó el estrecho transformada en vaca, para acabar en Egipto venerada como Isis; de ahí el nombre del Bosforo («paso de la vaca»).

43 Los padre de Orfeo fueron Eagro, rey de Tracia, y la musa Calíope.

[44] Nuestro poeta sigue fundamentalmente la versión según la cual Ío es hija de Ínaco, dios del río del mismo nombre y primer rey legendario de Argos (cf. OVID. *Met* I 583 ss.), a quien denomina claramente «padre» en el v. 399; no se priva, sin embargo, de aludir (v. 353) a la variante del mito que consideraba a Ío hija del rey argivo Jaso o Jasio, descendiente a su vez de Ínaco (cf. APOLOD., I 3,4).

[45] Los pelasgos, que no deben ser confundidos con los enemigos de Cízico (cf. II 657), eran un pueblo mítico que había ocupado en tiempos lejanos la Tesalia y el Peloponeso; el gentilicio equivale, en sentido lato, a «griego».

[46] El Lirceo es un monte de la Argólide donde tiene el Ínaco su fuente. Juno está tradicionalmente muy ligada a la tierra de Argos, de la que es «señora».

[47] Puede tratarse aquí de un patronímico de Ío, hija de Ínaco, aunque Valerio suele emplear este adjetivo como gentilicio equivalente a «argivo» (cf. I 107; III 666; VIII 125, 148).

[48] Diana, identificada con la Luna.

[49] El entero cuerpo de Argos estaba cubierto de ojos según otras versiones (cf. HIG., *Fab.* 145), pero nuestro poeta, como Ovidio (*Met.* I 625 ss.), limita a la cabeza esta peculiaridad del terrible guardián.

[50] Las orillas de su padre Ínaco (cf. OVID., *Met.* I 639 s.).

[51] Fuente de la Argólide.

[52] La Meseide e Hiperia son dos fuentes situadas en Tesalia por Plinio (*Hist. Nat.* IV 29 s.), pero mencionadas en conexión con la ciudad de Argos por Homero (*Il.* VI 456 s.).

[53] Mercurio, enviado por Júpiter a librar a Ío de su guardián (cf. OVID., *Met.* I 668 ss.).

[54] La cabecera fluvial, o quizás la persona, de Ínaco.

[55] Isis, llamada Euploia («la de la buena navegación»), poseía un templo en la isla de Faros, y el faro mismo estaba adornado por estatuas entre las que, probablemente, destacaba la de la diosa egipcia identificada con Ío.

[56] Mientras que Apolonio (II 177) situaba a Fineo en la orilla europea del Bósforo, Valerio parece pensar más bien en la costa asiática, que es la que siguen los argonautas a lo largo de la Propóntide: era usual, por lo demás, la identificación de Tinia con la región anatolia de Bitinta (cf. escolio a APOL. ROD., II 672).

[57] La genealogía más común hace a las harpías hijas de Taumante y de Electra y hermanas, por tanto, de Iris (cf. HES., *Teog.* 265 ss.); sólo Valerio les da por padre a Tifón.

[58] Cf. IV 477 ss.

[59] Los argonautas Zetes y Calais, hijos del viento del norte.

[60] Rey legendario de Tiro, en Fenicia (cf. IV 632 s.); la genealogía de Fineo varía, como su historia, según las fuentes, pero Valerio se atiene a la versión del Rodio (II 237).

[61] Las harpías, monstruos voladores con rostro de mujer y cuerpo de pájaro, eran, según la tradición recogida por Hesíodo (*Theog.* 267), dos: Aelo («la tempestuosa») y Ocípete («la de vuelo veloz»). Celeno («la oscura») desempeña un papel destacado, por sus dotes proféticas, en la *Eneida* (III 245 ss.).

[62] Fineo fue rey de Tracia, por donde discurre el río Hebro, y estuvo casado con Cleopatra, hermana de los Boréadas.

[63] Los hijos de Bóreas son «áticos» por su madre Oritía, hija del rey de Atenas Erecteo.

[64] El crimen de Fineo consiste, al igual que en Apolonio (II 311 ss.), en haberse servido del don de la profecía para revelar a los mortales designios que los dioses querían ocultos. La negación de culpa con respecto a otros crímenes alude a la versión del mito según la cual Fineo había cegado a los hijos que había tenido con Cleopatra por instigación de su segunda esposa Idea, crimen que los Boréadas le hicieron pagar con la ley del talión (cf. APOLOD., I 9, 21; III 15, 3).

[65] Esta alusión a la procedencia infernal de las harpías parece remontarse a Virgilio (*En.* III 214 s.).

[66] Río del infierno.

[67] Los tesalios, en cuanto descendientes del héroe epónimo Hemón (cf. I 22 n.); por extensión, todos los Minias.

[68] Italia, la «tierra de Poniente» desde el punto de vista de los griegos.

[69] Referencia a la erupción del Vesubio que, en 79 d. C., sepultó las florecientes ciudades campanienses de Pompeya y Herculano. La idea de que las cenizas del volcán llegaban a lejanos lugares de Oriente, retomada hiperbólicamente por Silio Itálico (XVII 592 ss.), circulaba aún al final de la Antigüedad (cf. PROCOPIO DE CESAREA, *Guerra Gótica* II 4, 27).

[70] Islas del mar Jónico, situadas al oeste del Peloponeso. Apolonio (II 297 s.) explica que antes se las llamaba Plotas («Flotantes»), hasta que, a raíz del retorno de los Boréadas, se les cambió el nombre primitivo por el de Estrófades (islas «de la media vuelta»).

[71] El padre de las harpías profetiza las muerte de los Boréadas bajo las flechas de Hércules, que los matará porque han sido partidarios de abandonarlo en Misia (III 690 ss.; cf. APOL. ROD., I 1296 ss.).

[72] Nada ha dicho Valerio de que el banquete estropeado por las harpías haya incluido el sacrificio que se renueva ahora, pero parece darlo por sobreentendido; si, en su primera fase, se trataba de un sacrificio propiciatorio, en esta segunda debe de ser expiatorio, encaminado a congraciarse con Júpiter tras haber rechazado a sus servidoras.

[73] Es Valerio el único que aplica a las harpías este sobrenombre de las Furias (cf. SERVIO a VERG., *En.* IV 609).

[74] Rey de los mariandinos (cf. IV 733 ss.).

[75] Río con el mismo nombre que el de la corriente infernal (cf. IV 73), de cuyas terribles características lo hace participar nuestro poeta; Apolonio (II 734 ss.) lo situaba cerca de una entrada al infierno.

[76] Profetiza Fineo las muertes de Idmón y de Tifis, acometidos por súbita enfermedad (cf. V 1ss.).

[77] Promontorio de la costa meridional del Ponto, identificado con el actual cabo Kerempe (cf. APOL. ROD., II 360 ss.).

[78] Río de Anatolia que desemboca en el mar Negro, identificado con el actual Yeshil-Irmak (cf. APOL. ROD., II 367 s.).

[79] Parece que Valerio ha confundido aquí con un río el promontorio Ancón («Recodo»), situado por el Rodio (II 369) en la desembocadura del Iris.

[80] Famosísimo río de las Amazonas, pormenorizadamente descrito por Apolonio (II 970ss); se lo identifica con el actual Terme Çayi.

[81] Diosa de la guerra que figura en el séquito de Marte (cf. HOM., *Il*, V 592), identificada con Belona por los romanos.

[82] Minerva, armada con la cabeza de Medusa (cf. IV 239 n.).

[83] Los cálibes, habitantes de una tierra estéril, se dedican a trabajar fatigosamente el hierro (cf. APOL. ROD., II 374 ss.).

[84] La guerra fratricida entre Eetes y su hermano Perses, en la que tomarán parte los Minias del lado del primero (cf. III 492 ss.; V 259ss., 531 ss.).

[85] El épico flavio es aquí más ambiguo que Apolonio, cuyo Fineo invitaba claramente al Esónida a buscar la ayuda de Afrodita, la diosa del amor (II 423 ss.).

[86] Minerva.

[87] Recuerda el poeta al lector el futuro catasterismo de la nave Argo, anunciado ya en el proemio del poema (I 4; cf. I 304).

[88] La costa donde se alza el cabo Negro, mencionado por Apolonio (II 349) e identificado con el actual Kara Boroum.

[89] Río de Bitinia (cf. APOL. ROD., II 349), identificado con el actual Riva.

[90] Hércules había aprovechado su descenso al inframundo, de donde debía traer al can Cerbero, para liberar a Teseo, que permanecía aprisionado allí tras haber bajado por su propio pie con la intención de raptar a Prosérpina (cf. SÉNECA. *Hércules furioso,* 646 ss.). Ya antes ha evocado Valerio mediante un símil las penas sufridas por Teseo en los infiernos (II 193 ss.).

[91] Bajíos de arena muy temidos por los marineros frente a las costas de Libia. Valerio se hace aquí eco de la idea de que el mar Negro era el mayor de los mares del mundo conocido, de ahí su nombre de Ponto con mayúscula: «el Mar» por excelencia (cf. ESTRABÓN, I 2, 10).

[92] El Danubio.

[93] El Don.

[94] El Dniéster.

[95] Desembocan en el Ponto dos ríos de este nombre, si bien parece que, en este contexto, marcado por la relación de los ríos de Escitia hecha por Heródoto (IV 47 ss.), se refiere Valerio al actual Bug, que pasa por el sur de Rusia, y no al Kuban, el Hípanis que desciende del Cáucaso mencionado más adelante (VI 147).

[96] Río de difícil identificación cuyo nombre, no documentado fuera de Valerio, podría referirse quizás al Noes, un afluente del Istro mencionado por Heródoto (IV 49, 4).

[97] El mar de Azov.

[98] El agua del Ponto Euxino, endulzada por los numerosos ríos que en él desembocan (cf. OVID., *Pónticas* IV 10, 59), se hiela más fácilmente de lo que suele hacerlo el agua salada del mar.

[99] En el equinoccio de primavera.

[100] La constelación de Tauro, que deja de ser visible durante la segunda mitad de mayo.

[101] A la región situada en la ribera meridional del Ponto al este de Bitinia, donde habitan los mariandinos bajo el acogedor cetro del rey Lico.

[102] Cf. IV 161 ss.

LIBRO V

Muerte de Idmón y de Tifis en el país de los mariandinos (1-62). Ergino es designado piloto (62-72). La Argo costea la ribera sur del Ponto Euxino (73-112). Encuentro con los compañeros de Hércules, que han luchado con éste contra las amazonas (113-139). Navegación (140-153). El Cáucaso; Hércules libera a Prometeo (154-176). Llegada a la Cólquide; el Fasis y la tumba de Frixo (177-216). Segundo proemio (217-224). Narración retrospectiva de los portentos relacionados con el vellocino y del estallido de la guerra civil entre Eetes y su hermano Perses (224-277). Juno decide que los argonautas se alíen con Eetes (278-296). Primera noche de Jasón y de los suyos en la Cólquide (297-328). Encuentro de Jasón con Medea a la orilla del Fasis (329-398). Entrada de los argonautas en la ciudad; descripción del templo del Sol (399-454). Encuentro con Eetes; el rey promete entregarle a Jasón el vellocino si los argonautas le prestan ayuda contra Perses (455-557). Banquete en palacio con los aliados de Eetes (558-617). Disputa entre Marte y Minerva; Júpiter revela los destinos de Eetes y de Perses (618-695).

La luz del día siguiente no emergió en el Olimpo gozosa para los varones: el argólico Idmón cae bajo enfermedad y hados rapaces, no desconocedor de que tocaba entonces al fin de su edad. Mas el Esónida, acordándose de que Fineo había hecho [5] profecías ya demasiado verdaderas, teme por tanto, una vez arrebatado Idmón, otro duelo[1]. Entonces rindió al compañero las pías honras de rigor, y le da el manto recamado con mucha arte del rey dolionio[2], y el huésped Lico tierra y sepulcro. Llorando retiró de lo alto de la nave Mopso las armas de Idmón. Talan robles unos en las selvas y los llevan a la pira, otros ciñen [10] la cabeza del augur con blanco follaje[3] y con las ínfulas, y lo lloraron puesto en el féretro; y a todos amonesta su propio día[4].

He aquí que entre las lágrimas y los últimos homenajes de los hombres lleva una violenta peste a Tifis, en cuyas manos [15] está el rumbo y el mando de la quilla, y, atónitos por el pavor, elevan todos juntos a los astros afligidas voces: «¡Vuélvete hacia nosotros, te lo ruego, ahora al fin, Arquipotente Apolo[5]! ¡Esta, padre, esta cabeza remédianos, si es que te mueve cuidado [20] alguno de nuestro trabajo, que se halla en un paso crucial y depende ahora todo de unas solas manos!». Daban palabras al viento, y no movían los hados debidos.

Como pequeña tropa de hijos llora a un padre cargado ya de la suerte que se precipita, y trépidos ruegan que les dure, desvalidos [25] como están y necesitados aún de progenitor, no de otro modo quieren en el momento supremo los camaradas que sobreviva Tifis antes que los demás. Apremia, empero, la muerte frígida, y revolotea en sus ojos Idmón recientemente fallecido. En vano retardan los Minias al exánime con su clamor y se niegan [30] a que les sea arrebatado; a duras penas pusieron al fin los rígidos miembros en la pira, y llevan lágrimas y homenajes vanos a las llamas; crece con las ofrendas el acervo funeral. Mas, cuando rompieron rendidos los últimos abrazos y crepitaron las voraces antorchas, entonces les pareció que se quemaba la misma nave, y que dejaba a sus hombres en medio del ponto.

[35] No lo soportó el capitán esonio al ver arder los queridos cuerpos en piras gemelas, sino que desde lo hondo del pecho profiere con su voz tales gemidos: «¿Por qué son de repente tan hostiles los númenes? ¿Qué castigos han merecido nuestros trabajos? [40] Dos funerales (¡horror!) me surgen a la par en toda la costa. ¿Tan grande y numerosa es la muchachada de mis compañeros? O me arrebata los camaradas un negro día o yo mismo los abandono impulsado por las Furias malhechoras. ¿Dónde está Tifis? ¿Dónde Idmón cantando los hados? ¿Dónde aquel que estaba a la altura de su

monstrífera madrastra[6]? Sin ti, [45] Tespíada, ¿removeremos en adelante nosotros mar alguno? ¿Y no te veré avizorando desde lo alto de la popa el grupo de las Pléyades y las Osas que guían de noche? ¿A quién entregas los Minias y la querida nave, a quién las estrellas? ¿Quién invita ya a Esón a disfrutar de noches tranquilas? ¿Para esto nos ha servido tu trabajo, para esto tus ojos privados tantas veces del dulce [50] sopor y tu mente muy angustiada por la cercanía de los colcos? ¡Ay, cuánto se ha alejado el Fasis, cuánto Ea! Ahora también, si en tenue espectro sobreviven los cuidados, asístenos, te lo ruego, como sombra conocedora del cielo futuro, y aconseja al piloto de tu nave». Cuando esto hubo dicho, vio los [55] solos huesos de los héroes entre llamas que se apagaban. «Único consuelo que a pesar de todo nos queda en riberas extrañas», dice, «no divida esta tierra las queridas sombras, y ni en túmulos ni en urnas separados cubra sus huesos, sino juntos, como con hados unidos os hicisteis a la mar». Sin demora, mezclan [60] los camaradas las reliquias y los llorados nombres. Después se acumula tierra frondosa de vivo césped, y encomienda a Lico las cenizas Jasón.

Están todos afligidos, y no aciertan a decidir de quién será la mano más segura que pueda gobernar la nave. A la vez lo pedían Anceo y el hábil Nauplio. A Ergino llama por monición del [65] hado la mismísima encina[7], y tornaron a los remos los pilotos vencidos. Y, como aquel toro en el que ha recaído la soberanía del rebaño avanza triunfante (a este solo pasa todo el honor, a este todo el amor), así en los primeros momentos emprende alegre [70] el piloto su ruta. Y, en efecto, le ofrece la clara noche una Hélice[8] segura. Ya la proa había removido el mar y ya, posada en la popa, *** había despedido el ancla a la tierra.

Después, bajo el empuje del Noto, pasa de largo por las tristes [75] riberas de la Aquerúside[9] y por el Calícoro[10] célebre por las noches festivas de Lieo. Y no es creencia vana: en estas ondas lavó Baco tirsos rezumantes de sangre oriental. De él, que tras las batallas y la expedición a los últimos confines del mar Rojo movía aquí los tíasos parados, aquí el bronce, y ceñía [80] sus húmedos cuernos con una ínfula de pámpanos, aun ahora os acordáis, aguas, cual lo habrían querido ver la tíade beocia y el infeliz Citerón[11].

La ímproba Fama vuela ya entre tanto por los manes remotos y los llena de las magnas glorias de sus hijos, repitiendo que [85] ya a los mares se han añadido mares, que ya son francas las Cianeas. Arden en deseos de alzar sus ávidas miradas aquellos a quienes toca aún la piedad familiar o la émula hombría. Los hados permanecen inmotos; a uno solo, que en aquella costa está enterrado, envían a presenciar el espectáculo de la cara tropa. [90] Va Esténelo[12]. Cual lo vio la amazona hija de Mavorte, y como lo enterró el Alcida a él, su compañero, con sus propias armas, tal se alzó surgiendo del terraplén de su tumba costera. Refulgieron las olas, como si un gran sol alzara su orbe o desalojara de un golpe una nube el firmamento. Y, apenas visto el espectáculo por los

hombres, se lo llevó al punto la noche con [95] su negra sombra. Él, doliente, se dirige de nuevo al profundo Caos. Mientras se pasma Mopso de todo aquello, divisa a lo lejos el túmulo en la misma orilla, y, cubriéndose la cabeza, ofrece vino a las cenizas después de invocarlas. Además, ejecuta ritualmente el capitán odrisio cantares que aplacan a los manes aparecidos, y toca la lira combinándola con su voz y deja el [100] nombre a aquellas arenas[13].

Más profundamente recibe después los vientos la nave y huye de la costa toda de Crobíalo[14] y del Partenio[15] negado a ti, Tifis, por los hados, río que, según se cree, es el más devoto a Trivia de todos, y más grato a la diosa que las ondas del materno Inopo.[16] Luego también pierden de vista enteramente las alturas [105] de Cromna[17] y el pálido Citoro[18] y a ti, Eritía[19], con quilla veloz. Y ya de nuevo traía la noche el firmamento: rozan el alto Carambis[20] y tiembla en el piélago la sombra de la gran Sinope[21]. Abrazando golfos asirios, se yergue la opulenta Sinope, antes [110] ninfa que había burlado los blandos fuegos de Júpiter, inamovible frente a pretendientes divinos: no fue el único engañado por fraude de la diosa amada el Halis, ni el único Apolo[22].

Les añadió aquí la fortuna con benigno azar como compañeros a Autólico y a Flogio y a Deileonte[23], varones que habían [115] seguido las armas de Hércules. Allí los había detenido su errante vagabundeo. Cuando vieron una tripulación griega y una popa pelasga, corren veloces a la orilla, y ruegan que los tomen como camaradas. Se alegra el capitán de que se sumen nombres [120] nuevos, y de que corran ya para él los remos abandonados. Quedan atrás el Halis y el Iris[24], que fluye con largos meandros, y el Termodonte, que revuelve sus fieros rumores en medio del mar, río consagrado a Gradivo y riquísimo en despojos, al que ofrenda caballos, ofrenda votivas segures la doncella[25] cuando torna por las Puertas Caspias[26] arrastrando en ingente [125] triunfo al masageta[27] y al medo[28]. Son progenie verdadera de la sangre, es padre de ellas el dios[29]. Por esto se apartan más mar adentro los hemónidas, y no desprecian las advertencias de Fineo[30]. El capitán, vuelto por su parte hacia los rostros de los nuevos compañeros, les dice: «Vosotros recordadme ahora las luchas y las armas vencedoras de mi Hércules, y entre tanto [130] vuestras empresas en la costa de Marte». Así habló, y con corazón doliente escucha en silencio hablar de los carros y de los trabajos de la guerra contra las doncellas, cuál fue la primera que cayó abandonado el freno, a cuál llevó moribunda entre sangre el paterno río, cuál huyó con el costado desnudado de [135] la rodela y los hombros del carcaj, herida luego por golpe de la saeta de Hércules, y cómo aguijonearon a las tropas armadas de segures la Ira y el padre que las habría de llorar, cuánto terror en la capitana misma, qué furia en las banderas, con qué oro ardía su tahalí[31].

Hacia el final de la noche se oye desde ocultos antros de la [140] tierra el trabajo insomne de los cálibes: fatigan las armas, Gradivo, tus agricultores[32]; resuena aquella

tropa creadora primera de la guerra, cruel contra las tierras todas. Pues, antes de que [145] excavasen los duros lechos del hierro desconocido e inventasen las espadas, erraban débiles los Odios sin armas y las Iras sin recursos e inerte la Erinis. Aquí dejan a sus espaldas el peñón de Júpiter Geneteo[33], allá los verdes lagos de los tibarenos, donde la embarazada le ciñe a su marido la desidiosa mitra y, después del parto, ella misma lo cuida[34]. Vosotros también admirasteis [150] las velas de la quilla no conocida, mosinecos[35], y vosotros, macrones[36], desde vuestros altos establos, y vosotros, biceres[37] nómadas y costas llamadas con el nombre de Fílira[38], que golpeó Saturno con casco equino.

Se ven después el golfo último y el cruel cubil de Prometeo, [155] el Cáucaso que se alza hacia las frías Osas. Aquel día había llevado por casualidad allí también al Alcida, que atajaba entonces los destinos titanios[39], y ya, arrancándolas por la fuerza en todas partes con estrago de la vieja escarcha, había desclavado de las profundidades de las rocas las ásperas cadenas que [160] aferraba con su mano, alzado y apoyado en el pie izquierdo. Resuena el enorme Cáucaso, y a la vez con la cumbre del monte se desplomaron, en pos de ella, los troncos, y se desviaron del ponto los ríos. Se produce un fragor, como si golpease las ciudadelas etéreas desde lo alto Júpiter o la mano de Neptuno las [165] profundidades de la tierra. Se estremeció la inmensa costera del Ponto, se estremeció todo el país ibero que se extiende hacia Armenia[40], y, sacudido el mar hasta el fondo, temieron los Minias las Cianeas que habían dejado atrás. Entonces se oyó con chirrido más cercano el acero, y el apretado sufrimiento del monte al serle arrancadas las rocas y el Titán, que vociferaba [170] pesadamente mientras se le desclavaban los miembros de las peñas a las que estaban fijados. Mas siguieron su camino, por su parte, los camaradas sin enterarse de lo que sucedía (pues ¿quién creería que se encontraba ahora en aquellos montes el Alcida, o retomaría esperanzas abandonadas?). Tan sólo se maravillan desde alta mar de que se cubran las costas de nieve desprendida y de las peñas rotas, y a la vez de la enorme sombra [175] del ave moribunda por encima y de las auras que rocían con negro aguacero.

El sol inflamaba de más cerca las aguas, y la última luz había empezado ya a mostrar a los marineros rendidos sus deseados Colcos, donde con espumosa desembocadura corre el gran Fasis al mar que tiene enfrente. Todos a la par reconocen los [180] lugares debidos y recuerdan las señales y los pueblos que por orden han pasado, y dan la nave al río. Al mismo tiempo Palas, plena de éter corusco, y Juno detienen su tiro de corceles de alado casco.

Y, mientras penetra el capitán por la embocadura con pesado batir de remos, ve los meandros bordeados de chopos y sobre [185] las riberas verdeantes del río, en medio de un terraplén, el túmulo de su pariente Frixo, junto a quien se yergue como compañera infeliz, esculpida en mármol de Paros, su hermana, afligida de miedo a la cruel madrastra

por aquí, al mar por allá, y temerosa de poner las palmas sobre la res. Manda entonces a [190] sus camaradas que se detengan y echen amarras por primera vez aquí, como si entrase en Págasas y en el patrio río. Él mismo, ofreciendo ritualmente en pesada pátera libación de sagrado Baco, invoca a la sombra y así habla a los altares: «Por mi linaje y mis trabajos parejos a los tuyos, Frixo, te lo ruego, dirige [195] tú mi empresa y guárdame en estas riberas, a mí que con proa presurosa he sufrido tantos mares, tantas estrellas. Frixo, otórgame tu favor, y acuérdate de la patria tierra. Tú también ahora, vanamente sepultada en túmulo vacío, consiente, diosa [200] del mar, y únete al número de los tuyos. ¿Cuándo seré yo llevado de nuevo a través de ti? ¿Cuándo reconocerá el vellocino Sesto[41] y las infaustas olas? Vosotras también, selvas, vosotras, riberas de la Cólquide hospitalaria, descubridme dónde brilla la rica piel en el árbol sagrado. Entonces a ti, prole de Júpiter fecundo, [205] nacido bajo el cielo nivoso de la diosa árcade[42], Fasis, con tal que sufras con río quieto la nave de Palas, no te faltarán ni ofrendas ni altares en mi tierra: te aguarda, Fasis, una veneranda efigie de tu corriente, a la manera del magno Enipeo y del [210] padre Ínaco, cuan grande yace en dorado antro». Había dicho, e inmediatamente, invertido el rumbo sin concurso de la diestra del piloto, viró la nave la proa con presagio seguro, mirando hacia la desembocadura del río y hacia el ponto. «¡Como prometes y como nos llamas, tornaremos!», dice. Después de haber rogado así, manda a sus camaradas desembarcar las armas de la [215] encumbrada popa. Se echó mano a continuación de los dones de Baco y, a fin de que los refuerce para todo lance, de Ceres, y aplastan en larga fila las orillas verdes.

Empieza ahora otros cantos, diosa, y refiere las guerras del capitán tesálico por vosotras contempladas. No la mente, no me [220] basta esta boca. Llegado hemos a las furias y a la nefanda alianza de una hija y a la popa trépida bajo la horrenda doncella; impíos combates surgen ya en monstríferos campos[43].

Antes los ardides, antes contaré, empero, las mañas del desleal Solígena[44], de que lo engañaran merecedor y merecedor de que lo abandonaran, cantando a partir de aquí: en la ciudad escítica del Sol, había colmado ya Frixo, anciano, los destinos de [225] una vida trabajosa. En las postrimerías de su funeral, apareció de repente una admirable llama del firmamento y el carnero con gran constelación, moviendo los mares todos[44 bis]. Mas el vellocino lo había dejado el propio Frixo en la umbría de Marte como monumento insigne de su peligro, abrazado a una encina con su [230] ardiente metal. Y una vez, durante las horas de una tácita noche, fue visto con enorme figura, y aterrorizó a su suegro la gran voz proferida: «Oh tú, que, cuando había huido yo de mi patria y buscaba una casa, consentiste que me estableciera en estas moradas, [235] y me hiciste luego tu yerno ofreciendo a tu hija, entonces te están deparadas la caída del reino y el luto, cuando haya sido robado el vellocino al bosque dormido. Por lo demás, esa Medea que, consagrada a la Diana infernal[45], guía ahora castos coros, vaya prometida al encuentro

de cualquiera de sus pretendientes, [240] no permanezca virgen en los reinos paternos». Dijo, y le pareció que a la vez le entregaba la piel fatal tendiéndole la mano, y que entonces, brotado del oro imaginario, corría un fulgor por los artesones de lo alto del techo. Arrebata él sus miembros a la cama temblando, y ruega al numen paterno y a los carros que [245] surgían de la costa oriental: «Correspóndate esta tutela de mis destinos, padre que todo lo ves: esparce ahora tu luz sobre la tierra, tu luz sobre el mar entero. Si maquina ocultos ardides mano de los nuestros o extranjera, sé el primero en anunciármelo. Tú también, para quien rutila el vellocino en la encina consagrada, [250] Gradivo, monta guardia. Presentes en el bosque resuenen armas y trompas, y tu voz se haga oír durante la noche». Apenas había acabado cuando, bajada de los montes caucáseos no sin [255] designio del dios, una sierpe enlazó el ramaje[46] entero con sus espiras desplegadas, y dirigió su mirada al mundo griego. Vigila, pues, Eetes, para evitar el cumplimiento de todas las amenazas y de la predicción de Frixo, y Medea, no aún en la plenitud de su mocedad, es prometida virgen al tálamo del tirano albano[47].

[260] Entre tanto, con augurios y portentos amenazantes aterroriza a la ciudad el dios[48], que siempre advierte de antemano, y fueron dadas señales de la calamidad venidera; manda el sacerdote que sea devuelto el vellocino de perdición y que se envíe, infausto, a la tierra hemonia. Pero el hijo del Sol, revolviendo en su corazón inquieto los mandatos de Frixo, se niega, y no se [265] cuida del vulgo el tirano con tal de que esté a salvo su seguridad. Entonces, el más cercano al rey por su rango y hermano suyo de sangre materna[49], Perses, increpa a Eetes; lo sigue la turba, que en él ha encontrado un caudillo. Eetes, furioso, se precipita desde su alto solio y azuza a los padres; y a él mismo, como a quien [270] con tales osadías siembra ya para sí la esperanza del poder apoyándose en la ligereza del vulgo, lo acomete con la espada. Se da enseguida a la fuga Perses portando las crueles marcas, y golpea con sus rumores toda la Osa[50]. Y ya se había presentado con muchos miles de soldados de reyes ante la ciudad, y, frustrado en los primeros combates contra las murallas enemigas, [275] había acampado allí. Se habían destinado a incinerar a los camaradas en uno y otro bando aquel día y el siguiente, cuando, con Marte en tregua, el capitán tesalio que debía venir arribó a las riberas eeas.

La noche, apiadada del linaje humano y de sus duros trabajos, había devuelto el anhelado silencio a las tierras cansadas. [280] Mas Juno y la doncella hija del sumo Júpiter[51] compartían entre sí íntimos designios y varios cuidados en sus pechos. Dice primero la doncella: «¿A quiénes atacaremos a la par con magna mole? Ves qué combates ocupan a los colcos y cuál es ahora su estado. De un lado Perses, del otro Eetes con fuerzas no iguales se prepara a la batalla. ¿A qué armas nos unimos?». Le [285] responde Juno: «Abandona el miedo de que vaya yo a rechazar a partir de aquí los combates que te son gratos. *** Aguarda a la égida sudor y sudor ya a nuestros corceles.

Está decidido en mi pecho aliar mis manos con Eetes. Sé que el corazón del rey [290] es pérfido ciertamente: no pagará a los Minias recompensa alguna. Pero entonces yo misma moveré otros ardides, otros planes». «Así sea, te lo ruego, pues debo yo acompañar tu poderío», dice Palas, «a fin de que sea posible devolver a la tierra griega la cabeza esonia y colocar al fin en nuestro cielo la asendereada [295] popa, que nosotras mismas hemos construido». Tales designios tramaban entonces los dioses de lo alto por la gloria de los hombres.

Mas nunca pasaron los Minias, temerosos, noche más triste o con tanto miedo. Nada se había hecho, sin duda, con haber encontrado el Fasis, nada con haber domeñado las olas de las Simplégades, y aún todo, hasta que llegaran a la ciudad del [300] magno rey, era ambiguo, y pendía de una incierta suma de cosas. Sobre todo al Esónida lo arrebata su mente incierta a través de varios remolinos, mientras fluctúa entre preocupaciones e idea muchos proyectos nuevos. Como cuando desde su alta ciudadela corusca Júpiter moviendo las Pléyades y lluvia mezclada [305] con estruendos y nieve que hace temblar, cuando el campo todo desaparece bajo canas aguas, o las magnas puertas de la sanguinosa guerra u otros comienzos de destinos para los rudos pueblos, así entonces con movimientos diversos de aquí para [310] allá golpea su pecho, dubitante, el capitán con abundante gemido, y anhela ya el almo lucero y al fin las horas del peligro cierto. Entonces, vuelto hacia los rostros de sus hombres, fijos en el suelo y atentos en reunión silenciosa, dice: «Lo que primero deseasteis en vuestra enorme y osada empresa y lo que [315] hizo temblar a la edad de los ancestros: aquí estamos, ea, y hemos nadado a través de los mares tanto mundo. Ni los mil caminos del piélago ni la fama de que el Solígena Eetes reinaba justo bajo la Osa nos han engañado. Así que, cuando la luz se esparza sobre el profundo mar, debemos dirigirnos hacia los [320] techos de la ciudad y sondear la mente del tirano desconocido. Accederá él, creo, y no es por cierto lo que pedimos algo que no se pueda conseguir. Si en cambio rechazase, soberbio, los ruegos y las palabras, endureced ya ahora vuestros ánimos para la repulsa, y decidamos más bien por qué camino llevar de vuelta el vellón a la tierra patria: fuera siempre los escrúpulos en los [325] aprietos». Había dicho, y elige por sorteo a aquellos que han de acompañarlo a la ciudad escítica y salen nueve de entre el número total de los tripulantes. Enseguida recorren el camino por donde se extiende la muy cercana llanura del campo Circeo[52], y buscan al rey tornada ya la luz.

Por casualidad Medea, aterrorizada durante la noche por varios [330] portentos de los dioses, una vez que había visto al fin expulsadas las tinieblas, arrebatada a la cama marchaba hacia los rayos aplacables del primer Febo y hacia el río que lustra las noches horrendas. Pues, mientras un profundo reposo oprimía en los callados aposentos sus miembros dormidos, y no había preocupación alguna en la doncella, le pareció que salía, pávida, [335] de los castos bosques de Hécate, y, en tanto que busca el rostro de su pío

padre, se alzó encrespado en medio el ponto, y ella se quedó estupefacta por la profundidad ingente en derredor, mientras que su hermano intentaba, con todo, seguirla. Luego había visto a unos niños paralizados de miedo ante la matanza inminente, y a sí misma que, temblando, empapaba de sangre sus manos y rompía a llorar de sus ojos[53]. Turbada por estas amenazas, se dirigía a las corrientes y a la ribera del Fasis acompañada de un grupo de escítides de su edad. Cual, por las cumbres floridas del primaveral Himeto o bajo el peñón sículo[54], guió Prosérpina los coros pegándose por aquí a los pasos de Palas, unida por allá a su querida Diana, más alta que el grupo de sus compañeras, de las que ninguna podía con ella competir, antes de que palideció y de que su belleza toda se perdió a la vista del Averno[55], tal era con sus ínfulas y con la luz de dos teas gemelas[56] la Colca, que no odiaba aún a sus desventurados padres. Cuando en lontananza, desde las gélidas ondas del río remoto, vio la primera avanzar hombres con callado paso, se paró y le habló así a su nodriza con afligido temor: «¿Qué tropa es esta que, como si a mí se dirigiese con marcha cierta, madre, llega no conocida jamás por sus armas, no por su atavío? Busca una huida, te lo ruego, y escudriña en derredor florestas seguras». La escuchó la guardiana longeva de su virgíneo pudor, Henîoque, a quien había sido confiada la educación de su edad primera; tranquiliza entonces a su trépida alumna, y la anima con sus palabras: «No se te acercan amenazas de enemigo ni violencia alguna ni miedo: veo ya ropones flámeos de púrpura extranjera, ya ínfulas y fronda de mansa oliva. Un griego se presenta, así es todo parecidísimo a Frixo el griego».

Así dice. Mas Juno, puesto que el cuidado larguísimo y los magnos trabajos han roído la hermosa robustez del capitán, lo baña con grandeza nueva y luz de rósea juventud. Ya a Tálao y ya al Ampícida y a los Tindáridas de astro en cabellera supera él con egregio rostro. No de modo diverso a como cuando en el otoño más afila Sirio[57] sus fuegos, y cuando se enciende con cruel oro la noche melenuda de antorchas lucíferas, palidece el Árcade[58] y el ingente Júpiter[59]; mas que él no brillara en tan extenso cielo querría el agro, querrían los ríos con sus fuentes ya cálidas. La princesa, aunque el pavor le quita el respiro mientras calla con atónito rostro, lo admira sin embargo, y, tras retroceder unos pocos pasos, se pasmó ante el solo capitán. Y no menos él, entre tantas compañeras del desconocido rebaño, se fija en una sola, y siente que es la guía y señora del grupo. «Si diosa, si gala del magno Olimpo te presentas aquí», dice, «estas creo yo las antorchas, este el rostro de la doncella Diana, y, libre de los nudos de la aljaba, en tanto que gozas de paz, te llevan a sus ríos las ninfas caucáseas. Si tienes casa en la tierra y aquí el origen de tu familia, feliz por tal prole tu padre, y más afortunado un día aquel que te lleve y te una a sí por largos años. ¡Mas presta socorro, princesa, a estos hombres! Nosotros como muchachada extranjera llegamos, próceres de los griegos, en busca de tus techos. Llévanos, te lo ruego, ante el rostro de vuestro tirano,

quienquiera que sea, y muéstranos tú la primera el momento y la manera de hablarle. Pues a mí, angustiado y desconocedor de estos parajes, un dios te ha dado, pongo [390] en tus manos nuestros ánimos y todo lo nuestro». Dijo, y se quedó aguardando a Medea, que temblaba. Tras haber dudado un poco con virgíneo miedo, comenzó ella a su vez: «Aquel a quien buscáis es Eetes, mi padre, y cerca están las mismas murallas, si puedes distinguir las sendas naturales. Con esta como [395] guía marchad, pues las otras entradas las asedian un campamento enorme y un enemigo impío». Esto había dicho, y tuerce su camino hacia el patrio río y celebra, suplicante, ritos inútiles en honor de la Noche terrífica.

Él, por su parte, apresura inmediatamente el camino iniciado bajo la guía de la sierva, envuelto en una nube; y no permite la [400] regia Juno que el varón sea visto, a fin de que no le llegue antes a Eetes la noticia. Y ya se encontraba sin ser visto entre el pueblo y en medio de la ciudad cuando su compañera comenzó a hablar: «Hemos llegado a los altares del padre Febo», dice, «aquí al santuario paterno según es costumbre vendrá ya el rey, [405] aquí oye a los próceres y a los pueblos que ruegan, bien dispuesto hacia sus alegatos: su padre, presente, le inspira lo justo». [406]

Había dicho. Mas ellos ganan apresuradamente los umbrales [426] que les ha mostrado. No de otro modo que si llegaran al [407] rostro del dios radiante y a las verdaderas ciudadelas de la eterna luz, tal resplandor brilla por los techos. Se yergue el férreo Atlas[60] en el Océano, y una ola hinchada se rompe contra sus [410] rodillas. Mas por el medio de las espaldas del viejo conduce rápidamente el mismo Sol, alto, sus caballos brillantes, y despliega el día en el corvo Olimpo. Detrás lo siguen su hermana[61] con rueda más breve y las Pléyades, densas y rezumando fue [415] gos de sus melenas empapadas. Y no menos dirige desde aquí sus ojos el capitán, regocijado por la variada imaginería del templo, hacia los batientes gemelos[62], contemplando aquí la cuna y los orígenes del pueblo colco, cómo por primera vez llevó el rey Sesostris la guerra a los getas, cómo, atemorizado por la derrota de los suyos, devuelve a unos a Tebas y al patrio [420] río, establece a otros en los agros del Fasis y manda que se llamen colcos[63]. Echan estos de menos Arsínoe[64] y los recreos alegres de la tibia Faros y el año sin lluvias feraz[65], y ya mudan el lino por las bragas sarmáticas. Persigue en los patrios montes a [425] Ea[66] el bárbaro Fasis, furioso de amor. Lanza ella su pávida aljaba [427] turbada por virgíneo miedo, y ya desfallece en sus carreras de aquí para allá y el dios la enlaza, vencida, en una onda volante. Lloraban al joven Faetón convertidas en chopos sus hermanas, [430] y una negra masa caía a la trépida corriente del Erídano[67]; mas a duras penas recoge Tetis[68] el yugo y el eje esparcido y a Piroente[69], que teme el dolor del padre. También había cincelado Mulcíber[70] con arte presaga el vellocino de oro y a los aquivos que un día habrían de llegar. Es enramado el pino de Págasas [435] por la segur

de Argo, y la misma diosa pone en movimiento los remos, la misma las jarcias; ella misma sube y, como capitán, llama a los batallones con diestra desnuda[71]. Se levanta el Noto y una sola nave se ve en toda la mar profunda; se gozaban con el cantar odrisio las focas. Aparecen trépidos por la embocadura [440] del Fasis los colcos, y la princesa[72] que deja lejos a su padre clamante. Del otro lado estaba una ciudad ceñida por pontos gemelos[73], donde había fiestas y cantos y teas nupciales por la noche y un yerno regocijado por el regio lecho; él abandona [445] a la primera: lo observan desde un pináculo las vengadoras Diras[74]. Desfallece en su tálamo la esposa y, trastornada por la rival, prepara el manto y el regalo funesto de la corona incrustada de gemas, tras haber deplorado consigo misma sus anteriores trabajos. Con tal presente se adorna la rival junto a los patrios altares, infeliz, y, presa de rútilos venenos, envuelve en [450] fuego las moradas[75]. Estas maravillas les había fabricado el Ignipotente a los colcos cuando aún no sabían qué trabajo era aquel, o quién corta con sierpes alígeras las auras, rezumando sangre de la matanza[76]. La detestan, sin embargo, y apartan la mirada.

[455] También a los Minias los había dejado clavados la misma confusión de los relieves, cuando el hijo del Sol entra en el santuario de su padre. Está al lado su hijo Absirto en sus años primeros, digno de su abuelo y de que a él, inocente, lo aguardaran mejores destinos[77]. Después su yerno Estiro, que había [460] venido de las riberas albanas, mas había retardado la guerra las bodas. Después los Eólidas Frontis y Argo y su hermano Melas, a quienes engendró el forastero Frixo, y a la par Citisoro armado de lanza ligera[78]. Después los demás, aquellos a quienes la tierra titania elige con honor señero padres[79], y los reyes movilizados para las batallas. Aquí hace señal a sus camaradas y [465] rompe la niebla Jasón, que tiene cara de estrella; nueva luz se derramó sobre los citeos[80]. Se agrupan y rodean a los hombres y les preguntan qué han osado o qué traen. Después que ve a las multitudes boquiabiertas ante sus primeras palabras y que ha cesado ya el rumor, Jasón, más cerca del sorprendido tirano, [470] comenzó a hablarle en tales términos: «Rey Hiperiónida[81], a quien los dioses dispusieron que buscáramos a través de tantos mares y juzgaron digno de la primera quilla, si alguna vez solía Frixo, nacido en nuestro mundo, mencionar aquí una cierta Tesalia, si a unos ciertos pelasgos[82], estos que estás viendo somos, [475] después de haber pasado tantos casos, tantos horrendos parajes intransitados. Yo mismo soy de la propia sangre de Frixo, pues son antepasados de ambos el mismo Creteo y Éolo con Júpiter y Neptuno y con la ninfa Salmónide[83]. A mí ni me han empujado ahora las espadas y los altares paternos ni de [480] propio impulso sigo tu nombre, aunque ínclito en las tierras tesálicas. ¿Para quién no mandado sería un gusto afrontar tantos monstruos del mar, para quién penetrar en los fragores cianeos? Pelias, que tiene en suerte el máximo cetro bajo el numen todo [485] de tu Febo y tantas ciudades que pesan sobre las colinas, tantos hermosísimos ríos

con cuerno vigilante, él apremia mi cabeza con sus imperios, él me impone trabajos varios, como manda fuera de Argos de aquí para allá al magno Alcida su rey, nacido él de Esténelo[84]. Con todo, sufrimos del rey el áspero yugo, y no [490] me niego, siendo mejor, a obedecer. Este me manda llevarle con cualesquiera peligros los despojos de la dorada res. Ten esto, te lo ruego, por motivo de benevolencia para con nosotros y por mérito: el hecho de que acepté los mandados y me prometí que serías otro que el que Pelias espera y desea, y que la [495] alianza de tu diestra sería mejor para mí. Si hubiera decidido obtener esto con sangre de guerra cruel, el Osa y el Pindo[85] me daban naves, y cuantos príncipes no siguieron antes desde allí al audaz Baco ni a Perseo[86]. Mas a mí la fe desnuda y el poder de la santa justicia aquí me trajeron, y la gracia conciliadora de [500] Frixo medianero y ya los nietos que te han nacido de nuestra estirpe. Y no llegué, con todo, como hombre digno de desprecio a los reyes frigios o a los labradíos de la furiosa Bebricia: si con fraude o con honor se dirigió alguno a los míos, se correspondió a sus dones, y se dieron cuenta de que somos nosotros linaje de [505] los dioses y de que es la nave de la magna Minerva. Apenas hemos arribado al fin a la Cólquide deseada por largos votos, y te vemos cual te presentaba la fama. Tú solamente no mires con malos ojos los insignes hechos de los Minias. No pido cosa ajena o no debida a nuestra tierra (si es que hay también en los ruegos lugar para la verdad), y cree que se le da a Frixo, que [510] Frixo la lleva a los patrios penates. Recibe tú a cambio presentes que he portado a través del mar vencido, una clámide de sangre del caldero del Ténaro[87] y una brida y una espada incrustada de gemas refulgentes: esta era la gala de mi padre, la clámide fue tejida por mi madre en su labor, la brida la utilizaba [515] habitualmente un jinete lapita. Concede que intercambiemos regalos, concede que nos aliemos con las casas escíticas. Sepa la fiera ira de mi rey qué soberano le cupo en suerte contigo al Cáucaso bajo un cielo helador, y cuánto se ablanda bajo tus riendas».

Mientras así ruega, lo oprime ya desde hace un rato el otro, [520] grave, con rostro amenazante, y arde con furias escondidas. Como se hincha y bajo profundo remolino da cabida la ola silente a los austros, así arrastra desde lo hondo sus iras el bárbaro, y ora masculla por la osadía del varón, ora porque ve, ay, entregado su reino a los griegos. Es más: se duele ya de haber recibido con buena disposición a Frixo, y de que haya perecido [525] el temor a la Escitia. Ahora menea la cabeza y se ríe de las esperanzas inanes del muchacho, de lo que pretende el loco: demandar el vellocino a la sierpe. Abrasa también al memoroso la voz presaga de un antiguo oráculo[88]: ¿Por qué a la vez le ha traído la fortuna por un lado a Perses y por otro la nave tesálica? [530] ¿No moverá estos eventos el fin debido, y pedirán ya el vellocino las crueles Parcas? Entre tanto, como la preocupación de la guerra y del combate próximo es prioritaria, amolda su fiero pecho a plácidas palabras y da esta respuesta: «Desearía que no [535] hubieseis llegado vosotros a mis techos en tal tiempo, en el que me asedia un pesado enemigo. Pues mi hermano

(así el deseo del cetro es uno y el mismo para todos) trama mi ruina, y con ingentes campamentos me apremia. Por lo que, ea, defended primero los estados de vuestros parientes, y no dejes escapar la [540] gloria extranjera de la guerra que se te brinda; pues al varón lo arrastra por sí mismo el acero. Entonces, vencedor, os daré el vellocino y no solo, a vosotros que tan merecidamente os lo habréis ganado». A su vez, desconocedor de los ardides, toma la palabra el Esónida: «¿Así que ni aquí les faltaba un arduo trabajo a nuestros hechos, y, como si nada hubiéramos padecido [545] en el mar, se nos añade este día? ¿Vendrá esta guerra también sobre mi destino? No me pagará Perses con pequeña derrota este dolor y la demora que me ha causado». Entonces envía a Cástor para que lleve a los camaradas la respuesta del tirano eeo. Mas a ellos los arrastraba la cruel tardanza con punzantes preocupaciones, y, en cuanto vieron a Cástor en medio del campo, [550] golpeó sus mentes un pavor más abundante: «¡Oh alma progenie de Júpiter, di si hay esperanza alguna de ver la patria, di!», piden todos. Él empezó así en medio de los aquivos: «Ni es fiero Eetes, como dice la fama, ni nos niega la áurea piel, [555] pero entre tanto, oprimido por inicua guerra, pide auxilio: manda el capitán que enseguida nos apresuremos todos armados, pues la nave se halla segura por la lejanía del abrigo y el río es defendido por la ciudad vecina».

No hay tardanza. Saltan adelante aquellos a quienes ni la juventud rifea, a quienes ni el ibero o la Aurora entera con sus [560] aljabas podrían contener[89]. Se paró antes en formación la muchachada y comprobaron a la vez si las armas y los brazos estaban listos. Y nadie vuelve ya la vista a los mares ni a las ciudades patrias, sino que avanzan, más bien, hacia la gloria presente. Una brisa agitada sacude los penachos, florece el camino con diversos colores por las varias armas, cual del Océano [el coro] [565] el nítido éter viste, cuales los astros con que se ciñe la áurea noche al levantarse.

El hijo del Sol, afligidísimo por callada ira, admira a los que ha tomado como aliados temerariamente, y no preferiría tales fuerzas a que entrara el enemigo en medio de sus penates. Entre [570] tanto, sufre el convite con regocijado continente y a su lado, provoca con una gran crátera al Esónida, que le muestra ora a los hijos de Júpiter[90] y, junto a ellos, los rostros de los Eácidas[91], ora a los poderosos vástagos de Calidón[92]. Oye hablar también del Alcida, abandonado por nefando error, y de los héroes llorados[93] [575] y de los trabajos por tierra y por mar. Pregunta, en cambio, el Esónida por las armas movilizadas con tantos furores y, por orden, por los reyes amigos: «¿Quién es aquel varón lejos de nosotros, a quien ciñe un áspero tahalí y está próximo en pie el escudero con el arco en ristre, como si se dispusiera a un [580] combate y a confundir las mesas puestas?» Dice en respuesta la prole persea[94] del flamígero Sol: «Aquel por quien preguntas es Carmeyo. Es costumbre del hombre tener cerca las armas siempre, [583] acordarse siempre del carcaj». «Háblame igualmente de [587] aquel», dice el Esónida, «a quien la clámide se le eriza de bordados, y cuya cabellera ondulada exhala

mucho perfume». Vuelve Eetes la mirada y le da también el nombre de este: «El [590] rico Arón. Así expande aromas de azafrán toda su caballería, así llevan la cabellera cuidada todos sus manípulos; mas no desprecies al varón, y desconfía de sus repeinados cabellos. Cámpeso es este revestido de los despojos de un tigre. Aquel Odrusa, [595] echado sobre el profundo vino; ¿lo ves peludo en el hondo pecho, y estorbando las copas con la barba crecida?» Aquí se pasma el huésped también de Yaxartes, inmódico en sus acerbas palabras y pesado de lengua, para quien no hay cuando amenaza reverencia ninguna hacia los dioses de lo alto, ninguna hacia la guerra presente. Mas, a su vez, Eetes dice: «No le vuelan en [600] vano las grandes palabras al soberbio, y a su voz siguen armas parejas y no hay descanso sin que fatigue con Marte el día y la noche. Y, donde se han pasmado los ríos en el invierno rifeo, lo [604] esperan ya con su prole los pávidos getas, ya siempre vigilante [584] el medo e Iberia, opuestas las Puertas[95]. ¿Qué si a Látago, qué [585] si admiras a Coaspes nacido de un río[96]? Míralo beber la sangre [586] de su caballo batallador, y sin embargo no irá este más lento a [605] rienda suelta[97]. Si enumerara, por otra parte, los escuadrones, las banderas que siguen a cada uno de estos, disiparía antes la luz a la húmeda sombra. Mañana verás las formaciones y mañana los reinos disonantes de los caudillos, a quiénes se les alza la lluvia de la correa lanzadora de piedras, cuál pueblo es hábil [610] con el venablo ligero, cuál viene con las aljabas pintadas. Contempla ya en tu ánimo los campos ingentes y a esta Euríale que aplasta los cuerpos con alado carro, con qué tropas exulta la hija de Mavorte[98] y cuánto puede, armada de rodela, con la segur en alto, cara a mí y no última entre mis verdaderas hijas». Dice, y [615] liba una crátera a su padre poniente. Cada cual derrama entonces votos a sus dioses y copas: que les concedan superar la batalla, que les concedan superar los trabajos de la guerra.

He aquí que Gradivo, que venía de los antros géticos y arrastraba una ingente nube por los mares de la Osa, ve estupefacto [620] en la ciudad eea a los Minias, y al anciano insidiado y el vellocino prometido a la popa tesálica. Corre veloz a los techos estrellados del sumo padre y protesta ante Júpiter con acerba queja: «¿Qué descanso hay, rey magno, para nuestras banderías? Ya los dioses maquinamos desastres mutuos por el solo [625] honor de los hombres, y todo eso te agrada a ti, que no expulsas a la rabiosa Palas del cielo ni opones el derecho a los atrevimientos femeninos. No me quejo de que haya transportado ella misma en la quilla que ha construido a uno que espera sacar el sagrado vellocino de mis bosques, y de que paladinamente haya [630] protegido a sus hombres. Así prosiga en lo demás, si puede. ¿Por qué ahora asecha con insidias falaces para que sean expoliados mis templos del metal de Frixo? No hay necesidad para los colcos de vuestro auxilio ni alianza: a Perses y a la vez a los Minias reclamamos como enemigos. Ea, ¿por qué no vamos [635] nosotros (¿por qué concurren a los combates tantos pueblos, por qué tu Esónida?), vamos enseguida al bosque aurífero, y decidimos tomadas

las armas? O baja tu sola del firmamento, inesperada bajo tácitas tinieblas: comprobarás cuán gran dios está allí, y no te habrás parado impunemente entre aquellos troncos. ¿Acaso los templos de Marte son menos inviolables porque me están consagrados únicamente un bosque y un terraplén rudo, y si soy venerado por los pueblos en la sola umbría? A todos concierne el amor y la tutela de sus cosas. Compiten, magno padre, en la tierra los tesoros a ti ofrecidos; hay honor también para estas selvas. Si yo saqueo los pináculos de su querida Micenas, la virgínea ciudadela de Cécrope[99], ya tu esposa, ya con gemido y lágrimas te retendrá tu hija quejándose. Teman, pues, y no puedan tales cosas».

No soportó esto en su ánimo Palas sin romper los largos silencios, riéndose del estrépito y las amenazas de Gradivo. «No tienes Alóadas[100] entre los que lanzar estos fieros gruñidos, no lapitas, sino a Palas», dice, «y no sea tenida yo en adelante por digna de la égida ni por prole de Júpiter si no te desaparece del corazón esta hinchazón: haré que odies, desgraciado, los clarines y las armas, y quitaré tu nombre al comienzo de las guerras[101]. ¿Por qué no has acusado, loco, con semejante dureza a tu madre? Bien lo merece, ella que a los dioses de lo alto les creó tal monstruo. ¿Qué crimen, sin embargo, hemos cometido, o de qué delito somos culpables si hemos ayudado a un joven que afrontaba impávido los mandados tan terribles de su tirano y los mares aún no conocidos, y hemos suscitado alguna esperanza para su magna empresa? ¿Acaso debimos no poner por delante ruego ninguno ni buscar alianza alguna con el rey, sino impulsarlo todo con lucha ciega? Así hacen los tracios, así el turbulento este si algo pretende. Desearía aún ahora que se echara atrás esta guerra, y no armar las manos de mis camaradas. Concede el vellocino, señor, y míranos en medio del mar. Mas, si Mavorte lo niega y se opone él solo a nuestros sudores, ¿marcharemos deshonradas, y después de haber atravesado tantas aguas en vano?». «Sea lícito que algo no pueda una mujer», había comenzado aquí a alzarse de nuevo Mavorte ardiente con su respuesta. Lo interrumpe, a su vez, el padre y así con su voz lo frena: «¿Qué refunfuñas, loco? Cuando ya os pesa lo hecho y habéis pecado bastante, entonces venís a mi fuero. Del modo que se os antoje y con cualquier lucha impulsad lo que habéis comenzado, porque tienen sus destinos los furores. A ti, sin embargo, esto, esposa mía, y a ti, hija, os advertiré: sea bastante haber rechazado a Perses, y que no retenga a los Minias esperanza vana o quieran poner fin a la guerra. Pues le aguarda a aquel, escuchad, tal orden de cosas: retirará ahora sus campamentos vencidos y suspenderá la guerra, aterrorizado por la llegada del capitán pelasgo y por su hombría. Luego, cuando devuelva a estos el soplo del viento a las tierras tesálicas, entonces se presentará y, vencedor, tendrá las moradas y el cetro, hasta que a Eetes, sin recursos tras el largo exilio de su vejez, lo ayude su impía hija (¡ay, cuanto les está permitido a los magnos hados!), y un nieto griego lo reponga en su reino[102]. Este es el trabajo y estas las

vicisitudes de ambos hermanos. Id, y, como cada cual quiera, corra a las armas enfrentadas».

Había dicho. Dispone las mesas y restablece la paz, y ya [690] hace descender la noche del sidéreo Olimpo. Entonces se presenta el coro de las musas acostumbrado a referir las lides de Flegra[103] y Apolo tañedor de la cítara, y porta en derredor la pesada crátera el lacayo frigio[104]. Se levantan para entregarse al sueño, y se encaminan a sus umbrales.

[1] Cf. IV 598.

[2] El manto de Cízico (cf. III 25, 10), cuyos súbditos son llamados doliones o dolionios (cf. APOL. ROD., I 1029, 1070).

[3] De chopo, probablemente.

[4] El día que cada hombre tiene señalado para la propia muerte.

[5] Invocado aquí en calidad de dios sanador.

[6] Hércules.

[7] Mientras que en Apolonio (II 864 ss.; cf. APOLOD., I, 9, 23) era Anceo (probablemente, el hijo de Neptuno) quien sucedía a Tifis, Valerio parece remontarse a la versión de Herodoro (cf. escolio a APOL. ROD., II 895), que asignaba este papel a Ergino.

[8] Cf. I 18 n.

[9] Promontorio de la costa meridional del Ponto junto al cual desemboca el río Aqueronte (cf. APOL. ROD., II 728).

[10] Río en cuyas riberas hizo estación Baco a su triunfal regreso de Oriente (cf. APOL. ROD., II 904 ss.).

[11] Nueva alusión al castigo del rey tebano Penteo (cf. III 264 ss.), obra terrible de un Baco mucho menos benevolente que aquel que antes contemplaron los habitantes de las orillas del Calícoro. El Citerón es un monte de Beocia vecino a su capital Tebas.

[12] Héroe que murió luchando contra las amazonas junto a Hércules, por lo que fue enterrado en la ribera meridional del Ponto (cf. APOL. ROD., II 911 ss.).

[13] Llamadas Lira por el instrumento de Orfeo, que, según Apolonio (II 928 s.), depositó el propio músico sobre un altar levantado allí por los argonautas en honor de Apolo.

[14] Ciudad de la Paflagonia, región de la costa sur del Ponto situada al este de Bitinia.

[15] El río «Virginal», que servía de confín entre las regiones de Bitinia y Paflagonia, predilecto de la casta Diana (cf. APOL. ROD., II, 936 ss.).

[16] Río de Delos, isla donde nacieron Diana y Apolo.

[17] Plaza de Paflagonia.

[18] Monte de Paflagonia, «pálido» por la abundancia de boj (cf. CATULO, IV 13; OVID., *Met.* IV 134).

[19] No puede referirse aquí Valerio a la isla de este nombre situada en el Atlántico. Quizá se trate de una región o ciudad en la zona de los acantilados Eritinos mencionados por Apolonio (II 941), si el texto recibido no está corrupto.

[20] Cf. IV 599 n.

[21] Históricamente, colonia milesia fundada en 630 a. C. en la Leucosiria o Capadocia Póntica, región separada de la Paflagonia por el río Halis que tanto Valerio (v. 109) como Apolonio (II 946) llaman «Asiria».

[22] Enamorado de la ninfa epónima de la ciudad de Sinope, Júpiter prometió concederle el don que ella pidiera, y esta eligió la virginidad; engañó también con la misma astucia al río Halis y a Apolo (cf. APOL. ROD., II, 946 ss.).

[23] Hijos de Deímaco de Trica que, como Esténelo, habían participado en la campaña de Hércules contra las amazonas (cf. APOL. ROD., II, 955 ss.).

[24] Cf. IV 600 n.

[25] La amazona.

[26] Desfiladero que, al sudeste del Cáucaso, abría paso hacia Persia a través de la actual cordillera de Elburz (cf. III 497; VI 106 s.).

[27] Pueblo escita establecido más allá del Caspio.

[28] Habitantes de la Media, región del oeste de Persia con capital en Ecbatana a la que se accedía cruzando las «Puertas Caspias» (cf. ESTRABÓN, XI 13).

[29] Marte, llamado «dios sangriento» por Virgilio (*En.* II 332). Acerca de la genealogía de las amazonas, cf. APOL. ROD., II 990 ss.

[30] Cf. IV 601 ss.

[31] El famoso cinturón de Hipólita, aguerrida reina de las amazonas que, según la versión seguida por el Rodio (II 965 ss.), acabó entregando a Heracles la preciada prenda a cambio de la libertad de su hermana Melanipa, que había caído prisionera.

[32] Por segunda vez (cf. IV 611) se refiere nuestro autor a la actividad minera de los cálibes, pueblo que, como precisa Apolonio (II 1002 ss.), desconoce la agricultura.

[33] Promontorio sobre el que se alzaba un templo de Júpiter, próximo al río Genes (cf. escolio a APOL. ROD., II 378).

[34] Este tópico folclórico de la *couvade,* inversión de papeles entre ambos sexos parcialmente análoga al mito de las amazonas, lo atribuía igualmente a los tibarenos Apolonio (II 1011 ss.).

[35] Según el excurso etnográfico que les dedica Apolonio (II 1016 ss.), los mosinecos acogían algunas de las prácticas más extrañas a la mentalidad grecorromana, motivos folclóricos como el coito público o la reclusión del rey que hacían de este pueblo un prototipo de barbarie.

[36] Pueblo mencionado junto con los tibarenos y los mosinecos ya por Heródoto (II 104; VII 78; cf. APOL. ROD., II 393, 1242).

[37] Pueblo mencionado igualmente por Apolonio (II 396, 1244), que sin embargo no hace referencia al nomadismo.

[38] Isla del Ponto donde se unió el titán Saturno a la ninfa epónima; cuenta detalladamente Apolonio (II 1231 ss.) que el dios, sorprendido por su esposa Rea, se transformó en caballo, y que de aquellos amores nació el centauro Quirón.

[39] De Prometeo, hijo del titán Jápeto.

[40] La Iberia era una región del sur del Cáucaso que confinaba, además de con Armenia, con la Cólquide y con la Albania (cf. III 497 n.). No debe, pues, confundirse con la Iberia occidental mencionada por Valerio anteriormente (II 34).

[41] Cf. I 285 n.

[42] La Osa Mayor (cf. I 481 n.).

[43] En este proemio intermedio se anuncia el objeto de la segunda parte de la narración: las guerras llevadas a cabo por Jasón en la Cólquide (libro VI) y su alianza con Medea, que traicionará a su padre Eetes por amor del caudillo extranjero (libro VII) y huirá con este a bordo de la Argo (libro VIII).

[44] Eetes, hijo del Sol.

[44 bis] El carnero se ha transformado en la constelación de Aries.

[45] La diosa Hécate (cf. I 781 n.).

[46] El árbol de donde cuelga el vellocino, o quizás el bosque entero (cf. VII 167).

[47] Estiro, príncipe de Albania (cf. III 497).

[48] Mientras que, en el v. 254. «dios» debe de referirse a Marte, no está claro si aquí designa al numen de la guerra o a la divinidad en sentido lato.

[49] Parece afirmar Valerio que el padre de Perses era otro que el de Eetes. pero ninguna fuente conocida proporciona datos al respecto.

[50] Las tierras del Norte.

[51] Minerva.

[52] Llamado, al igual que en Apolonio (II 400; III 200), con el nombre de Circe, famosa maga hermana de Eetes que habitó en la Cólquide antes de trasladarse a la costa italiana (cf. VII 120, 217 ss.; APOL. ROD, II 310 ss.).

[53] Nueva alusión a la muerte de los hijos de Medea a manos de su madre.

[54] El volcán Etna.

[55] Prosérpina, hija de Júpiter y de Ceres, fue raptada en Sicilia por su tío paterno Plutón, que, prendado de la belleza de la muchacha, hendió la tierra para llevársela a los infiernos.

[56] Probablemente, las antorchas rituales empleadas en el culto de Hécate.

[57] Cf. I 683 n.

[58] La constelación de *Arctophylax* (cf. II 68 n.).

[59] El planeta Júpiter.

[60] El poderoso hijo del titán Jápeto que sostiene sobre sus hombros la bóveda del cielo, artísticamente representado en el templo del Sol.

[61] La Luna.

[62] Las puertas historiadas del templo del Sol contienen en uno de sus batientes paneles relativos al pasado del pueblo colco y de la estirpe de los Helíadas (vv. 417-432); en el otro, escenas futuras imposibles de interpretar para los personajes que las contemplan (vv. 433-454), aunque claras para el lector que conoce el epílogo trágico de los amores de Jasón.

[63] La historia del origen egipcio de los colcos, a la que alude también Apolonio (IV 272 ss.), se remonta a Heródoto (II 103); el legendario rey Sesostris lleva el nombre de varios faraones de la XII dinastía (s. XIX-XVIII a. C.). Naturalmente, la Tebas mencionada en este contexto es la de Egipto, y no la de Beocia.

[64] Mención un tanto anacrónica de esta ciudad egipcia, fundada por Tolomeo Filadelfo en el s. III a. C.

[65] Referencia a las crecidas del Nilo que fecundan los campos egipcios.

[66] Ninfa epónima de la región colca únicamente mencionada por Valerio, quien quizás inventó esta historia a partir del recurrente motivo mítico de la ninfa requerida de amores por un dios fluvial.

[67] Nombre poético del río Po, donde cayó Faetonte tras haberse empeñado en conducir el carro de su padre el Sol (cf. I 527 n.).

[68] No la madre de Aquiles, sino la titánide marina esposa de Océano que, por su hija Clímene, es abuela materna de Faetón (cf. II 36 n.).

[69] «El Ígneo», uno de los caballos que tiran del carro del Sol (cf. OV., *Met.* II 153).

[70] El dios herrero Vulcano (cf. II 315 n.).

[71] Minerva es representada desarmada, ya que no necesita sus dotes guerreras para dirigir la botadura de la Argo.

[72] Medea, que escapa de Eetes.

[73] Entre el golfo Sarónico y el golfo de Lepanto se halla Corinto, la ciudad del Istmo donde Jasón dejará a Medea para casarse con la hija del rey Creonte.

[74] «Las Terribles», i. e. las Furias, encargadas de vengar el perjurio y los delitos de sangre, especialmente los cometidos contra parientes.

[75] El manto y la corona empozoñados que, para consumar su venganza, regala Medea a Creúsa, la princesa corintia, están presentes tanto en la *Medea* de Eurípides (784 ss.) como en la de Séneca (570 ss.); el incendio que se extiende a todo el palacio se halla solamente en la segunda (879 ss.).

[76] La fuga de Medea en el carro puesto a su disposición *ex machina* por su abuelo el Sol. ya evocada por la profecía de Mopso (I 224 s.) constituía la impresionante escena final de las tragedias de Eurípides (1316 ss.) y de Séneca (1022 ss.); nada dice en el texto del griego que se tratara de un tiro de serpientes, pero así aparece

representado ya en la cerámica del s. IV a. C., y así es explícitamente descrito por la Eétide en el texto del romano.

77 Se anuncia aquí el asesinato del joven Absirto, que no figura en el texto recibido de las *Argonáuticas* romanas. Cuenta Apolonio (IV 410 ss.) que, por iniciativa de Medea, lo mata a traición el Esónida en las islas Absírtides, hasta donde había llegado el desventurado al mando de una escuadra de colcos en persecución de su hermana. Ésta comparte con Jasón la culpa del crimen también en las *Argonáuticas Órficas* (1031 ss.), aunque existe otra famosa versión, recogida por Apolodoro (I 9. 24), según la cual Medea rapta a su hermano aún niño, lo mata a bordo de la Argo, lo descuartiza y arroja sus miembros al Ponto para que Eetes se detenga a recogerlos mientras persigue a los argonautas.

78 Los cuatro hijos de Frixo y de Calcíope no desempeñan un papel importante en el poema de Valerio (sólo a Melas se le reserva un combate singular durante la narración de la guerra, mientras que la heroica actuación de los demás es apenas mencionada; cf. VI 196 ss.; 542 ss.). Muy distinta es su relevancia en Apolonio, donde, decididos a viajar hasta la Grecia de sus mayores, se encuentran en la isla de Ares con los argonautas (II 1093 ss.), por quienes interceden después ante su pérfido abuelo Eetes (III 317 ss.).

79 I. e. optimates o «senadores» (cf. I 72 n.).

80 Habitantes de Cita, ciudad de la Cólquide identificada con la actual Kutaisi, en Georgia; por extensión, «colcos».

81 Hijo de Hiperión, i. e. del Sol (cf. II 35 n.).

82 Cf. IV 352 n.

83 La «ninfa Salmónide» es Tiro, hija de Salmoneo (uno de los hijos de Éolo) que tuvo del dios Neptuno a Pelias y a Neleo y de su tío paterno Creteo a Esón y sus hermanos Feres y Amitaón (y, en la versión de Valerio, también a Atamante; acerca de la alteración llevada a cabo por Valerio en la genealogía de los Eólidas, cf. I 43 n.). Júpiter era el padre de Helén, padre a su vez de Éolo, según una tradición marginal (cf. escolio a APOL. ROD., I 118), ya que habitualmente se consideraba a este Helén hijo de Deucalión el de Prometeo (cf. APOLOD., 17, 2; DIOD., IV 60).

84 Padre de Euristeo, el tirano de Argos a quien Hércules debe obedecer como Jasón a Pelias; con el Esténelo compañero de Hércules mencionado en el v. 89 no tiene en común más que el nombre.

85 Montes de Tesalia abundantes en arbolado con el que construir buques.

86 La expedición de Baco a Oriente, ya evocada por el poeta (III 538 ss.) es bien conocida. Perseo, cuyo paralelismo con Jasón ha sido ya apuntado (I 72), recorrió largo camino en busca de la Gorgona, y a su regreso se detuvo en Etiopía para librar a la princesa Andrómeda de un monstruo marino.

87 La púrpura del Ténaro gozaba de gran estima (cf. I 427 s.).

88 Puede referirse aquí Valerio a la admonición hecha por el fantasma de Frixo a Eetes (V 236 ss.), o, muy veladamente, al oráculo con el que, en la versión del Rodio (III 597 ss.), afirma Eetes que lo ha advertido su padre el Sol; según su costumbre, nuestro poeta busca deliberadamente cierta ambigüedad en lo que atañe a advertencias sobrenaturales.

89 Los argonautas se muestran capaces de hacer frente al Oriente entero y a sus varios pueblos. Acerca de los rifeos, cf. II 516 n.

90 Hércules, Cástor y Pólux.

91 Peleo y Telamón.

92 Tideo y Meleagro.

93 Idmón y Tifis.

94 La madre de Eetes era la oceánide Perse o Perseide.

95 No las orientales «Puertas del Caspio» mencionadas arriba (V 124; cf. III 497, VI 106 s.), sino las «Puertas de Iberia», situadas más al oeste y llamadas también «Caucásicas», que servían de paso hacia la tierra de

los sármatas a través de Iberia; la confusión entre ambos desfiladeros es antigua, tanto que mereció una aclaración de Plinio (*Hist. Nat.* VI 40).

96 Recibía este nombre de Coaspes un afluente del Tigris.

97 La práctica de sangrar a los caballos para alimentarse era comúnmente atribuida a los nómadas del nordeste (cf. VERG., *Geórg.* III 462 s.; LUCANO, III 282 s.; PLIN., *Hist. Nat.* XVIII 100).

98 Euríale es una amazona, raza de la estirpe de Marte (cf. V 125 s.).

99 Atenas, cuyo primer rey legendario fue Cécrope. Fantasea Marte con expoliar las dos ciudades caras respectivamente a Juno y a Minerva.

100 Cf. I 198 n.

101 Palas pretende hacer que los guerreros dejen de invocar el nombre de Marte al trabar combate.

102 El restablecimiento de Eetes en el trono por su nieto Medo, hijo de Medea y del rey ateniense Egeo y héroe epónimo de los medos, constituyó el argumento del *Medo* de Pacuvio (frags. 161-189 SCHIERL; cf. DIOD., IV 56, 1; HIG., *Fáb.* 27).

103 La victoria de Júpiter y de los Olímpicos sobre los gigantes en los campos de Flegra (cf. I 564, II 16 ss.).

104 El copero Ganimedes (cf. II 415 n.).

LIBRO VI

SINOPSIS

Perses intenta hacer llegar un mensaje conciliador a los argonautas, pero Marte desencadena la guerra (1-32). Invocación a la musa; catálogo de los escitas aliados de Perses (33-170). Dioses favorables a uno y a otro bando (171-181). Comienzo de la batalla (182-202). Lides de Cástor (203-264). Combate entre Anausis y Estiro, rivales por la mano de Medea (265-278). Lides y muerte de Gesandro (279-385). Desastrosa muerte de Ariásmeno (386-426). Juno pide a Venus su cinturón para enamorar a Medea (427-476). Bajo la apariencia de su hermana Calcíope, Juno lleva a Medea hasta las murallas a fin de que contemple desde allí la guerra (477-506). Combates (507-514). Invocación a la musa (515-516). Combates (517-574). Medea pregunta por Jasón a Juno, que azuza el amoroso cuidado de la muchacha (575-601). Jasón da muerte a Colaxes (602-656). Bajo la mirada de Medea, continúan los combates; muerte de Míraces (657-724). Victoria de los colcos; Minerva salva a Perses y Medea abandona las murallas (725-760).

Mas, vigilante, arde con las mismas furias Gradivo y se hincha en su áspero corazón y no encuentra qué filas, qué campamentos seguir. Le place al fin ir y ver, presente, si puede derribar a los Minias y pagar con magno luto los pactos del rey y destruir la popa griega. Impelió enseguida su carro sacudiendo el monstruo irrevocable de la guerra[1], y se paró sobre las tiendas de Escitia. Al punto huyó del campamento el sopor: se alzaron las armas, se reunieron turbados los caudillos. A estos los mueve por añadidura fama ingente que divulgaba que habían llegado en sacra nave a reclamar el vellón de su Frixo los aquivos, a quienes con hospitalidad y diestra unida en alianza el malvado Eetes había burlado y arrastrado a sus armas.

Así pues, mientras la noche profunda concede tiempo para trazar proyectos, les place que vayan algunos caudillos como legados y Perses explica la misión: hablarles a los Minias y advertirlos del fraude del tirano. ¿Qué error había desviado de aquí[2] sus ánimos? Él había sido el primero en exhortar a que se devolviera el vellocino a las tierras hemonias, y a que se dejaran ir los despojos de la sacra res: de aquí habían venido el odio y los orígenes de tan gran guerra[3]. Harían mejor, sí, en seguir su diestra y sus armas, o en regresar (pues ni las promesas ni la palabra de Eetes eran firmes). Que se abstuviesen de la sangre de una lucha ajena. No habían venido para eso a través de los trabajos de tanto mar. ¿Qué necesidad había de enfrentarse con desconocidos a quienes no se odia? Justo mientras esto manda Perses, refulgió en los campos un áureo rubor[4] y resonaron espontáneamente las armas y las ásperas trompas. Marte cruel clama desde sus altos corceles: «¡Alarma, el enemigo, ea, id, se aproxima!». Y a la vez por acá a los colcos, por allá lanza al campo a Perses. Entonces trabó combate cada pueblo con sus armas, y la voz del dios fue oída a la par entre las lides todas.

Ea, a partir de aquí revélame, musa, qué furores viste en el mundo rifeo, con cuánto esfuerzo movilizó Perses la Escitia, en qué caballos y hombres confió durante la guerra. Mas yo ni por su número ni por su nombre podría mencionarlos a todos, aunque moviera mil bocas. Pues no hay región más rica de pueblos: aunque caiga la muchachada de la Meótide en eterno Marte, no falta sin embargo, por su seno fecundo, cuanto llene las Osas gemelas y el magno Dragón[5]. Así que decidme los caudillos, diosas, y los pueblos sólo.

Había enviado, y luego él mismo los había seguido, a los ardientes alanos[6] y a los heníocos[7] crueles Anausis, ya hacía tiempo enemistado porque había sido prometida Medea como esposa al tirano albano, sin saber, ay, al tálamo de cuán gran monstruo

ardía por subir y qué terror aguarda a las ciudades aqueas, más grato él mismo a los dioses y más feliz en su alcázar carente de prole. La siguiente legión son los bisaltas[8] y su caudillo Colaxes, sangre de los dioses también él, a quien en las riberas escíticas junto al verde Mírace y a la embocadura del Tíbisis[9] engendró Júpiter, cautivado (si esto es digno de [50] crédito) por un cuerpo medio ferino, y no se horrorizó de las sierpes gemelas de la ninfa[10]. Toda la falange lleva la insignia de Júpiter y broqueles labrados con fuegos dispersos de trífidos ardores; y no habrás sido, soldado romano, el primero en [55] extender sobre los escudos las chispas del corusco rayo ni sus rútilas alas[11]. Además, había enlazado él dos dragones dorados, emblema de su madre Hora, y de uno y otro lado se une con la lengua y da mordiscos a una gema redonda una sierpe enfrentada[12]. Llegando el tercero con sus millares de hombres [60] unánimes, ostenta las fuerzas cimerias[13] Auco, que tiene desde hace tiempo una cándida cabellera, ornato de nacimiento; la edad avanzada le da ya largura; rodeando las sienes con triple nudo, deja caer de su cabeza consagrada ínfulas gemelas. [65] Dárape[14], grave por una herida de combate aquemenio[15], mandó a la guerra a Datis, en torno a quien marchan la marcial formación de los gangáridas[16] y aquellos a quienes vuelve feroces el Gero con el agua que beben y los que rodearon el lago Bices[17]. No faltó Ánxur, no con su hermano Rádalo Sidón, y [70] moviliza los batallones acesinos[18] [Frixo][19] con el presagio siniestro de una fatídica cierva. Ella misma es llevada como compañera, refulgente con cerdas y cuernos dorados, ante la formación en lo alto de una pica, afligida y ya sin regreso futuro a los bosques de la cruel Diana[20]. Movilizó también a [75] Sienes con el pueblo hileo[21] Perses suplicante, exhibiendo la impías heridas infligidas por su hermano[22]. En ninguna parte alzó una selva[23] más densa ni más alta sus troncos, y antes tornaron cansadas las flechas ***[24] También sacó de los antros de Hircania[25] a sus hombres el Titanio Ciris[26] para llevarlos [80] a la guerra, y en carromatos trajeron los celáletas[27] todas sus tropas a los combates; allí tienen ellos su casa cosida y a su mujer sentada bajo un vellón sin curtir y a su niño que lanza desde el extremo del timón las cateyas[28]. Es abandonado el Tiras[29] que se precipita en el piélago, es abandonado tanto el monte Ámbeno[30] como Ofiusa[31], potente por sus gélidas drogas, [85] y corren los sindos[32] bastardos y aglomeran catervas que por el crimen paterno temen aun ahora los azotes. Tras estos conduce Falces una nube broncínea por el campo con rumor, y, [90] en formación cerrada, elevan sus banderas los coralos[33], cuyas enseñas son barbáricas ruedas y la imagen de cerdos con dorso de hierro y columnas truncadas, efigies de Júpiter. Y no se cuidan de encender los combates con el ronco cuerno, sino que cantan ritualmente a sus caudillos indígenas y las gestas antiguas de los suyos y las loas, arengas para los varones, de los [95] mayores. Mas de allí donde el infante iguala, en medio, a las riendas sidónicas, trae Ea conjurados

contra ella a los batarnas[34], a quienes, bajo su caudillo Teutágono, arma una cota de corteza cruda, y una ronfea[35] de hierro no más breve que el leño. [100] Y no lejos, golpea blancos broqueles con doble jabalina[36] aquel que excava con la segur las espaldas del Novas[37] invernal y el gélido Alazón[38], y no lo oye en toda su ribera. *** Y aquellos a quienes el Taras[39] y el Evarco[40] fecundo en níveos cisnes. A ti también querría legarte a los siglos venideros, ingente Ariásmeno, que traes mole de guerra[41] y en ancho espacio por doquier [105] carros falcados sobre el campo desierto.

Sigue la falange drangea[42] y, salidos de las Puertas[43], los caspíadas, cuya jauría de perros salta no más lenta al sonido de los ásperos clarines y asume las luchas de sus dueños. Después también se les rinde a los muertos honor parejo, y son sepultados en túmulos entre los antepasados y las tumbas de los hombres. [110] Pues, entrelazados de hierro los pechos y las terribles melenas, corre la cohorte con negro batallón y con tanto ladrido cuanto es aquel con que suena la hórrida puerta de Dite o el cortejo de Hécate en las auras de arriba[44].

Conduce desde los bosques hircanos batallones un sacro vate, Vano; ya la tercera generación de Escitia lo había visto [115] profetizar a los magnánimos Minias y las velas de la Argo. Por sus oráculos prometedores los ricos indios y los novales lageos de Tebas la de cien puertas[45] y toda Pancaya[46] fueron arrebatados en rifeo triunfo[47]. Hizo salir la variopinta Iberia sus tropas [120] armadas de lanza, las que Ótaces, las que Latris conducen, y vienen el neuro[48] raptor de amores y los yáziges[49] exentos de la edad canosa. Pues, cuando ya son otras las fuerzas y el arco conocido rechaza y la lanza desprecia ya los intentos de su dueño, [125] es costumbre heredada de sus magnánimos antepasados no sufrir las lentas leyes de la muerte, sino caer bajo la diestra de su querida prole después de darle la espada, y rompen la tardanza tanto el hijo como el padre, lastimosos ambos en sus ánimos, ambos en tan esforzados hechos.

Aquí también los [Mycael][50], exhalando perfumes de su cabello, [130] y las tropas ceseas[51], y tú que no excavas aún tus yugadas, arimaspo[52] inocente antes de conocer los metales, y el aucate[53] diestro en esparcir errantes ataduras en amplio círculo y arrastrar [135] con sus lazos los más lejanos escuadrones. No omitiré yo al tirsageta[54] que porta los tímpanos a las sangrientas guerras y va ceñido de pieles que ondean tras sus espaldas y verdea por sus lanzas entrelazadas de flores. Cuenta la fama que un caudillo de la sangre de Júpiter y de Cadmo, Baco[55], derrotó con esta tropa a los sabeos[56] productores de incienso, reinos felices, con esta también a los árabes, y que luego, cuando franqueó los vados [140] del Hebro[57], dejó a los tirsagetas bajo la gélida Osa. Conservan ellos aún todo el tenor de sus ancestros, y el tañido del sacro bronce y la flauta recordadora de la lid oriental.

Unió Emeda[58] sus fuerzas; siguieron sus propias banderas los exómatas[59] y los tórinos[60] y los satarcas[61] rubios de pelo. Tienen a gala su miel los tórinos; enriquecen sus colodras al satarca; a los exómatas los alimenta la caza, y no es la Osa más renombrada por otros caballos que los suyos. Se van a través del Hípanis y de la frágil onda, prófugos, con la prole de una tigresa o de una salvaje leona, y la afligida madre se queda pasmada en el ribazo de la orilla sospechosa[62].

Impulsó también el ardor del vellón de Frixo a los dudosos céntores[63] y a los coatras[64] terribles por el horror de su magia. Todos rinden a los dioses de lo alto crueles honores, todos cultivan artes monstruosas: ora hacer caer las hojas en primavera, ora disolver súbitamente la Meótide bajo los trépidos carromatos. Entre estos viene, máximo en el arte estigia, Coastes. Y no lo solicita el amor de Marte, sino la fama de la doncella citea y Medea, que exhala parecidas drogas. Se regocija la laguna averna, se regocija ya en su noche tranquila el portero, y la Latonia que viene a un cielo seguro[65]. Marchaban también los balónitos[66], que igualan con ambos cuernos las alas, y el meso[67], que cambia veloz de un caballo a otro que lo acompaña, y el sármata enfrenador de la ingente pica[68].

Ni tantos embates levanta Bóreas desde el extremo del mar ni así responde a sus hermanos desde la ola enfrentada, o es tanto el estrépito de las aves junto a los riachuelos cuanto el concento de los clarines que llega entonces al éter y mezcla millares entusiasmados, tantos como las hojas, como las flores con que empieza el año[69]. El mismo campo gime golpeado por las ruedas y vacila, temblorosa, la tierra con la embestida, como cuando sacude con el cruel rayo Flegra Júpiter y azota a Tifeo en los campos profundos[70].

Están en primera línea del otro lado Absirto con las armas paternas y el yerno y los grandes príncipes entre sus millares de hombres. Mas en torno al Esónida la tropa de los dánaos y la mismísima Palas con la égida terrorífica, a la que ni la diosa cansa blandiéndola ni su padre, erizada de culebras y tremenda por la faz de la Gorgona[71]. Mas no es tiempo aún de mostrar las crines medio muertas, y deja que se traben los primeros combates. Empujó en cambio a los otros el padre Mavorte y los malvados Gozos de la muerte y Tisífone[72], que alzaba la cabeza entre nubes al sonido del clarín, y, altísima en medio de la batalla y sin tener claro aún a qué mentes se adheriría, la Fuga.

Cuando juntaron ellos los rumorosos batallones, trabadas las armas, y alentó un hombre sobre otro hombre entrechocados los yelmos, desde entonces hubo de continuo muertes y armas quebradas por las matanzas y cuerpos, alterno crúor y alternas ruinas. Revuelve el campo yelmos, y alza la coraza lluvias de sangre. Por acá se aglomeran barbáricas ovaciones, por allá gemidos y vidas de hombres mezcladas con el

polvo.

Caspio se llevó al eeo[73] Moneses cogido por los cabellos; [190] entonces lo siguen a la par colcos y griegos con sus disparos; acelera él la muerte de su presa y la abandona, y ya no se cuidaron del hombre sus camaradas. Careso abate a Dipsante y a Estrimón que esparcía heridas con oscura honda. Cae él mismo [195] bajo la lanza del albano Cremedón, y ya desaparece y los carros y los escuadrones le pasan por encima. Avanzaron Melas e Idásmeno. Comienza antes con la lanza Melas, mas el leve abeto burló al uno y al otro. Se acometen después con las espadas. Alcanza el primero con el bronce veloz la base del morrión Melas, [200] se rompe la cerviz del otro por el golpe. Entremezclada perece la hombría: no sabe Oqueo a quién debe la muerte, o a quién Tires. Mientras atiende Irón al silbido de una pica argiva, recibe en el costado una lanza pilia[74].

Había visto Cástor correr de acá para allá a dos hermanos [205] hircanos en caballos parejos que su opulento padre había criado aparte del resto de la yeguada, y había mostrado una vía a los hados inicuos. Entonces más y más, advertido el candor de las cabalgaduras, enciende el deseo al Tindárida, que luchaba como infante. A la vez, saliéndole al encuentro, lanza la pica al pecho enfrentado de Gelas y salta vencedor al corcel de alado casco, [210] derribado su caballero. Rió desde una alta nube su padre, y reconoció al jinete que aferraba las riendas. Mas Medores, enfurecido a la par por el luto y por la visión, ataca al Tindárida y ruega así de viva voz a los dioses de lo alto: «¡A este, ea, o a mí dad como compañero a mi hermano muerto! Mas caiga primero [215] bajo mi lanza este impío caballo de casco sonoro, que no llevó de vuelta a mi desgraciado padre las armas que le fueron confiadas y marcha contra mí y ofrece sus lomos cautivos». Había dicho, pero, adelantándosele, la lanza del ático Falero lo abate; su caballo de casco sonoro huye veloz hacia las filas aliadas.

[220] ¿Quién habría temido jamás que serían fatales Amiclas[75] y la ebalia[76] mano para ti, Ríndaco, separado por tantos montes en medio y tantos mares? Cae juntamente incansable, traspasa da la ingle, el hijo del ilustre Taulante, Tages de madre semidiosa, para quien velan en las selvas muchas hermanas de su madre y confeccionan su indumentaria. No lo ayudan las delicadas [225] muselinas de blanco lino, no la clámide recamada de oro, no el flavo penacho del galero y las bragas de brocado. Y ya va entre los estupefactos batallones en medio de la lid el nuevo jinete, esparciendo astiles con diestra frecuente, y clava a los [230] hombres, derribándolos, su fulmínea espada ora aquí ora allá, cuando he aquí que, muchachada más fiera, se reunieron tropas sarmáticas y gritos bestiales de hombres. Tiesa está sobre éstos la loriga con blanda cadena, llevan también la misma armadura los caballos; mas, enristrado sobre los cuartos y la cabeza del [235] caballo, despliega sombra ingente sobre los campos hostiles el abeto apoyado en la rodilla, y avanza por la fuerza de los hombres, avanza por la de los caballos, dócil al

recuperarlo y al dejarlo, y al marchar de nuevo no más alto en medio de los enemigos[77]. Con rápidos círculos y con el blando caracoleo de un [240] caballo más ligero por el llano, burla Cástor a estos, jadeantes y olvidados del morir; mas no con las mismas artes concurren igualmente los colcos, y corren por su propio pie hacia la muerte. Cámpeso es levantado por la encina recibida entre el costado y la ijada, y desciende, muriendo, hasta la mitad de la lanza. [245] Ébaso, que creyó haber esquivado el ataque de Falces doblando la rodilla, es traspasado por el globo del ojo izquierdo; se tiñen de la llaga sus tiernas mejillas. En cambio, confiando en su doble coraza, sufrió Síbotes el golpe, y hiere el extremo de la jabalina con la espada en vano. Ya está dentro la punta, y no se [250] preocupa Ámbeno de la rotura y atraviesa por la mitad a Ocreo con el astil trunco. Lleva Taxes al moribundo Hípanis, y, después de haberlo dejado, huyendo lo arrastra detrás, y en plena carrera arranca la lanza y, mientras la enristra de nuevo después [255] de haberla recuperado, se le adelanta el Laconio y lo acomete turbado y aún inerme. Hacia una pica adversa empujó su caballo desbocado a Onqueo, que en vano intentaba con todas sus fuerzas desviar hacia un lado las patas del animal. Llega allá el caballo de casco sonoro, llega también él mismo, frío. Sus armas [260] caen, gotea lejos la punta de la lanza. Como si a un ave que confiaba en la trabazón de la sombra de un chopo la baja del aire de la más alta rama alguien a quien antes le creció mucha caña en la tácita mano; ella, atrapada arriba por la trampa y por la cola tenaz, implora las ramas y agita inútilmente las alas[78].

[265] En otra parte con armas prontas (pues la fortuna así los juntó) se presenta Estiro, y contento reconoce a este varón Anausis. Y este dice el primero: «Aquí está aquel a cuyo tálamo aguarda prometida la doncella eetia, y quien se llevará vencedor mis amores[79]. ¡No! Serás cambiado como yerno a pesar del [270] padre». Entonces a la vez, corriendo uno al encuentro del otro, traban lanzas enfrentadas; huye herido el albano aferradas las riendas, y ni espera ni ve que haya entregado a la muerte a Anausis. Él en cambio, hincado el venablo, dice moribundo: «Hete [275] aquí que a tus suegros y al seno de la prometida esposa, Estiro, huyes llevando de vuelta una herida que no podrá contener con encanto ninguno Medea, ni aliviar con ninguna droga». Había dicho, cuando una confusión postrera se apoderó de sus ojos, y fue su voz reprimida por el hielo y golpeada por su cabeza la tierra.

[280] Entonces aumenta la batalla los ánimos, y con gran torbellino de dolor arrebata a Gesandro Mavorte. Él increpa a los yáziges retardados, y los apremia así con la espada desenvainada: «De cierto han caído todos vuestros ancianos, de cierto se os ha muerto antes todo padre. ¿Qué vejez tan vergonzosa se ha apoderado súbitamente de vosotros, y os ha quebrado los ánimos y quitado las iras? O avanzad conmigo, ea, muchachos, por medio [285] de la ciudad y de la tropa argólica o sucumbid a manos de vuestros caros hijos»[80]. Se lanza e invoca, fiero, para su empresa a las paternas sombras: «Santo padre

mío, Vorapto, presta ahora a tu hijo tu pecho y un alma pareja a la tuya, si a ti mismo, cuando odiabas la tarda muerte y las viles dilaciones, te obedecí [290] con no mayor lentitud, y aprendieron lo mismo tus pequeños nietos». Esto dice, y fue oído en el Érebo. Entonces desenvaina túrbido la espada, y ardiente blande las armas con las furias de su padre. Consagrado a las aguas indígenas y sacerdote del magno Fasis, erraba Áquites entre las armas de la Osa (lleva el [295] ornamento de la fronda del chopo, y se ciñen sus conspicuas sienes con glauca rama), deseando sacarte de la dura lucha a ti Cirno, olvidado de tu padre. Y ya, recorriendo impunemente todos los frentes y los opuestos batallones, no lo ve por ninguna [300] parte y, cuando de nuevo entra gritando, de nuevo deambula por las opuestas líneas, silba una rápida lanza en torno a sus ínfulas cerúleas. Lo acosa entonces el fiero Gesandro a rienda suelta. El otro tendió temblando la mano y las inútiles insignias sagradas, y dice: «A ti por estas canas, si te queda un padre, te [305] ruego; detén tus amenazas y, si en alguna parte das con él, respeta a mi hijo». Dijo. Mas le responde así su vencedor tras clavarle la espada: «El padre que crees que me dura aún con vil vejez prefirió él mismo sucumbir bajo esta diestra, y precipitar [310] por iniciativa propia el lento término. Y si contaras con la piedad de tu hijo, si con su diestra, no gastarías ahora en súplicas el tiempo en plena guerra, tú que serás presa de los perros. Para el joven toda suerte es más bella: tanto le corresponde haber luchado con su mano como haber carecido de sepulcro». Había [315] dicho. El otro, muriendo, suplica a los dioses y al cielo que no le salga tal diestra al paso a su pobre hijo.

A ti también, Canto, te lloró Argo, no desconocedora de tu muerte, cuando te llevaste las armas de la quilla a su pesar. Ya habías arribado, desventurado, a los golfos escíticos, ya a la [320] corriente del Fasis, y no faltaban muchos días para que vieras capturado el vellocino y los fuegos paternos sobre los montes de Eubea. A él Gesadro, cuando lo hubo abordado en combate desigual, lo amedrenta con estas palabras: «Tú, que pensaste que eran estas moradas fáciles y de hombres, argivo, ves aquí, [325] desgraciado, un año distinto, y la nieve por nodriza y el prematuro tedio de la vida. No sabemos nosotros adaptar los brazos a ligeros remos o tenemos necesidad de esperar vientos que nos lleven: marchamos a caballo por donde está rígido el ponto en medio de su llanura o ruge el Istro con onda hinchada. Ni vuestras [330] murallas nos placen: voy libre ahora por las campiñas de la Osa, teniéndolo todo; porto conmigo todos mis amores y no tengo más pérdida que el carro, y no te apoderarás largo tiempo, vencedor, de esta rapiña. Mas manjares son cualquier res, cualquiera de entre las fieras. Envía a Asia, envía este mensaje a los [335] colonos argólicos: que no tiemblen. Nunca estos inviernos, estos peñascos dejaré, agros de Marte donde endurecemos con tan salvaje río a nuestra progenie e hijos rudos, donde hay tanta ocasión de muerte para los hombres. Así guerrear en los patrios [340] hielos y saquear nos gusta, y tal esta diestra recibe». Dijo, y lanza un venablo nutrido por los vientos edonos[81]. Atraviesa el pecho por la mitad y el

bronce erizado de nudos el mortal acero. Vuela encima, trépido, Idas y a la vez el Enida[82] y a la par Menecio y el que por sus puños tornó vencedor del huésped bebricio[83]. Pero de lejos alzó Telamón el ingente escudo cubriéndote [345] a ti, Canto, exánime. Como, estrechamente cercado, resguarda los cachorros a sus espaldas un león, así se planta cerca el Eácida, y detiene el paso y contra el asaltante opone en derredor la poderosa mole de siete capas[84]. Y no apremia menos [350] por este lado la tropa de Escitia, reclamando cada cual para sí las armas de Canto y la venganza sobre un cuerpo griego. De ahí surge un arduo trabajo, y se traba combate con el cuerpo en medio. Como con gran torbellino en el mismo umbral de Eolia deciden luchando entre sí los vientos a cuál seguirá la rabia del [355] piélago, a cuál las nubes y a cuál aquel día, así se estanca el esforzado combate de hombres que luchan de cerca, y no se los puede apartar del cuerpo que han apresado.

Como aquel que curte los despojos del buey con mucho aceite de oliva se los da a sus siervos, estiran ellos y con sus tirones por turnos doman la piel del toro, rezuma de mantecosa [360] untura la tierra. Tal es el trabajo de uno y otro lado, y arrebatados en un estrecho límite vagan los lastimeros miembros del varón. Estos tiran en sentido contrario a los unos, aquellos en sentido contrario a los otros, y no ceden las diestras alternas de los varones. Por aquí agarra Telamón a Canto de la cintura, por allá tiene el ardiente Gesandro el cuello del varón y las blandas [365] correas del yelmo, que sonó caído al suelo y burló su diestra. Él embiste de nuevo como ariete, ímprobo, la redondez del escudo de siete capas, y a Canto sigue y a Canto reclama, a quien arrebata por detrás la tropa de los camaradas y coloca, una vez tomado, en el carro de la doncella Euríale. Vuela ella misma y a [370] la vez los hemónidas y contra el solo Gesandro marcha toda la tropa. Él, cuando ve los nuevos combates y las armas de la doncella, dice: «¡Contra estas también guerrearemos? ¡Ay, vergüenza!» [375] Después hiere a Lice en el confín del pecho, después a Toe por donde falta la rodela, y ya marchaba contra Harpe, que apenas doblaba los cuernos de su primer arco con leve cuerda, y contra Menipe, que tiraba de la brida de su caballo vacilante, cuando la reina, redoblando los golpes de su segur pesada por los nudos y el oro, le despedaza una parte de la cabeza [380] y del yelmo ferino. Aquí una enorme nube de venablos cae a la vez sobre él solo. Él se basta largo tiempo contra las picas lanzadas (incluso, más firme y sin vacilación, aterrorizó a Idas); después cae como el costado de un monte o la fábrica de un [385] muro que, minado largo tiempo por piedras y vigas y llamas, se derrumbó al fin y entregó la ingente ciudad.

He aquí que, pensando que es lugar y tiempo y que se reclaman ya sus combates, lanza Ariásmeno sus ejes falcados y esparce los crueles atalajes de sus camaradas dispuesto a arrebatar inmediatamente de las filas a todos los griegos, a todos los colcos. [390] Como si, por odio al linaje de Pirra, soltara de nuevo Júpiter los mares y las

riendas todas de los ríos, quedaran ocultas las arduas cumbres del Parnaso, desapareciera el Otris pinífero y decrecieran, sumergidas sus rocas, los Alpes[85]: con tal diluvio [395] y con parejos estragos apremia Ariásmeno, arrebatando carros sin distinción alguna. Entonces por vez primera alzó la doncella[86] la égida y la espira de Medusa escuálida con trescientas hidras crueles, la cual sólo visteis vosotros, caballos. Un pavor ingente se apodera de ellos, derribados de espaldas los hombres, [400] y no de propio impulso vuelven contra sus camaradas la terrible calamidad. Entonces con las corvas cuchillas enreda y destroza la Discordia los trépidos carros. Como cuando la crudelísima Tisífone moviliza las romanas legiones y a los reyes, cuyos batallones con picas, con águilas en uno y otro bando lucen, y unos mismos campos cultivan sus padres, un mismo [405] Tíber compadece, infeliz, a los reclutados de los agros todos no para estos combates[87]: así a los que poco antes eran concordes y perseguían muertes forasteras arrebataron los miedos de Palas, así vueltos hacia su propia perdición concurren, mientras los aurigas intentan dar la vuelta, los ejes. No tan feos batallones [410] de hombres lanzaron a las tierras laurentes[88] los notos, ni se ve tal imagen en la costa líbica cuando envuelven los mares las popas quebradas. Por aquí los caballos de tiro, por allá yacen los miembros de los dueños, que los radios, que los frenos cortan, y es arrastrado y arrastra el carro rezumando sangre de la [415] matanza, y en el negro polvo las vísceras de los príncipes están clavadas ora a un carro, ora a otro. [No en parte alguna] los ánimos de los colcos, ni se preocupan de cuidarse de los venablos, sino que enredados y trabados en desventurada carnicería los masacran, y surge no otra forma de matanza que cuando el [420] cazador ataca a los ciervos no con el umbro voraz[89] ni con la flecha, sino que los encuentra prendidos por sus altos cuernos y los acomete impedidos por ciega ira. El propio Ariásmeno salta audaz, recogidas sus armas. Lo corta por todas partes el filo de la corva falce y es partido por las ruedas y, arrebatado desde allí [425] entre los atalajes furiosos, no tocó ya más los agros Circeos.

Tales muertes los Minias y, esparcidos, los citeos mezclaban a porfía en los campos, y presionaban a Escitia. Cuando la [430] reina Juno, viendo que para el Esónida no era este el camino hacia el vellocino y que no se debía preparar así el retorno, maquina un recurso extremo, antes de que descubra el rey pérfido sus funestos designios y crueles iras. E increpa, afligida, con tardías quejas a Vulcano, cuyos flamígeros toros ve entre [435] los regios pastos exhalando del pecho tartárea noche[90]. Teme que, concluido Marte, les ordene a los Minias uncir estos monstruos para sembrar los dientes de la hidra de Cadmo antes de tiempo[91], y medita varias artes. Sola Medea le viene al ánimo, [440] su mente toda gravita sobre una única doncella, más potente que la cual no es ninguna en los altares nocturnos. Sus alientos y jugos esparcidos por parajes intransitados los temen las estrellas fijas, y se pasma la órbita de su abuelo el Sol. Muda los agros y el curso de los ríos, liga para ella todas las cosas su sopor, [445] rejuvenece a los padres rendidos

por la edad y les da contra la ley otros husos[92]. A esta la admiró Circe, máxima en los modos terroríficos, a esta el forastero Frixo, aunque sabía que espumaba la luna con atracia droga y que las sombras eran agitadas por los conjuros hemonios. Así que a la que era tremenda por sus recursos mágicos y por su virginidad busca Juno unirla [450] como aliada al capitán aquivo. No ve, ciertamente, otra igualable a los toros y a las armas nacientes ni que pueda permanecer firme en medio del batallón de llamas; no se horroriza en su mente ante ningún sacrilegio, ante ninguna visión: ¿qué si el ciego amor y su cruel fuego la hubieran alcanzado? Se dirige [455] entonces al tálamo de Venus y a los techos siempre frescos de guirnaldas. En cuanto la hubo visto, saltó la diosa de su alto lecho y todo el ejército de amores volantes. Y la aborda primero la Saturnia, suplicante, con plácidas palabras, temiendo revelarle sus verdaderos miedos. «En tus manos están la esperanza mía [460] y toda la potestad ahora», dice. «Por esto aun más escucha a la que te dice la verdad. Desde que el duro Tirintio está desterrado de las fronteras argólicas, no es mi mente la misma que la de Júpiter y nuestras voluntades están enfrentadas, no hay honra alguna para el tálamo, ni llamas en la noche como las de antes. Concédeme, te lo ruego, las blandas exhalaciones de una belleza [465] artificiosa y tus adornos potentes en tierra y cielo»[93]. Barruntó la diosa los ardides, ella que desde hacía tiempo buscaba de propio impulso destruir la Cólquide y todo el linaje de su odiado Febo[94]. Mas entonces consigue su deseo y, sin sufrir que se le rogara más, le dio la escabrosa gala y el cinturón fecundo [470] en monstruos[95], en el que no reside la piedad o la custodia de la fama, no el pudor, sino al contrario el ligero y festivo deseo y las insinuaciones malvadas y el yerro dulce para quienes caen [475] y el miedo y la preocupación demente por el peligro ajeno. «Todo el imperio», dice, «y las armas completas de mis hijos te he dado. Sacude ahora cuantas mentes se te antoje».

Se ciñe contenta la Saturnia con las arcanas drogas y desde allá viene a las estancias recónditas del aposento de la doncella, [480] imitando en la voz y en la figura a su hermana Calcíope. Refulgió de lejos el numen a su pesar, y al punto le golpeó los miembros el pavor, y un horror enorme a la Eétide. «¿Así que eres la única que no sabe ni que los Minias han llegado aquí por corrientes ignotas, hermana», dice, «ni que han unido sus manos [485] aliadas a nuestro padre? Mas el resto de la muchedumbre llena las murallas y goza de las celestes armas de los varones. ¿Tú permaneces sentada, perezosa, en el tálamo, tú sola clavada a la morada paterna, cuando se te ofrece contemplar tales príncipes?» Ella nada responde, pues no lo permite la diosa; y la coge [490] de la mano y se la lleva sorprendida con rápidos pasos. Es conducida la infeliz doncella a lo más alto de los muros, ignorante del mal venidero y encomendada a una falsa hermana; como lucen sobremanera entre primaverales colores los lirios blancos, para los que la vida es breve y por poco tiempo florece su gala [495] toda, y ya con foscas alas está encima el Noto. A esta la lloraba, sentada en sus profundos bosques sagrados, Hécate Persea[96], y

de lo hondo del pecho profería estas voces: «Dejas, ay, nuestra floresta y los grupos de tus iguales, ah, desgraciada, para vagar no de propio impulso hasta las ciudades griegas. No te aborrezco, [500] con todo, ni te abandonaré, cuidado mío. Dejarás grandes recordatorios de tu huida, y no serás despreciada siempre, cautiva, por un hombre mendaz, y sentirá él que yo soy tu señora y que me ha dolido el rapto oprobioso de mi sierva». Había dicho. Mas ellas alcanzan el extremo de las murallas e, inmóviles, se horrorizan de los fragores de los varones y de los clarines, [505] como, ante el próximo frío de los nimbos, se refugian afligidas bajo las ramas y se quedan clavadas de pavor las aves.

Y ya los getas y ya todo ibero y la legión drangea caen en apretada matanza, y yacen en los anchos ejidos. Medio muertos y doblados entre sus venablos y entre sus corceles, se revuelven [510] con mísera lucha en cruel pila, y llenan los campos de largos estertores. Al contrario los gelonos[97], victoriosos, repiten el peán patrio; los mismos gozos tornan luego a los vencidos, por donde se volvieron hacia ellos un dios y una imagen de guerra mejor.

Quién causó tales muertes, quién tales hechos, dime, ea, y [515] acuérdate tú, musa, del fiero furor. Absirto, corusco por los rayos de su escudo y por el carro de su abuelo el Sol (cuya lanza vibrante y yelmo amenazador no pudieron mirar de cerca las gentes, sino que tornan temblorosas y en la espalda vuelta reciben [520] heridas y aumentan la fuga con grandes clamores), arrolla con pesado impulso los batallones y derriba los cuerpos con sus negros caballos, y pisa los gemidos del montón que respira. Y lo acompaña, no más leve, Arón, sobre cuyas erizadas armas y [525] brazos enflaquecidos por el bronce arde una clámide multicolor por obra de bárbara aguja y, agitada por el viento, cubre el caballo, cual va con róseas alas el Lucífero que Venus se regocija de presentar en claro cielo[98]. Mas no lejos de allí Rambelo y el enérgico Otaxes habían dispersado a los colcos, y a la par el [530] infame Armis, habituado a devastar con trampa nueva los establos y con raterías inultas los rebaños, cuando, hirsuto, ha aumentado su frente con cuernos, y se ha escondido bajo el terror del dios Liceo[99]; con esta apariencia había dejado clavados entonces [535] a los enemigos. En cuanto lo vio Arón moviendo guerra con el temible disfraz conocido, le dice: «¿Te crees que has atacado ahora a los pávidos pastores y al ganado estólido? No hay aquí pasto ni buey para ti: deja estos simulacros para las rapiñas nocturnas, o no hagas el dios para mí; dios y todo, traba [540] combate con la diestra». Así dice, y lanza un venablo ayudado por el pie en tensión y, caídas las cerdas, quedó la herida al descubierto. Y no avanza menos la prole eetia del eolio Frixo, y se enfurece y se muestra contenta ora a los batallones citeos, ora [545] a los parientes aquivos. Y, cuando, regocijado, los ve Jasón en medio del peligro de la dura guerra y en plenas acciones gloriosas, dice: «¡Bravo, oh linaje nuestro y descendencia ya cierta de Eolia y no casa presunta! Bastante retribución llevo de mis [550] grandes trabajos, bastante compenso

todo con esta visión». Dijo, y se abalanzó contra Suetes y en pos de la muerte del magno Ceramno, y, volteando su escudo, abate al primero tronchándole el jarrete; al segundo lo abre por el pecho con ancha brecha. Tiende Argo sobre una gran porción de campo tanto a Zácoro como a Falces, derribándolos de sus caballos, y mata [555] como infante al infante Amastris. Sostiene él, bárbaro, masas de sangre y vísceras derramadas y, gritando, cae con vana ira. Entrega Calais a la muerte a Barisante y a Rifeo, que acompañaba siempre con sangre venal las luchas vecinas[100]. Cien cuerpos [560] escogidos de bueyes, cien caballos había pactado el guerrero; por estos tasó el alma y la luz, crédulo; mas a la postre volvió en vano la vista hacia las dulces auras, y hacia el cielo no recuperable por tesoro alguno. Cae Peucón, velados también entonces sus ensortijados cabellos con la caña materna en torno a las sienes cerúleas[101]. Mas a la par su madre meótide desde las hondas [565] grutas llenó de llanto el lago y llamó a su hijo, que ya no volaba por sus riberas, ya no por sus charcas sinuosas, ni mataba ciervos en el mármol de la superficie. Éurito persigue a los exómatas en la llanura. Bajo la lanza de Néstor muere en su juventud [570] primera Hélix; y no le fue devuelta la crianza a su querido padre, pues le fue arrebatado en tiernos años. Mas a Látago y a Zetes[102] alcanza Dárape[103], a aquel con la lanza; este huye, cuando vio una ingente ola de súbita sangre y el pecho que lucía con la punta del hierro.

He aquí que Medea, sentada en las murallas paternas, mientras [575] contempla cada combate de la magna guerra y reconoce en lontananza a unos príncipes entre densa nube de polvo y pregunta por otros con Juno como maestra, divisa lejos la cabeza esonia, y a la vez dirige allá sus penetrantes ojos y sus sentidos [580] y ánimo favorable, adelantándose a ver ora adónde corría, ora adónde en dirección opuesta marchaba, y cuántos caballos, cuántas armas derribaba él solo, y con cuán frecuentes lanzadas detenía a los hombres errantes. Y, por donde de nuevo esparce sus vagantes miradas con tácito rostro, buscando o las armas [585] del hermano o las del esposo prometido, allí se le presenta a la pobre solo el cruel Jasón. Entonces, como si no supiera, aborda a su hermana con estas palabras: «¿Quién es, te lo ruego, aquel a quien veo arder ya hace tiempo en todo el campo, y a quien tú [590] misma ves? Pues te supongo también atónita ante tal hombría». Responde aguijoneándola la desalmada Juno, y la apremia con añagazas terribles: «Estás viendo, hermana, al mismísimo Esónida, que después de tan gran mar reclama el vellocino de su pariente Frixo, que se le debe, y no hay ahora nadie que lo preceda [595] ni por la gloria de su linaje ni por su sangre. ¿Ves cómo brilla refulgente entre los Minias y los próceres citeos, y cuántos montones pisotea? Y ya largará velas, ya dejará nuestras costas para dirigirse hacia las riquezas de la feliz Tesalia y a los campos amados de Frixo. ¡Vaya, y ojalá que supere los trabajos!» [600] Tras haber dicho sólo esto, la incita a atender más al campo mientras se le da ocasión y a recorrer los ardientes combates del varón, y a la vez la diosa la empuja a ella con

palabras, a él con Marte propicio, e introduce bajo su pecho nuevas fuerzas. [605] Brillan ya hace tiempo crueles sus ojos bajo la encumbrada punta de la cimera, y en su carrera echa a arder no digno de alegría para ti, Perses, ni para ti, doncella, el astro del penacho aquivo, como el agresivo Can de otoño[104] o los fatales cometas llamados por Júpiter airado contra los reinos injustos[105]. Y no le [610] pasó desapercibida al Cretida su diosa, y siente penetrar en sus miembros una fuerza reciente y se alza sobre los batallones, grande cuanto el mismo Cáucaso cuando ha encanecido por el hielo y la gran nevada y se eleva, invernal, hasta las altísimas Osas. Mas entonces, como se ensaña un león desenfrenado en [615] rico establo y esparce su hambre y cambia de sangre a sangre, así no se demora, feroz, ni en una sola parte ni, túrbido, en una sola matanza, y se enfurece a la par contra todos y ora con la cruel espada, ora con la hostil pica ralean los combates. Entonces hiere tanto a Hebro, que dejaba ondear unas melenas terribles, como al gético Prión; arrebata la cabeza y los brazos de [620] Auco, y lo echa a rodar por las vastas arenas.

Mas había apurado sus destinos Colaxes el nacido de Júpiter, y ya el padre contrista a los astros con afligido rostro, moviendo en vano su pecho doliente con tales cuitas: «¡Ay de mí! Si intento sustraer a su dura suerte a mi hijo y oso confiarlo a [625] mis reinos, está aún apesadumbrado mi hermano por la muerte de Ámico[106], y refunfuña toda la muchedumbre de dioses cuyos hijos han caído y caerán. Antes bien, tenga a cada cual su día, y negaré a todos lo que a mí mismo»[107]. Tras haber hablado así, [630] acumula honores postrimeros sobre el desgraciado, y llena de ingentes ánimos al que va a morir. Vuela él en el campo y reparte innumerables muertes entre las filas, cual lluvia que, precipitada del arco invernal[108], arrastra peñas y broza de bosques y de edificios, hasta que, desenfrenada desde la alta cumbre del monte, se quiebra y desfallece poco a poco en nuevo río. Tal se [635] abalanza la prole de Júpiter en su hora postrera, y ora hace rodar a los magnánimos Hipetaón y Gesítoo, ora a Árines y a Olbo. Ya herido recibe con la lanza a Apres y a pie, abandonado por su caballo, a Tidro el Fasíada, a quien Cáucaso[109], guardián del [640] ganado paterno según la costumbre, engendró a orillas del Fasis; de aquí le venía al niño el sobrenombre y siervo del Fasis lo proclamaban sus padres, absteniéndose en vano de cortarle los cabellos. Y ya urgía, atroz, a otros cuando la diosa inicua[110] [645] rompió el huso postrimero, y llegó victorioso Jasón. Lo recibió Colaxes hablando así con fiera voz: «¿Vosotros a saciar a los perros de Escitia y a las aves de Escitia habéis venido aquí, [650] desgraciados?» Dice, y lanza una piedra arrancada de la tierra sacudida, peso propio de aquella mano y de aquella época, que desvió la regia Juno hacia la cabeza desconocida y no llorada de Moneso. Cae él de bruces. No aparta de su hijo los golpes Júpiter, sino que el disparo fatal de la lanza esonia pasa a través [655] del escudo, a través del pecho, y vuela cruento el Esónida hacia el vacilante y amarga la muerte del caído. Se aparta de aquí y

marcha, ya conocido, hacia los desgraciados alanos.

Mas la princesa al varón (pues el dios[111] no aparta el fuego) lo persigue con la mirada, y con ojos ardientes permanece fija en él. [660] Y, ya menos regocijada por la imagen del combate presente, reprueba sus miedos y las cuitas que sin saberlo alimenta, volviéndose para ver si es su verdadera hermana, y no osa creer atrozmente que sea falso su rostro, y cae de nuevo en los mismos [665] gozos y es arrastrada por la dulzura de la llama cruel. Y, como con blandos soplos juguetea antes con las cabelleras y las más altas copas de una selva el Austro ligero, mas al punto lo sintieron impetuoso las desventuradas quillas, tal es llevada Medea a los extremos furores. A veces toquetea el collar[112] que le ha cogido a la complaciente diosa y lo acomoda, flagrante, a su desgraciado [670] cuello y, por donde ha aplicado sobre sus tiernos miembros el oro que lleva al furor, desfallece; y devuelve la doncella a la diosa su alhaja, no turbada ella por las gemas, no por el ligero metal, sino por las antorchas, sino por la mole del dios, a quien tiene ya en [675] todo su pecho. Vaga el pudor postrero en su rosada faz. Y habla la primera con estas palabras: «¿Crees, hermana, que dará lo prometido nuestro padre, a quien por gracia de los dioses le llegó el huésped argólico? ¿O cuánto resta ya de la acerba guerra? ¡Ay, a qué peligros se expone por un pueblo desconocido!» Mientras hablaba, la dejó a media conversación Juno, ya dueña de su plan [680] y segura de su añagaza. Se asoma más audazmente desde los altos muros, temeraria, la doncella, y no sigue o busca a la hermana que se le ha ido. Mas, cuantas veces la dura fuerza de los caudillos y hombres de repente agrupados presionaron al Esónida, y cuando cayó sobre él solo toda una lluvia, tantas veces es golpeada [685] ella por piedras y lanzas. Y se horrorizó la primera ante el arco de Lexanor enemigo, mas pasa sobre la cabeza esonia, alta, la flecha, y hacia ti, Caico, se dirige. Deja Caico una esposa lastimera y una casa inconclusa tras su noche de bodas.

Como embajador de su rey había venido de las riberas orientales [690] Míraces a unir a los lejanos colcos y a Eetes en alianza no inválida, entregada una prenda en oro, con los partos. Entonces retuvieron al joven en las tierras citeas las Parcas y el repentino amor de Mavorte; juntamente marchaba su escudero medio hombre[113], [695] portando su juventud impúber y estéril. él mismo, sentado a la brida sobre tapetes cargados de aljabas, ora corre adelante ligero contra los batallones con carro enemigo, ora esparce en fuga fingida hacia atrás las saetas. Mas anuda al mentón la patria [700] tiara, verde de gemas y de hilo de la selva oriental[114], insigne él por sus brazaletes, insigne por la cimitarra diestra[115]; corre adelante el excesivo calzado de su bárbaro pie. Y no pasó desapercibido largo tiempo aquel botín al cruel Sienes, y a través de la piel de tigre ligera y jaspeada con mucha púrpura pasa la pica veloz; [705] vomita el tigre herido sangres repentinas, y derrama la vida de su dueño. El muchacho mismo cae con la cabeza apresada por el arco roto[116]. Se empaparon entonces de negra sangre la clámide ígnea,

de sangre el rostro y los pesados cabellos que con flor sabea [710][117] había nutrido su madre y adornado con líquido oro[118]. Como si con aguas y abundancia de tierra fértil hace crecer alguien un olivo y lo expone a vientos favorables, y no defraudan el trabajo asiduo ni su esperanza al cultivador y ya ve sobre la [715] tierna copa el primer follaje, cuando de súbito vino precipitado, sueltos los nimbos, un temporal de Aquilón, y lo tiende arrancado en la negra arena: no de otro modo cae Míraces ante la ciudad y el rostro mismo de la doncella. Pero ella, doliente por miedo de uno solo, no se conmueve más de lo que te mira a ti, Meleagro, [720] furioso, más de lo que a Tálao, o admira los combates de Acasto. Mas de sobra los mismos pueblos y los campos los veían caer con pareja tormenta sobre las tropas en retirada. Ante sus ojos pasan la fuga afrentosa de los caudillos y la copiosa sangre de los que caían y los carros huérfanos de sus grandes amos.

[725] No soportó Perses estos lamentos y la derrota de los suyos, y, viendo vueltas las espaldas, llena el cielo con estas quejas: «¿Por qué a mi, expulsado ya de las moradas paternas, para que emprendiese combates y moviese a Escitia a la guerra, me burlasteis [730] vosotros, dioses de lo alto, vosotros con augurio inane? ¿Por qué entonces, Júpiter, me prometieron los presagios las penas merecidas de mi hermano? Para nosotros preparabas, sí, las tropas auxiliares de la Argo, y unirnos con tan grandes fuerzas[119]. ¡Cruel es de cierto la demora bajo la luz para los desventurados; denme, con todo, los hados, lo ruego, aquel solo día que defraude a los aqueos, que así lo han merecido, y en el que vea [735] a este Esónida ufano de su hombría llorar tantos trabajos sin recompensa!» Había dicho esto, y se golpea el pecho con los brazos y llena el yelmo de llanto, el yelmo de sollozos[120]. Y marchaba lanzado hacia los incendios de en medio de la guerra si no [740] lo hubiera visto antes Palas desde las armas opuestas, y dice para sí: «He aquí que corre, feroz, a la muerte Perses, a quien mi padre ya ha decidido imponer sobre los colcos y el trono de su hermano. Temo que nos reproche que haya caído por fraude nuestro, y castigue esta culpa con gran terror»[121]. Diciendo esto, [745] difunde un negro manto de niebla, y aparta de la cabeza del hombre las lanzas que silban en derredor. Él es alzado por clemente torbellino sobre los pueblos aliados y, arrastrado un poco al éter ligero, ya al fin es llevado a la retaguardia de la batalla, [750] donde por casualidad el ibero retardado y las falanges isedonias[122] escapan a Marte y ayudan al ejército sólo con clamores.

La noche deseable trae en ese momento las estrelladas sombras y cae al punto el fragor de la guerra, y doliente deja las murallas la doncella tras haber padecido largo temor. Como un [755] poco resisten las tíades durante los fieros ritos de Nictelio[123], mas luego han aferrado al dios ya dispuestas a todo, con no otra confusión torna Medea, y entre las filas de los griegos y las patrias falanges reconoce a Jasón siempre con cuitas inacabadas, y las armas y el rostro que sobresale del cóncavo morrión.

[1] Probablemente, la lanza de Marte, utilizada aquí para declarar la guerra de modo semejante a como lo hacían los miembros del colegio sacerdotal romano de los feciales (cf. LIVIO, I 32, 12).

[2] Del campo de Perses, a quien un oráculo había prometido la ayuda de los Minias (cf. VI 731 s.).

[3] Cf. V 259 ss.

[4] Procedente del amanecer, o bien del carro o del escudo de Marte.

[5] Cf. II 65 n.

[6] Pueblo de la estepa establecido más allá del río Tanais o Don (cf. AMIANO MARCELINO, XXXI 2, 3).

[7] Habitantes de la ribera oriental del Ponto, establecidos al sur de los alanos. Resulta anacrónica su presencia en el catálogo si se tiene en cuenta que fueron llamados heníocos («aurigas») por los aurigas de los Dioscuros (cf. PLIN., *Hist. Nat.* VI 16).

[8] Pueblo tracio que habitaba en la cuenca del río Estrimón, al este de Macedonia (cf. TITO LIVIO, XLV 30, 3).

[9] Heródoto (IV 49) menciona el Tíbisis como afluente del Danubio, pero no se sabe nada cierto acerca del Mírace.

[10] Parece que Valerio contamina dos noticias de Heródoto, quien hacía a Colaxes nieto de Júpiter por medio de su hijo Targitao, habido con una ninfa hija del río Borístenes o Dniéper (IV 5), y atribuía a Heracles el concúbito con una muchacha biforme de naturaleza serpentina (IV 9).

[11] Los bisaltas portan como emblema el rayo de Júpiter, padre de su comandante; en tiempos históricos, lo portó sobre sus escudos la XII legión, llamada *Fulminata*, que Tito hizo venir de Siria para que participara en el sitio de Jerusalén mencionado por nuestro poeta en el proemio (cf. TÁC, *Hist.* V 1).

[12] Probablemente, se trata de un fíbula.

[13] Pueblo establecido en las proximidades de la laguna Meótide (cf. HEROD.. IV 49), donde se hallaba el Bósforo Cimerio (el actual estrecho de Kerch, en el mar de Azov).

[14] A pesar de lo que inmediatamente se dice, Dárape reaparecerá más adelante tomando parte en la guerra (cf. VI 572).

[15] Herida sufrida en guerra contra los persas, gobernados en tiempos históricos por la dinastía de los Aqueménidas: el nombre de Datis coincide con el de un general de Darío abatido por los atenienses en Maratón (cf. HERÓD., VI 118).

[16] Pueblo de la India (cf. VIRG., *Geórg.* III 27), muy alejado de la Cólquide; precisamente por esto, se los ha identificado en este pasaje con los gargareos caucásicos de Estrabón (XI 2, 11) O con los dandáridas mencionados por Tácito (*Anales* XII 14).

[17] Lago vecino a la Meótide en el que desemboca el río Gero.

[18] Llamados así por el río Acesino, afluente del Borístenes o Dniéper identificado con el actual Komskaja.

[19] Dada la chocante homonimia con el Frixo griego, debe tratarse de un error de transcripción.

[20] El Quersoneso Táurico (la actual Crimea), lugar tristemente famoso por los sacrificios humanos a Diana (cf. II 301 n.) en cuyas proximidades moraban los acesinos.

[21] Habitantes de la orilla izquierda del Borístenes (cf. HERÓD. IV 18).

[22] Cf. V 266 ss.

[23] Nótese el juego de palabras subyacente entre el gentilicio «hileo» y el grigo *hylé* («bosque, selva»).

[24] El v. 78 («que llegaron a lo alto de la copa del árbol»), presente en la edición príncipe, ha sido atetizado con razón por la mayoría de los editores, dado que se trata de una palmaria interpolación tomada de Virgilio (*Geórg.* II 123 s).

[25] Región al sur del Caspio (cf. III 494 n.). Puesto que los hircanos comparecen otra vez en el catálogo de los aliados de Perses unos versos más abajo (VI 114), se ha señalado aquí una falta de la tradición manuscrita, o

bien un caso de doble redacción debido a que el poema quedó inacabado.

26 El sobrenombre parece indicar que era hijo del Sol, acaso porque, según Plutarco (*Artajerjes* 1), el nombre persa Ciro (lat. *Cyrus*) significaba precisamente «sol». También se ha pretendido relacionar el nombre de este guerrero con el río Ciro, que desembocaba en el Caspio después de haber atravesado la Iberia y la Albania.

27 Pueblo de Tracia (cf. PLIN., *Hist. Nat.* IV 41). El nomadismo es un rasgo típicamente atribuido por la etnografía imperial a sármatas, escitas y demás habitantes del lejano y bárbaro Norte.

28 Con esta palabra de origen céltico se designa un arma bárbara semejante al bumerán australiano.

29 Cf. IV 719.

30 Monte desconocido por otras fuentes.

31 Ciudad de la cuenca del Tiras (cf. PLIN., *Hist. Nat.* IV 82), cuya riqueza en venenos puede haber sido sugerida por la semejanza del topónimo con el griego *ophys* («serpiente»).

32 Pueblo establecido en las cercanías de la península de Crimea, nacido de esclavos que se adueñaron de las mujeres de sus amos (cf. AMIANO, XXII 8, 41); a una usurpación servil semejante habían tenido que hacer frente los escitas, según Heródoto (IV 1, 2 s.).

33 Pueblo tracio establecido entre los Balcanes y el mar Negro (cf. ESTRABÓN, VII 5, 12). Los usos bélico-religiosos que inmediatamente se les atribuyen presentan notable semejanza con los descritos por Tácito (*Germ.* 7) a propósito de los germanos.

34 Denominados habitualmente bastarnas, constituyen un pueblo de raza germánica localizado entre el Dniéster y el Danubio, una de cuyas tribus son los sidones (cf. ESTRABÓN, VII 3, 17).

35 Arma arrojadiza propia de los tracios cuya parte metálica medía tanto como el asta de madera.

36 En latín *aclys*, lanza arrojadiza de dos puntas (cf. cf. SERVIO a VIRG., *En.* VII 730).

37 Cf. IV 719 n.

38 Afluente del Ciro (cf. ESTRABÓN, XI 3, 2).

39 Río desconocido por otras fuentes.

40 Río que desembocaba en el Ponto cerca de la ciudad de Sinope.

41 Por «mole de guerra» podría entenderse el cuerpo de ejército comandado por Ariásmeno e incluso, más concretamente, los carros falcados, aunque quizás deba darse a este sintagma un significado más inclusivo (algo así como «el fragor de la batalla»), análogo al de la expresión homérica *molos Areos* (cf. HOM., *Il.* II 401; VII 147; XVI 245; XVIII 134).

42 Pueblo de la región persa de Aria (cf. ESTRABÓN, XV 2, 8; PLIN., *Hist. Nat.* VI 94).

43 El puerto de montaña conocido como «Puertas Caspias» (cf. V 124 n.).

44 Hórrida referencia a los ladridos del can Cerbero, que custodia la puerta del infierno, y a los de los monstruosos perros que forman el cortejo de la diosa Hécate.

45 La Tebas y los campos de Egipto, llamados «lageos» por Lago, el general de Alejandro Magno del que procedía la dinastía de los Tolomeos.

46 Isla o región de Arabia, y por sinécdoque la Arabia entera.

47 Era creencia de la historiografía antigua que el Asia toda desde la India a Egipto había sido subyugada por los Escitas (cf. JUSTINO, II 3, 14 s.).

48 Habitantes del curso alto del Borístenes (cf. HERÓD., IV 105 s.). Se les atribuye quizás aquí como peculiaridad etnográfica un rito de matrimonio basado en el «rapto» de mujeres más o menos institucionalizado.

49 Pueblo establecido entre el Borístenes y el Danubio (cf. TÁC, *Anales* XII 29 s.). La costumbre que inmediatamente les atribuye Valerio es un tópico etnográfico aplicado a varios pueblos bárbaros (cf. HERÓD., 1216; III 99).

50 Evidente error de transmisión. Entre otras posibilidades, se ha identificado este misterioso pueblo con los

Micos (gr. *Mykoi)* persas mencionados por Heródoto (III 93).

51 De unos montes «Cisios» situados al norte del Cáucaso se tiene noticia por Plinio (.*Hist. Nat.* VI 21).

52 Habitantes legendarios del extremo Norte que Heródoto (VII 85) pinta con un solo ojo. mientras que Valerio los describe según el prototipo del «buen salvaje» no corrompido por el lujo.

53 Pueblo escita (cf. HERÓD., IV 6).

54 Los «portadores del tirso», pueblo del Norte (cf. HERÓD., IV 22) que Valerio, jugando con su gentilicio, presenta como ejército del dios Baco, a quien rinden culto con los instrumentos de rigor después de haber participado en sus campañas orientales.

55 Hijo de Júpiter y de Sémele, princesa tebana hija del rey Cadmo.

56 Pueblo de la Arabia Feliz, la tierra de los aromas.

57 Cf. II 515 n.

58 Nombre desconocido que algunos editores sustituyen por «Emoda» (la actual cordillera de Pamir, en las proximidades del Himalaya).

59 Pueblo localizado por el propio Valerio (v. 147) en las riberas del Hípanis (actual Kuban, cf. IV 719 n.).

60 Pueblo desconocido por otras fuentes; ha sido identificado con los toretes, vecinos de los satarcas según Plinio (*Hist. Nat.* VI 17).

61 Pueblo descrito por Pomponio Mela (II 10) como «buenos salvajes», dedicados al trueque en su feliz ignorancia de los metales preciosos.

62 Porque no le ofrece confianza el río helado.

63 Pueblo desconocido por otras fuentes.

64 Pueblo mencionado, además de por Valerio, solamente por Lucano (III 246). Sí se tiene noticia de un río llamado Coatres y de un monte llamado Coatras, ambos en Persia.

65 La Luna (identificada con Diana, hija de Latona) y el can Cerbero, portero del infierno, pueden respirar tranquilos ahora que Coastes y los suyos están ocupados en la guerra entre colcos y escitas, pues eran prácticas comunes entre los dedicados a la magia negra evocar las ánimas de los difuntos y hacer que la Luna descendiera del cielo (cf. VI 447 s.).

66 Pueblo desconocido por otras fuentes; de su vecindad en el catálogo a mesos y a sármatas se puede inferir que habitaban, como estos, el curso bajo del Danubio. Los dos cuernos de sus arcos se equiparan, por la velocidad con que disparan las flechas, a las alas de las aves.

67 La Mesia, cuyo territorio se extendía entre las actuales Serbia y Bulgaria, había sido convertida en provincia romana en 29 a. C.

68 Los sármatas habitaban entre el Danubio y el Vístula, que los separaba de los germanos, y sus dominios llegaban hasta el Don (cf. POMPONIO MELA, III 25 ss.; PLIN., *Hist. Nat.* IV 80 s.). Guerreaban en tiempos históricos con una larga lanza (lat. *centus*) provista de una correa que facilitaba la posibilidad de recuperarla. Junto con los vv. 231-238, este pasaje ha sido aducido para datar el libro VI en torno a los años 89 y 92 d. C., cuando sendas campañas contra los sármatas llevadas a cabo bajo Domiciano pudieron haber conferido cierta actualidad a estos bárbaros.

69 Primitivamente, al año romano comenzaba en marzo.

70 Cf. II 16 ss.

71 Cf. IV 238 n.

72 Cf. II 195 n.

73 Habitante de Ea (cf. I 451 n.).

74 De Néstor o de su hermano Periclímeno, oriundos de Pilos.

75 Cf. I 426 n.

[76] Cf. I 422 n.

[77] Cf. VI 162 n.

[78] Referencia a una técnica para cazar pájaros vivos con una especie de jaula o red que se fijaba en la punta de una caña.

[79] Cf. VI 43 ss.

[80] Cf. VI 122 ss.

[81] El viento del norte, que habita en Tracia como la tribu de los edonos (cf. I 611 n.).

[82] Meleagro o Tideo, hijos ambos de Eneo.

[83] Cástor.

[84] El enorme escudo de Telamón está compuesto de siete capas como aquel muy famoso con el que su hijo Áyax defiende el cuerpo de Patroclo en la *Ilíada* (XVII 132 ss.).

[85] Referencia al diluvio universal con el que castigó Júpiter las maldades de los hombres; sobrevivieron Deucalión y Pirra, a quienes cupo en suerte la misión de repoblar el mundo (cf. APOLOD., I 7, 2; OVID., *Met.* I 262 ss.).

[86] Minerva (cf. VI 173 ss.).

[87] Evocación de la guerra civil, con obvias alusiones al proemio de la *Farsalia* de Lucano (I 1-7). Se ha referido este pasaje a la contienda entre César y Pompeyo, al año de los cuatro emperadores (69 d. C), o a la revuelta de Antonio Saturnino en la Germania Superior (89 d. C).

[88] La costa del Lacio, en cuya ciudad de Laurento, vecina a Ostia, reinó Latino, el suegro de Eneas.

[89] Perro de caza de Umbría, región de Italia central.

[90] En efecto, una vez acabada la guerra, el pérfido Eetes impondrá a Jasón la prueba recogida en la mayoría de las versiones del mito argonáutico (cf. VII 61 ss.): uncir los toros de bronce que espiran llamas, fabricados por Vulcano (en agradecimiento de la ayuda que le había prestado el Sol recogiéndolo en su carro durante la gigantomaquia, según APOL. ROD., III 230 ss.), y sembrar los dientes del dragón de los cuales germinan feroces guerreros armados, dientes procedentes de la bestia matada por Cadmo, el príncipe fenicio fundador de Tebas de Beocia, en el lugar donde se había de levantar la ciudad (cf. APOL. ROD., III 1174 ss.).

[91] Antes de que Juno haya dispuesto lo necesario para involucrar a Medea en las penalidades de Jasón.

[92] Referencia al huso con el que las Parcas hilan la vida del hombre y le ponen fin (cf. VI 645).

[93] Para que Venus le facilite las hechiceras prendas con las que pretende ganar a Medea para la causa del Esónida, pone Juno como pretexto una supuesta disensión entre ella misma y Júpiter provocada por su inquina contra Hércules, el odiado hijastro.

[94] Porque el Sol, que todo lo ve desde el cielo, le había descubierto a Vulcano el adulterio de Venus con Marte (cf. II 100 n.).

[95] Este mismo cinturón de Afrodita lo toma prestado la Hera de Homero para que Zeus, amorosamente rendido a sus encantos, deje de sostener a los troyanos contra los griegos (cf. *Il.* XIV 215 ss.).

[96] La diosa Hécate es hija de Perseo, hijo a su vez de los titanes Crío y Euribia (cf. HES., *Teog.* 404 ss.). La presciencia divina le permite lamentar con antelación la fuga de su protegida Medea y la traición del Esónida, de funestas consecuencias.

[97] Pueblo escita (aunque de origen griego, según HERÓD., IV 108 s.), no mencionado hasta ahora entre los partidarios de Perses.

[98] El planeta Venus, lucero de la mañana. Acerca de la refinada indumentaria de Arón, cf. V 590 ss.

[99] El dios agreste Pan, que habitaba en la Arcadia (el Liceo es un macizo montañoso de esta región interior del Peloponeso); Armis adoptaba la apariencia caprina del dios para saquear establos y rebaños.

[100] Era, pues, mercenario.

101 El caído era hijo de una ninfa de la laguna Meótide, según cuanto se deduce de los versos siguientes.

102 Guerrero colco; no se confunda con el argonauta homónimo.

103 Cf. VI 66 n.

104 La devastadora estrella Sirio (cf. I 683; V 369).

105 Puede quizás hallarse aquí una velada referencia a los infaustos cometas aparecidos bajo el reinado de Nerón (cf. [SÉNECA], *Octavia* 227 ss.).

106 Cf. IV 114 ss.

107 De igual modo obra el Zeus homérico ante la caída inminente de su hijo Sarpedón(*Il.* XVI 431 ss.).

108 El arco iris.

109 Pastor epónimo de la cordillera (cf. PSEUDO-PLUTARCO. *De los ríos,* V 1).

110 La Parca.

111 La voluntad divina, concretada principalmente en Juno, o, quizás mejor a juzgar por el v. 673, el propio Cupido, dios del amor.

112 Debe de tratarse del fatal ceñidor de Venus mencionado en los vv. 470 s., que. según la descripción de Marcial (*Epigramas,* VI 13, 5 s.; XIV 206) enlazaba cuello y seno.

113 Eunuco.

114 Perífrasis para designar la seda, probablemente.

115 Especie de espada grande (lat. *acinaces)* propia de los partos que, contra el uso general, se colgaba del lado derecho.

116 El propio Míraces, mejor que su joven escudero.

117 Cf. VI 138 n.

118 En una demostración extrema de lujo oriental, el parto Míraces llevaba el cabello bañado en oro puro, o quizás entrelazado con hilos o láminas de oro.

119 Nada sabemos por Valerio ni por otras fuentes de un oráculo de Júpiter favorable a Perses; la referencia a la ayuda que este debería haber recibido de los argonautas coincide, sin embargo, con las instrucciones dadas a Palas por Juno (cf. III 501 ss.).

120 Probablemente, Perses se cubre la cara con el yelmo para ocultar el llanto.

121 Cf. V 677 ss.

122 Pueblo escita vecino al Caspio (cf. HERÓD., I 201). no mencionado en el catálogo de los aliados de Perses.

123 Baco, el dios «de los misterios nocturnos» que, a pesar de la resistencia inicial, acaba siempre poseyendo a sus adoradoras las tíades o bacantes.

LIBRO VII

SINOPSIS

Insomnio y primer monólogo de Medea (1-25). Eetes se niega a entregar el vellocino, e impone a Jasón la terrible prueba (26-100). Preocupación y segundo monólogo de Medea (101-152). Juno recurre nuevamente al apoyo de Venus (153-192). Tercer monólogo de Medea (193-209). Bajo la apariencia de su tía Circe, Venus vence la resistencia de Medea (210-323). Búsqueda de las drogas que han de proteger a Jasón y cuarto monólogo de Medea (324-370). Acompañada de Venus, Medea se dirige al bosque de Hécate (371-406). Encuentro de Medea con Jasón; ella le concede la ayuda de su magia y él le promete matrimonio (407-538). Jasón supera la prueba impuesta por Eetes: unce los toros que exhalan fuego, siembra los dientes del dragón y aniquila a los hijos de la tierra (539-653).

A ti también ya el véspero tardío te separa del huésped tesálico, y ya tus gozos, doncella, te abandonan, y cae la noche, que llega no dulce sólo para quien ama. Así que, cuando, con pies que habían dudado al borde del umbral, hubo alcanzado doliente el lecho y fue encendida su mente por las tinieblas, vertía entonces múltiples llantos a través de largo insomnio y no sabía de qué mal perecía; y, osando al fin confesarse un poco, habló así en medio de su dolor: «¿Por qué azar ahora yo o por qué yerro soy arrastrada así, continuamente en vela, queriéndolo yo misma? No era por cierto esta mi noche antes, joven valerosísimo, de tu rostro: ¿por qué lo recuerdo yo, trastornada, una y otra vez, separada como estoy por tan gran mar? ¿Por qué sólo en el huésped se fija la mente mía? Mejor reciba ya el vellón de su pariente Frixo, que es lo único que pide y la sola causa de los trabajos del varón. Pues, ¿cuándo visitará él de nuevo estas moradas, o cuándo irá mi padre a las ciudades esonias? Felices quienes osaron darse a las corrientes interpuestas y no temieron tantos caminos, y quienes siguieron después hasta aquí a tal varón; pero, aun siendo tal, parta». Entonces, tras haber sido agitada en el lecho y haber probado toda su cama, he aquí que ve clarear el umbral con tenue aurora. Y la luz amanecida confortó a la insomne enamorada, no menos que cuando el leve aguacero levanta las espigas que languidecen y descienden gratos soplos a los remos ya cansados.

Mas a los Minias los insta ya su cuidado de los largos caminos, y en vano se dirigen al rey en el momento mismo de la alegría y del mérito. Dejando que este prenda primero las ofrendas y el botín capturado para los dioses, se eleva Jasón y fija los ojos en lontananza, por si se presenta ya la áurea piel y clarean los atrios con las vedijas que se le ofrecen. Eetes, en cambio, se le adelanta cuando estaba preparando ya él el semblante y las palabras, y rompe la demora y salta a la misma faz del varón que se demora, y se desfoga con tal ira: «Nacidos en otro mundo, que tenéis vuestras costas y reinos, ¿qué furor os trajo a estas riberas a través de tantas corrientes, o qué amor tan grande por mí? ¡Tú fuiste para mí la causa primera de los males, tú, Frixo, mi yerno! ¡Y que no te hayas hundido en el mismo mar que tu hermana[1], de modo que no conociera ahora yo, feliz, a los griegos ni por el nombre! ¿Quién de los reyes es Pelias, quiénes los tesalios o qué Grecia? ¿Qué raza de hombres estoy viendo, o dónde están las rocas Cianeas? Hete aquí que ha venido un forastero a las riberas escíticas. Con cincuenta desterrados habrá penetrado en Asia (¡ay, vergüenza!) Jasón, y a mí me habrá despreciado antes que a los demás una nave, una sola, de modo que se lleve de vuelta el botín de un rey vivo? ¿Me ordenará que le ofrezca yo mismo mis bosques sagrados, que yo mismo se los

franquee, y no se dignará vencer en ninguna guerra? Ea, ¿por qué no se te antoja arrancar los sagrados dones de los templos todos y raptar de los regazos a nuestras mismas hijas, ladrón? ¿Creeré que tenéis vosotros moradas, padres vosotros, a quienes alimentan sola la nave con sus infandas rapiñas y el feroz temporal, y a quienes, si hemos de creeros a vosotros mismos, empujó su rey al piélago y vetó el retorno? ¿Es que, para apoderarse del oro de la res eolia, descendió antes el Cáucaso mío con su sombra talada, y se llevó el primero sobre los mares los despojos hemonios? ¡No coloqué yo con ínfulas funerales a Hele! Si, con todo, insistes en no retirarte de otro modo de esta tierra, y te mueve la vergüenza de un retorno infructuoso y tienen tus hombres escondido no sé qué más que una sola nave, no retardaré yo mismo lo que pides; sólo cumple tú antes mis mandados. Yace ante la ciudad, inculto por largos años, el campo de Marte, y unos toros que echan fuego y que incluso a mí cuando he cogido el arado, incluso a mí dudan a veces si reconocerme. Más y más rabia y desenfreno les ha dado ahora mi vejez, y gruñe en su boca fuego más soberbio del acostumbrado. ¡Sucede, valiente, a mi gloria, y cultiva de nuevo, huésped, nuestros agros! Y no faltará la simiente que antes yo mismo esparcía, y las mieses a las que solo hacía frente. Basta una noche para las deliberaciones, y medita contigo mismo y con tus dioses estos mandados, y, si hay algo en ese roble[2], vendrás a los campos del antedicho trabajo. Yo mismo no tengo claro aún si quiero que seas envuelto al instante por aquellas llamas o más bien que dures un poco, hasta que lances la simiente al campo arado y te salga de los dientes de la hidra de Cadmo el soldado y florezcan de juventud armada los novales»[3].

La hija, sorprendida la primera por la voz del brutal tirano, se quedó clavada y volvió hacia el muchacho su rostro que palidecía, y tembló de miedo a que el forastero ose en su ignorancia, y estime el desgraciado que es capaz. A él mismo lo había atenazado también el horror, y permanecía de pie absorto en su doliente ira. No se pasma así el piloto tirreno y jonio que, ya viéndote a ti, Tiberino[4], y el claro faro en la altura serena, precipitado de súbito, por ninguna parte ve la embocadura, por ninguna parte Ausonia[5], sino que se acercan las crueles Sirtes[6]. Entonces piensa, empero, qué respuesta dar al infando tirano, y sale al fin de su profunda concentración. «No», dice, «este retorno, no esta esperanza diste, Eetes, a los Minias, cuando al principio nos revestimos la armadura por tus murallas. ¿Adónde se ha vuelto tu palabra? ¿Qué ardides revuelven tus mandados? Otro Pelias aquí, otros mares veo. Pero, ea, apremiad, tiranos todos, esta cabeza con odios e imperios: nunca diestra ni esperanza me faltarán. Es mi costumbre sufrir mandados y no ceder ante las dificultades. Una sola cosa pido: si me abatiere aquella cosecha con sus picas, o si me tragare el fuego de mañana con fauces hostiles, envíeseles desde aquí a los crueles oídos de Pelias la noticia de que han perecido aquí los hombres y de que yo, si hubieras tenido tú palabra alguna, habría podido

regresar a mi patria».

Con tales palabras deja atónitos a la hija y al padre, y sale precipitadamente del palacio desleal. Mas, trépida y abandonada en medio de sus padres, la doncella calla, y no pudo ni mantener [105] durante un poco los ojos fijos en el suelo ni no volver el afligido rostro, y miró hacia las puertas y lo encontró aún cuando él se marchaba. Y entonces le pareció, ay, más hermoso a la pobre enamorada el forastero que se iba; tales hombros, tales [110] espaldas le dejó. Ella desea que avancen un poco la morada y las mismas puertas, mas retiene sus ardientes pasos dentro del umbral. Cual la vagabunda Ío cuando percibe las últimas arenas y adelanta y retira el pie, ella a quien constriñe la Erinis a marchar por el mar hinchado y llaman más allá de las aguas las madres de Faros[7], no de otro modo deambula Medea, y se queda pendiente de las puertas abiertas por si su padre, más benévolo, [115] llama de nuevo a los Minias; y, buscando la faz del forastero, o se aflige desfallecida en su cama solitaria o viene y se refugia en el regazo de su querida hermana; y, tras haber comenzado a hablar, calla y, volviendo de nuevo, pregunta cómo se estableció en las costas eeas el forastero Frixo, cómo se llevaron [120] a Circe alígeros dragones[8]. Entonces disfruta, lastimosa, de la vista de sus compañeras y no puede llenarse, y de súbito se pega más cariñosa a sus padres y rodea de besos la patria diestra. Así una dócil perra acostumbrada a los lechos y a la mesa del amo, enferma ya de nueva peste y de rabia futura, antes de [125] su huida recorre llorosa los penates enteros[9]. Al fin se increpa también a sí misma con blanda cólera: «¿Sigues», dice, «loca, y te angustian la imagen y el cuidado de aquel que quizás ha ganado alta mar con su prófuga quilla, y que no llevará siquiera [130] mi nombre a las ciudades de su patria? ¿Por qué, en cambio, me conmueve él así, si supera sus trabajos o cae y es aturdida Grecia por tan gran luto? ¡Al menos, si ya llevaban al hombre sus destinos últimos, ojalá se le hubiera más bien ordenado ir a tiranos [135] desconocidos, y al fin no moriría en esta ciudad! Pues se dice que es de la sidérea sangre de nuestro Frixo, y vi que lo compadecía mi querida hermana y dice el desgraciado que empujado por órdenes va a través de esas olas. Pero retorne de cualquier manera, y no sepa que hago yo estos ruegos y no odie [140] él a mi padre». Había dicho esto, y había echado sus miembros pesados en el colchón por si viene, compadecido, el reposo, cuando más cruel el mismo sopor la turba y la agita; de un lado se prosterna, suplicante, el forastero, de otro el padre. Rompe [145] ella el sueño con nuevo temor y se levanta del lecho. Reconoce a sus siervas y los queridos penates, arrebatada hace un momento por las ciudades tesálicas: como, turbado por las Penas[10] y por pavores ciegos, desenvaina Orestes la espada y hiere los batallones de su cruel madre; a él mismo las sierpes, a él mismo [150] lo golpea la ira del horrísono látigo, y cree en su persecución que de nuevo hierve por la matanza de la Laconia enemiga[11], y torna rendido de la falsa masacre de las diosas y cae ante la faz de su desventurada hermana[12].

Cuando ve Juno que la Colca vacila en vano con estos cuidados [155] y no obedece todavía al furor extremo, no reasume ya el semblante y la voz de la falsa Calcíope. Cuando el ardor flaquea y es más débil frente al pudor y la mente se enfrenta al mal, se eleva sublime en las tenues auras y busca a Venus en el flavo Olimpo. «Me acuerdo de cómo [...] has compartido conmigo el [160] trabajo. Mas ella[13] permanece demasiado dura y se duele entregada a la ira y a las furias, y me ha dejado ahora sin percatarse de que era yo. Ve, te lo ruego, y gana ese amor con el que a mí me frustra [te lo ruego], a fin de que se atreva a la postre a salir [165] del techo paterno y a defender de todo caso a mi Esónida. Con los ritos, con la droga en que ella confía, engañe también a aquella sierpe que, atenta toda la noche, llena el ramaje entero y el vellocino de oro (mírala en lontananza) con tantas espiras en derredor, con tantos repliegues, y haga que se deslice del ingente fresno bajo el efecto del sueño[14]. Esto a ti ahora, a las [170] Furias y a ella misma encomiendo lo demás».

Entonces habla así Venus, madre de los alígeros amores: «Ni cuando al principio intentaste torcer los sentidos de la doncella y tocar su ánimo con una preocupación desconocida te fallé, que inmediatamente te di a ti sola mi cinturón, por el que [175] movida de su lugar y desfallecida cedió[15]. No es bastante, sino que hay necesidad de mí misma, y me reclaman el pecho vacilante y el dudoso pudor. Haré que ya ella busque la alianza del varón esonio y tema esperar. Tú haz que venga él veloz al santuario [180] de Diana lucífera[16], donde suele la Colca esparcir sacras teas y danzar para su señora con la tropa de su edad. Y que no te entre entonces miedo de Hécate, o que impida por ventura mis intentos no temas. Si hasta deseo que se atreva: inmediatamente pasará a ella el amor, y la constreñiré a que con conjuro trilingüe refrene ella misma los flamígeros toros y a sufrir un [185] abrazo[17]». Ve entonces a Iris voladora y le ordena obedecer prontamente las instrucciones de Dione[18] y colocar al muchacho esonio en el antedicho bosque sagrado. Al punto se dirigió desde aquí Iris hacia los Minias, Citerea[19] hacia la Colca; Juno [190] se sentó como observadora en las peñas caucáseas, fijando en las murallas eeas su rostro atónito de esperanza y de miedo, y aún desconocedora del futuro.

Apenas había oteado al principio Venus, oculta, la ciudadela; [195] he aquí que una nueva languidez comienza a atenazar la mente de la doncella, y se redoblan, movidos los llantos, sus pasiones. Así que, revolviendo nuevamente pensamientos varios sobre el forastero, se aflige, y tales palabras dice en vano al ausente: «¡Si ahora por ventura tu madre y, ay (si existe una), tu [200] mujer pudieran socorrerte con drogas tesálicas! ¿Qué podría [201A] yo, doncella, sino llorar tus trabajos? Esto bastante tú mismo [201B] <reputes, lo único que le queda a la desgraciada>[20] ¡Ay de mí, que no me vea constreñida a contemplar también tus aventuras postreras y a ir de nuevo como compañera de mi dura hermana! Y ahora él considera que nadie es conmovido por su

suerte, que [205] nadie se acuerda, y con todos me odia también a mí. Si tengo alguna vez, sin embargo, poder alguno, recogeré aquella ceniza última que haya quedado pegada a los terribles labradíos y los huesos que hayan respetado los toros y el cruel fuego, y les daré una sede. Me será entonces lícito amar los manes del varón, y rendir a su túmulo estos cuidados».

[210] Había dicho. He aquí que improvista se sentó en su lecho Venus, así como era tras haber mudado la apariencia de diosa e imitado con sus vestidos bordados y su vara mágica a Circe Titánide[21]. Ella, como si fuera engañada por una visión del lento [215] sueño, así fija, incierta, los ojos, y poco a poco cree que es la hermana de su magno padre. Entonces con llorosa alegría saltó adelante y dio espontáneamente besos a la cruel diosa, y dijo la primera: «Oh dura Circe, devuelta al fin, al fin apenas, a los tuyos, ¿qué huida te llevó de aquí en tu tiro de serpientes, o qué estancia te fue más grata que las patrias riberas? Han buscado [220] también el Fasis quillas tesálicas y a través de tantos mares ha venido en vano el infeliz Jasón, antes de que te haya movido a ti el amor de la patria». Interrumpe entonces lo demás y le replica Venus: «Tú ahora eres la causa única de mis caminos; ya desde hace tiempo desidiosa, a tu juventud vengo. Por lo demás [225] ahórrate las quejas, y no me reproches que haya seguido una suerte mejor, ya que también hay que considerar las dádivas de los dioses. Cree más bien que este mundo es común a todos los vivientes, y comunes los dioses. Llama, por consiguiente, patria a toda tierra por donde viene y va el día, y que no nos encierre, [230] hija, siempre una estación malsana bajo este solo frío. Me es lícito a mí, te es lícito a ti abandonar a los colcos impracticables. Y ahora soy yo la regia esposa del ausonio Pico[22], y no se me horrorizan allí de toros flamígeros los pastizales y me contemplas dueña del mar tusco: mas para ti, desgraciada, ¿qué pretendientes son esos saurómatas[23]? ¿A qué, ibero, ay de mí, [235] o a qué cruel gelono[24] vas como esposa no única?».

Ella, a la contra, rechazaba ya desde hacía tiempo las voces de la diosa. «No me ves tan olvidada de la magna Perseide[25] como para que me deje obligar, infeliz, a aquellos tálamos. Ve, [240] te lo ruego, y abandona aquel temor por mí. Pero más bien libra a la desventurada, pues que puedes, de estos cuidados, de donde me vienen los miedos y las pasiones y los ásperos incendios de una mente dubitante que desde hace tiempo, madre, padezco. Ningún reposo para mi ánimo, ningún sopor, áridos mis miembros. [245] Busca un descanso para nuestros males y restituye mi mente, devuélveme el día y la noche, concédeme coger las vestiduras somníferas y cerrar mis ojos con tu misma vara. Tú tampoco en nada, madre, me ayudas; más fuerte fui antes sola. Veo [250] tálamos tristes y todo lo veo enemigo, y que a ti misma se te encrespan cabellos viperinos». Tales palabras decía y lloraba Medea derrumbada en el seno de la inicua Venus, y mostraba la peste latente en sus huesos y el fuego de lo hondo de su pecho.

[255] La estrecha con su abrazo Venus y le clava besos que enfurecen y le inspira

amor mezclado con odios, y, mientras la cerca en su aflicción con voces varias y la ocupa en otro discurso, le dice: «Antes bien, escucha esto, y levanta las mejillas». Saltadas las lágrimas, da comienzo a estas palabras: «Al descender [260] hace poco, ligera, de las auras celestes hacia ti, veo por casualidad en la orilla de la costa una nave fulgente tal que nunca querría dejarla ir de su puerto nuestra isla, que detiene hasta ahora a todos los navegantes[26]. Allí, uno que entonces me había parecido más hermoso que todos los demás (y de lejos al [265] capitán yo misma admiraba) vuela hacia mí y, pensando que era una de tus compañeras, dice: "Por el horror, si alguno te provoca, de este que va a morir prontamente, y a quien ves enfrentarse a monstruos que no merece, lleva estas súplicas, te lo ruego, estas súplicas al oído de tu señora doncella. Muéstrale tú mis [270] lloros. A ella yo estas voces, por donde se me da ocasión, y estas manos, como puedo, tiendo desde la costa. Las mismas diosas que arrastré conmigo a través de mil peligros me han abandonado. La única esperanza y vía de salvación será la que ella me dé, si acaso me la da. Que no rechace las súplicas, no las mías, y que ayude con su auxilio a tantas almas y tales cuales no las verá jamás, díselo, te lo ruego, y que preserve estos nombres. [275] ¡Ay de mí, que no puedo darle aquí ningunas gracias! [284] ¡Cuando, sin embargo, este cuerpo haya sido salvado de muerte [285] cruel, sepa que esta alma es suya! ¿Se apiadará, pues? Di", dice, "o más bien... ?", y caía sobre su espada desenvainada. Se lo prometí (no me decepciones, te lo ruego) y, al ser yo misma movida por la palabra y el caso del varón, sufrí que te rogara [290] más bien a ti[27]: tú de una gloria nueva, tú de un suplicante digno [291] más digna eres, y ya han logrado fama mis drogas. Si primero [276] facilitó Hipodamía los duros trabajos de Pélope y, viendo tantas cabezas de pretendientes expuestas a la vez, se horrorizó al fin de los ejes paternos[28], si entregó ella misma a la muerte a su hermano la doncella hija de Minos[29], ¿por qué no ha de ser lícito [280] que socorras a forasteros dignos también tú, y mandes que se [283] apacigüen los campos eeos? ¡Muera al fin de muerte eterna ya la cosecha de Cadmo, y los toros humeantes a la vista del forastero!»

[292] Había torcido ella la mirada ya hacía tiempo con rostro serio, [294] conteniendo a duras penas sus ánimos y su diestra para no saltar ella misma a la cara de la diosa que le hablaba; con tanta ira hierve su pudor. Y ya entierra en el lecho la infeliz sus trépidos [295] oídos, guardándose de las palabras; el horror había invadido [297] sus tiernos años. Y, atrapada, no ve adónde podría huir ni adónde volverse. Desea ya hace tiempo ser sepultada y cubierta [300] por la tierra hendida, y escapar de las terribles voces. Circe le ordena seguirla y la espera en la misma puerta, como el cruel Baco, con ínfulas entrelazadas en torno a los cuernos empapados de rocío, abandona en el palacio de Equión a Penteo[30], cuando tiene él al dios y toma de súbito el vergonzoso vestido [305] de su madre y los tímpanos y la muelle lanza. No de otro modo teme, abandonada, la doncella, y pasa sus ojos por todo en derredor y se niega a salir de aquellos techos. A

la contra el cruel amor, a la contra Jasón que va a perecer la apremia, y crecen en su pecho las voces oídas. Ay, ¿qué hacer? Se ve traicionar a su padre, dura, por un hombre extranjero, y ya prevé ella misma la fama de sus crímenes y con llanto fatiga a los dioses de lo alto, con llanto al Tártaro. Golpea la tierra[31] y murmura con las manos combadas llamando a la señora de la noche[32] y a Dite[33]: quieran al fin socorrerla con la muerte y a la vez hacer perecer a aquel por quien es presa del furor. Reclama, crudelísima, ahora a Pelias ausente, que pierde a Jasón con tanta ira: repetidas veces se determina a prometerle al desgraciado sus artes, después niega y decide mejor morir juntamente, y proclama que ni va a ceder ella misma a un amor tan deshonesto ni va a dar su auxilio y fuerzas a un desconocido; y permanece tirada en el lecho, cuando le pareció que la llamaban de nuevo y, movido el gozne, sonaron las puertas.

Así pues, cuando sintió que la vencía profundamente no sé qué numen, y que había sido extirpado todo lo que el pudor antes aconsejaba, entonces se dirige hacia lo más reservado de su aposento en busca de los máximos auxilios que conocía para el rey de la quilla hemonia. Y cuando la cámara que exhalaba a distancia mágicas drogas y las terribles puertas se abrieron, y se le ofrecieron todas las sustancias que del ponto, que de los manes profundos extrajo, y las que arrancó de la faz sangrienta de la Luna, dice: «¿Tú seguirás o padecerás algo vergonzoso, cuando tienes a tu disposición tantas muertes y brevísimos efugios de tan gran crimen?» Diciendo esto, busca en vano con toda la mirada un veneno más veloz que el cual no haya ninguno, y vacila sobre él y, resuelta a morir, hace acopio de ira. ¡Oh día demasiado agradable, cuánto más querido bajo la misma muerte! Se paró y admiró su propio furor. «¡Mueres, ay! ¿Puedes soportar esto en la edad primera? ¿Y no habrás tú visto», dice, «gozo alguno de la luz ni de la mocedad, ni barbar las dulces mejillas de tu hermano? ¿No sabes que también este Jasón, quienquiera que sea, perece, cruel, con tu muerte, él que ahora a ti sola te invoca, que ruega, y a quien vi apenas llegado en nuestra costa? ¿Por qué te plugo unir diestras falaces entonces, padre, y no perder al joven con esos monstruos inmediatamente? Yo misma también, lo confieso, yo misma entonces esto quería. Pongo por testigo, querida Circe Titania, tus palabras; bajo tu guía sigo; tus consejos, mujer de edad, me fatigan y cedo, yo menor, a tus advertencias». Cuando esto hubo dicho, nuevamente se vuelve hacia el cuidado y miedo por el muchacho hemonio, por este solo gozosa o de vivir o de morir, lo que él quiera. Ruega mayores encantamientos, que Hécate le envíe ahora mayores fuerzas, y no estaba contenta con las drogas conocidas. Se ciñe después el seno y toma (fuerza más fiable que esta no tiene a su disposición ninguna) la flor caucásea de la sangre de la fibra de Prometeo y las hierbas nutridas del monte, que aquel sacro crúor entre nieves y tristes hielos endurece y alimenta cuando, comida la víscera, se remonta de las peñas el buitre y rocía con el pico abierto. Esta flor ni al fin de una larga vida languidece, verdeando inmortal; esta se

yergue ilesa contra los rayos, y en medio de los fuegos florecen sus hierbas. Hécate llevó la primera una hoz endurecida en las fuentes estigias y arrancó de las peñas los robustos tallos; luego le fue mostrada la cosecha a su sierva, quien, bajo la décima luminaria de Febe[34], siega las cumbres fecundadas y se ensaña entre los despojos todos y la sangre podrida del dios. Gime en vano él al ver la faz de la Colca. Contrae entonces sus enteros miembros [...] el dolor, y tiemblan juntamente bajo la falce todas las cadenas[35].

De tales drogas se reviste, infeliz, contra sus reinos, y sale temblando a la noche opaca. Le da la diestra Venus y con dulces [...] palabras y la arrastra con paso pegado entre las murallas. Como cuando la pálida madre ha empujado por primera vez al aire desde el alto nido a sus crías aún tiernas, y las exhorta a seguirla y a elevarse con sus breves alas, a ellas las hiere el primer horror del cerúleo Olimpo, y ya suplican volver y buscan el árbol de costumbre; no de otro modo desfallece Medea al avanzar entre las murallas de la ciega ciudad, y se horroriza de las casas silenciosas. Aquí otra vez se paró vanamente en el umbral de la última puerta y otra vez se deshicieron en llanto sus ánimos, y se volvió hacia la diosa y dudó un poco con estas palabras: «¿Él mismo ruega de cierto y me implora él mismo, Jasón? ¿Ninguna culpa hay ni menoscabo del pudor alguno, ningún amor? ¿Y no es vergonzoso servir a un varón que ruega?» Ella nada respondió, y truncó las voces inanes. Y ya con mágico susurro por los opacos silencios de la noche había comenzado a ir la Colca, y los númenes de los montes a ocultar sus rostros y los ríos a volverse con sus fuentes[36]. Y sobre establos y greyes se había abatido el pavor y el estrépito sobre los sepulcros; se pasma la misma noche, retardada con sombra más grave. Y ya temblorosa la sigue a distancia Venus. Y, cuando llegaron bajo los altos troncos y a la umbría de la diosa triforme, aquí de súbito brilló ante sus ojos, no esperado todavía, Jasón, y lo vio antes, aterrada, la doncella. Y de un lado se remontó fugitiva la Taumántide con ala voladora[37], del otro se escabulló Venus de la diestra que la sujetaba. Como cuando bajo la noche avanzada el pavor sale al paso de los pastores y del ganado, y cuales marchan a través del profundo Caos ciegas sombras sin voz, no de otro modo en medio de las tinieblas de la noche y del bosque se habían encontrado ambos atónitos, y se acercaban semejantes a tácitos abetos o a inmotos cipreses que no ha confundido aún el rápido Austro.

Así que, como tenían el uno y la otra fijo en el suelo un semblante silente y recorría la noche su camino, desea ya Medea que alce la faz el Esónida y hable el primero. En cuanto la vio el héroe temerosa entre llantos derramados, y sus mejillas flagrantes y su lastimoso pudor, pronunció al fin estas voces y consoló a la enamorada: «¿Traes alguna esperanza de luz?» dice. «¿Vienes compadecida, seguramente, de mi trabajo? ¿O también tú misma te alegrarás de mi muerte? No te comportes, doncella, te lo ruego, de manera parecida a tu nefando padre. No conviene la inclemencia a tal rostro.

¿Estas gracias ahora, estos premios esperados de mis trabajos convino que se me dieran? ¿Así, contigo como testigo, es lícito que se me despida, [420] doncella, [...]? Presta justos oídos a mis voces. Ni tu padre quiso enfrentarme a tantos monstruos (¿qué he hecho para merecerlo?) o hacerme sufrir tales penas. ¿Acaso porque yace ahora bajo pica extranjera mi Canto[38] y porque cayó por vuestras murallas mi Ifis[39] o tanta tropa de Escitia del otro lado? Que nos [425] hubiera ordenado partir, pérfido, y abandonar inmediatamente sus reinos. La esperanza prometida ya ves a través de qué peligros y bajo qué ley me la devuelve. Podemos al fin caer, y esto está decidido antes que no aceptar cualquier mandado de tu padre. [430] Nunca sin el vellocino me iré de aquí yo, ni serás tu la primera que me vea indigno de mi linaje».

Esto dice. Ella, temblorosa, cuando ve que ha callado la boca del varón suplicante y que se reclaman ya también palabras suyas, no encuentra, loca, con cuáles empezar ni en qué orden o hasta dónde, queriendo decirlo todo con la primera voz, [435] mas el pudor no da ni las primeras palabras a la temerosa. Duda y, alzando a duras penas al fin los ojos, dice: «¿Por qué, te lo ruego, has venido, tesalio, a nuestra tierra? ¿De dónde te ha venido esperanza alguna de mí, y por qué no has acometido tú mismo confiado en tu hombría tan grandes trabajos? Seguramente, [440] si yo hubiera temido salir de los techos de mi padre, eras hombre muerto; seguramente, aguardaban a esta alma mañana crueles funerales. ¿Juno dónde está ahora, dónde ahora la doncella Tritonia, pues que te asisto sola en tan gran aventura yo, princesa de una casa extranjera? Te admiras también tú mismo, creo, y no reconocen ahora a la Eétide estas selvas. Mas he sido [445] vencida por tus destinos. Toma, suplicante, los dones no míos[40], y, si Pelias busca otra vez perderte y te envía a otras aventuras, a otras ciudades, ay, no fíes en tu hermosura». Y ya había comenzado a sacar de su seno las hierbas titanias y las fuerzas [450] perseas[41]. De nuevo interpela a Jasón con estas palabras: «Si, con todo, pones alguna esperanza <en> los dioses <mismos[42]> de lo alto, o si acaso tu hombría puede librarte de la muerte presente, incluso ahora te lo suplico, forastero: déjame, y envíame [455] inocente a mi pobre padre». Había dicho. Enseguida (pues no caían los astros antes de tiempo y había visto, último en el eje del cielo, al Boyero)[43], con gemido y mucho lloro, le ofreció al joven los filtros, no diversamente de como habría ofrecido la [460] patria y a la par la fama y la honra. Él les echó la mano y cogió toda la fuerza.

Después, cuando se hubo hecho culpable y el pudor jamás recuperable se retiró de su rostro y la llenó más cercana la Erinis, revuelve ahora encantos y los aplica por los miembros todos [465] del Esónida y pasa por todo el escudo con murmullo siete veces repetido, y le devolvió al varón más pesada su pica y ya les languidecen sus fuegos a los toros ausentes. «Ahora, ea», dice, «y coge este crestón y yelmo que la Discordia tuvo hace poco en su diestra mortífera. Lánzalo, cuando hayas arado los [470] campos, en medio de las mieses. Al punto marchará vuelta contra sí misma en sus furores la falange

entera y mi mismo padre, refunfuñando, se admirará, y me mirará quizás de reojo». Después de haber hablado así, ya más y más llevaba su mente sobre [475] la alta mar, largando velas ya veía a los Minias sin ella. Mas entonces, golpeada por extremo dolor, agarra al Esónida de la diestra y le dice sumisa: «Acuérdate, te lo ruego, de mi; por mi parte conservaré yo, créelo, el recuerdo tuyo. ¿Qué extensión de mar profundo te separará (dímelo, te lo ruego) de aquí? ¿Qué [480] lado del cielo contemplaré? Mas a ti también te toque la preocupación por mí en todo lugar, por todos los años, y quieras recordarte tal cual fuiste y confesar mis dones, y no te avergüences de haber sido salvado por arte de una doncella. ¡Ay de mí! ¿Por qué no hincha tus ojos ningún llanto? ¿Acaso finges ignorar que [485] yo luego he de morir bajo la merecida cólera de mi padre? A ti los reinos felices de tu pueblo, a ti esposa e hijos te aguardan; yo partiré traicionada y no me quejo, y por ti también la luz abandonaré contenta». Al punto el forastero (pues con tácitas salmodias lo había inclinado y desde hacía tiempo le había inspirado [490] un amor semejante) dice a esto: «¿Crees tú que el Esónida desea algo si te abandona a ti, y que se dirigirá sin ti a lugar alguno? ¡Devuélveme antes al tirano, y toma y quítame los ingratos conjuros! ¿Qué amor de la luz me queda? ¿Por qué seguir deseando la patria si no te abraza también a ti la primera mi padre Esón y te contempla gozoso mientras refulges de lejos [495] con tu vellocino, y se postra Grecia ante las olas de la orilla? Vuélvete hacia estas voces y ya, te lo ruego, acepta, esposa mía. Por ti, que eres más poderosa que los dioses de lo alto y que los de las profundidades, y por estos astros, doncella, que retornan a un gesto tuyo y por estas horas de nuestro peligro lo juro: si [500] alguna vez me olvidara yo de tu mérito y de esta noche, si sintieses haber dejado cetro, casa, padres, y que yo no guardo ya estas promesas, entonces no me sirva de nada haber escapado de los toros y de los fieros terrígenas, entonces bajo mi mismo [505] techo me confundan tu llama y tus artes. Ninguno pueda socorrer en contra al ingrato, incluso si tú algo más cruel que eso añades y en medio del terror me abandonas»[44]. Lo oyó y a la vez promete los perjurios a las penas merecidas el Furor, que [510] venga siempre los llantos de quien ama.

Cuando esto fue dicho, permanecen, sin embargo, con la mirada fija en el suelo el uno y la otra, y ora alzan los rostros alegres con audaz juventud, rostros que tantas veces roban a la par dulces miradas, ora abate los semblantes el doliente pudor y se demoran las palabras, y de nuevo aterroriza a Jasón la [515] doncella: «Escucha qué peligros después de domados los toros te esperan, y qué guardián en el vellocino eolio. Aún no te he cumplido, lo confieso, todo lo prometido. Más cruel trabajo en el enorme árbol de Mavorte te queda, créeme, al que... ¡Ojalá [520] tenga yo tanta confianza en mí misma y en la nocturna Hécate y en nuestro vigor!». Había dicho, y, a fin de mostrar al varón qué monstruos lo aguardan, molesta al punto a la sierpe que yacía con repliegues inmensos y de súbito le pone delante la [525] imagen del capitán hemonio. Ella, cosa que no había

hecho nunca, se levantó y lanzó trepidantes silbidos y, después de que por miedo se alzó en derredor de su vellocino y se erizó de espiras el árbol entero, comienza entonces a seguirlo y se enfurece con la boca vacía a través de las auras. «¿Qué fragor [530] es este? ¿Qué son —di, doncella— tantos estrépitos?», exclama, frío, el Esónida a pie firme, desenvainada la espada. Ella tira de él riendo y, aplacada la sierpe, dice al fin: «A esta te la reserva para el final la ira de mi padre, ay desgraciado, ay caro a mí dos veces en tan grandes peligros. ¡Ojalá que, a condición [535] de que te vea pisar sin ningún trabajo el fresno mismo escamado de pliegues cerúleos y los anillos mismos del monstruo siempre vigilante, me toque morir dos veces!» Después de haber hablado así huyó, y regresó a las murallas bajo las últimas sombras.

[540] Y ya bajo el amanecer purpúreo había levantado una esperanza vana al rey, que se pregunta con cuántas olas habrá apartado una sola noche al Esónida y si ya tienen un semblante libre las aguas abiertas y guarda como antes silencio toda la mar[45]; y, mientras se dispone a explorar a lo lejos, viene a su encuentro el árcade Equión llevándole el mensaje de que ya en los campos [545] Circeos de Mavorte[46] está en pie el varón: que envíe al combate los toros de pezuña broncínea. «Hete aquí que me llama él por iniciativa propia», dijo el rey, y salió del palacio. «Vosotros ahora por vez primera convertidme [en llamas] los campos, toros, ahora descubrid y revolved todas vuestras llamas. Brote [550] una mies memorable para el labrador hemonio. Y tú da para perdición del griego, hija, a tú dragón; perezcan al ver el vellocino mismo, y que la misma piel empapada me conserve sus malditos cruores». Dice, y manda que se franqueen los campos a los toros. Y unos cargan con las semillas monstruosas del [555] diente de Equión[47], otros portan el pesado madero del arado terrible. Mas del otro lado la juventud de Págasas sigue y escolta a su magnánimo capitán. Entonces cada cual le dijo las más animosas palabras y se apartó lejos de los crueles campos. Había detenido él sus pasos y de todo el batallón quedaba firme él [560] solo, como abandonado por los últimos <ejes un uro>[48] al que hicieron desaparecer el día ya cansado y las arenas del Austro ardiente, o, cuando se erguía de nuevo en las cumbres rifeas, la nieve y el fiero horror del cerúleo Bóreas. Cuando, de súbito, las ondas larguísimas del Fasis atónito y los troncos caucáseos [565] y toda la tierra eetia refulgieron, y soltaron los establos ardientes tinieblas. Y como cuando de una sola nube lanzó la ira de Júpiter corusco fuegos gemelos a los mortales, o cuando dos vientos rompieron a la par sus cadenas y se dan a la fuga, así [570] entonces salieron de su encierro uno y otro toro y exhalaron llamas con formidable torbellino, erguidos y revolviendo incendios con negro chorro. Se horrorizó la legión de la nave Argo, se horrorizó el audaz Idas, quien hacía poco se lamentaba [575] de ser salvado por ensalmos de doncella, y dirigió una mirada a la Colca a su pesar[49]. No toleró el propio Jasón dilaciones y se abalanzó después de ver que iban en sentidos diversos, y agita el yelmo amenazador y, saliendo al paso, llama con la diestra

al [580] fuego errante. Cuando al fin paró y se volvió con torvo mirar el que primero reparó en las armas de Jasón, que le hacía frente, tras haber vacilado un poco, de súbito se enfurece. No así se precipitan los mares airados contra los escollos y, quebrados, reculan. Dos veces se lanza con fulmíneo aliento y envuelve en [585] una nube al varón, mas no lo deja la Colca espirar incendios y se golpea contra el escudo el fuego frío y palidece la llama a la vista de la droga. Le echa la diestra el Esónida y agarra los cuernos ardientes; después, colgado hacia delante con todas sus fuerzas, permanece pegado al animal. Éste, rechazando entonces [590] al varón y a ti misma, Medea, da sacudidas y, con toda la cólera del encantamiento, lleva al que hace fuerza en su contra; debilitado, comienza al fin a mugir más pesadamente, retrocediendo, y a abajarse vencido con cuerno cansado. Se vuelve enseguida hacia sus camaradas el Esónida reclamando las formidables ataduras, y ya oprime el hocico y es arrastrado y arrastra, [595] y apoyándose en la rodilla lo vence y somete al yugo de bronce sus músculos temblorosos. Al otro después la Colca, túrbida, desarma, y lento y tímidamente amenazante lo ofrece y, ya cuando se acerca, lo envuelve en la noche. Él, extenuado, cae sobre la cabeza y los flancos por la propia fuerza de su mole y [600] de su ira. Lo asalta y se le echa encima desde arriba Jasón entero, y apremia al animal paralizado por su propio aliento y, una vez que lo hubo dado a las ataduras y amarrado al potente arado, lo levanta él mismo con la rodilla y lo aguija desde arriba [605] con cruel lanza, no diversamente de cuando el lapita asaltó los lomos y, con las riendas, el primer bufido del caballo reciente salido de una hendidura de la tierra, y apareció en la cima del Osa[50].

Él, como si surcara los campos libios y los pingües labradíos del fértil Nilo, así en esparcir con diestra llena la simiente sobre los agros se complace, y carga de guerra los novales. [610] Aquí por vez primera salió tres veces del arado mismo el marcial clangor, y sonaron cuernos desde todo surco; entonces la gleba batalladora se sacudía y a la par se creaba y se armaba una falange, y surgía en los campos enteros. Retrocedió y tonó un poco a sus camaradas el héroe, esperando a ver dónde le daría [615] los primeros batallones la tierra. Pero, en cuanto vio que se retiraban ya los campos de lo alto de los crestones y que vibraba la tierra con morrión enemigo, vuela hacia allá y, por donde más se acerca la tierra a la base del cuello y no han visto aún los hombros el día, adelantándose, los iguala con espada obediente, [620] tronchados, al suelo; al siguiente le aplasta la rútila coraza o las manos cuando despuntan de su madre[51], saliéndole antes al paso. Y no se basta ya contra estos o aquellos millares, más que cuando el Tirintio, extenuado frente a los batallones de la terrible hidra, enderezó la vista hacia los fuegos de Palas[52]. Así que [625] otra vez se vuelve hacia las artes aliadas de la Colca y desata los nudos y ataduras de la base del yelmo; vacila, con todo, y desea arrostrar la guerra entera él mismo. No hay esperanza alguna, así por doquier condensan ya los caudillos terrígenas sus enseñas con clamor y trompa. Y ya todos han visto al hombre y ya [630] todos los

venablos contra él vuelan. Mas entonces, enloquecido [632] por peligro tan grande, el yelmo que hacía poco le había dado [634] ella con tartárea droga[53] lo lanzó en medio de aquellos; se volvieron [635] al punto las lanzas. Como la ira anual de la apenada Madre lacera a los atónitos frigios o Belona a los castrados melenudos[54], no de otro modo embrolla de súbito Medea las encendidas cohortes, y lleva a combates contra sí mismos a los míseros hermanos. Todos allí creen derribar al Esónida, para [640] todos hay cólera igual. Se pasma Eetes y desea llamar a retirada en persona a los hombres enfurecidos, pero yacían los enteros batallones y nadie cae el primero o queda alguno, y de súbito se tragó a sus muertos la tierra.

[645] Enseguida vuela al río con brazos humeantes el Esónida, cual procedente del polvo gético entra con los caballos Mavorte en el Hebro cargado de sus sudores y lo abrasa, o cual cuando escapa de los antros y de la quemazón del rútilo rayo el cíclope ennegrecido y respira en el mar sículo. Después tornó al fin y, [650] tras haber abrazado a sus camaradas triunfantes, no se digna ya reclamar lo prometido al rey mentiroso ni, si le trajera por iniciativa propia la piel el mismo que la pactó, se avendría ya más a hacer las paces y a estrechar de nuevo su diestra. Ambos feroces, ambos se alejaron amenazantes.

[1] Cf. I 278 ss.

[2] La nave Argo, designada, como en numerosas ocasiones (cf. INTRODUCCIÓN, III.2), por el nombre de un árbol productor de madera. Un significado traslaticio del lat. *robur* permitiría interpretar el pasaje de modo diverso: «en esa fuerza» (con referencia al vigor del Esónida).

[3] Cf. VII 435 n.

[4] El río Tíber.

[5] Nombre poético de Italia.

[6] Cf. IV 716 n.

[7] Acerca de las desventuras de Ío, cf. IV 348 ss.

[8] Cf. V 327 n.

[9] La casa, designada por metonimia con el nombre de estas divinidades familiares romanas (cf. I 721).

[10] Las Furias, que atormentaron a Orestes, hijo del rey de Micenas Agamenón y de su esposa Clitemestra, por haber matado a su madre en venganza por el asesinato de su padre, llevado a cabo por esta en connivencia con su amante Egisto al retorno de su marido de la guerra de Troya. Esta historia proporcionó los argumentos para las tres tragedias que componen las *Orestíada* de Esquilo.

[11] Clitemestra, princesa espartana hija de Leda y hermana de Helena y de los Dioscuros.

[12] Electra, hermana de Orestes.

[13] Medea.

[14] Acerca del dragón que custodia el vellocino de oro, cf. V 253 ss.

[15] Cf. VI 470 ss.

[16] Hécate, identificada habitualmente con Diana; a ambas diosas se las representa con antorchas en las manos (cf. V 379).

[17] Notable alarde de poder de Venus, puesto que Hécate-Diana es una diosa de castidad inexpugnable (la posibilidad de que pronuncie un «conjuro trilingüe» se debe a que se la representa con tres cabezas, cf. I 781).

[18] Venus, designada aquí con el nombre de la que era su madre en Homero (*Il.* V 370 s.). Acerca de la mensajera divina Iris, cf. IV 77 n.

[19] Cf. II 328 n.

[20] Conjetura de Kramer (cf. Tabla de discrepancias).

[21] Hija del Sol, llamado Titán (cf. II 37 n.).

[22] Una versión del mito, indirectamente aludida por Virgilio (*En.* XII 164), hacía a Circe esposa de Pico, primer rey legendario del Lacio, y, por lo tanto, madre de Fauno y abuela de Latino. Acerca de la historia, más extendida, del frustrado amor de la maga por Pico, cf. VII 290 n.

[23] Los saurómatas son habitualmente identificados con los sármatas (cf. VI 162 n.).

[24] Cf. VI 512.

[25] Hécate (cf. VI 495 n.).

[26] Bien conocido es el peligro que aguardaba a los marineros en la isla de Eea, donde por arte de Circe los compañeros de Ulises fueron transformados en animales (cf. *Od.* X 135 ss.). Homero situaba esta isla en el extremo oriental del mundo, pero ya la *Teogonía* hesiódica (1016 ss.) menciona a la maga en relación con los habitantes del Tirreno. Huelga decir que Valerio ha soslayado aquí el hecho de que la nave Argo es la primera capaz de realizar una gran travesía, como la que sería necesaria para arribar a Eea.

[27] Los celos de Circe podían tener, en efecto, consecuencias muy indeseables, a juzgar por la fábula según la cual convirtió en pájaro al latino Pico después de haberse visto rechazada por este (cf. VIRG., *En.* VII 189 ss.; OV., *Met.* XIV 320 ss.).

[28] Hipodamía era hija de Enómao, cruel rey de la Élide que, a fin de impedir a toda costa el matrimonio de la princesa, desafiaba a los pretendientes a una carrera de carros y decapitaba después a los vencidos; en la versión más conocida del mito, Pélope (cf. I 512 n.) gana después de haber corrompido a Mírtilo, el auriga de Enómao, pero Valerio propone una variación *ad hoc,* sugiriendo que fue la propia Hipodamía quien traicionó a su padre por amor al pretendiente.

[29] La princesa cretense Ariadna, hija del rey Minos, traicionó a su padre al proporcionarle al ateniense Teseo el hilo que le permitió adentrarse en el laberinto para matar al Minotauro, quien, como hijo de la reina Pasífae, era medio hermano de la muchacha. En la versión de Apolonio (III 997 ss., 1097 ss.), es el propio Jasón quien propone a Medea el ejemplo de Ariadna para convencerla de que lo ayude. Se trata, en todo caso, de un parangón ensombrecido por aciagas evocaciones, ya que Ariadna fue abandonada por el ingrato Teseo como, lo será la Eétide por el Esónida (cf. CATULO, LXIV 53 ss.); el énfasis puesto por Valerio en el parentesco de Ariadna con el Minotauro apunta incluso al asesinato de Absirto, hermano de Medea (cf. V 458 n.).

[30] Tercera evocación del castigo de Penteo (cf. III 264 ss.; V 80 s.), hijo de Ágave la de Cadmo y de Equión (cf. VII 554 n.). Cuenta Eurípides (*Bacantes* 920 ss.) que los cuernos de Baco no fueron visibles para Penteo hasta que el desgraciado fue poseído por el dios.

[31] Este es un gesto ritual para invocar a las divinidades infernales ya en Hom. (*Il*. IX 568 s.).

[32] Prosérpina, la esposa de Plutón (cf. OVID., *Met.* VII 248 s.).

[33] Plutón (cf. I 780 n.).

[34] En la décima noche después de la luna nueva, mejor que en el décimo mes lunar.

[35] De la planta nacida en el Cáucaso de la sangre derramada de Prometeo se obtenía un poderoso fármaco, llamado «prometeico» (cf. APOL. ROD., III 844 ss).

[36] El «mágico susurro» de Medea infunde miedo a las divinidades agrestes, que se esconden, y también a las fluviales, que remontan su curso para volver a sus fuentes.

[37] Iris, la mensajera hija de Taumante, a quien se le había encargado que llevara a Jasón al bosque de Hécate (cf. VII 186 ss.).

[38] Cf. VI 317 ss.

[39] La muerte en tierra escita le estaba reservada a Ifis según lo anticipado en el catálogo (I 441 ss.), pero no se ha narrado su final en el libro VI.

[40] La dicción resulta aquí tan alambicada que ha dado lugar a varias interpretaciones: Jasón debe la ayuda prestada por Medea no a esta, sino al destino, o a los dioses, o a Hécate, o quizás a su propia hermosura.

[41] La planta nacida de la sangre de Prometeo, hijo del titán Jápeto, y los hechizos de Hécate, hija de Perses y de Asteria (cf. VI 495 n.).

[42] Conjetura de la edición príncipe (cf. Tabla de discrepancias).

[43] Es esta constelación del Boyero (cf. II 68) la última que se pone al amanecer, lo que le valió ser llamada «tarda» o «perezosa» (cf. OVID., *Met.* II 177; *Fastos* III 405).

[44] Mediante ironía trágica, se le anticipa de nuevo al lector la famosa venganza de Medea.

[45] Piensa Eetes que a Jasón le ha faltado coraje para enfrentarse a la prueba y que, en consecuencia, se ha hecho a la mar.

[46] El campo de Marte (cf. VII 62 ss.) debe coincidir total o parcialmente con la llanura de Circe (cf. V 327; VI 426).

[47] Equión era uno de los cinco espartos («sembrados») tebanos que sobrevivieron a la primera siembra de los dientes del dragón, cuando Cadmo, que después habría de casar al propio Equión con su hija Ágave, los empujó a matarse entre ellos lanzándoles piedras (cf. APOLOD., III 4, 15).

[48] La conjetura de Delz que hemos adoptado (cf. Tabla de discrepancias) expresa bastante bien, a nuestro juicio, el que podría ser el sentido original del símil: la soledad imponente del Esónida separado de sus

compañeros se compara a la de un animal (acaso un uro o un ciervo) abandonado (por los carros de los nómadas) en las condiciones climáticas extremas propias, respectivamente, de las regiones tórridas y heladas del mundo.

49 En efecto, el belicoso Idas había reprobado duramente el hecho de que Jasón recurriera a Medea en el poema de Apolonio (III 556 ss.).

50 Referencia a un mito según el cual el primer caballo, surgido del seno de la Tierra por obra de Neptuno, había sido enfrenado por los lapitas (cf. LUC., VI 397 ss.).

51 Los espartos son «terrígenas», hijos de la Tierra en cuyo seno germinan.

52 Hércules venció a la hidra de Lerna cauterizando los cuellos de los que brotaban una y otra vez las múltiples cabezas recién cortadas; de que fue asistido en esta ocasión por las artes de Minerva nos informa ya Hesíodo (*Teog.* 316 ss.).

53 Cf. VII 467 ss.

54 La Madre frigia es Cibeles (cf. III 47 n.), cuyos devotos lloraban anualmente con cultos orgiásticos y mutilaciones rituales la muerte de su favorito Atis (cf. III 231 ss.; VIII 239 ss.). Los llamados «belonarios» celebraban parejas ceremonias en honor de la diosa de la guerra (cf. LUC., I 565 ss.).

LIBRO VIII

SINOPSIS

Medea abandona su casa (1-23). Encuentro de Medea con Jasón en el bosque de Marte; la maga duerme al dragón guardián y el héroe se hace con el vellocino (24-133). La fuga de la princesa es conocida en palacio; llanto de la madre de Medea (134-174). Ergino propone a Jasón regresar por el Danubio para evitar las Simplégades (175-201). Angustia de Medea a bordo de la Argo (202-216). Bodas de Jasón y Medea en la isla de Peuce (217-258). Irrupción de la flota de Absirto (259-317). Para evitar que se trabe combate, Juno desencadena una tempestad (318-384). Instigado por sus compañeros, Jasón decide entregar a la princesa (385-407). Sospechas, preguntas y delirio de Medea (408-467).

Mas a la Colca, trépida en sus aposentos y ya atemorizada por sus actos, la cercan a la par todas las amenazas y furias de su padre, y no abriga ya la desventurada temor del mar cerúleo ni le parece lejana tierra alguna: por cualesquiera olas desea emprender la huida, embarcarse ya en cualquier popa. Dio entonces llorando los últimos besos a sus ínfulas virginales[1] y, abrazada al lecho del que huía, se laceró, doliente, el cabello y las mejillas sobre las huellas de su sueño de antaño, y este lamento profirió, digna de lástima, aplastando su cama: «¡Ay, si me dieras ahora que huyo los últimos abrazos como el padre aquel que eras, Eetes, y vieras estos mis lloros! No creas, padre, no me es más caro aquel a quien sigo. ¡Ojalá me traguen de una vez las hinchadas olas! ¡Suplico que tú luego portes tranquilo este cetro seguro durante larga vejez, y que sea mejor el resto de tu prole!» Dijo, y saca de mortíferas cestas pócimas allí guardadas que nunca el marido hemonio debería haber despreciado, e impregna de venenos los virgíneos pliegues de su ropa y hasta el mismo collar, y añadió a todo una cruel espada. Después, como levantada por el látigo retorcido de las Furias, salta, igual que con atónito pie salta Ino al mar y ni se acuerda, aterrorizada, del pequeño hijo que tiene en brazos; en vano hiere su esposo la orilla del Istmo[2].

Ya había llegado el primero el héroe, urgido por las cuitas, a los bosques, y se ocultaba en la sagrada noche de la espesura, también entonces resplandeciente de lejos en su rostro con sidérea juventud[3]. Cual, dispersa aún por los sotos la partida de sus compañeros, reposa bajo la sombra estival el cazador del Latmo[4], digno del amor de una diosa, y ya, velados los cuernos, viene la Luna, tal llena de rosado ornato el capitán el bosque entre la niebla, y a tal amante espera. He aquí que, en cambio, la doncella, a guisa de pávida paloma que, cercada desde arriba por la sombra enorme de una rapaz, cae temblando sobre cualquier hombre, no diversamente ella, llevada del grave temor, se lanzó hacia él. Mas él la recibe y habla así el primero con blanda boca: «Oh magna gala que has de venir a nuestros penates y doncella en quien he encontrado la sola causa no desmerecedora de tan largos caminos, ya no busco vellocino alguno, y portarte a ti es bastante para mi quilla. Pero, ea, y también esto, ya que puedes, añade a los tantos dones y méritos tuyos. Pues se nos ha ordenado llevar de vuelta el áureo vellocino. A los camaradas toca esta gloria.» Así dice, y, suplicante, le rozó las palmas con sus besos.

Comenzó a su vez la doncella con nuevos sollozos: «Dejo por ti las moradas paternas y las riquezas de los míos, y no hablo ya ahora como princesa y, abandonado el cetro, sigo mi deseo; mantenle a la prófuga esta fe que tú mismo el primero (bien lo

sabes) le diste. Los dioses son testigos de nuestras palabras, y estas estrellas nos ven a ti y a mí. Contigo tentaré los mares, contigo caminos cualesquiera, con tal de que ningún día me devuelva acaso, repudiada, aquí y me ponga ante los ojos de mi padre. Esto a los dioses de lo alto, esto también a ti suplico, forastero».

Estas palabras dice, y se precipita furiosa con paso veloz por caminos intransitados. Él se pega a ella como compañero y la compadece en su marcha, cuando de súbito ve una enorme llama entre la niebla y que las tinieblas vibran con feroz luz. «¿Qué es este rubor del cielo? ¿Qué estrella ha brillado tan lúgubre?», dice, y tal respuesta le da la doncella al tembloroso: «Ahí tienes los ojos y la mirada torva del mismísimo dragón. Él hace vibrar estos relámpagos con sus crestas y, atemorizado, ya no me ve sola: no me llama el primero, como suele, ni me pide su comida con blanda lengua[5]. Ea, di ahora si quieres arrebatarle los despojos del carnero mientras está despierto y ve a su enemigo[6], o hundo sus ojos en el sueño y mejor te entrego domada la sierpe». Él calla; tanto horror de la doncella le entró entonces.

Y ya la Colca había alzado a los astros las manos y la cabellera entonando encantamientos con ritmo barbárico, y a ti, padre Sueño, te invocaba: «Sueño omnipotente, yo, la Colca, te llamo de todo el mundo y te ordeno penetrar ahora en un solo dragón, yo que a menudo domé los mares, las nubes con tu cuerno, y los rayos y cuanto brilla en el éter todo, mas ahora, ahora, ea, asísteme más grande y semejante en todo a tu hermana la Muerte. Incluso para ti, guardián fidelísimo de la res de Frixo, es tiempo de apartar al fin los ojos de este cuidado. ¿Qué engaño temes estando yo presente? Guardaré por un momento yo misma el bosque; depón entre tanto tú el largo trabajo». Él no se aviene a apartarse, cansado, del oro eolio ni a entregar sus ojos a un descanso permitido, por más que le agrade; y, golpeado por la nube del primer sopor, se erizó y expulsó del árbol los dulces sueños. Frente a él, continúa la Colca haciendo espuma con venenos tartáreos y sacudiendo los silencios todos del ramo leteo, y abate los ojos que luchan con ensalmo enemigo y fatiga con la lengua y la mano toda la fuerza estigia hasta que el sopor se apodera de las ardientes iras. Y ya han caído las altas crestas y vacila ya, constreñida, la cabeza, y la enorme cerviz queda fuera de su vellocino, como el Po en reflujo o el Nilo expandido en siete ríos o el Alfeo que alcanza el orbe hesperio[7]. La misma Medea, después que vio en tierra la cabeza del querido dragón, se abalanzó con los brazos tendidos en derredor, y se lloró a la vez a sí misma, cruel, y a su alumno: «No te veía yo así bajo la noche avanzada, cuando portaba ofrendas y manjares para ti, ni así daba yo miel a tu boca abierta y te alimentaba, leal, con mis drogas. ¡Con cuán pesada mole ahora yaces! ¡Cuán débil aliento tiene al inerte! Y ni siquiera, infeliz, te he matado. ¡Ay de ti, que has de sufrir un cruel día! Ya no verás ningún vellocino, ningunos dones refulgentes bajo tu sombra[8]. Retírate, pues, y pasa ahora la vejez en otros bosques, olvidado (te lo ruego) de mí, y que no me

zarandeen hostiles tus silbidos en toda la mar. Mas tú también, Esónida, pon fin a toda demora y huye, arrebatado el vellocino. Extinguí, culpable, los toros paternos, los terrígenas entregué a la muerte: aquí tienes el cuerpo abatido del dragón. Y ya todo crimen nefando, ya (espero) he cumplido». Enseguida, al preguntar el héroe por qué camino podrá encaramarse a la copa del árbol del que pende el oro, le dice: «Ea, escala sobre el dragón, vamos, e imprime tus huellas en el dorso que tienes delante». Y no hay tardanza. Confiado en sus palabras, pisa el vástago de Creteo y es llevado por las escamas al fresno[9] vecino del cielo cuyos brazos guardaban aún la piel rutilante, similar a las nubes encendidas o a cuando, suelto el vestido, desciende la Taumántide al encuentro del ardiente Febo[10]. Agarra el deseado ornamento y último trabajo el Esónida, y a duras penas entregó el árbol con un gemido aquel recuerdo de la fuga de Frixo que había portado durante largos años, y se cerraron sobre él tristes tinieblas.

Una vez fuera, atraviesan de nuevo los campos y ganan las últimas orillas del río. Brilla todo el agro, y la piel lanosa de vedijas sidéreas ora la extiende él sobre sus miembros todos, ora la enrolla al cuello, ora la envuelve en torno al brazo izquierdo: tal salía de los antros inaquios de Nemea el Tirintio, ajustando aún a sus hombros y a su cabeza el león[11]. Cuando, empero, les apareció áureo a través de largas sombras a sus camaradas, que ocupaban la embocadura según lo convenido, un clamor surgió de la grey hemonia. Incluso la nave se acercó gozosa a las riberas, saliendo al encuentro del muchacho. Da él pasos apresurados y lanza la áurea piel primero; después salta con la atónita doncella a la popa y se yergue, victorioso, con la lanza de la que ha echado mano.

Entre tanto, llega un cruel horror a los oídos paternos, llevando los destinos de la casa y el duelo y el fraude y la fuga de la doncella. Al punto se alza el infeliz hermano con armas repentinas, la ciudad toda también luego se reúne, vuela olvidado de su vejez el mismo Eetes, se llenan de guerra las costas en balde, huye ya la popa a rienda suelta. La madre[12] aún tendía al mar ambas palmas, y la hermana y todas las demás madres y nueras colcas y las muchachas, Medea, de tu edad. Se yergue, aislada, la madre, y llena las auras de ululatos: «Detén la fuga, trae de vuelta aquí desde el medio del mar la popa, hija, puedes hacerlo. ¿Adónde te vas?», clama. «Aquí está la muchedumbre toda de los tuyos y un padre aún no airado, estos son tu tierra y tu cetro: ¿por qué te confías, sola, a las tierras aqueas? ¿Qué lugar habrá para ti, bárbara, entre las hijas inaquias? ¿Esos son la casa deseada y los himeneos esperados? ¿Este día he apetecido en mi vejez? Quisiera poder ir con garras ganchudas como pájaro contra la faz misma del saqueador y sobre la nave, y reclamar con claro canto a la que parí. Al tirano albano fue prometida esta, no a ti; nada pactaron contigo los desventurados padres, Esónida, no te manda Pelias escapar con esta rapiña o robar hija alguna a los colcos: ¡ten el vellocino, y coge lo que quede en nuestros templos! Mas ¿por qué acuso yo a nadie con quejas inmerecidas? Ella misma huye, y (¡horror!) arde con amor tan grande.

Por esto era, infeliz (pues torna cada detalle a mi mente), que, desde que llegaron los tesálicos [...], no te agradaba ningún manjar, hija, ningún momento. Ningún color tenías entonces, y eran tus palabras [165] dolientes y tus mejillas errabundas y tu alegría siempre de semblante fingido. ¿Por qué no se me reveló tan gran mal, de modo que el Esónida se estableciese como yerno en nuestro alcázar y no padecieras tal fuga, o al menos fuese ahora común todo el crimen y marcháramos ambas a cualquier parte? Me placería ganar contigo la Tesalia y la ciudad del cruel forastero, [170] cualquiera que sea». Así la madre, y de parejo lamento llena todo la hermana ululando; a la par las siervas dan con un último clamor sus palabras a los vacuos notos, y reclaman a su señora por su nombre; a ti te llevaban lejos los vientos y tus destinos.

Después vuelan día y noche. Para los que retornan es más [175] grata la brisa, y les pasan por delante a los Minias tierras conocidas cuando de súbito Ergino habla así desde la alta popa: «Vosotros, Esónida, contentos con el vellocino capturado, no veis ni qué camino nos queda ni qué fortuna. Pues el día de mañana [180] nos llama a los confines del fiero Ponto y a las Cianeas, y me acuerdo, oh Tifis, de tus trabajos entre aquellos peñascos, padre venerable, bien me acuerdo. Debemos, camaradas, cambiar el itinerario: otra salida del Ponto debemos abrirnos, y por la ruta que os diré hay que ir. No lejos de aquí corre la ingente [185] desembocadura del escítico Istro, que, según tengo entendido, no vierte sus corrientes por un solo brazo. Con siete aguas sale, siete estuarios abre. Ganemos su embocadura ahora que lo tenemos enfrente, y las ondas que caen en el lado izquierdo del Ponto[13]; desde allí seguiremos el cauce del mismo río hasta que [190] con curso cierto nos lleve y nos haga llegar a otro mar[14]. Vamos, Esónida, valga más cualquier retraso que afrontar de nuevo los crueles peñascos, que irrumpir otra vez entre los montes Cianeos. Bastante ha sido para mí; mira que no torna la Argo con los aplustres enteros»[15]. Esto dice, desconocedor de que [195] por voluntad de los númenes están ya fijas las rocas y no concurren ya con peñascos enfrentados. Responde el Esónida: «Ni a ti, fidelísimo piloto, te han asaltado vanos miedos, ni me niego a hacer más largo camino y a mostrarme en mi regreso a [200] las tierras todas». Enseguida viran desde allí hacia otros reyes y lugares, y ganan un mar acostumbrado al migrar de los carros[16].

Lejos en lo alto de la popa, tras las espaldas del vigilante piloto, se había aferrado Medea a las rodillas de la dorada Minerva, [205] y allí postrada, echado el manto sobre los ojos, lloraba todavía, sola y no segura del matrimonio venidero aunque marchase con los príncipes hemonios. De ella se apiadan las costas del ponto sarmático, ella es al pasar llorada por la Diana de Toante[17]; no hay lago, no hay río de Escitia que no la compadezca [210] en su camino. Conmovió con su aspecto los hielos hiperbóreos[18], ella que poco antes dominaba tantos reinos; incluso los mismos Minias dejan ya las murmuraciones, ya quieren llevarla. A duras penas levanta el rostro, si alguna vez lo

hace, [215] hacia el tardío yantar, que su querido Jasón le daba él mismo señalando que rebasaban ya el nuboso Carambis[19], ya los reinos de Lico[20], y tantas veces engaña a la que gime animándola a que se alce para ver los montes hemonios.

Una isla, llamada Peuce por el nombre de una ninfa sarmática, se alza donde el Istro, torvo y siempre digno de miedo en una y otra ribera, desciende al mar entre los salvajes que nutre. En esta costa osó al fin el capitán disipar las cuitas que aún [220] persistían, y revelar por primera vez a los camaradas sus pactos y la fe prometida del tálamo y la alianza nupcial[21]. Espontáneamente lo animan todos contentos, y reconocen que ella lo merece; él, por su parte, alza ya los altares de Palas contra la voluntad de ésta[22], y comienza a no despreciar el numen de la diosa [225] Idalia[23]; y especialmente hermoso, si alguna vez lo fue, en el momento de su boda, destaca más que nunca entre los Minias, cual, victorioso, pasa furtivamente Gradivo desde el sanguíneo Hebro al Idalio o a la querida Citera[24], o como cuando para el [230] Alcida hay ya tiempo de ir a ver las mesas celestes y lo sostiene, cansado, Hebe la de Juno[25]. Aprueba su acuerdo Venus, y Cupido exhortador alza a la Eétide clavada a sus pesarosas cuitas; Citerea la viste ella misma con sus propias ropas de tejido azafranado[26], [235] le regala ella misma su doble corona y las gemas que arderán con otra virgen[27]. Entonces llenó su rostro nueva belleza y tornó el cuidado a sus flavos cabellos, y avanza olvidada de sus males. Así, cuando ha lavado el sagrado Almón los llantos [240] migdonios y está ya alborozada Cibeles y se esparcen por los campos teas festivas, ¿quién podría pensar que manaron hace poco en los antros tan crueles cruores, o quiénes de entre sus mismos siervos se acuerdan ya[28]? Después, cuando vino con su esposa el Esónida a las aras sacrificiales, y juntamente se aproximan [245] y a la par comienzan a rogar, presenta Pólux el fuego y el agua nupcial, y ellos se vuelven a la par hacia la derecha[29]. Mas no se alargó entonces cándida la llama entre las auras espesas, y no ve Mopso inciensos concordes ni que la fe prometida [250] permanezca firme: breve será el tiempo de los amores. Odia al uno y a la otra a la vez, a la vez se apiada del uno y de la otra; y te deseó entonces, bárbara, que no tuvieras hijo alguno.

Luego disponen el banquete y el sacrificio. Hay para los regocijados abundancia de presas silvestres ganadas en fácil caza. Parte en los asadores, parte espuma en el borbollante [255] caldero broncíneo. Se tienden después sobre lechos de hierba en la gruta en que antaño había estrechado el Istro a Peuce anhelante[30]. Los esposos, en su rósea, radiante juventud, se recuestan entre ellos en lugar más alto, y sobre el oro de su vellocino.

¿Qué nuevo temor impidió los himeneos comenzados y turbó [260] los lechos e interrumpió el sacrificio caliente? Absirto se acerca precipitado con la flota improvisada de su padre[31], agitando una antorcha enemiga contra los prófugos griegos y acosando

con gritos a su terrible hermana: «Si hay en vosotros algún dolor e ira, colcos, acelerad esta marcha, pues no huye como raptor por la planicie del mar Júpiter, ni seguimos las huellas de un falso toro[32]. En una sola popa (¡horror!) se lleva el saqueador el vellón de Frixo, retorna con la doncella que se le antojó; a nosotros (¡ay, vergüenza!) nos ha dejado los muros y los techos en pie. ¿Qué será para mí bastante después de esto? Ni busco el vellocino ni te acepto a ti, hermana, aunque te entreguen, ni habrá esperanza alguna de acuerdo ni límite alguno para la ira. ¿Me será lícito regresar ante los ojos de mi padre después de tan poco tiempo? ¿Cincuenta almas y una sola nave hundida bastarán para aplacarme? A ti, Grecia falaz, te persigo, y contra tus murallas sacudo este fuego. Y no falto yo, tu hermano, a tu digno casamiento, hermana, mira que el primero traigo y agito esta antorcha en tu boda[33]; el primero celebro los ritos dotales, yo que he podido: disculpa, te lo ruego, la vejez paterna. Pero se presentan conmigo todos los demás, a la par pueblo y padres. A fin de que tú, regia doncella del magno Sol, no vayas despreciada al tálamo del marido hemonio, convino que se reuniesen tantas naves, que refulgiesen tantas teas».

Había dicho, y rogando de nuevo a los vientos y a los hombres, y, suplicante, por <los bancos> de la nave y del remero <reciente, él mismo corre>, y <muestra> banderas a los <nuevos> pilotos[34]. Ellos, por su parte, revuelven con troncos frondosos las ondas, y el árbol al que se había dado forma a todo correr en un solo día, simplemente derribado de sus montes (¿qué no pudieron el dolor y la ira de los hombres de antaño?), no dista ya largas aguas, y sigue la bárbara nave a la popa volante de Palas, hasta que ven la embocadura del Danubio y ante la embocadura la verde Peuce y reconocen el extremo del mástil de la Argo. Entonces elevan todos su clamor y su enemigo júbilo, entonces se hace más pesado el fragor de los remos, cuando la Argo fue vista de lejos por los hombres, y todos los espolones se dirigen hacia una sola popa. Estiro agarra el primero un arpón naval de nudoso roble y acecha desde ondas lejanas, inflamado de nuevo por las nupcias y el amor de su prometida. Y ya unos preparan los escudos y venablos como vigas para sus manos, arman otros las llamas con untura de pez. Tiembla la lanza impaciente por la demora, y no queda en medio más mar que el que impide los disparos. Apremian, entre tanto, con gritos, y golpean con los pies la cubierta mascullando.

Cuando vieron las naves repentinas y las planicies del mar vibrantes de llamas, se levantan los Minias con más de una alarma, y salta el primero a la popa, abandonada la doncella, el capitán, y, alzándose, agarra su yelmo de lo alto de su lanza; brilla a la vez por su espada y por su escudo, y con no mayor desidia se yergue en la costa el resto de la muchachada con las armas en ristre. ¡Mas a ti, Medea, cómo se te presentó la faz de tus crímenes! ¡Qué vergüenza al ver de nuevo a tu hermano y a los colcos, y todo lo que, ya segura, habías creído apartado por las vastas profundidades! Se

esconde, pues, en la infausta gruta[35], decidida no a otra cosa que a morir, ya cayese su querido Jasón, ya su hermano vencido por lanza griega.

Mas no está sentada así de desidiosa Juno en lo alto del éter o deja que se decida la suerte de los Minias en un combate último, porque ni en número ni en popas igualan a los colcos. Así [320] que, cuando la diosa ve que se acercan las naves y el enemigo, pasa ella misma a la tierra y quiebra las moradas de las tempestades y de los vientos. Prorrumpe la túrbida familia de los hermanos voladores, les muestra la Saturnia la flota con la diestra. La vieron, y enseguida se abalanzan todos a la vez sobre un solo [325] mar con hostil clamor, y levantan aguas enemigas contra los colcos y olas contrarias desde la costa.

Es levantado Estiro[36] y tiene debajo a los Minias y las velas de la Argo, cae de nuevo en vasto abismo arrollado por abrupta [330] agua. Y ya toda nave a los astros llega y vuelve, y a su vez desciende al caer la ola. Devora a estos un remolino, a aquellos los lleva la corriente con toda su fuerza, a la vez brilla en los rostros por dondequiera el terror; abundante desplome del firmamento afloja las puertas celestes. No cede, sin embargo, la violencia [335] del ardiente Estiro, exhorta a sus camaradas en medio de los combates de los dioses: «¿Transferirá, pues, mi dote a las ciudades que se le antojen la Colca, y me sucederá un adúltero hemonio y entre tantos grandes príncipes y pretendientes no me aprovechará el juicio favorable de un padre que no duda? ¿Acaso [340] se ha preferido la hombría de ese hombre, y es más fuerte aquel a quien sigue? Unciré sin encanto a los toros igníferos y perseguiré con el hierro a los crueles retoños de la hidra de Equión[37]. Presencia, pues, entre tanto desde esta costa las luchas [345] de ambos: serás del vencedor. Verás ya dignos combates y ya aquella querida cabeza hundirse bajo las corrientes ensangrentadas, y el cuerpo del aqueo afeminado no en mirra sino en pez, sino en llamas, y sus melenas oliendo a azufre. Vosotras, [350] olas, expulsad al menos este solo cuerpo[38]: no tú, padre Eetes, del yerno o tú, magno Sol, te avergonzarás. ¿Me engaño, o mueve contra nosotros estos vientos con mágico encanto ella misma, y levanta encrespados mares con lengua terrible y una vez más el Esónida, una vez más, es defendido con la maña con [355] que suele? No le aprovecharán los ensalmos y el fútil susurro. ¡Avanzad, naves, y quebrad la ola de la doncella!». Dijo, y, dando un golpe de remo con sus camaradas soldados, salta adelante. Mas la popa, resquebrajada por la ola en reflujo, se deshace, y deja caer a sus hombres y a él mismo, que amenazaba [360] aun entonces y buscaba la costa con alzada diestra. Avanzaba, náufrago, conservando las armas y la espada desenvainada; empieza a buscar los remos y las bancadas esparcidas de la nave deshecha, y a dirigir dolientes voces a las altas popas. Mas entre tan grandes olas no puede ninguna socorrerlo o él seguirla, y, [365] cuantas veces se acerca, lo aparta entonces de nuevo otro mar. Ya, sin embargo, vaga, y ya desaparece y desde lo más hondo sube, violento, otra vez, pero se presenta una ola y

con gran remolino lo hunde bajo las aguas profundas, y al fin renunció a la doncella.

[370] Absirto se duele paralizado por la acerba visión. Ay, ¿qué hacer? ¿Con cuál fuerza tomará el puerto y la entrada de la embocadura, con cuál podría asaltar a los Minias rodeados, a quienes ve y reconoce mascullando? Luchan en su contra los mares que les hacen frente y el feroz temporal y todo el ponto en un remolino. Se retira al fin, y retrocede su vana ira ante tan gran [375] desastre de la flota. Después gana con sus camaradas el lado izquierdo y, lejos, la ribera frontera de Peuce, pues está recortada la isla por dos brazos gemelos del Danubio[39]. En el abrigo de acá permanecen desde hace tiempo los Minias y la popa de Págasas; desde allá asedia el héroe eetio las tiendas tesalias con [380] hostil flota, impaciente, y no se le concede ocasión alguna de combatir. Noche y día se enfurece en medio la mar con vastas olas, hasta que los designios de Juno se desenvuelvan y, ansiosa, ponga algún fin a la guerra.

Mas los Minias, pensando en el desenlace de tan gran guerra, [385] apremian y con ruegos y murmuración fatigan todos juntos al Esónida: ¿por qué exponerlos a ellos, rodeados, por una muchacha extranjera, o por qué obligarlos a sufrir aquellos peligros? Que considere las numerosas vidas y los destinos mayores de tantos compañeros, que no empujados por furias ni por [390] amor nefando lo siguen a través de los mares, sino únicamente por hombría. ¿Acaso para que uno solo se abandone al tálamo y a unas bodas robadas? ¡Pues sí que es el momento oportuno! Bastante es el vellocino para los griegos, y puede ponerse fin a la guerra entregando a la muchacha. Que deje a cada cual irse [395] a su casa, y que no enfrente con Marte cruento a Asia y a Europa esta primera Erinis. Pues que esto estaba establecido por los hados profetizaba, trépido y suplicante, Mopso: que cayese más bien esa guerra sobre sus descendientes lejanos, y que otro raptor pagara tan terribles incendios[40].

[400] Él, suspirante y en situación de inferioridad frente a tantas voces, aunque lo mueven los fueros de los dioses y la religión consciente de su sagrado pacto y las primicias de la dulce tea, duda y desea la muerte y piensa en su compañera en el peligro. [405] No persiste ya en oponerse a sus compañeros. Cuando esto fue decidido por los hombres, esperan el momento y olas tranquilas. Entre tanto, dejan que la enamorada misma ignore lo que le espera, y guardan sus tristes decretos.

Pero el desdichado amor, como revuelve temores vanos, así también a menudo verdaderos, y no deja que sea engañada la [410] tierna edad de la doncella. Y ella misma sintió la primera los ardides y las señales, aunque escondidas, de un hombre ya no fiel, y que estaban todos en unión muy callados. No olvidada ella nunca, con todo, de sí misma, ni turbada por las repentinas amenazas, aborda la primera al Esónida solo y lo lleva aparte, [415] luego comienza con tales palabras: «También a mí me sea lícito conocer qué traman contigo día y noche los Minias, fortísima muchachada, si es que no soy cautiva de la quilla del Pelión ni sigo, engañada, a mis dueños, y me está permitido oír

vuestras [420] decisiones. No temo, fidelísimo esposo, nada en verdad; apiádate, con todo, y mantén el prometido casamiento al menos hasta los puertos tesálicos, y despréciame en tu casa. Sabes de cierto que tú me has hecho un juramento, no tus camaradas. Estos tendrían quizás derecho a devolverme; a ti no te está concedida [425] la misma potestad, y te arrastraré yo misma junto conmigo: no se me reclama a mí sola, doncella culpable, y todos huimos juntos en esta nave. ¿Acaso te aterrorizan las guerras de mi hermano y las birremes paternas, y, en situación de inferioridad, te ves apurado por el numeroso enemigo? Imagina que se congregan otras naves y aún mayores batallones: ¿ninguna es la [430] fe jurada, de ningún peligro soy yo digna? ¿No he merecido tu muerte y la de tus compañeros? Quisiera en verdad que hubieran arribado a las costas de mi padre sin ti, y que hubiera sido su capitán otro cualquiera, Ahora retornan, y hete aquí que pueden (¡horror!) devolverme, y no queda ya esperanza alguna. [435] Antes bien, escucha tú al menos mis consejos, y no cedas al excesivo temor de tus compañeros. ¿Quién creyó entonces que tú podías uncir los ardientes toros, quién que llegarías al santuario del feroz dragón? ¡Ojalá que no lo pudiese todo por ti mi amor, y que en algo dudase! Antes bien, incluso ahora te pregunto [440] qué mandas. Ay, cruel, callas, y amenaza no sé qué de [441] grave esta reserva tuya. ¿Que yo, óptimo Esónida, presentara un día ruegos y faz de suplicante era justo (no piensa ahora esto mi padre), o que pagase las penas de mi crimen y sufriera a un dueño?» Después de haber hablado así, cuando se disponía el [445] hombre a dar su respuesta, lo rehuyó con mente enfurecida, vociferando. Cual una tíade cuando la alza Baco a las alturas ogigias y la golpea contra los troncos aonios[41], tal era, y como tal se iba la doncella a las cumbres temiéndolo todo; huye de los terrígenas hostiles con sus lanzas vibrantes, huye aterrorizada [450] de los ardientes toros. Si viera desde aquí Págasas o al fin las nubes del Pelión y el Tempe[42] iluminado de humo ligero, con esta visión estaría contenta de morir. Entonces se pasa todo el día entre quejas y llanto, y lo mismo hace sola bajo las estrellas, [455] como si aquella noche resonara llena de dolientes lobos y agitaran fieros leones sus fauces ayunas, o arrastrasen suspiros vacas privadas de sus crías. Avanza[43] no ya el honor de su linaje, no <la [459] gloria del magno> Sol, su abuelo, no la gala aquella de la juventud [461] barbárica, cual era cuando llevó triunfante el vellón reluciente [463] al tronco caonio[44], y entre los grandes nombres de los griegos se alzó como segunda doncella sobre la proa de Palas[45].

[463A] Mas él, afligido por las amenazas y por la ira excitada de la Colca, duda, y por un lado lo oprime la vergüenza presente, por [465] otro los duros decretos de los suyos. Intenta, con todo, calmar como sea a la que gime, y, gimiendo él mismo y [...] con palabras: [466] «¿Piensas que yo me he hecho culpable de algo, que yo quiero tal cosa? ***

[1] En efecto, el adiós al sacerdocio de Hécate, del que son insignia las ínfulas, llevará aparejada para Medea la pérdida de la virginidad.

[2] Acerca de la desdicha de Ino, cf. I 280 n.

[3] Del mismo modo que cuando Juno lo revistió de hermosura momentos antes de su primer encuentro con Medea (cf. V 363 ss.).

[4] El bellísimo Endimión, del que se quedó prendada la Luna al contemplarlo en el monte Latmo, en Asia Menor (cf. APOL. ROD., IV 54 ss.; APOLOD., I 7, 5).

[5] Cf. I 61 ss.

[6] Hay aquí quizás una velada referencia a la versión de Píndaro (*Píticas* IV 247 ss.), según la cual el Esónida mataba al dragón. En Eurípides (*Med.* 480 ss.), se atribuía a Medea misma la muerte de la bestia, pero Valerio sigue aquí al Rodio (IV 156 ss.).

[7] El Alfeo era un río del Peloponeso que, según la leyenda, atravesaba el mar Jónico para unir sus aguas a las de su amada Aretusa, fuente de la ciudad siciliana de Siracusa (el mundo «hesperio» o «de poniente» lo constituyen las regiones situadas al occidente de Grecia y en concreto Italia, llamada precisamente Hesperia). El tercio de comparación de este oscuro símil debe de ser la calma de ríos cuya corriente se ralentiza de manera notable.

[8] No la del dragón, sino la del árbol del que pende el vellocino.

[9] El poeta no se ha preocupado de identificar con coherencia la especie a la que pertenecía el árbol de Marte, que aquí, al igual que en VII 535, es una clase de fresno (lat. *ornus*), mientras que en V 230 es una encina (lat. *quercus*).

[10] Referencia al arco iris, que se despliega frente a los rayos ardientes del sol; acerca de la mensajera Iris, hija de Taumante, cf. IV 77; VII 186 ss., 398 s.

[11] Cf. I 34 n.

[12] La oceánide Idía era, según Apolonio (III 242 ss.), madre de Medea y de Calcíope pero no de Absirto, nacido de una ninfa del Cáucaso llamada Asterodea antes de que Eetes se casara con la hija de Océano.

[13] La desembocadura del Istro o Danubio queda a la izquierda no desde el actual punto de vista de los Minias al retornar de la Cólquide, sino desde el de todo navegante que ha entrado en el mar Negro por el Bósforo.

[14] Existió la creencia de que un brazo del Danubio tenía salida al mar Adriático, y esta era precisamente la ruta de regreso que seguían los argonautas en la versión de Apolonio (IV 282 ss.; cf. PLIN., *Hist. Nat.* III 127).

[15] Cf. IV 691 ss.

[16] Puesto que, en opinión de los antiguos, la parte norte del Ponto estaba helada la mayor parte del año, los carros de los pueblos nómadas podían abrirse paso a través de él (cf. VIRG., *Geórg.* III 362; OVID., *Pónticas* IV 7, 9 s.).

[17] La cruel diosa del Quersoneso Táurico, en la actual península de Crimea (cf. II 301 n.).

[18] Los hiperbóreos eran un bienaventurado pueblo mítico ubicado en el extremo Norte, y estrechamente relacionado con Apolo.

[19] Cf. IV 599; V 107.

[20] El país de los mariandinos, sobre los que reina Lico (cf. IV 733 ss.).

[21] Es notable la variación que introduce aquí Valerio con respecto a Apolonio (IV 1111 ss.), según el cual las bodas de Jasón y Medea tenían lugar en Drépane, la isla de los feacios identificada con la actual Corfú, merced a una artimaña de la reina Arete para evitar la entrega de la princesa a Absirto, que la ha perseguido hasta allí al mando de una escuadra colca.

[22] No sólo por lo que el matrimonio en sí pueda repugnar a la diosa virgen, sino también porque parece conocer de antemano las terribles consecuencias de esta unión.

[23] El Idalio es un promontorio de Chipre, consagrado a Venus con la ciudad del mismo nombre.

[24] El fiero Marte, amante de Venus, visita a la diosa en los lugares que a esta le son más caros. Acerca de la isla de Citera, cf. II 328 n.

[25] Después de su apoteosis, Hércules, reconciliado con su madrastra, recibió como esposa en el Olimpo a la diosa Hebe («Juventud»), hija de Júpiter y de Juno (cf. PÍNDARO, *Nemeas* I 71 s.; X 17 s.).

[26] De color de azafrán era el *fiammeum,* velo con el que se cubría la novia en las bodas romanas.

[27] La princesa corintia Creúsa, a quien Medea regalará la corona emponzoñada (cf. V 450 n.).

[28] Durante las fiestas megalenses, celebradas del 4 al 10 de abril, la imagen de Cibeles era sumergida ritualmente en el Almón, pequeño afluente del Tíber (cf. OVID., *Fasros* IV 337 ss.), y esta ceremonia ponía fin a los cultos cruentos y a las lamentaciones por la muerte de Atis (cf. III 231 ss.: VII 635).

[29] El ritual seguido, con la ceremonia del agua y del fuego, la colocación de los esposos hacia la derecha, la consulta de los auspicios y el banquete sacrificial, es el propio del matrimonio romano.

[30] Donde el dios del río poseyó a la ninfa epónima de la isla. Se trata, al parecer, de una invención de nuestro poeta, imitada después por Estacio (*Silvas* V 2, 136 s.).

[31] Los buques de los colcos han sido fabricados a toda prisa para salir en persecución de la Argo, que, merced a esta precisión, conserva intacta su primacía como nave inaugural (cf. VIII 287 ss.).

[32] Medea ha sido «raptada» por un humano y no, como la princesa fenicia Europa, por el dios supremo, metamorfoseado en toro para llevarse a la muchacha a Creta a través del mar (cf. APOLOD., III 1, 1; OVID., *Met.* II 836 ss.).

[33] Irónica alusión a las teas con que se alumbraba el cortejo nupcial en los casamientos romanos.

[34] El pasaje es lagunoso, pero del texto recibido puede inferirse que se describen aquí dos acciones de Absirto, quien, en primer lugar, recorre los bancos de los remeros animando a sus hombres y, en segundo, hace señales a los pilotos de los demás buques; en esta interpretación se basa la conjetura de Sudhaus, que hemos adoptado (cf. Tabla de discrepancias).

[35] Cf. VIII 256.

[36] La nave de Estiro, alzada por las olas.

[37] Cf. VII 554 n.

[38] El del propio Estiro, para que pueda luchar contra su rival en la orilla.

[39] A juzgar por el correspondiente pasaje de Apolonio (IV 311 ss.), debe entenderse que los argonautas permanecen refugiados en la ribera norte de Peuce (en el brazo fluvial de la derecha, para quien penetra en el Danubio procedente del mar Negro), mientras que la flota de Absirto ha costeado la ribera sur (entrando por el brazo de la izquierda).

[40] Estaba establecido por designio de Júpiter que fuera el rapto de Helena por Paris, y no el de Medea por Jasón, el que desencadenara la gran guerra intercontinental (cf. I 546 ss.).

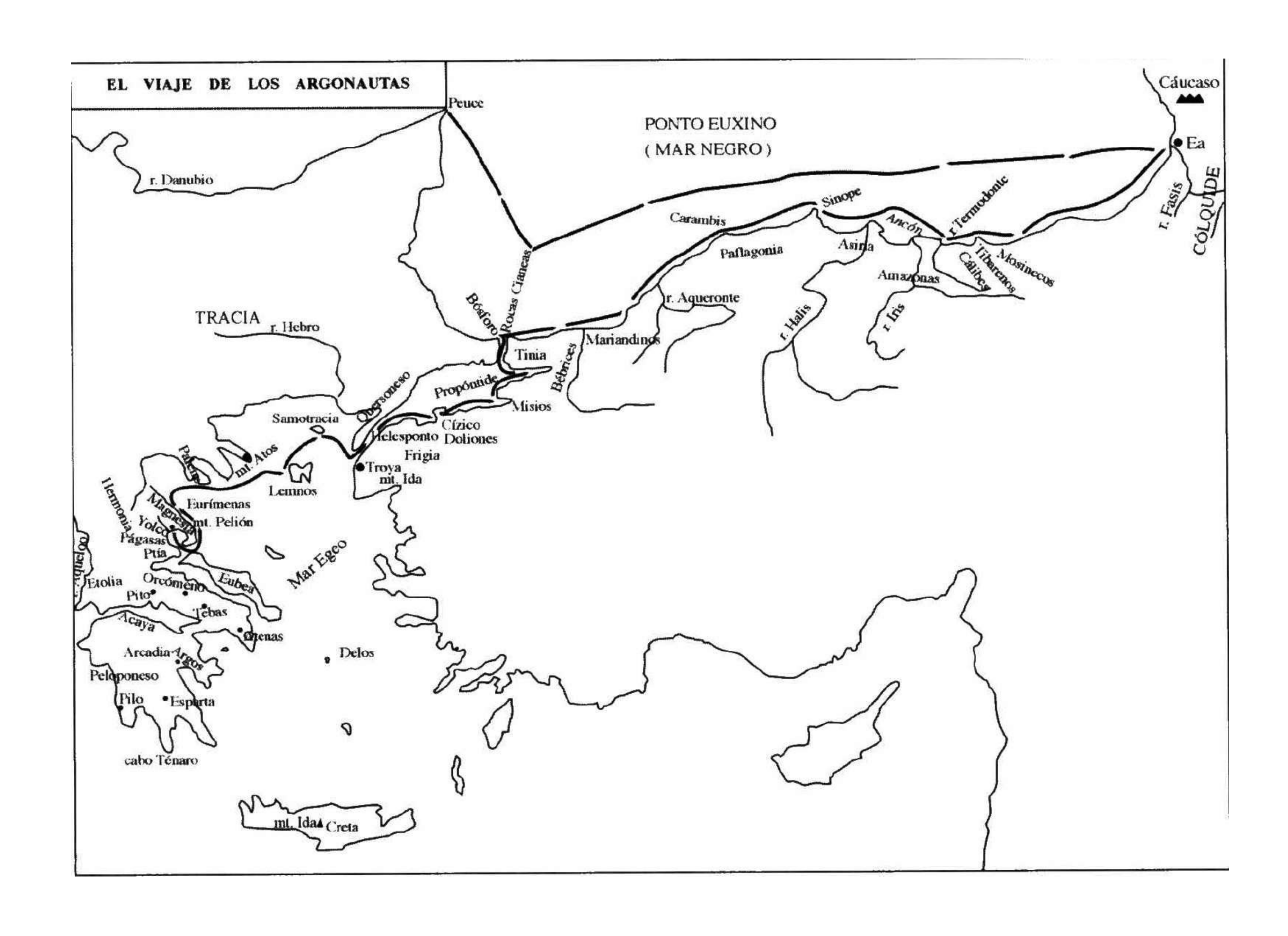
[41] En los boscosos montes de Tebas de Beocia, donde el furor báquico posee a las adoradoras del dios.

[42] Valle del río Peneo, situado entre los montes Olimpo y Osa.

[43] Medea.

[44] La encina profética incrustada en el casco de la Argo procedía del santuario de Júpiter Dodoneo, en la región griega de Caonia (cf. I 308).

[45] La propia Palas, cuya imagen dorada se alzaba en la popa de la Argo (cf. VIII 203), es, naturalmente, la «primera» doncella.


EL VIAJE DE LOS ARGONAUTAS
Peuce
PONTO EUXINO
(MAR NEGRO)
Cáucaso
Ea
r. Danubio
r. Fasis
CÓLQUIDE
Carambis
Sinope
Ancón
r. Termodonte
Paflagonia
Asiria
Mosinecos
Tibarenos
Cálibes
Amazonas
r. Iris
r. Halis
r. Aqueronte
Rocas Cianeas
Bósforo
TRACIA
r. Hebro
Tinia
Mariandinos
Bébrices
Propóntide
Quersoneso
Misios
Samotracia
Cízico
Doliones
Helesponto
Frigia
Troya
mt. Ida
mt. Atos
Lemnos
Palene
Hermonia
Magnesia
Eurímenas
mt. Pelión
Yolco
Págasas
Ptía
Mar Egeo
Aqueloo
Etolia
Orcómeno
Eubea
Pito
Tebas
Acaya
Atenas
Arcadia
Argos
Delos
Peloponeso
Pilo
Esparta
cabo Ténaro
mt. Ida
Creta

ÍNDICE GENERAL

Este volumen de Argonáuticas de VALERIO FLACO,
traducido por ANTONIO RÍO TORRES-MURCIANO
y revisado por OLGA ÁLVAREZ HUERTA,
se ha compuesto en Times, con 10,25 puntos sobre 12,75 de interlineado,
en los talleres de Víctor Igual,
y se ha impreso en Madrid en septiembre de 2011

Índice